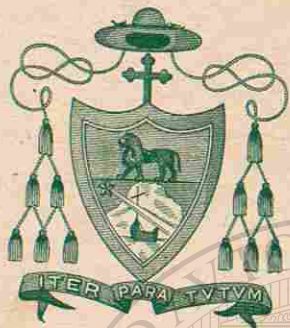


VIDA
DE S. FELIX
NERI



BX4700
.F33
V5
C. 1

101818



1080024331

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





**VIDA
DE S. FELIPE
NERI.**

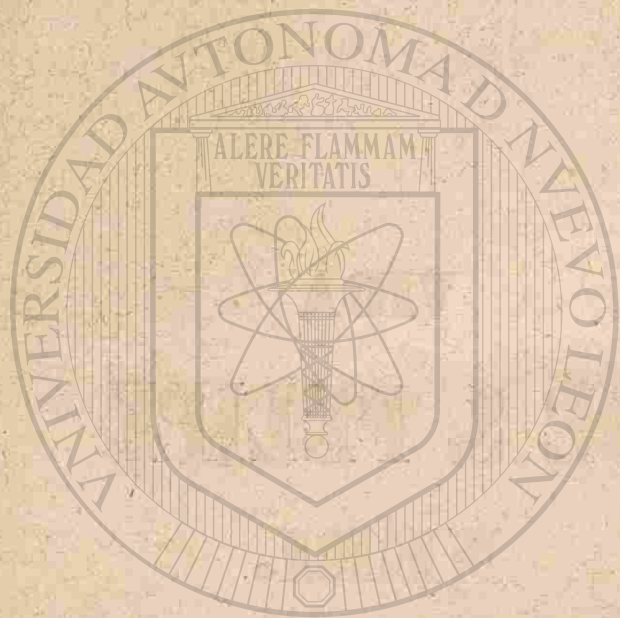
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

01818



BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD



VIDA

DE

SAN FELIPE NERI,

FUNDADOR

DE

LA CONGREGACION

DEL

Oratorio en Roma;

**TRADUCIDA AL FRANCÉS DEL LATÍN
DE LOS BOLANDISTAS,**

POR EL ABATE P.***

Antiguo Vicario General de Evreux,

AL CASTELLANO

POR J. M. N.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN 101818

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ORIZAVA.

IMPRESA DE J. M. NAREDO.

1854.

V
922
F

BX4700

F33

VS



APROBACION

DE LA EDICION FRANCESA.

† Pedro Tobias Yenni, Obispo de Lausana y Ginebra &c. &c.

Hemos mandado examinar la obra intitulada **VIDA DE SAN FELIPE NERI**, y visto el parecer que se nos ha dado, la aprobamos de muy buena voluntad, y recomendamos su lectura, como muy instructiva y sumamente propia para dar á conocer lo amable de la virtud.

Dado en Fribourg, en nuestro palacio episcopal, á 1.º de Octubre de 1845.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Por mandato de Monseñor,

El Canónigo Perroulaz,

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Protonotario apostólico, secretario de S. I.

009102

CENSURA

LICENCIA

Para la Publicacion de esta Traducción.

Ilmo. Sr. Obispo.

JOSÉ María Naredo, dueño de imprenta en esta Ciudad, ante V. S. I. respetuosamente dice:

Que habiendo llegado á sus manos una historia en idioma frances, de la vida del glorioso fundador de las Congregaciones del Oratorio, aprobada por el Ilmo. Sr. D. Pedro Tobias Yenni, obispo de Lausana y Ginebra, mucho mejor que las otras que han corrido entre nosotros, así por su exactitud en el relato de los hechos, como por su estilo acomodado al gusto del siglo; emprendió traducirla, creyendo que de publicarla en nuestra lengua, se dará gloria á Dios, que es admirable en sus santos, y que lo fué muy particularmente en el ínclito San Felipe Neri, célebre Apóstol de la Capital del cristianismo, cuyas virtudes que en el siglo XVI admiraron al mundo, son hoy tan á propósito para proponérselas como modelo, así á los que están precisados á vivir en la sociedad, como á aquellos otros que preocupados con las ideas de la época, no quieren conceder á la virtud las verdaderas é inefables alegrías que en ella se disfrutan.

Para realizar mis deseos, suplico á V. S. I. se dignen nombrar sujeto que censure la traducción en esta ciudad; porque así se evitará el extravío que pudieran tener los manuscritos al mandarlos á ésa, y también

porque en los casos de duda, podremos ambos consultar el original frances. El Presbítero Lic. D. Francisco Pineda, individuo de la Congregacion de esta ciudad, ha sido ya nombrado en otra vez, por esa sagrada Mitra, para otra censura semejante, y me prometo que le será muy grato ocuparse de una tarea, cuyo objeto no puede serle indiferente. Me tomo la libertad de manifestarlo así á V. S. I., porque son muy pocos los que pueden en Orizava desempeñar este encargo.

Si el parecer del censor fuere favorable, y el decreto que en virtud de él se sirva dar V. S. I. también, procederé á la impresion, quedando reconocido á esta gracia que V. S. I. se digna dispensar al último de sus humildes diocesanos.—*José María Naredo.*

Orizava, Julio 24 de 1853.

PUEBLA, AGOSTO 1.º DE 1853.

NOMBRAMOS por censor de la traducción de la obra que se expresa, al Presbítero Lic. D. Francisco Pineda, quien nos dará cuenta del resultado. Lo decretó el Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis. *El obispo.*—Ante mí, *Lic. D. Manuel Ladron de Guevara,* secretario.

HE leído la traducción que de la vida de mi glorioso Padre San Felipe Neri, ha hecho D. José María Naredo del idioma frances al nuestro; y aunque son muy escasos los conocimientos que poseo respecto del primero, juzgo que en la mencionada version se ha cumplido con los requisitos que exige una buena traducción: porque á la fidelidad y exactitud con que se han

conservado los pensamientos y los hechos, se añade la propiedad de la diccion, por haberse dado á las cláusulas y oraciones el giro que exige la lengua castellana.

He visto igualmente la impresion que de dicha obra ya traducida se ha hecho, esperándose solo el superior permiso de V. E. I. para que vea la luz pública; y encuentro estar fielmente conforme con los manuscritos. Todo lo que pongo en conocimiento de V. E. I., cumpliendo con lo que me previene en su superior decreto de 1.º de Agosto del año próximo pasado, que recayó á la solicitud hecha por el traductor de la obra, para obtener la licencia para su publicacion.

Dios guarde á V. E. I. muchos años. Oratorio de San Felipe Neri de Orizava, Agosto 4 de 1854.—*Francisco Pineda.*—Exmo. é Illmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Puebla.

PUEBLA, AGOSTO 9 DE 1854.

VISTO el tenor de la censura que antecede, damos nuestra licencia para que se pueda imprimir la traduccion hecha del idioma frances al castellano, de la vida del glorioso San Felipe Neri; debiendo el censor revisar y corregir el primer ejemplar que se tire por la imprenta antes de que se dé á luz pública. Lo decretó el Exmo. é Illmo. Sr. Obispo de esta Diócesis.—*El obispo.*—Ante mí, *Lic. D. Manuel Ladron de Guevara;* secretario.



VIDA

DE

SAN FELIPE NERI.

CAPITULO I.

Infancia de Felipe.—Sus estudios y piedad.

NACIO Felipe en Florencia, en el mes de Agosto de 1515, siendo sumo pontífice el papa Leon X. Fueron sus padres Francisco Neri y Lucrecia Soldi. Pertenece Francisco á una familia honrada, siendo la de Lucrecia de un rango superior, pues algunos de sus miembros habian ocupado los mas distinguidos empleos

conservado los pensamientos y los hechos, se añade la propiedad de la diccion, por haberse dado á las cláusulas y oraciones el giro que exige la lengua castellana.

He visto igualmente la impresion que de dicha obra ya traducida se ha hecho, esperándose solo el superior permiso de V. E. I. para que vea la luz pública; y encuentro estar fielmente conforme con los manuscritos. Todo lo que pongo en conocimiento de V. E. I., cumpliendo con lo que me previene en su superior decreto de 1.º de Agosto del año próximo pasado, que recayó á la solicitud hecha por el traductor de la obra, para obtener la licencia para su publicacion.

Dios guarde á V. E. I. muchos años. Oratorio de San Felipe Neri de Orizava, Agosto 4 de 1854.—*Francisco Pineda.*—Exmo. é Illmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Puebla.

PUEBLA, AGOSTO 9 DE 1854.

VISTO el tenor de la censura que antecede, damos nuestra licencia para que se pueda imprimir la traduccion hecha del idioma frances al castellano, de la vida del glorioso San Felipe Neri; debiendo el censor revisar y corregir el primer ejemplar que se tire por la imprenta antes de que se dé á luz pública. Lo decretó el Exmo. é Illmo. Sr. Obispo de esta Diócesis.—*El obispo.*—Ante mí, *Lic. D. Manuel Ladron de Guevara;* secretario.



VIDA

DE

SAN FELIPE NERI.

CAPITULO I.

Infancia de Felipe.—Sus estudios y piedad.

NACIO Felipe en Florencia, en el mes de Agosto de 1515, siendo sumo pontífice el papa Leon X. Fueron sus padres Francisco Neri y Lucrecia Soldi. Pertenece Francisco á una familia honrada, siendo la de Lucrecia de un rango superior, pues algunos de sus miembros habian ocupado los mas distinguidos empleos

de la república. En su matrimonio tuvieron dos hijas, Catarina é Isabel, y dos hijos, Antonio, que murió muy jóven, y Felipe, cuya santa vida me propongo escribir. Se le bautizó en la iglesia de San Juan Bautista, única en Florencia que en aquella época tenía fuente bautismal; y se le puso el mismo nombre que llevaba su abuelo paterno.

A la edad de cinco años ya su razon se habia despejado lo bastante para aprender á leer y escribir. Su padre le envió desde luego á una escuela pública, en la que admiró por sus rápidos adelantos y se hizo amar por lo arreglado de su conducta. Era de una modestia encantadora, de una índole suavísima, y de una deferencia para con sus padres que no les dejaba nada que desear. No satisfecho con obedecer á sus menores insinuaciones, les manifestaba en todas ocasiones su respeto y su ternura. En la edad en que los niños cometen tantas faltas pequeñas por la vivacidad y lo arrebatado de su genio, solo se le advirtió una á Felipe. Rezaba una vez los salmos con su hermana Isabel, y habiendo venido Catarina á perturbarle, la tomó del brazo y la sacó fuera del aposento, aunque sin violencia alguna. Sin embargo, su padre le reprendió esta accion, y fué tanto su arrepentimiento, que le obligó á derramar abundantes lágrimas. La obediencia que profesaba á su madre era ciertamente admirable. Si ella le mandaba que callase, no se permitia ya hablar una

sola palabra; y si le ordenaba que estuviese quieto, no se atrevia á mover un pié ni una mano.

Cuando plugo á Dios llamar para sí á su madre, lo que no tardó mucho tiempo, el padre de Felipe pasó á segundas nupcias y la piedad filial de este no hizo entonces otra cosa que cambiar de objeto. Admirada su nueva madre de su respeto y obediencia, concibió para con él un amor tan maternal, que cuando á pocos años tuvo Felipe que salir de Florencia, como diré en seguida, ella derramó inconsolables lágrimas; y despues durante la enfermedad que la condujo al sepulcro, no hablaba de otra cosa que de su querido hijo. Pareciale verle y escucharle, y muchas veces se la sorprendia platicando con él como si estuviera presente; tan grande así era la dulzura y consuelo que le causaba su memoria!

Las mismas virtudes que le merecieron el cariño de sus parientes, le grangearon la estimacion de todo el mundo. Sus superiores le amaban por su sumision para con ellos; los ancianos admiraban sus modales cultos y comedidos; y sus condiscípulos su humor alegre, fácil y ameno. Jamas se le vió impaciente; nunca se le oyó hablar mal de nadie: de aquí resultó que todos, de comun acuerdo, se acostumbraron á llamarle Felipe-el Bueno. Esta bondad le ganó el corazon de su Dios, así como el de los hombres, y le mereció la gracia de proteccion de que voy á hablar. Vino un dia un arrendatario de su padre y trajo un asno cargado

de frutos; apeó la carga y se fué á la cosina á tomar alguna cosa, dejando suelta á la bestia en el patio. Felipe, que tenia entonces á lo mas de ocho á nueve años, mirando este descuido del arrendatario, sintió una tentacion á la que no pudo resistir. Va y monta sobre el asno y le obliga á caminar; pero á apenas ha dado el animal algunos pasos cuando se hunde el terreno bajo sus pies, cayendo con Felipe en una cueva profunda. El pobre niño da un fuerte grito al desaparecer de la superficie de la tierra; sus padres acuden presurosos, y al ver lo que acaba de suceder, lloran ya una desgracia que consideran como irremediable. Vuelven á la casa y bajan á la cueva en la que no esperan encontrar otra cosa que un cuerpo muerto; pero tienen el placer de hallar al niño lleno de vida sin que le hubiese acaecido mal alguno. Dios que lo tenia destinado para trabajar en la salvacion de tantas almas, le conservó milagrosamente. Tenia despues Felipe suma complacencia en referir este rasgo de la Providencia, y conservó su memoria durante su vida con el mas tierno agradecimiento.

En una edad todavía tan tierna, mostraba ya este santo niño un admirable juicio. En lugar de imitar los divinos oficios, como hacen inocentemente tantos otros jovencitos, Felipe empleaba su tiempo en meditar, en recitar salmos, ó en lecturas piadosas. Era su mas grato placer la asistencia á la misa; y los sermones muy lejos de enfadarle,

no bastaban, por largos que fuesen, para satisfacer su santa hambre de la divina palabra. Esto es lo que acontece á todos los corazones que aman á Dios. Nunca se les habla de él bastante, porque el amor es insaciable. Cuando los niños piadosos se encuentran con sacerdotes ó religiosos, platican ordinariamente de los deseos que tienen de imitarlos, cediendo en esto á una secreta ostentacion que ellos mismos no advierten. Felipe tenia tambien, como ellos, estos santos pensamientos; pero él no descubria su interior mas que á solo Dios. Por lo comun este santo niño no gustaba de hablar de sí mismo y habia ya concebido, respecto de la vanagloria, aquella aversion que le mostró en el resto de su vida. Su virtud, siempre en aumento, le hacia tan querido de Dios, que su magestad no negaba nada á sus ruegos. Si perdía alguna cosa, no tenia que hacer mas, que ponerse en oracion por un momento para encontrarla. Puedo citar un hecho de este género. Un dia le envió su madre por un collar de oro á la ciudad; en el camino lo perdió, y no echó de ver su falta hasta que llegó el momento de ponerlo en manos de la señora. Entonces léjos de desconcertarse, se puso de rodillas é hizo una corta oracion. Sale en seguida á la calle y encuentra luego el collar.

Como venian con bastante frecuencia á su casa á visitar á su familia algunos religiosos dominicos del monasterio de San Marcos, les tomó cariño y se dedicó á frecuentar su iglesia, recibiendo de

ellos, según decía después, los primeros elementos de la vida espiritual. “Si es que hay en mí algo bueno, decía, lo debo á los religiosos de San Marcos, y muy particularmente á los PP. Medicio y Minio.” Tenia suma complacencia en hablar de la santidad de estos dos padres, y contaba como prueba de ella el hecho siguiente. Habíanse convenido ambos en confesarse uno á otro todas las noches antes de ir á matines, con el objeto de llevar al coro una conciencia mas pura y de hacer que sus alabanzas fuesen mas agradables á nuestro Señor. Envidioso y descontento el demonio, procuró hacerles perder esta santa costumbre, y hé aquí el medio de que se valió. Vino una noche á tocar por largo tiempo la puerta de la celda del P. Medicio antes de la hora en que ordinariamente acostumbraba levantarse, é imitando la voz del P. Minio, cuya semejanza habia tomado exteriormente, le dice “*Surge, pater.*” El religioso obedeció al instante y se fué á la iglesia, á donde el impostor habia ido tambien á aguardarle. Engañado el P. Medicio por la semejanza del P. Minio, se arrodilló y comenzó su confesión. Pero cuál fué su sorpresa al oír excusar sus faltas y decirle: “Esto no es cosa, padre mio, esto no es cosa.” Acusóse de una falta mas grave, y escuchó la misma respuesta. Entonces sospechando lo que en realidad era aquello, hizo la señal de la cruz y dijo: “¿No serás tú tal vez el demonio, pues me estás diciendo tales despropósitos?” Decir es-

to y desaparecer el fingido confesor todo fué uno.

Ademas de estos dos dominicos, cuyas conversaciones le fueron de tanto provecho, tambien le fué sumamente util con sus edificantes y sólidos discursos un humilde religioso, llamado Baldini. Hé aquí un homenaje que con suma satisfaccion tributaba Felipe á su memoria. “No soy yo el único que debe mucho á este hombre de Dios; la ciudad de Florencia le debe mas de lo que piensa.” A este propósito referia el hecho siguiente: Cuando el duque de Borbon invadia la Italia al frente de un ejército imperial, se aproximó á Florencia, de cuyos habitantes se apoderó el espanto y la consternacion. En su temor acudieron á la iglesia en que Baldini estaba predicando á la sazón. Admirado este santo hombre de una concurrencia tan extraordinaria y tumultuosa, preguntó el motivo. Se le respondió que las tropas del emperador rodeaban ya la ciudad y amenazaban sitiirla. Oida esta fatal noticia, se arrodilló y se puso en oracion por algunos instantes; en seguida se levantó con un semblante sereno y dijo al pueblo: “Exclamad conmigo con todo fervor: ¡Viva Jesus!” Una unánime aclamacion se hizo escuchar por todos los ángulos de aquel templo. Luego que ya todo estaba en silencio, añadió: “Sabed, hermanos míos, que por un efecto de la bondad de Dios, van á retirarse los imperiales, sin causar mal alguno.” Consolados con esta seguridad los Florentinos, acudieron á las murallas,

y vieron con sus propios ojos que se habian retirado los enemigos.

Ilustrado por los consejos y movido por los ejemplos que le daban estos grandes hombres, Felipe hizo en la perfeccion tempranos y rápidos progresos. No obstante su niñez, comprendió maravillosamente que el camino del cielo es el del Calvario, que nadie llega á ser santo sin llevar su Cruz: y en consecuencia se dedicó á desear y pedir á Dios le proporcionase sufrimientos. No tardaron en ser escuchados sus votos: á la edad de seis años, se apoderó de él una ardiente fiebre, que pasó en pie muchos dias sin decir á nadie nada, haciendo por el contrario cuanto podia para disimularla. Sin embargo, su hermana Isabel llegó á conocer su enfermedad por la alteracion de su semblante, y le obligó á tomar las medicinas que reclamaba el estado de su salud; pero como ella entraba muy bien en las miras de la perfeccion de su hermano, guardó el secreto de sus padecimientos, sin obligarle á hacer cama. Algun tiempo despues su virtud fué puesta á una nueva prueba, de la que supo igualmente aprovecharse. Incendióse la casa paterna y fué casi destruida enteramente; mas el santo niño vió este siniestro acontecimiento sin que apareciera en su semblante tristeza ni turbacion alguna. Muchas personas observaron esta grandeza de alma y la consideraron como un presagio cierto de su futura santidad. En todas ocasiones se notaba el desprecio que ha-

cia de las cosas de la tierra. Habiéndole regalado una persona un cuadro genealógico de su familia, ni aun fijó en él su vista, y luego que se ausentó el donante lo hizo pedazos y echó al fuego, haciendo ver por este medio que con tal que su nombre estuviese escrito en el libro de la vida, no se cuidaria de otra cosa en la tierra.

Luego que llegó á los diez y ocho años y concluyó sus humanidades, creyó su padre deber asegurarle para el porvenir un buen partido que naturalmente dictaban las circunstancias. Tenia aquel un hermano llamado Romulo, que habia pasado de la Toscana á la Campania á donde tenia un considerable comercio. Carecia de hijos y pedia á su hermano le enviase á Felipe para formarlo y educarlo en sus giros, ofreciendo constituirlo en su muerte heredero de todos sus bienes. Francisco, que solo vió la cosa con ojos humanos, no vaciló en aceptar una oferta tan ventajosa. Comprometiése desde luego con su hermano, y sin consultar á su hijo dispuso lo necesario para su marcha, enviándolo á su tío que residia en la ciudad de S. German, al pie del Monte-Casino. Llegado Felipe á esta casa y del todo complicado en los negocios de su tío, conoció muy pronto que estaba fuera del estado á que Dios le llamaba. Recurrió á la oracion y el Señor le hizo conocer en ella que lo reservaba para un comercio mas noble y le preparaba una herencia mas ventajosa. Desde entonces ya no se ocupó de los negocios de su tío

mas que lo muy necesario para no disgustarlo, empleando lo demas de su tiempo en orar y visitar los lugares santos.

En las cercanias de S. German y muy prócsimo al puerto de Caieta, se eleva una montaña muy venerada por los habitantes del pais, la que en aquella época pertenecia á los monges de Montecasino, que habian construido allí una iglesia en honor de la Santisima Trinidad. Esta iglesia está edificada sobre una roca enorme, situada á las dos terceras partes de la elevacion de la montaña, que se vé desde el mar, y todos los bageles que abordan ó pasan ante la costa, la saludan con una descarga de artillería. Habia en este templo un calvario muy estimado de Felipe, é iba á él lo mas frecuente que le éra posible, para meditar á su placer en la pasion de Jesucristo. Cada vez que iba, volvía á casa mas abrasado de amor de Dios, mas disgustado del mundo, mas resuelto á abandonarlo todo por ser santo. Finalmente resolvió separarse sin decir nada á su tío. Sin embargo, este llegó á sospecharlo, y no perdonó medio para evitar lo que él llamaba una tentacion enfadosa. “Veo con dolor, le dijo, que sacrificas tus deberes á tus devociones. Yo te he hecho venir á mi casa para que me ayudes á llevar el peso de mis negocios, y casi no me sirves de nada; esto es tanto peor para tí, cuanto que mis intereses son los tuyos, supuesto que te he nombrado mi heredero. No correspondas, te ruego, á mi amor con tal in-

gratitud. Mira que lo que he hecho por tí merece alguna correspondencia. No te pido mas que te apliques á mi comercio de modo que nos sea cada dia mas provechoso; pero para esto es indispensable que quites de tu imaginacion esas ideas que te preocupan y te inclinan á sacrificar tu fortuna.” Felipe, que habia resuelto firmemente abandonarlo todo por seguir y agradar á Jesucristo, respondió á su tío, que su corazon estaba muy lejos de ser ingrato; pero que apreciando en lo que debía sus intenciones paternales, no podía seguir sus consejos.

Desde este dia tuvo mucho que padecer con su tío, que no podia concebir como sin estar loco pudiera Felipe renunciar á tantos bienes, y por lo mismo volvía continuamente á la carga. Pero Felipe firme siempre en su vocacion y mirando con desprecio los falsos bienes de la tierra, no podia dar contento alguno á su tío. Por el contrario le era preciso incomodarlo si se espresaba con franqueza y tambien si guardaba silencio. Llegó por último á conocer que el mejor partido que debía tomar era separarse cuanto antes. Era su designio ir á Roma para vivir allí solitariamente, y vacar con toda libertad al grande negocio de su perfeccion. Despues de consultar nuevamente con Dios en la oracion, partió una mañana sin que su tío lo supiera, sin dinero y sin provisiones, poniéndose del todo en las manos bondadosas del Señor. No fué vana su confianza; la

caridad pública proveyó á sus necesidades durante el viaje, y llegado que fué á la ciudad santa, encontró un noble Florentino, llamado Galleotto Caccia, que le ofreció un asilo generoso. Creia, es verdad, no recibir en su casa mas que á un viajero; pero luego que, pasados algunos dias, Felipe le manifestó su designio, prendado ya de sus virtudes, le indicó que podia ocultarse en su casa y que á su cuidado quedaria proporcionarle sus alimentos. Reconocido el santo jóven, se encargó de la educacion de dos hijos de su bienhechor, los que, merced á sus lecciones y ejemplos, vinieron á ser dos pequeños ángeles.

Dos años pasó Felipe en el aislamiento mas absoluto de las criaturas, si esceptuamos los dos niños de que acabo de hablar y á los que no veia mas que á determinadas horas. Su meditacion era continua, y el fervor que de ella sacaba, junto con las dulzuras celestiales que inundaban su alma, le inspiraron tal odio á su propia carne, que no pensaba mas que en medios de mortificarla. He aquí pues, el método de vida que adoptó en aquella época. No hacia al dia mas que una sola comida, y esta á pan y agua puramente; y si es que algunas veces se permitia añadir algunas yerbas ó aceitunas, otras dejaba pasar dos ó tres dias sin tomar alimento alguno. No quiso tener en su estrecha celdilla otro mueble que un triste lecho, el que mas le servia de asiento que de cama, supuesto que dormia sobre el duro suelo. Colgaban sus

pobres vestiduras de una cuerda y sus libros se encontraban sobre una tabla. Solo se entregaba al sueño el tiempo rigorosamente indispensable para la vida, y su despertador era el poderoso atractivo que sentia por la oracion. Esta vida tan edificante en un hombre tan jóven, no pudo permanecer oculta mucho tiempo. Hablóse de ella en toda la ciudad, y su fama se estendió hasta Florencia. No faltó persona que la noticiase á Isabel hermana del Santo, la que al saberla respondió: "De ninguna manera me sorprende esto, porque al ver las virtudes de mi hermano desde sus tiernos años, conjeturé que con el tiempo llegaria á ser un gran Santo."

CAPITULO II.

Felipe estudia filosofía y teología: despues de-
ja los estudios por las prácticas ascéticas
y las obras de caridad.

LLEVABA ya Felipe dos años de vivir oculto á los ojos de los hombres, cuando se sintió divinamente llamado al estudio de la filosofía. En consecuencia siguió en el colegio

caridad pública proveyó á sus necesidades durante el viaje, y llegado que fué á la ciudad santa, encontró un noble Florentino, llamado Galleotto Caccia, que le ofreció un asilo generoso. Creia, es verdad, no recibir en su casa mas que á un viajero; pero luego que, pasados algunos dias, Felipe le manifestó su designio, prendado ya de sus virtudes, le indicó que podia ocultarse en su casa y que á su cuidado quedaria proporcionarle sus alimentos. Reconocido el santo jóven, se encargó de la educacion de dos hijos de su bienhechor, los que, merced á sus lecciones y ejemplos, vinieron á ser dos pequeños ángeles.

Dos años pasó Felipe en el aislamiento mas absoluto de las criaturas, si esceptuamos los dos niños de que acabo de hablar y á los que no veia mas que á determinadas horas. Su meditacion era continua, y el fervor que de ella sacaba, junto con las dulzuras celestiales que inundaban su alma, le inspiraron tal odio á su propia carne, que no pensaba mas que en medios de mortificarla. He aquí pues, el método de vida que adoptó en aquella época. No hacia al dia mas que una sola comida, y esta á pan y agua puramente; y si es que algunas veces se permitia añadir algunas yerbas ó aceitunas, otras dejaba pasar dos ó tres dias sin tomar alimento alguno. No quiso tener en su estrecha celdilla otro mueble que un triste lecho, el que mas le servia de asiento que de cama, supuesto que dormia sobre el duro suelo. Colgaban sus

pobres vestiduras de una cuerda y sus libros se encontraban sobre una tabla. Solo se entregaba al sueño el tiempo rigorosamente indispensable para la vida, y su despertador era el poderoso atractivo que sentia por la oracion. Esta vida tan edificante en un hombre tan jóven, no pudo permanecer oculta mucho tiempo. Hablóse de ella en toda la ciudad, y su fama se estendió hasta Florencia. No faltó persona que la noticiase á Isabel hermana del Santo, la que al saberla respondió: "De ninguna manera me sorprende esto, porque al ver las virtudes de mi hermano desde sus tiernos años, conjeturé que con el tiempo llegaria á ser un gran Santo."

CAPITULO II.

Felipe estudia filosofía y teología: despues de-
ja los estudios por las prácticas ascéticas
y las obras de caridad.

LLEVABA ya Felipe dos años de vivir oculto á los ojos de los hombres, cuando se sintió divinamente llamado al estudio de la filosofía. En consecuencia siguió en el colegio

romano los cursos sucesivos de los dos maestros mas hábiles que en aquella época tuvo Roma: hablo de Cesar Jaconcelli y de Alfonso Ferri. A pesar de su constante fidelidad á la oracion y demas prácticas piadosas; ó mejor dicho, á causa de esta fidelidad, obtuvo tales adelantos, que le merecieron el primer lugar entre sus condiscipulos. Tal es el testimonio que le tributó Alexandro Butio, al decir que excedió á todos ellos. Acabada su filosofia comenzó sus estudios teológicos en el colegio de los Agustinos, y fueron tales los progresos que hizo en esta ciencia, que ya no tuvo necesidad de volver á ocuparse de ella en lo sucesivo. Vivió pues ya en lo de adelante del fondo que entónces adquirió, porque los deberes de su estado le impidieron volverse á ocupar de este estudio; y no obstante siempre se le consideró como uno de los teólogos mas sabios de Roma, discutiendo aun hasta en sus últimos años acerca de las cuestiones mas difíciles y sublimes con tanta facilidad y erudicion, como si acabase de abandonar las aulas. Tampoco olvidó las controversias menos importantes, y era ciertamente de admirar oírle referir con toda esactitud los pareceres de los doctores sobre esta clase de cuestiones, y las razones en que se fundaban.

Pero por ventura ¿hacia este hombre ostentacion de su saber? No ciertamente, porque era admirable su humildad: solo hablaba de esta suerte cuando tenia que instruir á algunos religiosos.

jóvenes, ó cuando le era necesario tratar estas materias, por interes de la verdad, con los sabios de su tiempo. Fuera de estas circunstancias, ninguno fué mas modesto; y al expresarme así no aventuro exageracion ninguna, porque este hombre extraordinario hacia de su parte cuanto podia para abatirse en la opinion de aquellos con quienes tenia que tratar. Por lo mismo evitaba con sumo cuidado en sus conversaciones todo lo que pudiera dar á conocer que sabia algo; y al escuchar la cortedad y embarazo de sus frases, y la ninguna ilacion de ellas, hubiérase creido que no sabia ni aun hablar aquel que desenvolvía tan perfecta y abundantemente sus pensamientos, cuando las circunstancias lo ecsigian. Muchas personas engañadas por este artificio, que estaban lejos de sospechar, le miraban como un ignorante; pero si llegaba el caso que tuvieran que tratar con él algun negocio serio, inmediatamente cambiaban de opinion. Puedo citar dos hechos en apoyo de esta asercion.

Un prelado romano que solo habia hablado con él en compania de otras personas, le miraba y reputaba como á un pobre hombre; pero llegó el caso de que hubiese de conferenciar con él sobre un negocio importante, y bastó esta conversacion para desengañarlo. Despues lleno de estimacion hacia su persona decia á sus amigos: "Es preciso confesar que este santo hombre es demasiado industrioso en humillarse. En su conversacion fami-

liar yo le habia tenido por un idiota, ó cuando menos por un hombre muy simple; pero he mudado de opinion desde què tuve que tratar con él algunos negocios. Felipe es un hombre raro, cuya ciencia iguala á su piedad." Una cosa semejante aconteció á Alexandro Saulio, obispo de Pápia, teólogo muy recomendable. Suscitóse la conversacion en una visita que hizo á Felipe sobre un punto teológico, y el santo se esplicó con tanta inteligencia y erudicion que el prelado quedó sorprendido con tanto mayor motivo, quanto que hasta entonces solo le habia considerado como á un santo sin capacidad alguna.

Muy pronto se presentó ocasion en que su ciencia hubo de aparecer sobre un teatro mas eminente. Acababa de nacer su congregacion, y no contando entonces mas que con unos cuantos clérigos, empleaba á sus discípulos legos en su iglesia en explicar la doctrina al pueblo: y como ellos no poseian la ciencia teológica, algunas veces se les escapaban inesactitudes ó proposiciones erroneas. Entonces este santo hombre subia al púlpito y esponia la materia que trataban sus discípulos con suma claridad y elocuencia. Cuantos tuvieron ocasion de apreciar su profundo y basto saber, llegaron á persuadirse que en él obraba mas la gracia que el estudio. Lo que hay de seguro es, que al mismo tiempo que cursaba teología, oraba mucho mas que estudiaba, y que despues ya tuvo muy poco tiempo para poder ocuparse en perfeccionar

su ciencia. Sin embargo, no abandonó enteramente el estudio; tenia siempre á su lado la Suma de Santo Tomás y la consultaba á menudo. Este gran santo, era segun su parecer, el teólogo por excelencia, y en las controversias se sujetaba á sus doctrinas.

Respecto á la sagrada Escritura, la estudiaba habitualmente y hacia de ella tales aplicaciones que edificaba y admiraba á sus oyentes. Un sabio Polaco, que asistió por algun tiempo á las pláticas del santo, escribia lo siguiente, un poco despues, á un sacerdote de su congregacion: "No puedo pensar sin admiracion en la habilidad que tiene vuestro padre en el manejo de nuestros libros santos y en el rico partido que de ellos saca. Si yo no hubiera tenido ocasion de apreciar sus talentos, me bastaria para ello el conocimiento que tengo del profundo saber de sus discípulos. ¿Qué mejor maestro que aquel que formó hombres como un Baronio, un Bozzio, un Antoniano, que no dejan pregunta sin respuesta, ni dificultad sin solucion, y á quienes puede consultarse con toda seguridad sobre lo mas profundo del libro de los libros?" Acontece muy frecuentemente que los hombres de grande ingenio se remontan en sus discusiones á una elevacion que no solo no está al alcance del auditorio, sino que hasta llega á serle fastidiosa; mas no era este el carácter del siervo de Dios. Su dulzura y su modestia hacian accesibles sus superiores luces á sus oyentes, y su vic-

toriosa elocuencia triunfaba hasta de los corazones de sus adversarios. Dotado de un génio tan docil como profundo, tan gracioso como sólido, en su juventud se habia aplicado á la poesia y compuso versos en latin é italiano; pero en su edad madura los echó al fuego, así como otros muchos escritos, huyendo de las alabanzas de los hombres.

Su aplicacion al estudio no le impidió egercitarse en las obras de caridad. Cuando salia del colegio se iba, ó bien á los hospitales á visitar á los enfermos, ó bien á las puertas de las basílicas á donde concurrían muchos pobres, á fin de instruirlos. Por otra parte tenia tambien otros muchos discípulos á quienes ayudaba á caminar por las sendas de la perfeccion y que sacaron mucho provecho de una direccion tan hábil como insinuante. Todas estas ocupaciones, sin embargo, no perjudicaban á su espíritu interior. Era tan tierna su devocion, que no podia mirar un crucifijo, que pendia de un clavo en la clase de teologia, sin exhalar profundos suspiros y derramar abundantes lágrimas. Esta conducta le mereció en Roma el mismo sobrenombre que se le habia dado en Florencia. Sus maestros, entre otros, no le llamaban de otra manera que Felipe el Bueno.

Después de haber terminado sus estudios teológicos, enseñado por el Apóstol, que no es bueno saber mas que lo conveniente, y que basta ser sábio con sobriedad, dejó el cultivo de las ciencias para dedicarse enteramente á su propia perfec-

cion. “De qué me servirá saberlo todo, se decia á sí mismo, si ignoro á Jesus, y á Jesus crucificado? he aquí la ciencia que forma á los santos: esto es ciertamente lo que me es necesario.” En consecuencia de esto, vendió todos sus libros, menos la Biblia, y repartió su precio entre los pobres. En seguida se entregó á la contemplacion de las cosas divinas con tanta felicidad, que pasaba en ella algunas veces cuarenta horas sin interrupcion. Consumíale de tal suerte el fuego del divino amor, en este santo ejercicio, que caía desfallecido ó se veia obligado á rasgar sus vestidos para disminuir sus ardorosos incendios. De aquí aquella abstraccion de los hombres que le hacia buscar con ansia la soledad. De aquí aquel ódio á su carne que lo conducia no solo á negarle todo gusto, sino aun á maltratarla mas de lo que lo habia hecho hasta entonces.

En Roma, ciudad tan populosa y bulliciosa, vivia como un anacoreta, y contrajo un hábito de silencio que conservó por toda su vida, siempre que se lo permitieron sus deberes. Casi todas las noches iba á orar á las puertas de las siete principales basílicas, teniendo para ello que andar casi doce millas; bajaba en seguida á las catacumbas y permanecia allí en oracion lo restante de la noche. Y no se entienda que esta fué una devocion pasagera, porque la continuó durante diez años; dando esto motivo á que no haya faltado alguno que diga era su habitacion en aquella época el ce-


menterio de S. Sebastian, aunque no pasaba en él mas que las noches. Por lo demas, este santo lugar nada tenia de lúgubre para él; porque Dios le colmaba allí de dulzuras, inundándolo con tal torrente de delicias, que no pudiendo ya Felipe soportarlas, exclamaba: “Basta, Señor, basta; contened os ruego el torrente de vuestras gracias.” Facil es comprender despues de esto, como podia decir en sus sermones estas palabras enigmáticas para las gentes del mundo: “Cuesta trabajo á los que aman á Dios soportar la vida, que es para ellos un tormento; y por esto es que llaman á la muerte con una ansia que no puede imaginarse.” Porque, á la verdad, ¿no es en efecto un suplicio amar ardientemente y no poder gozar del objeto amado? Cierto es que en ese estado hay dulzuras y consuelos inefables; pero concedidos estos á medida de la humana debilidad, en lugar de contentar sus deseos no hacen mas que irritarlos, pagándolos despues caramente á causa de las amargas desolaciones que se siguen. Esto es lo que acontecia al siervo de Dios, á quien atormentaba el demonio en proporcion de lo que el Señor lo favorecia.

Yendo un dia á la iglesia de S. Juan de Letran, se le apareció el genio del mal bajo la figura de una muger deshonesta, é hizo levantar en su fantasía imágenes análogas á lo que acababan de ver sus ojos. Esta tentacion, de la que no tenia aun experiencia alguna, le causó desde luego es-

tremada sorpresa; pero conociendo inmediatamente la malicia del espíritu impuro, oró, y se desvaneció la ilusion. Otra vez pasaba de noche cerca de la iglesia de S. Sebastian, á donde segun su costumbre iba á hacer oracion, y de unas ruinas cercanas á aquel templo le salieron al encuentro tres horribles espectros con un aire amenazador. Comprendió el santo al momento que eran demonios, y lleno de confianza en Dios, continuó su camino echándoles una mirada de desprecio, con la que los hizo desaparecer. Es muy probable que este santo hombre hubiera podido contar muchos hechos semejantes; pero no juzgó conveniente referirnos mas, detenido sin duda por su profunda humildad, porque al indicar sus combates nos habria hecho sabedores de sus victorias.

CAPITULO III.

Nuevos aumentos de su amor á Dios, y de su caridad para con el prógimo.


TA COSTUMBRABA Felipe diariamente
implorar la gracia del Espíritu Santo, y
lo diré de una vez, desde que reci-


menterio de S. Sebastian, aunque no pasaba en él mas que las noches. Por lo demas, este santo lugar nada tenia de lúgubre para él; porque Dios le colmaba allí de dulzuras, inundándolo con tal torrente de delicias, que no pudiendo ya Felipe soportarlas, exclamaba: “Basta, Señor, basta; contened os ruego el torrente de vuestras gracias.” Facil es comprender despues de esto, como podia decir en sus sermones estas palabras enigmáticas para las gentes del mundo: “Cuesta trabajo á los que aman á Dios soportar la vida, que es para ellos un tormento; y por esto es que llaman á la muerte con una ansia que no puede imaginarse.” Porque, á la verdad, ¿no es en efecto un suplicio amar ardientemente y no poder gozar del objeto amado? Cierto es que en ese estado hay dulzuras y consuelos inefables; pero concedidos estos á medida de la humana debilidad, en lugar de contentar sus deseos no hacen mas que irritarlos, pagándolos despues caramente á causa de las amargas desolaciones que se siguen. Esto es lo que acontecia al siervo de Dios, á quien atormentaba el demonio en proporcion de lo que el Señor lo favorecia.

Yendo un dia á la iglesia de S. Juan de Letran, se le apareció el genio del mal bajo la figura de una muger deshonesta, é hizo levantar en su fantasía imágenes análogas á lo que acababan de ver sus ojos. Esta tentacion, de la que no tenia aun experiencia alguna, le causó desde luego es-

tremada sorpresa; pero conociendo inmediatamente la malicia del espíritu impuro, oró, y se desvaneció la ilusion. Otra vez pasaba de noche cerca de la iglesia de S. Sebastian, á donde segun su costumbre iba á hacer oracion, y de unas ruinas cercanas á aquel templo le salieron al encuentro tres horribles espectros con un aire amenazador. Comprendió el santo al momento que eran demonios, y lleno de confianza en Dios, continuó su camino echándoles una mirada de desprecio, con la que los hizo desaparecer. Es muy probable que este santo hombre hubiera podido contar muchos hechos semejantes; pero no juzgó conveniente referirnos mas, detenido sin duda por su profunda humildad, porque al indicar sus combates nos habria hecho sabedores de sus victorias.

CAPITULO III.

Nuevos aumentos de su amor á Dios, y de su caridad para con el prógimo.


TA COSTUMBRABA Felipe diariamente
implorar la gracia del Espíritu Santo, y
lo diré de una vez, desde que reci-

bió la dignidad del sacerdocio, nunca dejó, excepto cuando no lo permitía la rúbrica, de rezar en su misa la oración "*Deus cui omne cor patet, etc.*" y de aquí podrá inferirse el fervor con que pediria los dones del Espíritu Santo cada vez que la Iglesia celebraba la fiesta de Pentecostés. Esto dió lugar á los veinte y nueve años de su edad, á un extraordinario acontecimiento que merece referirse. Meditaba sobre el misterio del día con afectos y deseos incomparables, cuando sintió formarse en su corazón un incendio de amor que no pudo soportar. Echóse por tierra, descubrió su pecho abrasado para aliviar el ardor que lo consumía, y dijo al Señor: "¡Retiraos de mí, Dios mio, retiraos de mí! un hombre mortal no puede soportar tal torrente de alegría celestial; ¿muero si no tenéis consideración á mi miseria." Habiéndose calmado el fuego que lo devoraba, se levantó experimentando un contento extraordinario que le hacia saltar de gozo, espiritual y corporalmente. Obrábase al mismo tiempo un movimiento extraño en la region de su corazón; dirige su mano hacia aquel lugar para cerciorarse de lo que lo motivaba, y encuentra que se habia formado una protuberancia. Sin embargo, no le causaba ni le causó nunca algun dolor. Mientras vivió, este milagro, que lo era en efecto, y lo era de los mas extraordinarios, permaneció oculto aun á él mismo; pero los medicos lo publicaron y probaron despues de su muerte. En efecto, quisieron saber la causa de la protuberan-

cia que veian sobre la parte superior del pecho; y descubrieron dos fenómenos físicamente inexplicables: la cuarta y quinta costillas estaban no rotas ó quebradas, sino artísticamente divididas, y las fracciones encorbadas por la parte superior, de modo que dejaban entre sí un intervalo muy considerable. Esta division se habia efectuado sin accidente ni dolor, supuesto que el santo al palpar el tumor, no pudo adivinar la causa, y durante cincuenta años que vivió despues, no advirtió incomodidad alguna. A este primer fenómeno, se juntó otro; y es que el corazón se dilató de tal modo, que llenó el hueco que habia dejado la division de las costillas.

Cuanto á los efectos que resultaron de este milagro, he aquí lo que opinaron los facultativos. En el momento en que se obró, el siervo de Dios experimentó una palpitation de corazón extraordinaria que le duró toda su vida, aunque no siempre en el mismo grado. Era suave ordinariamente; pero se aumentaba de una manera muy fuerte cuando el santo oraba, ofrecia el santo sacrificio de la misa, anunciaba la palabra de Dios, ó administraba los sacramentos. Entonces le parecia que el corazón iba á salirse del pecho, y su cuerpo se estremecía de tal modo que todo temblaba á su rededor. Si abrazaba á alguno que venia á visitarle, lo que hacia muy ordinariamente y de una manera muy afectuosa, el que le visitaba recibia como un sacudimiento eléctrico, acompañado de

una no acostumbrada dulzura espiritual; y si acontecia que por casualidad algunos de los que recibian de él esta muestra de cariño, estuviesen tentados, desaparecia la tentacion al momento. He aquí en apoyo de esta verdad, algunos testimonios dignos de fé.

Tiberio Ricciardelli, canónigo del Vaticano, habia sido durante cuatro años discípulo del santo, cuidando de su cuarto y sirviéndole con tierna veneracion. Mas tarde, llamado como testigo en la causa de su canonizacion, depuso lo siguiente: "Cuando yo servia á este dichoso y bienaventurado padre, un dia me asaltó una horrible tentacion de impureza; corrí á él espantado y echándome á sus pies, le di cuenta de mi afliccion. Eso es nada hijo mio, me dijo, ven á abrazarme y serás curado. Arrojáme á sus brazos, y me estrechó á su pecho cariñosamente. Esto fué lo bastante para extinguir el incendio que me abrasaba, y desde entonces no he vuelto á sentir el peligroso ardor de aquellas llamas infernales: por el contrario, se encendió en mi corazon un fuego de amor divino que de tal suerte me atrae á la oracion, que no me puedo saciar de ella." Marcelo Vitellescio, patricio romano y canónigo de Santa Maria la Mayor, atestiguó que al recibir del santo esta demostracion de amistad, se disipaban sus tentaciones, dando lugar á una extraordinaria alegría.

Este ardor divino, que experimentaba el siervo de Dios, no se limitaba puramente á su alma, salia

tambien á su cuerpo, teniendo en el rigor del invierno y bajo los hielos de la vejez que salir á buscar el aire fresco en lugar de aprocimarse al fuego: muchas veces á media noche tuvo necesidad de abrir la puerta de su ventana y de agitar un lienzo que sirviéndole de aventador, le moderase aquel calor sofocante. Otras se vió obligado á beber un poco de agua fria para humedecer su garganta, seca con las abrasadas exhalaciones que como de un horno salian de su corazon. Ordinariamente dejaba entreabiertos sus vestidos sobre el pecho, y cuando por causa de estar helando se le decia que se cubriese, se escusaba diciendo: "Me sofoco." No era solamente dentro de casa donde él andaba de esta suerte, sino tambien en las calles bajo la lluvia y la nieve, á pesar del viento mas helado del norte, y cuando sus compañeros envolviéndose en sus capas aun tiritaban, él se sonreia y les decia cariñosamente: "¿No os avergonzais de temblar de frio, vosotros que aun sois jóvenes, cuando los viejos se abrasan de calor?"

De aquí provino que en sus enfermedades se vieron obligados los médicos á recurrir á los remedios mas refrigerantes. Todos sus achaques, en efecto, procedian de aquel calor estremado; y de aquí resultó muchas veces que se le aplicaron medicinas que le hicieron mas daño que provecho, porque no se habia conocido la principal causa de su enfermedad. Felipe hubiera evitado estos inconvenientes declarando al médico lo que él sa-

bia muy bien por experiencia; pero repugnaba á su humildad confesar una gracia tan privilegiada. Sometiase á sus órdenes y se contentaba con decirle en tono de chanza: "Cuánto á los síntomas está bien, respecto á la causa ruego á Dios os la haga conocer." Sin embargo, algunas veces se le escapaba este secreto; porque en el fervor de la oracion solía decir: "Estoy herido de amor." Otras ocasiones, y no eran raras, no pudiendo soportar las delicias celestiales, se echaba en su cama, y se ponía en estado de poder decir con la Esposa de los Cantares: Sostenedme entre flores, fortificadme con frutos; porque desfallezco de amor (Cant., 2, 5). En uno de estos momentos de amorosos deliquios, para ocultar su causa, dijo á un amigo suyo que se encontraba cerca de su lecho: "Yo conocí á un religioso franciscano que desfallecia de amor, y murió consumido de este fuego divino. Esto era mejor, ciertamente, que no estar consumido como yo lo estoy de no se qué enfermedad que padezco desde mi infancia."

Si es cierto que él no podia resistir á esta enfermedad de amor, no sucedia lo mismo respecto de la palpitation del corazon de que hablé antes. ¡Cosa admirable! estaba este insigne favor tan sujeto á su poder, que era dueño de hacerlo cesar cuando queria. Esto lo confesó un dia al cardinal Borromeo, hijo suyo querido y uno de sus mas íntimos confidentes. Este lo refirió así á dos hábiles médicos que entonces le asistian y que fue-

ron de opinion que aquella palpitation no era natural ni contranatural, sino sobrenatural. Otros cinco famosos facultativòs, á quienes antes se habia consultado, afirmaron de comun acuerdo, que este accidente era puramente milagroso. Y ¿cómo dudar de ello, atendiendo á la ruptura de las dos costillas que no podia tener otra causa que una operacion divina? Es evidente que ella se verificó para dar lugar al corazon á que pudiese latir sin dolor y sin peligro de un modo extraordinario, y recibir mas facilmente un aire fresco. Prueba esto, que era en él la arteria aorta mucho mas gruesa que el doble de la de los demas hombres. Su corazon tambien habia adquirido una dureza extraordinaria, que no puede haber tenido otro objeto que el que pudiese sufrir el estremado calor que depositaba, como si fuese un horno encendido, y lo violento de su palpitation.

No fué ésta la única gracia que Dios le dispensó en aquel dia de Pentecostes. Recibió tambien al mismo tiempo un deseo tan vivo de trabajar por la salvacion de los prógimos, que llegó á comprender que esta era su vocacion. Por consiguiente, abandonando su soledad, comenzó á aparecer en público, á donde creía poder hacer mucho bien. De aquí es, que iba diariamente al barrio de los mercaderes florentinos, trababa con ellos conversacion, y manejaba sus corazones tan diestramente, que unos se convertian y otros se transformaban en hombres espirituales. Para ganar á

los jóvenes, los esperaba al salir de las casas de estudios, se hacia de su amistad con el encanto de su conversacion, y trabajaba en seguida en su reforma. De esta manera convirtió á Enrique Petra, quien, andando el tiempo, llegó á ser un santo sacerdote, y el director de una congregacion de catequistas, cuyos trabajos obtuvieron los mas felices resultados. Otra de sus conquistas fué Theseo Raspa, que se constituyó compañero de su celo, y murió santamente en la congregacion del Oratorio. Juan Manzoll, movido por sus exortaciones, renunció valerosamente á grandes riquezas, por adquirir los bienes eternos. A estas conversiones siguieron otras muchas de que hablaré despues.

No era, sin embargo, este ministerio por el que suspiraba Felipe: él anhelaba por pecadores, es verdad; pero queria grandes pecadores que satisficiesen su celo. Dedicóse, pues, á buscar á estos hermanos desgraciados, trabó amistad con aquellos que correspondieron á sus insinuaciones, y logró atraer un gran número de ellos á la virtud. Solo las mugeres se excluyeron entonces de sus solicitudes. Se sentia muy joven aún para abordar un ministerio tan peligroso. Sin embargo, algun dia llegará su vez, como adelante veremos.

Entre los pecadores que él sacó del cieno de la culpa, hubo uno cuya conversion referiré, para dar idea á mis lectores de la habilidad de nuestro pescador de hombres. Este desgraciado, aunque

de un ilustre nacimiento, se deshonraba hacia algun tiempo por una vida sumamente depravada. Teníanle aprisionado en sus redes dos demonios poderosos; el de la impureza y el de la avaricia. Su confesor, despues de ensayar inutilmente la virtud de los sacramentos, acabó por negarle la absolucion. Afligióle profundamente este rigor, y su pesar llegó á inspirarle un paso que le fué saludable. Va á ver á Felipe, le dá parte del motivo de su dolor, y le ruega que se interese en su suerte, socorriéndole con sus oraciones. Movido á compasion el siervo de Dios, comienza por consolarlo; en seguida, como le ve flotante entre los deseos de su conversion y el afecto á los objetos de sus pasiones culpables, le anima diciéndole: "Vamos, hermano mio, tened confianza; yo me encargo de vuestro negocio con Dios; yo le rogaré y le suplicaré que se apiade de vos, hasta que haya roto vuestras cadenas. En efecto, fué tan eficaz su oracion, que á pocos dias se cambió completamente el corazón del joven: se separó de la ocasion de sus crímenes, recibió la absolucion y se aprovechó de tal suerte de los consejos del santo, que fué en pocos dias un cristiano ejemplar.

No podia el demonio sufrir tantas pérdidas sin aborrecer de muerte al que se las ocasionaba. Determinó perderle tendiéndole un lazo en el ministerio de su caridad. Dos hombres de costumbres perdidas, fueron á verlo un dia con la depravada intencion de conducirle á participar de sus desor-

dénes. El asalto fué uno de los mas crúdos, porque no perdonaron ninguno de los medios que el infierno pudo sugerirles: pero ¿qué puede todo el abismo contra un soldado de Jesucristo que no se espone al peligro sino por orden de su capitán? Obligado Felipe á oír sus pestilentes discursos, cerró á ellos su corazón, é imploró los socorros de la divina gracia; y pintó en seguida con tanta fuerza y suavidad, la belleza y nobleza de la virtud, juntamente con lo horrible y torpe del vicio, que los que creían vencerle salieron vencidos, y dichosamente atraídos al bien.

Difícil sería enumerar todos aquellos á quienes Felipe, aun siendo secular, hizo que abrazasen los consejos evangélicos. Poblábanse los monasterios de diversos órdenes con los reclutas que él les enviaba. Por este motivo San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesus, le llamaba con mucha gracia *Felipe Campana* y he aquí como esplicaba su pensamiento: "Así como, decia, una campana de iglesia llama á todo el mundo á que entre al templo y se queda ella en su torre, así tambien este hombre apostólico, hace entrar en religion á los demas, quedándose él en el siglo." Este gran santo quiso comprometer muchas veces á Felipe, á que entrase en su Compañía, pero siempre inutilmente. Mas no vaya á creerse que la resistencia de Felipe fuese por falta de veneracion al santo fundador, ó porque estimase poco su orden; no ciertamente, sino porque era su voca-

cion hacer que fuesen otros religiosos sin serlo él: Mas luego que llegó á convencer de esto á su ilustre amigo, este dejó de instarle.

No podian desecharse impugnemente los consejos de este hombre de Dios. Observaron muchas personas, que todos aquellos que reusaron rendirse á sus exhortaciones, no pararon en bien.

He aquí de ello dos ejemplos: Un sábio, cuya vida lo era todo, menos cristiana, se encontró un dia con nuestro santo, y este le instó vivamente á que hiciese penitencia. Este hombre soberbio y endurecido, le contestó que no queria hacerla y se retiró en seguida: aquella misma tarde fué asesinado. Otro pecador á quien el santo suplicaba encarecidamente se reconciliase con Dios, no quiso prestarse á sus caritativas instancias: ocho dias despues fué preso por la justicia y condenado á muerte. Salváronle del cadalso algunos amigos poderosos; pero en cambio de una prision perpetua é infamante.

El celo de Felipe por la salvacion de las almas no le hacia olvidar las obras corporales de la caridad. El sabia muy bien ejercitarse en unas, sin omitir las otras. Eran necesarios grandes inconvenientes para que dejase de ir diariamente á los hospitales; este era el lugar de sus delicias, porque aquí encontraba al mismo tiempo miserias espirituales y corporales que curar, lo que ciertamente era un verdadero festin para su caridad. Ocupábase allí en barrer las salas, en hacer las camas,

en curar las llagas de los enfermos, y en ministrales las medicinas prescritas; pero no eran estos oficios mas que la menor parte de sus servicios. Consolaba en sus tristezas á unos, sostenia la paciencia de otros, exhortaba á estos al arrepentimento de sus pecados, á aquellos á la confianza en la bondad divina; se fijaba en el lecho del que agonizaba y permanecia con él hasta que habia entregado su alma al Criador. Esta conducta excitó desde luego la admiración pública, confirmando la opinion que desde mucho antes se tenia de su santidad. Acudíase en tropel á este teatro de sus virtudes para edificarse con tan bello espectáculo. Hizose mas todavía; imítosele. Clérigos, seculares, jóvenes y ancianos, los mismos nobles se derramaron en los hospitales de la ciudad, y repitieron con santa emulacion lo que veian hacer al siervo de Dios. De aquí tuvo su origen la institucion de los clérigos reglares para el cuidado de los enfermos, que á muy poco tiempo se estableció en Roma, teniendo por fundador á S. Camilo de Lelis, uno de los discípulos de nuestro santo, quien sin duda lo dirigió en esta bella empresa. Por lo mismo tuvo siempre para con estos nuevos religiosos, un corazón de padre. Se complacia en verlos en sus trabajos, los visitaba muy frecuentemente, los animaba con sus poderosas exhortaciones, y en una ocasion les dió parte de una vision relativa á su edificante ministerio. “¿Quereis saber, les dijo, cuánto agrada á Dios vuestra caridad? Yo he

visto, y os lo digo con toda verdad, á dos de vosotros rodeados de angeles que os sugerian lo que habias de decir á los enfermos, para bien de sus almas.”

CAPITULO IV.

Establece Felipe la congregacion de la Santísima Trinidad. Es promovido á los Sagrados ordenes, y entra en la casa llamada de San Gerónimo.

A caridad siempre activa de Felipe, encontró aún necesidades que remediar. Tratóse de abrir un asilo á los convalecientes que salian de los hospitales, y á los peregrinos pobres que acudian de todas partes á esta gran ciudad. Manifestó este proyecto á su confesor Persiano Rosa, sacerdote de alta virtud, quien agradado de él, convino aquel mismo dia, es decir, el 16 de Agosto de 1548, formase Felipe, con los dos objetos indicados, una asociacion de hombres caritativos, bajo el título de la Santísima Trinidad. He aquí cuales fueron los principios de esta grande obra. Obtuvo el siervo de Dios la iglesia de San Salvador, el campo y casa

3

en curar las llagas de los enfermos, y en ministrales las medicinas prescritas; pero no eran estos oficios mas que la menor parte de sus servicios. Consolaba en sus tristezas á unos, sostenia la paciencia de otros, exhortaba á estos al arrepentimento de sus pecados, á aquellos á la confianza en la bondad divina; se fijaba en el lecho del que agonizaba y permanecia con él hasta que habia entregado su alma al Criador. Esta conducta excitó desde luego la admiración pública, confirmando la opinion que desde mucho antes se tenia de su santidad. Acudíase en tropel á este teatro de sus virtudes para edificarse con tan bello espectáculo. Hizose mas todavía; imítosele. Clérigos, seculares, jóvenes y ancianos, los mismos nobles se derramaron en los hospitales de la ciudad, y repitieron con santa emulacion lo que veian hacer al siervo de Dios. De aquí tuvo su origen la institucion de los clérigos reglares para el cuidado de los enfermos, que á muy poco tiempo se estableció en Roma, teniendo por fundador á S. Camilo de Lelis, uno de los discípulos de nuestro santo, quien sin duda lo dirigió en esta bella empresa. Por lo mismo tuvo siempre para con estos nuevos religiosos, un corazón de padre. Se complacia en verlos en sus trabajos, los visitaba muy frecuentemente, los animaba con sus poderosas exhortaciones, y en una ocasion les dió parte de una vision relativa á su edificante ministerio. “¿Quereis saber, les dijo, cuánto agrada á Dios vuestra caridad? Yo he

visto, y os lo digo con toda verdad, á dos de vosotros rodeados de angeles que os sugerian lo que habias de decir á los enfermos, para bien de sus almas.”

CAPITULO IV.

Establece Felipe la congregacion de la Santísima Trinidad. Es promovido á los Sagrados ordenes, y entra en la casa llamada de San Gerónimo.

A caridad siempre activa de Felipe, encontró aún necesidades que remediar. Tratóbase de abrir un asilo á los convalecientes que salian de los hospitales, y á los peregrinos pobres que acudian de todas partes á esta gran ciudad. Manifestó este proyecto á su confesor Persiano Rosa, sacerdote de alta virtud, quien agradado de él, convino aquel mismo dia, es decir, el 16 de Agosto de 1548, formase Felipe, con los dos objetos indicados, una asociacion de hombres caritativos, bajo el título de la Santísima Trinidad. He aquí cuales fueron los principios de esta grande obra. Obtuvo el siervo de Dios la iglesia de San Salvador, el campo y casa

3

vecina, y se estableció allí con quince discípulos dóciles y fervorosos. Dividieron su tiempo entre la meditación y piadosas conversaciones, en las que se animaban mutuamente á la práctica de las virtudes, frecuentando los sacramentos y edificándose mas con sus ejemplos que con su palabras. En breve tiempo acudió el pueblo á su iglesia, atraído por la fama de su santa vida; é inflamado su celo á vista de este concurso, establecieron en su favor algunos egercicios piadosos acompañados de exhortaciones. A los principios solo se verificaban estos egercicios el primer Domingo de cada mes, en el jubileo de cuarenta horas, y en la semana santa, llevando Felipe todo el trabajo de estas piadosas distribuciones. Predicaba muchas veces al dia, con tanta unción y fuerza, que inflamaba á los justos y aterrorizaba á los pecadores. No habia corazon por duro que fuese, que no se ablandara al fuego de sus palabras. Uno solo de sus discursos, ayudado de la poderosa energía de la gracia, hizo entrar en el sendero de la virtud á treinta jóvenes libertinos. Otros muchos vinieron á escucharle, atraídos solamente por la curiosidad, y aun algunos por solo divertirse con los sermones de un secular, cosa no acostumbrada en aquella época; pero heridos con la autoridad de su palabra y movidos por su celo, se volvieron muy otros de como habian venido.

Sin embargo, esta buena obra no era mas que accesoria á su empresa; porque, como dije antes,

allí solo se trataba de recoger á los peregrinos y convalecientes, siendo preciso preparar la casa, amueblarla y hacerse de recursos, y todo esto lo hacia Felipe con una santa actividad. En fin, estando ya todo dispuesto á principios del año de 1550, abrió las puertas de su precioso refugio. Las circunstancias no podian ser mas favorables: el Papa Julio III acababa de conceder un jubileo que atrajo á Roma una multitud de peregrinos, entre los que habia muchos pobres que no sabian donde encontrar un asilo en que albergarse. No bastó la casa del santo hombre para recibirlos; fué preciso alquilar otra mas capaz, que no se desocupó durante este tiempo de gracia y de salud. Era ciertamente un hermoso espectáculo el que presentaba esta nueva hospedería, en la que dia y noche estaban de pié Felipe y sus compañeros para recibir á los que llegaban y despedirse de los que se iban. Acogian á los que entraban con el aire mas afable, les lavaban los pies y les servian un refresco, mientras llegaba la hora de comer. En el entre tanto, unos se ocupaban en la cocina, otros en disponer las mesas, estos barrian los aposentos, aquellos tendian las camas, llenando todos sus funciones con un aire tan alegre y pronto, que cualquiera echaba de ver facilmente que aquellos hombres servian, mas que á los pobres, al Dios de los pobres. Algunos de estos hombres caritativos, que no estaban encargados del cuidado de los cuerpos, se ocupaban del de las

almas, instruyendo á los ignorantes ó exhortando al amor de la virtud y á la práctica de los consejos evangélicos.

Muchos jóvenes romanos, movidos con estos ejemplos de caridad, entraron á esta sociedad hospitalaria y abrieron nuevos asilos á los peregrinos; de suerte que muy pronto hubo ya lugar para todos. Este comportamiento junto con los ejemplos y hábil direccion de su santo fundador, elevó prontamente á estos hombres de bien, á una eminente perfeccion. Voy á probarlo, citando algunos rasgos de sus vidas. Uno de ellos supo por revelacion, que se acercaba ya el fin de sus dias; hizo llamar á su hermana y le dijo: "Sábeta, hermana mia, que yo debo morir tal dia y á tal hora." El suceso verificó este anuncio profético, porque murió el dia y hora indicados. El que desempeñaba el oficio de cocinero en la primera casa, recorrió con tal prontitud los caminos del espíritu, que en muy poco tiempo llegó á la via unitiva. Ocupado todo el dia, aprovechaba la noche para entregarse á la oracion, la que ordinariamente hacia en el jardín, por atraerle mucho á este santo ejercicio la vista del cielo y de las estrellas. Y en efecto, apenas fijaba sus ojos sobre este hermoso espectáculo, cuando entraba su alma en un santo éxtasis, acompañado de las mas dulces y suaves consolaciones.

Ya no faltaba á Felipe, para dar complemento á la grande obra que se habia propuesto, mas que

abrir á los convalecientes sus puertas hospitalarias; y esto fué justamente lo que hizo luego que comenzó á disminuir la muchedumbre de peregrinos. Fué esto para su tierno corazon, un consuelo muy dulce, porque se afligia, hacia ya mucho tiempo, al ver á aquellos desgraciados que apenas curaban de sus males cuando se les despedia de los hospitales; de donde salian sin saber donde conseguir un pedazo de pan que llevar á la boca y un asilo en que abrigarse, espuestos por lo tanto á una recaida, que acaso los pondria en peor estado que el primero. Felipe los recogia con una santa ansia, cuidando de reparar sus fuerzas, y no los despedia hasta que los veia enteramente restablecidos, y aun entonces proveia á sus necesidades, procurándoles un trabajo que pudiera proporcionarles su subsistencia.

Muy pronto el concurso de peregrinos, interrumpido, puede decirse, por un momento, comenzó de nuevo, y trajo tan considerable número, que fué preciso abandonar la casa de San Salvador y pasar á la de San Benito, que era mas grande; y sin embargo todavia fué demasiado pequeña, por lo que Felipe la hizo reedificar en seguida bajo un plan mas vasto, cambiando entonces su antiguo nombre por el de la Santísima Trinidad. Apenas puede creerse el número prodigioso de peregrinos que se hospedaron en ella los años siguientes. Con ocasion, por ejemplo, del jubileo del año de 1600, recibieron allí hospitalidad, doscientos seten-

ta mil extranjeros. Cuantas personas piadosas habia en Roma, quisieron tomar una parte personal en esta grande obra. Las señoras mas distinguidas, los hombres mas notables, los príncipes, los cardenales, venian á servir á los pobres. El papa Clemente VIII, que entonces reinaba, vino en persona y se dignó lavar los pies de algunos peregrinos, estendiéndose la humildad de este sumo pontífice hasta el grado de servir las mesas; ejemplo admirable que imitaron despues sus sucesores Urbano VIII, Inocencio X, Clemente IX y Clemente X.

Era evidente la vocacion al estado eclesiástico, de un hombre que habia recibido en tan alto grado el espíritu apostólico. Sin embargo, su humildad no le permitia ni aun pretenderlo, y por lo mismo permanecia en el estado secular. Fué preciso que su confesor le obligase, muy á su pesar, á tomar los sagrados órdenes. No fué en verdad fácil cosa el lograr determinarlo. Escusóse cuanto pudo, alegando su incapacidad, su indignidad y su debilidad. “En fin, le dijo su confesor, vos Felipe, quereis obrar el bien; y lo hareis mas fructuosa y libremente como sacerdote que como secular; y por otra parte, Dios me ha hecho conocer que tal es su voluntad respecto de vos, y os exijo que la ejecuteis. Supuesto que es así, padre mio, respondió el humilde santo, voy á obedecer.” Efectivamente, tomó la primera tonsura poco tiempo despues, á los treinta y seis años de

su edad, y en el mismo mes recibió los órdenes menores, el subdiaconado y diaconado; cosa permitida antes del concilio tridentino, que prescribió los intersticios. Tres meses despues fué promovido á la dignidad sacerdotal.

Retiróse entonces á la casa de S. Geronimo, donde vivian algunos sacerdotes eminentes en virtud: estos eran Bonsignor Cacciaguerra, Persiano Rosa, Francisco Marsupini, que, despues de la muerte de Rosa, fué el confesor de Felipe, otro Francisco llamado el Español y Pedro Spadari, que sucedió á Marsupini como director de la conciencia de nuestro santo, y fué el último que murió de todos los miembros de esta pequeña sociedad; entregándose entonces Felipe á la direccion del Padre Juan Bautista Perusio, de la Compañía de Jesus, á quien sustituyó algunos años despues Cesar Baronio, que fué su confesor hasta el fin de su carrera.

Estos hombres de Dios vivian juntos sin sujetarse á regla alguna, pero estrechamente unidos con los dulces vínculos de la caridad. Ninguno tenia autoridad sobre los demas; pero reinaba entre ellos una edificante unanimidad. Se amaban como hermanos, se honraban reciprocamente segun el precepto del Apóstol, y solo se diferenciaban los que habian entrado despues respecto de sus anteriores, en que los consideraban como á sus hermanos mayores. No tenian mesa comun; cada uno comia en lo particular; pero se reunian en se-

guida para conversar juntos, trabajaban de concierto en procurar la gloria de Dios y salvacion del prógimo, y recogian muy abundantes frutos de su santo ministerio.

Encargóse á Felipe por los superiores, el oír las confesiones, y logró en el desempeño de este encargo un fruto igual á su celo. Ya en este tiempo se habia extinguido enteramente el fuego de la caridad en los corazones; los mejores cristianos se contentaban con comulgar en las pascuas, y creian hacer mucho los mas piadosos, comulgando una vez más. Afligido el siervo de Dios al ver una relajacion tan funesta, emprendió poner remedio á ella y secundado vigorosamente por sus dignos colaboradores, renovó el piadoso uso de la frecuencia de sacramentos. Por lo demas, este suceso tan consolador, no presentó tantas dificultades como se hubiera creido. No fué menester mas que facilitar á los penitentes el acceso al santo tribunal: prueba incontestable, que el fervor de los cristianos depende en gran parte, del celo de sus sacerdotes. Haciendo á un lado toda otra ocupacion, se estableció Felipe dias enteros en la iglesia, confesando á todos los que se presentaban, y prolongando su trabajo, quando era necesario, hasta despues de muy avanzada la noche. Esto no le impedia admitir en su cuarto, antes de la aurora, á los artesanos, quienes se aprovechaban muy bien de este favor. Para no hacer aguardar á los penitentes, los despachaba á todos

antes de ofrecer el santo sacrificio de la misa. Quando ya no habia nadie en el confesonario, se quedaba por allí cerca, con un libro en la mano, ó se ponía á rezar, paseándose bajo el vestíbulo del templo. Aun en los dias en que se hallaba enfermo, era necesaria toda una espresa prohibicion del facultativo, para que dejase de salir á cumplir su tarea acostumbrada. Dios le premió su santo celo, haciéndole gustar dulces consuelos en este santo ministerio, en el que, segun confesion suya, encontraba mas gusto que trabajo.

Luego que tuvo entre sus penitentes hombres capaces de la vida espiritual, les encargó se reuniesen en su cuarto lo mas frecuentemente que pudiesen, á fin de nutrirlos con los alimentos que les convenian y hacerlos de esta suerte progresar en la virtud. Allí sentado en medio de ellos, proponia algun asunto sacado de algun vicio ó virtud, de los ejemplos que nos han dado los santos, ó de algun pasage de las divinas Escrituras, haciéndoles conferenciar sobre él cierto tiempo. En seguida tomaba él mismo la palabra y desenvolvía el asunto con tanta afluencia y claridad, y de un modo tan penetrante, que sus oyentes quedaban movidos é inflamados. Temblaba entonces todo su cuerpo, y el mismo cuarto se estremecia con aquellos sacudimientos sobrenaturales, de que ya he hablado, y algunas veces sucedia tambien que llevado por el espíritu de Dios, quedaba suspenso en el aire. Poco á poco se fué aumentando el nú-

méro de sus discípulos, hasta llegar el caso de ser indispensable echar abajo las traviezas de los cuartos contiguos al de Felipe, á fin de que pudiesen caber.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
CAPITULO V.

Quiere Felipe partir á las Indias. Se le aconseja permanezca en Roma para trabajar en la conversion de los Judios y hereges, lo que hace con muy felices resultados.

EN aquel tiempo no se hablaba en Roma mas que de las conquistas que hacian en las Indias, San Francisco Xavier y sus compañeros. Procuróse Felipe algunas cartas de estos hombres apostólicos y las hizo leer en las reuniones de que acabo de hablar. Fácil es concebir el efecto que producirían en una alma tan fervorosa como la suya. “¡Qué lástima, dijo á sus discípulos, que haya tan pocos obreros para recoger tan abundante cosecha! ¿Porqué no hemos de ir nosotros á ayudarles?” Comunicóse su celo á algunos de sus oyentes, siendo los principales de entre ellos, Tarugi Policiano, jóven tan distinguido por su virtud como por su nobleza, y

dos médicos distinguidos, Juan Bautista Modio y Antonio Fucci. Estos valerosos cristianos en número de veinte, dijeron á su maestro que estaban resueltos á seguirle á las Indias para trabajar allí en la conversion de los infieles, derramando su sangre por la fe, si Dios los juzgaba dignos de semejante favor. Transportado Felipe de alegría, hizo elevar al sacerdocio á los que estaban capaces de él, preparándose todos para partir cuanto antes. Sin embargo, acostumbrado Felipe á no hacer ninguna cosa importante sin orar y aconsejarse, empleó muchos dias en conferenciar con Dios su piadoso designio, suplicándole le diese á conocer su soberana voluntad. En seguida fué á ver á un monge Benedictino del convento de S. Pablo, con quien tenía suma confianza, y le sometió el grande negocio que meditaba. Este religioso, tan modesto como sábio, no quiso tomar sobre sí una resolucion de tanto tamaño; y aconsejó á su amigo recurriese á la alta prudencia de Agustin Ghertino, abad Cisterciense del convento de S. Vicente y S. Anastasio.

No podia en verdad elegir mejor guia en semejante caso; porque este hombre era un santo célebre por sus luces proféticas. Fué á verle Felipe y le manifestó su designio rogándole le indicase su parecer. Este, despues de escucharle con grande atencion, le pidió algunos dias para inquirir en la oracion la voluntad divina: volvió Felipe el dia señalado, y le dijo: “Cuando consultaba

méro de sus discípulos, hasta llegar el caso de ser indispensable echar abajo las traviezas de los cuartos contiguos al de Felipe, á fin de que pudiesen caber.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
CAPITULO V.

Quiere Felipe partir á las Indias. Se le aconseja permanezca en Roma para trabajar en la conversion de los Judios y hereges, lo que hace con muy felices resultados.

EN aquel tiempo no se hablaba en Roma mas que de las conquistas que hacian en las Indias, San Francisco Xavier y sus compañeros. Procuróse Felipe algunas cartas de estos hombres apostólicos y las hizo leer en las reuniones de que acabo de hablar. Fácil es concebir el efecto que producirían en una alma tan fervorosa como la suya. “¡Qué lástima, dijo á sus discípulos, que haya tan pocos obreros para recoger tan abundante cosecha! ¿Porqué no hemos de ir nosotros á ayudarles?” Comunicóse su celo á algunos de sus oyentes, siendo los principales de entre ellos, Tarugi Policiano, jóven tan distinguido por su virtud como por su nobleza, y

dos médicos distinguidos, Juan Bautista Modio y Antonio Fucci. Estos valerosos cristianos en número de veinte, dijeron á su maestro que estaban resueltos á seguirle á las Indias para trabajar allí en la conversion de los infieles, derramando su sangre por la fe, si Dios los juzgaba dignos de semejante favor. Transportado Felipe de alegría, hizo elevar al sacerdocio á los que estaban capaces de él, preparándose todos para partir cuanto antes. Sin embargo, acostumbrado Felipe á no hacer ninguna cosa importante sin orar y aconsejarse, empleó muchos dias en conferenciar con Dios su piadoso designio, suplicándole le diese á conocer su soberana voluntad. En seguida fué á ver á un monge Benedictino del convento de S. Pablo, con quien tenía suma confianza, y le sometió el grande negocio que meditaba. Este religioso, tan modesto como sábio, no quiso tomar sobre sí una resolucion de tanto tamaño; y aconsejó á su amigo recurriese á la alta prudencia de Agustin Ghertino, abad Cisterciense del convento de S. Vicente y S. Anastasio.

No podia en verdad elegir mejor guia en semejante caso; porque este hombre era un santo célebre por sus luces proféticas. Fué á verle Felipe y le manifestó su designio rogándole le indicase su parecer. Este, despues de escucharle con grande atencion, le pidió algunos dias para inquirir en la oracion la voluntad divina: volvió Felipe el dia señalado, y le dijo: “Cuando consultaba

yo al Señor sobre vuestro negocio, se me apareció S. Juan Evangelista y me dijo: "Que no piense Felipe en ir á las Indias; él y los suyos están donde Dios los quiere, pues en Roma es donde deben trabajar por la salvacion de las almas." En seguida me enseñó las aguas de las tres fuentes que ha hecho tan célebres el martirio de S. Pablo, cambiadas en sangre, y me dió á entender ser este un presagio de alguna grande calamidad que amenaza á Roma." Felipe se sometió á esta órden del Cielo, y no pensó ya mas que en obrar el bien donde lo queria la divina Providencia. Desde este momento pareció tomar su celo nuevos incrementos. Hubiera querido convertir á todos los pecadores, y conducir al Pastor celestial todas sus ovejas errantes. Este deseo le seguia por todas partes, lo preocupaba incesantemente, movia sus afectos y producía sus alegrías y sus dolores.

Por ejemplo, no podia ver un Judío sin gemir profundamente y derramar lágrimas por su triste suerte; y si encontraba ocasion de trabajar en su conversion, tentaba todos los medios para ganarlo á Jesucristo. Iba un dia á la basilica de Letran con un noble Milanes seguido de un criado judío, y apercibiendo que este desgraciado permanecía con la cabeza cubierta y apartaba sus ojos del altar, se inflamó su celo y acercándose á este hombre, le dijo: "¿Qué es lo que haceis, amigo mio? Rogad con nosotros al Hijo de Dios hecho hombre, oculto en ese tabernáculo, y decidle: Si sois el Cristo, Hijo de Dios.

vivo, el libertador prometido á nuestros padres, ilustrad mi entendimiento para que crea en vos, y me haga cristiano.---No puedo hacer esto, respondió el criado, sin dudar de mi religion, y esto no me es permitido.---Ahora bien, repuso Felipe, dirigiéndose á los que estaban presentes, roguémos, hermanos míos, por este pobre hombre: él será cristiano, y bien podeis contar con ello." No fué vana la prediccion, porque á pocos dias quiso que se le instruyera, y dócil á la gracia, abrazó la fé y se hizo bautizar.

La víspera de la gran fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, Marcelo Ferrí, sacerdote y discípulo de nuestro santo, iba á la iglesia del Vaticano para asistir á las primeras vísperas, y advirtió bajo el peristilo á dos jóvenes Hebreos que manifestaban pertenecer á un rango distinguido. Arrastrado hácia ellos por un impulso de la divina gracia, se les aproxima, los saluda y traba con ellos conversacion. Despues de hablar de cosas indiferentes, vino á los dogmas de nuestra fé, y tocó la gloria de que gozan los santos apóstoles. "Ellos eran judíos como vosotros, les dice, y creyendo en Jesucristo obtuvieron el sumo bien. Si sois sábios, reclamad su poderosa proteccion, rogadles que intercedan por vosotros; ellos lo harán, no lo dudeis, y el Padre de las misericordias os comunicará la ciencia prometida á su pueblo. ¿Quereis, añadió, que os haga yo conocer á un hombre que todo el mundo mira como santo?---Sí

queremos; respondieron los jóvenes; pero por ahora no es posible. Si lo llevais á bien, volveremos mañana á la misma hora á aguardaros aquí, é iremos juntos á ver á ese hombre santo de que nos hablais.” Volvieron, en efecto, á la hora citada, y Marcelo los condujo á Felipe que habitaba entonces en la casa de la caridad. Nuestro santo los recibió con una bondad á que se manifestaron muy reconocidos, y esta primera conversacion los atrajo de tal suerte á él, que durante muchos meses no dejaron de visitarle un solo dia. Pasó despues algun tiempo sin que volvieran, é inquieto Felipe por su ausencia, envió á Marcelo á averiguar qué le habia sucedido.

Este á fuerza de indagar, llegó al último á descubrir su morada, y fué recibido por la madre á quien preguntó cómo se hallaban. “Uno de ellos está muy malo, respondió esta muger, derramando lágrimas. Una disenteria acompañada de una fuerte fiebre, lo ha puesto en tal estado, que ya voy perdiendo la esperanza de su salud.—Permitidme que lo vea, dijo el padre, me intereso mucho por él, y él lo sabe muy bien.” Consintió en ello voluntariamente y lo condujo á su recámara. El enfermo estaba profundamente aletargado; pero al oír la voz conocida de Marcelo, volvió en sí y pareció estar muy contento de su visita. Viendo esto la madre, corrió á traer una bebida que no habia podido hacerle tomar, y rogó al padre que se la ofreciese. Este recibió el vaso y acercándose

al enfermo, le dijo al oído: “El Padre Felipe os recomienda mucho, no dejeis medio alguno para curaros.” Al nombre de Felipe, sonrióse el joven y apuró la copa de un solo trago. Marcelo habló en seguida un poco con la madre, y antes de salir, se inclinó sobre el lecho del enfermo y le dijo en voz baja: “Acordaos, hijo mio, que habeis prometido al padre haceros cristiano.—Me acuerdo bien, respondió, y si Dios me da salud, cumpliré mi promesa.” Vuelto á casa Marcelo, dió cuenta á Felipe de todo lo que pasaba. “Supuesto que es así, respondió, nosotros le curaremos con nuestras oraciones.” En efecto, no tardó en recobrar la salud; volvió entonces con su hermano muy frecuentemente á ver al padre, y á pocos dias recibieron ambos el santo bautismo.

A estas dos conversiones se siguió otra mucho mas importante. Un joven Judío de mas elevada esfera y de una educacion muy distinguida, se dejó prender en la red de nuestro santo y recibió solemnemente el bautismo en la basílica del Vaticano. Contra lo acostumbrado, siguió viviendo en la misma casa de su padre, sin que Felipe se opusiese á ello. Esto llegó á noticias del Papa, quien desaprobó esta tolerancia que le parecia temeraria, y reprendió por ella á Felipe, quien le dijo: Ruego á Vuestra Santidad me perdone esta falta á la regla comun: yo tengo por cierto, que el padre no solo no podrá nada sobre su hijo, sino que este llegará al fin á convertir á aquel!” En efecto,

este hijo puso muy pronto á su padre en relaciones con nuestro santo, quien le instruyó y le hizo cristiano. Esta conquista trajo otras mas: este hombre tenia un hermano que murió en ese tiempo, y dejó cuatro hijos todavia niños, y como su tío los tomó á su cuidado para tener ocasion de conducirlos al cristianismo. Luego que los tuvo en su casa, los condujo al hombre de Dios, quien los recibió con aquella tierna caridad que le era ordinaria, no diciéndoles ni una palabra de religion; encargóles sí que volvieran á verlo, lo que ellos le prometieron seriamente. Volvieron, en efecto algun tiempo despues, y aun en esta vez no se dedicó á otra cosa que á ganar su afecto, entreteniéndoles con cosas que pudieran agradales; solamente les dijo al despedirse: "Rogad amiguitos míos, al Dios de Abraham, de Isac y de Jacob, que os ilustre con su divina luz, para que podais conocer la verdad; yo uniré mis oraciones á las vuestras, y para mejor conseguirlo, mañana aplicaré la misa con esta intencion." No solo cumplió este santo hombre lo que habia prometido, sino que impulsado tambien de su caridad, comprometió á toda la comunidad á que tomase parte en esta buena obra. El tío, tambien por la suya, no omitió cosa para ponerlos en camino de conversion; pero inutilmente porque opusieron una resistencia invencible. Habiendo llegado esto á noticias de Felipe, ofreció por ellos nuevamente el santo sacrificio de la misa. Esto fué lo bastante;

porque volviendo el tío á la carga ese mismo dia, ellos le ofrecieron sin contradiccion hacerse cristianos. Habló la gracia tan poderosamente al corazon de estos jóvenes, que ni las caricias de la madre, ni las amenazas de sus parientes pudieron apartarlos de la resolucion que habian tomado. Cuando llegó esta noticia á los discípulos del santo, ya no les sorprendió; porque él les habia asegurado desde antes, que tal habia de ser el resultado de este negocio.

Muy pronto los jóvenes convertidos vinieron á pedir que se les instruyese. Se comenzó desde luego á catequizarlos, y por muchos dias volvieron con esactitud; pero uno de ellos fué arrebatado de una aguda fiebre que lo condujo á las puertas del sepulcro. Sabedor Felipe de su estado, fué á visitarle y le dijo tocándole el pecho y la cabeza: "Yo no quiero, hijo mio, que te mueras ahora; dirian los Hebreos que Dios te castigó porque dejaste la ley de Moises; podria ser aun que nos acusaran de haberte quitado la vida: haz que me lleven noticia de tí mañana temprano, yo aplicaré por tí la misa y pediré lo que convenga." Luego que el santo salió, uno de sus discípulos, llamado Pedro Consolini dijo al enfermo: "Ten ánimo, hijo mio, este padre hace milagros, y supuesto que él lo ha dicho, te curará." La noche siguiente, en lugar de disminuir el mal, se aumentó de tal manera, que creyó el médico que iba ya el enfermo á espirar, y llamó á su tío para que recogiese sus últi-

mos suspiros. Luego que amaneció volvió á verlo Pedro Consolini, y corrió en seguida á dar cuenta de su estado á Felipe. Este dijo la misa por él, y fué tan pronto el efecto, que se encontró el enfermo completamente sano y se levantó al momento con grande admiracion de su tío. Vino el médico como al medio dia y no encontrando en el enfermo ninguna fiebre, exclamó admirado: "El P. Felipe sabe mas que todos los médicos; ese hombre es un santo. No puedo dudar de ello despues de semejante milagro."

Vino el siervo de Dios, luego que anocheció, á ver al convaleciente, y le dijo al oído: "Hijo mio, tu hora habia llegado; pero los judíos endurecidos hubieran hecho alarde de tu muerte, y por eso no debí permitirte: da gracias á Dios, y disponte á consagrarte á su Magestad." Dos meses despues fué bautizado con sus hermanos en la basilica de Letran por el Papa Clemente VIII. Luego que se hicieron cristianos fué su primer cuidado trabajar en la conversion de su madre. Para ello emplearon las caricias y exhortaciones; sacáronla aun del barrio de los judíos, y la llevaron á la casa de una señora piadosa, despues de lo cual dieron cuenta de todo á su padre espiritual y le suplicaron la ganase á Jesucristo. "Nos es llegado aun el tiempo, hijos míos, les respondió el santo, él llegará, yo os lo aseguro, y entonces será mas fructuosa su conversion que lo seria hoy." No fué vana esta prediccion; porque cinco años despues se

convirtió esta señora con veinte y cuatro personas de su familia.

Sin embargo, el celo de este santo sacerdote no se limitaba á la sola conversion de los judíos, sino que trabajaba al mismo tiempo en reducir á los hereges al gremio de la Iglesia, haciendo volver á su seno gran número de ellos, movidos por sus discursos, y mas aún por sus eminentes virtudes. Aconteció entonces un suceso que le hace demasiado honor, para que pueda pasarse en silencio.

Un sectario fanático llamado Paleólogo, predicaba en Roma monstruosos errores y no perdonaba medio alguno para hacerse de partidarios. El santo oficio llegó á aprehenderlo y encerrarlo en sus cárceles; pero antes de ponerlo en tela de juicio quiso ver si lograba su conversion. Disputaron victoriosamente con él hábiles teólogos; mas no llegaron á convencerle: tentóse tambien aunque en vano el medio de la exhortacion, sucediendo las amenazas con igual inutilidad. Despues de estas diligencias se le juzgó y condenó á ser quemado vivo. Llegó á saber esta noticia Felipe á tiempo que ya se le conducia á la hoguera, estando entonces ocupado en oír confesiones en la iglesia de S. Gerónimo. Movido hasta lo íntimo de sus entrañas nuestro santo, no pudo resolverse á dejar perecer de esta suerte á aquel desgraciado. Deja el confesonario, vuela á encontrar la fúnebre procesion, se hace paso por enmedio de la multitud, abraza al criminal y se esfuerza en ablan-

dar su corazón. El tiempo urgía, porque ya casi se llegaba al lugar del suplicio; obtiene una palabra de esperanza, manda hacer alto á los soldados, quienes obedecen bien á la autoridad de su palabra, ó bien á la veneracion que les inspira. Despues de hablar unos momentos con el paciente, le hace sentar en una silla, que ha mandado traer de una casa vecina, y este desgraciado, que hasta allí se habia manifestado tan endurecido, deplora y retracta publicamente sus errores con admiracion y alegria de los numerosos testigos de este espectáculo. A ruegos de Felipe, mandan los magistrados que el reo vuelva á la prision; y desde este momento le hace continuas visitas nuestro santo, para consolidar su conversion no omitiendo cosa alguna que á su juicio pudiera contribuir á perfeccionar su penitencia. Despues de probarle de la manera mas demostrativa los dogmas que habia atacado, se dedicó á nutrir su compuncion por medio de las mas penetrantes exhortaciones: haciéndole en seguida leer las vidas de los santos, “porque, decia él: el orgullo es el que hace los hereges y los ejemplos de los santos son mas propios que toda otra cosa para hacer inclinar las cervices duras al yugo de Jesucristo.”

Paleólogo acabó por creerse y parecer contrito: tanto así habia tomado imperio sobre su corazón la caridad del santo. Sin embargo, este sospechaba de su conversion; porque muchas veces manifestó á sus discípulos, no estar enteramente satisfecho de ella. ¡Ah! sus temores eran sobra-

damente fundados. Por un efecto de la inconstancia humana, el infeliz recayó, volviéndole aun Felipe á levantar. Dos años despues recayó nuevamente, y entonces el magistrado le hizo quitar la cabeza. Cesar Baronio, que le asistió en aquel momento supremo, atestigua que pareció arrepentirse sinceramente, lo que permite esperar que el Señor le haya perdonado.

CAPITULO VI.

Felipe manda á Baronio que escriba los análes eclesiásticos.



MIENTRAS que el hombre de Dios trabajaba en Roma con tanto celo en la conversion de los pecadores, la criminal reforma protestante se deramaba como un torrente impetuoso en las regiones del norte, devastando la Iglesia de Jesucristo. Las ciudades mas grandes y populosas habian ya perdido el precioso depósito de la fé, y el contagio se propagaba cada dia mas y mas. Espantado y desolado Felipe con este diluvio de males que amenazaba inundarlo todo, buscaba un poderoso dique que oponer á tan formidable corriente; y es-

dar su corazón. El tiempo urgía, porque ya casi se llegaba al lugar del suplicio; obtiene una palabra de esperanza, manda hacer alto á los soldados, quienes obedecen bien á la autoridad de su palabra, ó bien á la veneracion que les inspira. Despues de hablar unos momentos con el paciente, le hace sentar en una silla, que ha mandado traer de una casa vecina, y este desgraciado, que hasta allí se habia manifestado tan endurecido, deplora y retracta publicamente sus errores con admiracion y alegria de los numerosos testigos de este espectáculo. A ruegos de Felipe, mandan los magistrados que el reo vuelva á la prision; y desde este momento le hace continuas visitas nuestro santo, para consolidar su conversion no omitiendo cosa alguna que á su juicio pudiera contribuir á perfeccionar su penitencia. Despues de probarle de la manera mas demostrativa los dogmas que habia atacado, se dedicó á nutrir su compuncion por medio de las mas penetrantes exhortaciones: haciéndole en seguida leer las vidas de los santos, “porque, decia él: el orgullo es el que hace los hereges y los ejemplos de los santos son mas propios que toda otra cosa para hacer inclinar las cervices duras al yugo de Jesucristo.”

Paleólogo acabó por creerse y parecer contrito: tanto así habia tomado imperio sobre su corazón la caridad del santo. Sin embargo, este sospechaba de su conversion; porque muchas veces manifestó á sus discípulos, no estar enteramente satisfecho de ella. ¡Ah! sus temores eran sobra-

damente fundados. Por un efecto de la inconstancia humana, el infeliz recayó, volviéndole aun Felipe á levantar. Dos años despues recayó nuevamente, y entonces el magistrado le hizo quitar la cabeza. Cesar Baronio, que le asistió en aquel momento supremo, atestigua que pareció arrepentirse sinceramente, lo que permite esperar que el Señor le haya perdonado.

CAPITULO VI.

Felipe manda á Baronio que escriba los análes eclesiásticos.



MIENTRAS que el hombre de Dios trabajaba en Roma con tanto celo en la conversion de los pecadores, la criminal reforma protestante se deramaba como un torrente impetuoso en las regiones del norte, devastando la Iglesia de Jesucristo. Las ciudades mas grandes y populosas habian ya perdido el precioso depósito de la fé, y el contagio se propagaba cada dia mas y mas. Espantado y desolado Felipe con este diluvio de males que amenazaba inundarlo todo, buscaba un poderoso dique que oponer á tan formidable corriente; y es-

to dió origen á las conferencias cotidianas que estableció en su Oratorio, en donde él ó los suyos es-
ponian con tanta claridad como fuerza los dogmas
que contradecian los novadores. Habiendo teni-
do conocimiento de las Centurias de Magdeburgo,
pérfido romano imaginario, para desnaturalizar la
tradicion y mostrarla favorable á sus innovaciones
heréticas, le ocurrió el feliz pensamiento de opo-
nerle una verdadera historia eclesiástica, y encar-
gó de este trabajo al sábio Baronio. “Nos falta,
le dijo, una historia completa desde la venida de
Nuestro Señor Jesucristo hasta la época presente;
registrad todos los escritores eclesiásticos, y mos-
tradnos por quien y como fueron establecidas las
iglesias; lo que enseñaban los padres y lo que han
decidido los concilios. Relatad las actas de los
mártires y hacednos ver que la fe debió sus pro-
gresos á las persecuciones. Cuando hayais llega-
do á la conversion de los príncipes, procurareis
establecer bien esta triste verdad; que la Iglesia
pierde poco á poco en santidad lo que gana en ri-
quezas y en poder.”

Espantado Baronio de una empresa que jamás
habia imaginado, hizo cuanto pudo para librarse
de acometerla. “Yo no tengo nada de lo que se
necesita para esto, dijo á su padre; acostumbrado
á solo hablar al pueblo, no tengo mas que un esti-
lo familiar, y no estoy dotado de erudicion; y
¿cómo podría yo ser erudito cuando no tengo tiem-
po para estudiar?” Poco ó nada convencido Fe-

lipo con estas excusas, porque conocia su capaci-
dad, insistió en que pusiese mano á la obra; mas
cuando á pesar de sus muchas instancias, vió que
su discípulo no se rendía, ocurrió al medio mas
eficaz. “Parece, le dijo, que necesitais que os lo
mande. Pues bien, yo os mando, que, dejando
toda otra ocupacion le presteis á la Iglesia este
servicio que os exijo.” Aterrorizado Baronio con
esta órden tan terminante que no esperaba, quiso
aun hacer el último esfuerzo. Pretendió que sien-
do evidente la necesidad de semejante obra, exci-
taria el celo de hombres mas versados que él en
las cosas eclesiásticas: añadió haber oido decir
que Onofre Pauvino, uno de los escritores mas
eruditos de la época, se ocupaba ya de este tra-
bajo. “Muy bien puede ser todo eso, respondió
el padre; pero á pesar de todo, haced lo que os
mando, y confiad en Dios, que él os ayudará.”
El respeto impidió á Baronio replicar mas; pero
permanecia siempre muy vacilante, engañado de
una ilusion á la que Nuestro Señor fué servido po-
ner remedio.

La noche siguiente vió en sueños, á Onofre Pau-
vino que le rogaba continuase la obra que él ha-
bia comenzado, y como rehusase acceder á sus de-
seos, recurrió á los ruegos mas eficaces. Sin embar-
go, él seguia resistiéndose, cuando oyó una voz que le
dijo: “Ceded, Baronio, porque no es á Pauvino
sino á vos á quien yo mando escribir los Análes
eclesiásticos.” Reconociendo Baronio la voz de

su maestro, se sorprendió de oírle hablar, estando ausente. A otro día deseoso de comprender este misterio, refirió á Felipe lo que le habia pasado, y este respondió con su sagaz humildad: “¡Qué lástima que no sea yo José el hijo de Jacob!” [*] Convencido, por último, que Dios exigía de él este trabajo, se entregó enteramente á los estudios necesarios para desempeñarlo, y empleó treinta y siete años en reunir los preciosos materiales, comunicando sucesivamente á su padre el resultado de sus indagaciones. Al cabo de este tiempo comenzó á escribir su obra, sirviéndose mas, segun su propia confesion, de las oraciones de nuestro Santo, que de su propio talento. He aquí porque despues de la muerte de éste, estando ya condecorado Baronio con la púrpura romana, hizo fingir sobre su sepulcro un libro que tenía por título: Octavo volumen de los Análes eclesiásticos; y mas abajo esculpió esta inscripcion.

Caesaris Baronii, S. R. E. presb. cardinalis, tit. SS. Mart. Nerei et Achilléi, et S. Sedis apostólicae bibliothecarii, pro Annalibus ecclesiasticis, beato patri Philippo Nereo, congreg. Oratorii fundatori: gratiarum actio.

Monumento remuneratorio, dedicado por César Baronio, cardenal presbítero de la santa iglesia romana, del título de los santos mártires Nereo y

(*) Alude esta expresion del Santo, al don que tenía José para interpretar los sueños,

Achileo, y bibliotecario de la Santa Sede apostólica, al bienaventurado P. Felipe Neri, fundador de la congregacion del Oratorio, por los Análes eclesiásticos.

“Yo no pude hablar con claridad, (dice este hombre sábio, al comenzar su octavo volumen), de la parte tan grande que tuvo mi padre Felipe en la ejecucion de esta obra, mientras vivió sobre la tierra; porque no solo le desagradaba que se le elogiase, sino que tenía un ódio profundo á sus alabanzas. Hoy que está ya en el cielo, quiero que mi pluma, ya libre, lleve á lo léjos el testimonio de la muy apreciable cooperacion suya en este largo y difícil trabajo. Justo es, y yo sería un ingrato, si sepultase en el olvido tan importantes servicios. Por otra parte, el recuerdo de nuestros padres nos es siempre grato y provechoso; porque nos trae á la memoria la obligacion que tenemos de no degenerar de sus virtudes. Tal es el consejo que nos dan los divinos oráculos. “Acordaos, dice el profeta Isaías, de la cantera de donde habeis sido cortados, y del manantial de que habeis salido. Atended que Abraham fué vuestro padre y Sara vuestra madre (Isa. Cap. 51, v. 1 y 2).” Por lo comun, puede decirse, que todas las cosas prósperas que acontecen á los hijos, las deben en gran parte á los que les dieron el ser. ¡Oh! ¡cuánto debo yo á este gran siervo de Dios! yo que fuí su discípulo desde mi juventud, yo, cuyas inclinaciones viciosas reprimió, y á quien preservó de

tantas caidas funestas; yo, en fin, que soy deudor á su espíritu apostólico de las pocas virtudes que poseo y del poco bien que he hecho.

“Pero volviendo á mis Análes, declaro á todos los que los leyeren, que mi bienaventurado padre fué mas su autor que yo mismo. ¿Qué clase de hombre no sería yo, si en lugar de partir mis prósperos sucesos con aquel á quien se los debo, solo los atribuyese á mis propios talentos? ¿Si cómo el arrogante de que habla el mismo profeta, dijera ó permitiera que se creyese que “Todo lo he hecho con el poder de mi brazo, y lo tracé con mi sabiduría? ¡Oh! entonces atraería sobre mi cabeza la terrible reprension que se hizo á este orgulloso: “¿Por ventura, se gloriará la segur contra el que corta con ella, ó se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve?” Dios me libre de un pecado que castigó con tanto rigor, derribando de su trono á ese príncipe orgulloso y enviándole á vivir con las bestias. [Isaias, c. 10, v. 13, 15]. ¿Mas acaso me glorío yo en el hombre y no en el Señor? No lo permita su Magestad; solo quiero que se sepa que el Padre de las luces se sirvió de este santo hombre para ilustrar y guiar mi inteligencia, á fin que el instrumento tenga en mi justa gratitud la parte que le pertenece. ¡Oh padre mio! no he olvidado ni olvidaré jamas la indignacion que te causaron las Centurias calumniosas salidas de Magdebourgo, ó mejor dicho, de las puertas del infierno. Tú te quejaste á Dios de

tantos ultrajes hechos á tu Iglesia y á su Espíritu, y te inspiró el medio que debias adoptar para rechazarlos, que fué el de oponer la gran luz de la verdad á las tinieblas de la mentira. Haz, me dijiste entonces, una obra sacada de las puras fuentes, que manifieste los hombres y los acontecimientos tales cuales han sido. Yo resistía á tus consejos, creyéndome incapaz de semejante trabajo; pero hube de ceder á tu autoridad para poder estar en paz conmigo mismo. Tuviste presente entonces, lo mismo que yo, que Dios gusta servirse de lo mas débil y miserable, segun el mundo, para confundir á lo que segun él es fuerte: por este motivo escojiste á tu hijo mas jóven é ignorante, para entrar en batalla con una legion de sábios acostumbrados á la disputa. Puse mano á la obra, aunque de mala voluntad, y muchas veces me ví tentado á abandonarla. Pero tú estabas á mi lado, padre mio, imponiéndome con tu presencia, obligándome con tus reprensiones y exigiéndome, como un cruel exactor, perdóname lo que digo, el empleo de mi tiempo, no permitiéndome ocupase de otra cosa que de tu empresa. Mi obediencia, lo confieso, era muy defectuosa; y como no consultaba mas que á mis propias fuerzas, sin pensar en el socorro divino que tus oraciones me obtenian, casi te acusaba de tirano, y me quejaba muy particularmente de que no me dieses á lo menos uno de mis hermanos para que me ayudase en mis investigaciones.

Perdóname, padre mio, perdóname: ahora veo bien el poderoso socorro que recibía de tí, sin que me sea posible dudar de él.

“Semejante al profeta Eliseo, que al poner su mano sobre la de Joas, cuando lanzaba sus flechas, le hizo vencedor del rey de Siria; tú tambien juntaste á mi mano débil la tuya poderosa, y aguzaste mi pluma transformándola en dardo penetrante y temible á nuestros enemigos. De esta suerte, padre mio, tú eras quien combatías, aunque con agena mano. Por lo demas, todos verán en esta circunstancia uno de los ardides habituales de tu modestia; que al obrar maravillas atribuía á otro el mérito, pues nada temias mas que las alabanzas de los hombres. Hé aquí, tambien por qué se te veia ordinariamente ocultar tu sabiduría bajo la apariencia de la locura, practicando á la letra el consejo del Apóstol: “Que el que quiera hacerse sábio comience por hacerse nécio. (I. Cor., 3).”

“Pero este honor de que tú huías con tanto cuidado, se te reservaba en la gloria celestial, á donde habia de volvésete con usura. Yá llegó el dia de la justicia y de la remuneracion. La Providencia, rompiendo el vaso de tierra que ocultaba tu lámpara invisible, la ha puesto ya al descubierto; ella brilla hoy con una luz refulgente que lleva á lo léjos la fama de tus milagros. Tú sabias sofocar la voz de los que hacias durante tu vida mortal; pero Dios no ha permitido que per-

manecieran siempre ocultos. Todo el mundo los conoce ya, y realizasé su esplendor cada dia con nuevas maravillas. Desde lo alto de los cielos padre mio, favorece estos Análes que son obra tuya, y acaben tus ruegos lo que ellos comenzaron, á fin de que los enemigos de la Iglesia sean pulverizados y que tú solo tengas el honor de la victoria.

“Muerto San Basilio, aun servia de amonestador á su amigo Gregorio. Préstame el mismo servicio, oh padre lleno de caridad, para que acabe santamente mi carrera mortal y llegue al fin al reposo dichoso de que gozas en el trono de Dios, á quien sea toda alabanza, honor y gloria por los siglos de los siglos.”

He dejado hablar hasta aquí al cardenal Baronio; mas añadiré un hecho análogo á lo que acaba de decirnos. Pocos dias antes de dejar la tierra nuestro santo, hizo venir cerca de sí á su sábio discípulo y le dijo: “Sabed, Cesar, que no debeis de envaneceros con vuestros Análes. Puedo aseguraros que son ménos efecto de vuestro talento que de una gracia particular que os ha venido de lo alto.”—“Yá sabia yo, padre mio, respondió Baronio, y lo confieso sinceramente que si esta obra tiene algun valor, lo debo á vos y á vuestras oraciones.”—“Yo os aconsejo, añadió el santo, que hagais concordar vuestras leyendas con el Martirologio romano; la verdad eclesiástica aparecerá con mas claridad y las mentiras de los enemigos

se desvanecerán como las nubes á la salida del sol." Baronio no fué el único de sus discípulos que participó de su celo contra los hereges. Tomas Bozzio, escribió sabiamente sobre los caracteres de la verdadera Iglesia, y Antonio Gallonio, un compendio de las vidas de los santos, que la muerte no le permitió concluir.

CAPITULO VII.

Felipe pone los fundamentos de su Congregacion, tal vez sin saberlo.

FERA ya tan grande el número de los discípulos de Felipe, que su cuarto, á pesar del aumento de que hemos hablado, no bastaba á contenerlos. Ocurrióle entonces hacer construir sobre las bovedas de la iglesia un vasto oratorio, lo que hizo en efecto en 1558. Allí reunia todos los dias á sus discípulos, despues de comer, haciéndoles conferencias de cosas espirituales y exhortándolos poderosamente á la práctica de los consejos evangélicos. Los domingos y dias festivos salía con ellos y los conducía á una de las iglesias de la ciudad, ya para asistir á las vísperas

ó completas, ó ya para que oyesen la palabra de Dios. Comunmente iban á Santa Maria la Minerva, en donde un hermano predicador, atraía á la muchedumbre con sus sermones sobre el salmo 50; era este el Padre Vicente Herculano, tan notable por sus virtudes como por su elocuencia, y que despues fué obispo de Perousa.

Felipe, cuyo celo por la gloria de Dios y salvacion de las almas se aumentaba incesantemente, concibió poco tiempo despues un proyecto, que no podia dejar de producir un bien inmenso: este fué restablecer las santas asambleas usadas en los primitivos tiempos de la iglesia. Por consiguiente, abrió al público su oratorio todos los dias al anochecer, para edificarlo con la meditacion é instruirlo en la doctrina cristiana. Esto causó una gran novedad, porque no se acostumbraba predicar en Roma mas que los domingos y dias festivos: no obstante, acudió la multitud, y estos ejercicios espirituales produjeron los mas felices resultados. De aquí, por decirlo de paso, tomó la casa el nombre de colegio del Oratorio, llamándose tambien á los sacerdotes que los presidian, los padres del Oratorio. He aquí como se hacian estas distribuciones. Dábase principio por meditar un rato bastante corto, leiase despues un poco algun libro espiritual, y de tiempo en tiempo, el que presidia interrumpia la lectura para esplicar y desenvolver lo que se habia leído, haciendo de esta suerte que se sacase mayor fruto. Con mucha frecuencia roga-

se desvanecerán como las nubes á la salida del sol." Baronio no fué el único de sus discípulos que participó de su celo contra los hereges. Tomas Bozzio, escribió sabiamente sobre los caracteres de la verdadera Iglesia, y Antonio Gallonio, un compendio de las vidas de los santos, que la muerte no le permitió concluir.

CAPITULO VII.

Felipe pone los fundamentos de su Congregacion, tal vez sin saberlo.

FERA ya tan grande el número de los discípulos de Felipe, que su cuarto, á pesar del aumento de que hemos hablado, no bastaba á contenerlos. Ocurrióle entonces hacer construir sobre las bóvedas de la iglesia un vasto oratorio, lo que hizo en efecto en 1558. Allí reunia todos los dias á sus discípulos, despues de comer, haciéndoles conferencias de cosas espirituales y exhortándolos poderosamente á la práctica de los consejos evangélicos. Los domingos y dias festivos salía con ellos y los conducía á una de las iglesias de la ciudad, ya para asistir á las vísperas

ó completas, ó ya para que oyesen la palabra de Dios. Comunmente iban á Santa Maria la Minerva, en donde un hermano predicador, atraía á la muchedumbre con sus sermones sobre el salmo 50; era este el Padre Vicente Herculano, tan notable por sus virtudes como por su elocuencia, y que despues fué obispo de Perousa.

Felipe, cuyo celo por la gloria de Dios y salvacion de las almas se aumentaba incesantemente, concibió poco tiempo despues un proyecto, que no podia dejar de producir un bien inmenso: este fué restablecer las santas asambleas usadas en los primitivos tiempos de la iglesia. Por consiguiente, abrió al público su oratorio todos los dias al anochecer, para edificarlo con la meditacion é instruirlo en la doctrina cristiana. Esto causó una gran novedad, porque no se acostumbraba predicar en Roma mas que los domingos y dias festivos: no obstante, acudió la multitud, y estos ejercicios espirituales produjeron los mas felices resultados. De aquí, por decirlo de paso, tomó la casa el nombre de colegio del Oratorio, llamándose tambien á los sacerdotes que los presidian, los padres del Oratorio. He aquí como se hacian estas distribuciones. Dábase principio por meditar un rato bastante corto, leíase despues un poco algun libro espiritual, y de tiempo en tiempo, el que presidia interrumpia la lectura para esplicar y desenvolver lo que se habia leído, haciendo de esta suerte que se sacase mayor fruto. Con mucha frecuencia roga-

ba Felipe á sus hermanos que emitiesen su opinion acerca de lo que habian oido, y resultaba de aquí un diálogo que encantaba al auditorio. Este ejercicio duraba una hora; en seguida subia un padre al púlpito, y durante un cuarto de hora hacia un discurso familiar; otro empleaba tambien otro cuarto en referir algun pasage de la historia eclesiástica, y por último terminaba la distribucion con un cántico piadoso.

Habiendo aprobado el Sumo Pontífice esta institucion, progresó de un modo maravilloso, no solo en el Oratorio, sino tambien en otras muchas iglesias en donde se apresuraron otros sacerdotes á establecerla. Felipe supo inventar aun, con su celo ingenioso, nuevos medios para propagar la piedad cristiana. Hacia mucho tiempo que gemia este santo hombre al ver la falta de frecuencia de sacramentos en aquella época; y he aquí el medio de que se valió para revivir su uso.

Todos los domingos y dias de fiesta hacia venir á confesarse á todos aquellos de sus penitentes de que podia disponer, los dedicaba á la meditacion y les daba la comunión al celebrar el santo sacrificio de la misa. En seguida los dividia en secciones y los enviaba á los hospitales á servir á los enfermos y trabajar en su salvacion. Tomaron tal gusto á este edificante ministerio treinta ó cuarenta de entre ellos, que convinieron unánimemente practicarlo todos los dias: distribuyéronse por consiguiente los siete de la semana, y todos

á su vez iban á desempeñar este doble oficio de caridad cristiana con tanta eficacia y buena voluntad, que causaban no poca admiracion.

Estos hombres, y otros, tambien venian en la noche del Domingo á ver á nuestro santo, y se iban en su compañía á los maitines de los religiosos Dominicos ó Capuchinos. Por lo comun llegaban antes de comenzar el oficio, de suerte que al entrar al coro los religiosos, lo encontraban lleno de jóvenes seculares, lo que ciertamente no podia ménos de edificarlos. Respecto á Felipe, acostumbró, por muchos años, asistir cada noche al oficio de los Dominicos; motivo por el que estos religiosos le habian confiado una llave de su iglesia.

No parecia sino que el siervo de Dios, con su celo admirable, estaba encargado de remediar todos los abusos y de satisfacer por todos los pecadores; y de aquí es que en los dias de desórdenes y escándalos, tales como los Lupercales, se le veía rodeado de sus fervorosos discípulos, visitando las siete principales basílicas de Roma. Al principio iban ellos solamente con su padre; pero bien pronto llegó á hacerse popular esta devoción, hasta el caso de acompañarle mas de dos mil personas, no tardando aun los mismos religiosos en mezclarse con aquella piadosa muchedumbre.

Veíanse pues entre ella, á muchos Dominicos y Capuchinos que acudian en cuerpo con sus novicios: Esta multitud caminaba ordenada entonando himnos y cánticos; y al llegar á cada igle-

sia, subia un religioso al púlpito, y dirigia á la asamblea una breve pero enérgica exhortacion. Luego que llegaban al último templo que era el de San Sebastian, se decia una misa solemne, en la que comulgaban muchas personas. Todo este pueblo se dirigia en seguida hácia los paseos de algun lugar inmediato; allí se reunian las comunidades, agrupándose tambien las familias, y sentados todos sobre el verde cesped, almorzaban modestamente, y luego volvian á la ciudad, conmoviéndola con sus cánticos y festivas melodías. He aquí como los santos saben muy bien mezclar lo útil con lo agradable, y bajo su direccion tiene tambien la piedad sus placeres y recreos.

Era tal la conmocion de Felipe en estas ocasiones, que mas de una vez llegó á apoderarse de él la fiebre. Por lo demas, Dios manifestó por medio de un milagro, cuán agradables le eran estos piadosos ejercicios. Un día fué sorprendida la procesion por una terrible borrasca entre la basilica de San Pablo y la de San Sebastian: disponíanse á huir los concurrentes, cuando levantó la voz Felipe, y les dijo: “No tengais cuidado; yo os aseguro que no lloverá.” No cayó sobre los que se quedaron una sola gota de agua, al paso que fueron inundados, los que se creyeron salvarse por medio de la fuga.

Todos estos piadosos ejercicios produjeron en Roma tal fervor, que llegó á creerse, habian vuelto aquellos bellos dias de la primitiva Iglesia. En

efecto, podía decirse de una multitud de personas lo que dice el Evangelio de los primeros cristianos; que perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la oracion y en la fraccion del pan: por lo mismo, los preladados, al paso que los hombres espirituales, maravillados de tan bello espectáculo, aprobaban con sumo gusto las industrias del Santo, y no economizaban las alabanzas de su cielo. He aquí, por ejemplo, como se expresaba sobre él Juan Rubeo, en una carta dedicatória que dirigió al mismo santo. “Entre las cosas que excitaron mi admiracion, luego que llegué á Roma en el año pasado, la que me causó mayor alegría, fué el espectáculo que ofrece vuestro Oratorio de la Caridad. Yo no podia volver de mi admiracion ni contener mis lágrimas, al ver la piedad de vuestros numerosos discípulos, salidos de todas las clases de la sociedad y de diversas naciones, rivalizando en celo por la salvacion de sus almas. Por lo demas, vuestras edificantes y sólidas instrucciones me explicaban estos felices efectos, y ya no me sorprendió ver á tantos de vuestros hijos espirituales renunciar al mundo por ir á buscar en el claustro la perfeccion evangélica.”

Los Florentinos que habitaban en Roma, movidos de las virtudes de sus conciudadanos, y admirados del bien que les veían practicar, desearon emplear su celo en propio provecho suyo. Acababan de edificar en su barrio una iglesia nacional dedicada á San Juan Bautista, y de unánime

consentimiento, enviaron á Felipe una comision á fin de rogarle la gorbarnase, ofreciéndole bajo esta condicion, el que fabricarian junto á ella un hermoso convento. “Esta proposicion, les dijo, es demasiado importante para pue yo la pueda aceptar ligeramente: os suplico me permitais un poco de tiempo para consultar con Dios en la oracion. Si su voluntad corresponde á vuestros deseos, podreis contar desde luego con mis servicios.” Recurrió en efecto á la oracion, y algunos dias despues volvieron los mencionados y les manifestó francamente no serle posible abandonar la casa de la Caridad. Estos, afligidos por la negativa de Felipe, pidieron una audiencia al sumo Pontífice, y le suplicaron mandase á nuestro santo que obsequiara sus deseos. “Esa es mi voluntad, respondió Pio IV, y así podeis asegurárselo.” Volvieron ellos muy contentos á Felipe, quien lleno de respeto al mandato del Santo padre, aceptó el cargo, pero bajo la condicion que continuaria viviendo en la casa de San Gerónimo, llamada de la Caridad.

Necesitando entónces de mas sacerdotes para este ministerio de almas, hizo promover al sacerdocio á tres de sus discípulos, Baronio que fué despues cardenal; Bordini, que con el tiempo fué confesor del Papa Clemente VII, y mas tarde obispo de Aviñon, y al piadoso Ripano. Ordenados ya, los envió á vivir en la casa de los Florentinos, y poco tiempo despues les agregó otros dos nuevos sacerdotes, que fueron el célebre Tarugio y Angel Velli de Preeneste. Todos cinco se orga-

nizaron entónces en comunidad, repartiéndose entre sí los empleos necesarios. Tocó la cocina á Baronio, quien hufano de su obediencia, escribió con un carbon sobre la pared en letras grandes: César Baronio, cocinero perpetuo. Todas las mañanas iban á San Gerónimo á confesarse con su padre, ó al ménos á manifestarle su conciencia; despues volvian á su iglesia á decir misa y á oir á los penitentes que se les acercaban. Durante la comida leía un jóven de los discípulos un trozo de la Biblia y un poco de la vida de algun santo; en seguida iban á San Gerónimo á reunirse con sus hermanos, y al ponerse el sol volvian á San Juan Bautista para dar al pueblo los egercicios espirituales, con excepcion de la noche del Sábado, que la empleaban en barrer la iglesia y disponer los altares para la solemnidad del Domingo. En este dia, lo mismo que en los demas de fiesta, se sentaban al confesonario desde muy temprano, y permanecian en él toda la mañana, ménos el que tenia que cantar la misa mayor, pues este solo confesaba hasta la hora en que debia salir al altar. Al evangelio subía Baronio ó Bordini al púl-pito, y dirigia un discurso al pueblo, bajando en seguida á su confesonario. Despues de vísperas, iban todos juntos, ó bien á Santa María Minerva, ó bien á Santa María de los Martires, á donde el padre Felipe se encontraba con los suyos, para conferenciar familiarmente sobre cosas espirituales. Si el tiempo estaba sereno, la reunion se te-

nia fuera; mas si llovía se verificaba dentro de la misma iglesia. Los seculares acudían también á estas piadosas reuniones, de las que salían sumamente edificados. En la estación del invierno, se hacia la reunion en el Oratorio de San Gerónimo, siendo de creer que el santo variaba de esta suerte los lugares de sus ejercicios, para hacer extensiva la piedad en todos los barrios de Roma. Estas idas y vueltas de los padres de San Juan Bautista, continuaron por diez años, á pesar de su incomodidad; pero en 1574 consiguieron hacer habitualmente sus ejercicios en su iglesia, mucho mas grande y cómoda que el Oratorio de la Caridad.

Poco tiempo despues, Tuvenal Ancina, cuya memoria aun permanece en bendicion, escribia á su hermano: "Hace ya muchos dias que asisto todas las noches á los ejercicios que se hacen en el Oratorio de San Juan de los Florentinos, y en verdad que esto es la mas bella cosa del mundo. Despues de una plática sobre algun punto espiritual, sigue una edificante exhortacion acompañada de algunos pasages tomados de las vidas de los santos, una leccion de historia eclesiástica, y un concierto tan tierno como armonioso. La nobleza acude á estos espetáculos de nuevo género; viniendo tambien los cardenales y prelados, y todos estan encantados. Se nos han leído las vidas de San Francisco de Asis y de San Antonio de Padua; y á fé mia, que estas narraciones son de-

masiadamente interesantes. Los sacerdotes que presiden estas reuniones, son unos hombres tan recomendables por su ciencia, como por su virtud, y tienen por principal á un padre llamado Felipe Neri, cuya fama pública maravillas. Parece que es un santo dotado en sumo grado del divino don de convertir y satisfacer las almas. Son prodigiosas sus industrias, tiene tanta prudencia como habilidad en todas sus invenciones. Los padres Tolet y Possevin, lo veneran lo mismo que los demas. Es el oráculo de los Romanos, y debería yo decir mas bien que lo es de la Europa entera, porque de todas partes vienen á pedirle consejo."

CAPITULO VIII.

Sufre Felipe crudas persecuciones, y establece su congregacion del Oratorio.

DESDE

el origen de estos piadosos ejercicios, previó el demonio con su natural sagacidad, los copiosos frutos que ellos habian de producir, y desde luego determinó de-

nia fuera; mas si llovía se verificaba dentro de la misma iglesia. Los seculares acudían también á estas piadosas reuniones, de las que salían sumamente edificados. En la estación del invierno, se hacia la reunion en el Oratorio de San Gerónimo, siendo de creer que el santo variaba de esta suerte los lugares de sus ejercicios, para hacer extensiva la piedad en todos los barrios de Roma. Estas idas y vueltas de los padres de San Juan Bautista, continuaron por diez años, á pesar de su incomodidad; pero en 1574 consiguieron hacer habitualmente sus ejercicios en su iglesia, mucho mas grande y cómoda que el Oratorio de la Caridad.

Poco tiempo despues, Tuvenal Ancina, cuya memoria aun permanece en bendicion, escribia á su hermano: "Hace ya muchos dias que asisto todas las noches á los ejercicios que se hacen en el Oratorio de San Juan de los Florentinos, y en verdad que esto es la mas bella cosa del mundo. Despues de una plática sobre algun punto espiritual, sigue una edificante exhortacion acompañada de algunos pasages tomados de las vidas de los santos, una leccion de historia eclesiástica, y un concierto tan tierno como armonioso. La nobleza acude á estos espetáculos de nuevo género; viniendo tambien los cardenales y prelados, y todos estan encantados. Se nos han leído las vidas de San Francisco de Asis y de San Antonio de Padua; y á fé mia, que estas narraciones son de-

masiadamente interesantes. Los sacerdotes que presiden estas reuniones, son unos hombres tan recomendables por su ciencia, como por su virtud, y tienen por principal á un padre llamado Felipe Neri, cuya fama pública maravillas. Parece que es un santo dotado en sumo grado del divino don de convertir y satisfacer las almas. Son prodigiosas sus industrias, tiene tanta prudencia como habilidad en todas sus invenciones. Los padres Tolet y Possevin, lo veneran lo mismo que los demas. Es el oráculo de los Romanos, y debería yo decir mas bien que lo es de la Europa entera, porque de todas partes vienen á pedirle consejo."

CAPITULO VIII.

Sufre Felipe crudas persecuciones, y establece su congregacion del Oratorio.

DESDE

el origen de estos piadosos ejercicios, previó el demonio con su natural sagacidad, los copiosos frutos que ellos habian de producir, y desde luego determinó de-

clarar la guerra al siervo de Dios, creyendo que acaso así podría desanimarlo de su empresa. ¿De dónde vino sino de este enemigo de todo bien, el odio que concibieron contra nuestro santo el médico y uno de los sujetos principales de la casa que habitaba? Comenzaron estos por burlarse en lo privado de las reuniones que tenía en su cuarto, y pasaron después á mofarse de ellas publicamente. Al mismo tiempo dos religiosos desertores de su convento, que habían venido á vivir en la misma casa que Felipe disfrazados de sacerdotes, encontraron en ellos los enemigos del santo, dos poderosos auxiliares. Encargados ambos del oficio de sacristanes, supieron aprovecharse de su posición para hacer al siervo de Dios cuantos insultos pudieron imaginar. Si veían que venía á decir misa, le cerraban la puerta de la sacristía: y si lograba entrar antes que ellos le viesen, no le daban los ornamentos que necesitaba, ó si se los daban, le ponían los más sucios y usados, mofándolo é insultándole groseramente. Otras veces, después de dejarlo revestirse, le pedían el ornamento que se había puesto y le obligaban á quitárselo. Otras le arrebataban de las manos el misal ó el cáliz y lo guardaban en la taquilla. Por tal de amenizar sus crueles diversiones, aguardaban á que hubiera salido al altar, y aun á que hubiera comenzado la misa, para ir entonces á decirle que no podía celebrar en aquel altar, obligándole á ir á otro, ó tal vez á volverse á la sa-

crístia. En fin no perdonaban vejación alguna para conseguir que mudase de domicilio.

Sin embargo, considerando este santo hombre cuán dichoso era en padecer por Jesucristo, sufría estos oprobios sin quejarse, oraba fervorosamente por sus perseguidores, y no dejaba escapar ocasión alguna de gratificar sus beneficios y servicios, como él les llamaba. Indignados algunos de sus discípulos por esta pérfida conducta que se observaba con su buen padre, le aconsejaron abandonase aquella casa inhospitalaria, y él les respondió: “No permita Dios, que yo deje una cruz que se ha servido hacerme llevar.” Y en efecto, esto era ciertamente lo que el demonio hubiera querido, pues no deseaba otra cosa que hacer cesar aquellos piadosos ejercicios. Continuó pues la persecución, y con tanta mayor furia, cuanto que el santo se mostraba más afable y paciente. Un día, por último, que sus bárbaros enemigos le persiguieron hasta el altar, no pudo evitar un sentimiento de dolor, que á pesar de todo no pasó á su voluntad, porque al momento fijó sus ojos en el crucifijo y dirigió al Señor esta patética oración:

“¡Oh mi buen Jesús! ¿os habeis acaso alejado de mí? ¿Cómo es que me abandonais en la recia tribulación que me agobia? Hace ya mucho tiempo que os pido paciencia y no puedo conseguirla. ¿De cuándo acá, oh Señor, os habeis hecho sordo á mis ruegos.” Entonces escuchó en lo interior de su corazón la voz de su Dios que le

decia. "Por que deseas la paciencia, no quiero que cese esta prueba; ella te procurará lo que solicitas." Conselado y fortificado Felipe con estas palabras, sufrió despues con tal constancia, que al fin logró desarmar á sus perseguidores, y hacerse, digámoslo así, insensible á toda clase de ultrages. Diré para edificacion de mis lectores, el modo como terminó esta tragedia.

Yendo un dia Felipe á casa, se encontró con los dos religiosos apóstatas, de que ya he hablado, y de los cuales, uno, como si estuviera poseido del demonio, le dijo en su presencia las mas insultantes palabras. Recibió todo esto el santo con tan admirable paciencia, que el otro religioso llegó á indignarse de la demasiada insolencia de su compañero, hasta el grado de alzar la mano contra el que prodigaba aquellos denuestos á Felipe. Pero entonces éste le detuvo el brazo, y por medio de la dulzura y suavidad de sus palabras logró apaciguar su cólera. Sorprendido y admirado de tan rara caridad, comenzó á amar al siervo de Dios. A poco tiempo vino á pedirle perdon, le tomó por su confesor; y por sus consejos, volvió á su monasterio, á donde se condujo en lo sucesivo como un fervoroso religioso. El médico, que era la causa de todo este mal, no tardó tambien en seguir este ejemplo. Entró un dia al cuarto de Felipe, en medio de una numerosa concurrencia, echóse á sus piés, y entre sollozos y gemidos le pidió perdon de las ofensas que le habia

hecho. Desde entónces fué uno de sus mas afectos discípulos, muriendo poco tiempo despues en los sentimientos de la mas pura piedad.

Apenas se habia apaciguado esta tempestad, cuando puso Dios á su siervo en una prueba mucho mas sensible, con ocasion de las visitas de las santas iglesias de que hemos hablado ya. Es verdad que muchos se edificaban al ver al pueblo marchar en pos de Felipe á visitar aquellos templos; pero tambien lo es que otros murmuraban altamente de esta institucion, y juzgaban que debia suprimirse. Pero ¿por qué motivo? se nos preguntará. Porque engañados por una malicia, que por desgracia es propia de hombre, suponian en Felipe intenciones que estaban en verdad muy ejos de él, pues atribuian lo que puramente hacia á honra y gloria de Dios á un sentimiento de orgullo y arrogancia; y por lo tanto se les oía decir: "¿No es una cosa indigna de verse, un hombre que profesa humildad, recorriendo las calles como un triunfador, dándose en espectáculo á la ciudad entera?" Otros encontraban motivo para murmurar, en los gastos que otorgaba el almuerzo campestre que daba al pueblo en tales ocasiones, y decian por burla, que el santo lo convidaba á comer bien. Otros mas políticos, parecian temer que estas reuniones llegasen á causar sediciones, y pretendian que la tranquilidad pública exigia su sacrificio. No ignoraba Felipe todos estos discursos; pero no hacia aprecio de ellos, porque

sabia bien que no los dictaba otro que el espíritu de tinieblas.

Se propagaron, sin embargo, estos rumores y llegaron hasta el vicario del soberano Pontífice, quien mal instruido de la cosa mandó llamar á Felipe y sin querer oírle, le dijo con un aire muy enfadado: “¿Cómo no os avergonzais, cuando debiais estar muerto al mundo, de mendigar sus favores y sus aplausos? porque no puede ser otro el motivo de que os manifesteis en público con tanta pompa, y tambien quizá pretendéis con estas demostraciones de piedad, obtener algunas dignidades eclesiásticas. Imperdonable cosa es en un hombre como vos esta vanagloria y esta ambicion. Os prohibo confesar por quince dias, y os mando que renunciéis á vuestras visitas bajo pena de prision y destierro. Si quereis visitar las iglesias, visitadlas vos solo, pues esto es mas conveniente á la piedad y á la modestia de un sacerdote.” Felipe respondió con un aire sereno y con una inalterable calma, que atestiguaba muy bien la paz de su espíritu: “Yo habia establecido estas procesiones por solo la gloria de Dios, y así las sacrifico muy gustoso á su santa voluntad. No permita el Señor que desobedezca yo en manera alguna á mis superiores. Siempre he respetado su autoridad, y estoy dispuesto á obrar así hasta el último momento de mi vida.—No, replicó el vicario; no es así, vos sois un hombre vano y ambicioso, para quien la gloria de Dios no es mas que un pretesto:

son vuestros intereses mas bien que los suyos los que buskais. Felipe, sin inmutarse, puso sus ojos en un crucifijo que pendia de la pared, y le dijo: “Yo os pongo, Señor, por testigo de la verdad de mis palabras. Vos sabeis que todo lo que hago, lo hago por vos.” ¡Ah! sí, era así ciertamente, y por él tambien sincerabà su conducta, porque su divina gloria iba á menoscabarse por este mandato: si se hubiera entonces comprometido solo su honor, no hubiera articulado una sola palabra en su defensa.

Luego que llegó á noticia de sus discípulos lo que pasaba, pues tuvo que prohibirles que le acompañasen á sus visitas, se afectaron muy dolorosamente: pero el santo les dijo: “Tened paciencia, y por ahora encomendad á Dios este negocio: la verdad triunfará y entonces se nos hará justicia.” Viendo despues que les costaba gran trabajo el someterse á esta disposicion, les habló con energía sobre la obediencia debida á los superiores, y se despidió de ellos. Continuó solo desde entonces sus estaciones, seguido á su pesar desde léjos por sus discípulos que no podian menos de derramar lágrimas de dolor, y por otras muchas personas que criticaban altamente una medida tan injusta. Por lo demas, se limitó á poner en manos de Dios este negocio con la confianza que acostumbraba; dijo muchas misas con esta intencion, y tambien hizo que las dijesen sus sacerdotes, y vamos á ver cual fué el resultado.

A pocos dias se vió entrar al Oratorio una persona desconocida, de un aspecto venerable, cubierta de un pobre traje sacerdotal y ceñida con una cuerda. Adelantóse hasta los discípulos del santo, que estaban todos presentes, y les dijo: "Me envían unos religiosos, á quienes se les ha revelado la presente persecucion de vuestro padre, para que os diga que una plegaria de cuarenta horas lo remediará todo;" despues inclinándose sobre la espalda de Taurugio, le dijo al oído: "Tened confianza y vereis como Dios os socorre. No está lejos el dia en que el Señor calmará la tempestad, hará sosegar las olas, y os conducirá al puerto que deseais. Los mas de vuestros contrarios os serán propicios; los que se os opongan, llevarán el merecido de su terquedad, y su ejemplo servirá de leccion á los que quisieren imitarlos en el porvenir. Respecto al prelado que ha tratado tan mal á vuestro padre, morirá dentro de quince dias." No podia ser este desconocido mas que un ángel ó un profeta; porque todas sus predicciones se cumplieron á la letra, y las maquinaciones del demonio contra el bien, solo sirvieron, á su pesar, para darle mayores aumentos, como lo diremos adelante. Todo fué evidentemente obra de Dios; tomando su magestad de su cuenta la causa de su siervo, porque él le entregó enteramente el cuidado de su honor, resignándose en todo con su santa voluntad.

En efecto, nunca consintió que se empleasen

medios humanos para defenderlos. "Mi conciencia está en paz, decia; encuentro en la oracion mi consuelo y fortaleza, y esto me basta." Tambien decia á sus amigos para calmar su irritacion: "No sois vosotros sino yo, quien tiene la culpa de esta borrasca. Nuestro Señor ha sido servido de darme una leccion de paciencia y humildad. Luego que ella sea suficiente, hará renacer la calma, y el bien, que hoy lamentamos, volverá á tomar su curso." No podia tolerar se hablase mal del prelado, cuyo proceder habia sido tan injusto. Cuando murió uno de sus discípulos se atrevió á decir, que este golpe imprevisto habia sido un castigo del Cielo, y el santo le interrumpió diciéndole: "Hablais mal." Por lo demas, se hizo cumplida justicia á la pureza de sus intenciones y fué restablecido su honor del modo mas solemne. Despues de un interrogatorio, que le obligó á refutar la calumnia, el Papa Paulo IV le envió dos cirios dorados como una muestra de su benevolencia, le dió pleno poder para que continuase la obra que habia comenzado, y se encomendó á sus oraciones. Llenáronse de alegría los hijos de Felipe, y el Oratorio resonó con sus himnos de accion de gracias, siguiendo las procesiones mas numerosas que antes.

Sin embargo, aun quiso la Providencia sujetar á su siervo á una prueba mas fuerte. En el año de 1570, unos hombres mal intencionados bajo un aparente celo, denunciaron nuevamente la congre-

gacion. Gobernaba entonces la Iglesia el papa Pio V, y llevaron á él los calumniadores sus hipocritas lamentaciones. Debemos prevenir á Vuestra Santidad, le dijeron, que pasan cosas originales en el Oratorio de S. Gerónimo. Esparcen allí los predicadores una multitud de vaciedades, y ya sea por ignorancia ó por temeridad, citan con gran detrimento de la fé del pueblo, hechos maravillosos que no están probados. Este santo pontífice, tan distinguido por su prudencia y solícitud por la pureza de la doctrina, no pudo menos que alarmarse al oír esta acusacion. Mandó llamar á dos religiosos dominicos, á quienes estimaba mucho por su ciencia, y les dijo: “Deseo que asistais por algun tiempo á las distribuciones del Oratorio y que observeis atentamente cuanto allí se hace y se dice, á fin de que podais darme de ello una cuenta escrupulosa; porque se me ha denunciado la doctrina de estos padres, y quiero saber lo cierto.”

Durante este tiempo murió el papa, y Leon XI le sucedió en el Sumo Pontificado. Tenia noticias este nuevo Pontífice de la acusacion de que acabamos de hablar, y de la comision que se habia dado á los padres de Santo Domingo, y deseaba vivamente instruirse sobre este punto que no carecia de gravedad. Mientras le preocupaba este pensamiento, vino un dia á su audiencia el embajador del gran duque de Etruria. Era este señor un hombre muy piadoso y frecuentaba habitual-

mente el Oratorio. El papa lo sabia, y aprovechando la ocasion, le dijo: “Si hemos de dar crédito á ciertas voces, los padres del Oratorio se portan en sus conferencias de un modo muy imprudente: he oído decir que un padre refirió que Santa Apolonia se suicidó (*), sin añadir que el Espíritu Santo la habia inspirado á obrar de esta manera, lo que ciertamente debió haber dicho.” El embajador respondió que ignoraba el hecho y no habia oído nunca mas que discursos prudentes. Como habia distribucion aquel dia en Santa María Minerva, se fué para allá luego que salió del palacio del pontífice. Al llegar se le acercó uno de los padres y le suplicó fuese á ver á su bienaventurado padre, que tenia un negocio urgente que tratar con él, y que á causa de estar malo de un pié, no podia salir. En este momento subió Tarugi al púlpito, y el embajador quiso tener el gusto de oírle, antes de pasar á San Gerónimo. Pero ¿cuál fué su sorpresa al oírle referir, sin señalar á persona alguna, la conversacion que acababa de tener con el papa, y explicar el hecho de Santa Apolonia con las mismas palabras del Pontífice? Acabado el discurso, corrió el embajador á ver á Felipe, quien le dijo sonriéndose:” Ya veis como han

[*] Consta en la vida de esta Santa, que á la presencia de la hoguera destinada para su martirio, se detuvo un instante, como quien vacila; pero en seguida, por un movimiento del Espíritu Santo, se arrojó á las llamas en testimonio de su fé.

ido á engañar al Santo Padre." Comprendió entonces el embajador que el siervo de Dios habia sabido lo ocurrido por revelacion, y comunicádose-lo á su discípulo, de que resultó quedar el embajador mas convencido que nunca de la eminente santidad de Felipe.

Por este mismo tiempo los dos dominicos, que, como hombres prudentes, quisieron examinar maduramente la enseñanza de los predicadores acusados, afirmaron al papa, que cuanto se decia y hacia en el Oratorio era tan edificante como irreprochable. Satisfecho el pontífice con este parecer, hizo desde entonces el mas grande aprecio de Felipe y los suyos, siendo una prueba de esto, el que habiendo nombrado legado suyo en Francia al cardenal Alexandrino, le dió á Tarugi por consejero, dignándose iniciar á este en todos los secretos de aquella importante mision. Esta señal de confianza no pudo ser mas favorable á los ejercicios de San Gerónimo. Acudió á ellos una multitud de personas, entre las que se notaron muy particularmente los religiosos de San Francisco y Santo Domingo, cuyos principales doctores predicaban casi diariamente á invitacion de nuestro santo.

Hasta aquí no habia habido entre los celosos hijos de Felipe mas que los vínculos de una amistosa confianza y las relaciones de un mismo ministerio. Permanecía Felipe en San Gerónimo entre sacerdotes estraños á sus instituciones. Algunos de

sus discípulos vivian reunidos en San Juan Bautista, y otros aquí y acullá; y aunque es cierto que todos le obedecian como á su director, no tenian respecto de él obligacion ni dependencia alguna. Los progresos siempre en aumento de sus piadosos ejercicios, les sugirieron un pensamiento que á nuestro santo no habia ocurrido: este fué el de reunirse en congregacion de sacerdotes seglares, en una casa comun, bajo de una regla convenida, estando todos sujetos á un superior; juzgando, y con razon, que solo esto podria dar estabilidad á su precioso ministerio. Comunicaron su pensamiento á nuestro santo, cuyo ascenso obtuvieron, y se dedicaron desde luego á buscar una iglesia á propósito. Entre las que podian obtener de la Santa Sede, hubo dos que les parecieron muy adaptables á sus intenciones, y que ambas estaban dedicadas á la Santísima Virgen. Estaban muy divididos los pareceres acerca de la que habian de elegir, y resolvieron dejar la eleccion á Dios, remitiéndola á la voluntad de su vicario. En consecuencia, pidieron una audiencia al papa Gregorio XIII, le manifestaron su proyecto, que su santidad aprobó muy gustoso, y le suplicaron les diese una de las dos iglesias que ellos juzgaban propias para establecerse.

La iglesia de Monticella, dijo el Pontífice, es muy grande, pero está situada en un barrio muy distante. La de Vallicella es pequeña, pero se halla en el centro de la ciudad: elijo esta y os la

doy desde luego. Dió las gracias Felipe al Santo Padre, formó el reglamento para su gobierno, y tomó posesion de este pequeño templo que se llamó desde entouces la iglesia del Oratorio. Ocupóse en seguida en componer una regla, que sometió aljuicio del Sumo Pontífice, mereciendo la aprobacion de su santidad el 17 de las calendas sextiles del año de 1575 (16 de Julio): luego colocó en la casa á dos de sus nuevos Oratorianos, hombres de talento y virtud, mientras podía establecer en ella toda su congregacion. Desde entónces fué la iglesia el objeto de su solicitud, y á la verdad, tenia buena necesidad de ella, pues se encontraba en un estado de ruina bien deplorable. Sus sacerdotes querian que se redificase completamente: Felipe abundaba en los mismos sentimientos; pero carecia de recursos. Sin embargo, muy pronto se echó en cara su poca confianza en la divina Providencia, y consintió en que se demoliase el antiguo edificio, ordenando la construccion de una iglesia vasta y capaz para el objeto á que se dedicaba.

Luego que se descombró el terreno, el arquitecto encargado de su fábrica, mandó avisar una mañana á nuestro santo, que iba á trazar los cimientos del nuevo edificio y á hacer abrir las zanjas. Que me aguarde, respondió; voy á decir misa, é iré allá luego que acabe. Era su designio consultar con Dios las dimensiones que debia dar á esta nueva

iglesia. Efectivamente, luego que celebró, se fué á la Vallicella, y comenzó el arquitecto á medir la longitud del edificio. “¿Está bueno de este tamaño? preguntó á Felipe.—No ciertamente, respondió; es nada esa longitud: triplicad la medida.” Luego que se hizo así, añadió: “Así está bien; esto es lo que Dios quiere.” Acabadas de trazar las líneas, se abrieron los cimientos del costado de la derecha y se descubrió un antiguo muro de mas de diez palmos de grueso, y de mas estension que el edificio que iba á construirse. Entónces mandó el arquitecto remover todo el terreno y encontró mas materiales que los que habia menester. Este fué un auxilio de la Providencia, porque la compra, y sobre todo el transporte de las piedras, formaban unas de las mas gruesas partidas del presupuesto. Alejandro de Medicis, Arzobispo entónces de Florencia, y despues papa bajo el nombre de Leon XI, colocó la primera piedra el 17 de las calendas de Octubre del año de 1575 (15 de Septiembre).

No se levantó el edificio sin graves y numerosas contradiciones. Irritados algunos vecinos al ver que este edificio quitaba la vista á sus casas, desataron sus lenguas contra los Oratorianos y les hicieron todo el mal que pudieron, no faltando quienes acometieran á pedradas al Padre Luccio que cuidaba de los operarios. Pero la proteccion del Cielo inutilizó estos atentados, castigándolos terriblemente; pues todos los que los cometieron

perdieron la vida en el corto espacio de dos años. Este tiempo fué bastante para concluir esta grandiosa obra, y el 3 de las nonas de Febrero de 1577 (3 de Febrero), Domingo de septuagésima, cantó en él la misa con toda solemnidad el arzobispo de Florencia, siendo inmenso el concurso durante el día, por haber concedido el papa una indulgencia plenaria á los que visitaran en él la nueva iglesia: en el mes de Abril siguiente estableció allí Felipe sus diarios ejercicios espirituales.

Los frutos que ellos produjeron fueron ciertamente copiosos, siendo una prueba de esta verdad el gran número de jóvenes que pidió la entrada á la congregacion. La casa era demasiado pequeña para recibirlos, y fué preciso pensar en aumentarla aprovechando la única ocasion que se presentaba. Cerca de ella habia un pequeño monasterio de religiosas de Santa Clara, casi solo, y cuyas monjas tenian orden de pasar á otro. Sabedores de esto algunos de los padres, corrieron á dar parte á su superior, aconsejándole comprase esta casa. Estaba ya Felipe muy adeudado por los fuertes gastos de la construccion del templo, y no creyendo prudente seguir el consejo, les respondió que Dios proveería á aquella necesidad de alguna otra manera. Los padres, mas tímidos, porque tenian menos fé, y por consiguiente mas amigos de la prudencia humana, insistieron diciéndole que esta casa encontraria otro comprador y que él se arrepentiria de no haberla comprado

cuando ya no habria remedio. “Pues bien, les dijo el santo, haced lo que os parezca.” Admirados de una complacencia que tomaron por un consentimiento, entraron en trato y cerraron el ajuste; pero cuando hubo de hacerse la escritura de venta, no quiso el escribano dar fe de ella, y por lo tanto quedó suspenso el negocio. Desconcertado el procurador, fué á dar esta triste noticia á Felipe. “Ya lo veis, le dijo el santo, este modo de adquisicion no es del agrado de Dios; pero tened confianza que no echaremos menos el monasterio.” En efecto, cinco meses despues lo compró el cardenal Césio, en union de otras muchas casas adyacentes, y uno y otras las cedió á la congregacion.

Púdose juzgar muy bien en esta grande empresa, la admirable confianza que tenia en Dios este hombre singular. Necesitábase en efecto tenerla muy grande para emprender una obra tan vasta sin saber de donde habian de adquirirse los fondos necesarios para llevarla al cabo. Llegó á encontrarse muchas veces muy embarazado; pero en lugar de darle algun cuidado decia á su inquieto procurador: “Nosotros trabajamos para Dios; él sabrá honrar sus negocios: temámos únicamente carecer de fe.” Jamas se engañó en su esperanza. Cuando necesitaba dinero, siempre le llegaba á tiempo oportuno, y en la cantidad que habia menester. ¿De dónde pues le venia? Muchos creyeron que se lo proporcionaba de un modo mi-

lagroso, como aconteció en otras ocasiones, de que hablaremos adelante. “Admiro vuestra temeridad, le decia un dia un sábio del siglo, en embarcados en semejantes gastos sin saber de donde podreis pagarlos.—Cuento de tal suerte con Dios, respondió el santo, que haria demoler este templo, si fuera necesario, y haria otro mas magnifico. ¿Quién es aquel que despues de haber puesto su confianza en el Señor, ha sido confundido?” Confesó en otra ocasion, que la divina María le habia prometido el buen écsito de su empresa.

RECTIFICACION.

El Papa Leon XI no fué quien inmediatamente sucedió á San Pio V, como equivocadamente se dice en el original francés, y se halla en esta traduccion, en la página 80, párrafo 2.º, sino Gregorio XIII.

CAPITULO IX.

Quienes fueron los principales discípulos del Santo.

FUE tal la eficacia de los piadosos egercicios que estableció nuestro santo, que los jóvenes mas distinguidos de Roma, se movieron á renunciar el siglo por consa-

grarse á Jesucristo, abrazando unos un órden, otros otro, segun se insinuaba la gracia en sus corazones. Muchos entraron al Oratorio, en donde con el tiempo llegaron á ser hombres de eminente virtud. Otros continuaron viviendo en el mundo, sin que por esto pudiera decirse que pertenecian al mundo, á quien edificaban con su conducta verdaderamente ejemplar. No se tema que al hablar de los discípulos de Felipe, nos alejemos de nuestro asunto principal, que es la historia de su vida; no ciertamente, pues nadie ignora que la alabanza y gloria del discípulo, cede en honra y loor del maestro.

Bautista Salviati, pariente inmediato de los grandes duques de Florencia, descolló especialmente en humildad. Era esta su virtud favorita, y por lo mismo cuidaba de ella muy particularmente: para satisfacerla, visitaba todos los dias los hospitales de Roma, en donde prestaba á los enfermos los mas humildes servicios. Esto dió motivo á una anécdota muy interesante. Fué una mañana al hospital de la Consolacion, y encontró en él á un enfermo, que en otro tiempo habia sido criado suyo: despues de haberle dirigido algunas palabras de consuelo, le rogó que se levantase por algunos momentos. “¿Para qué me he de levantar? respondió este hombre que no podia saber sus designios de caridad.—Para que te componga la cama, respondió Salviati.” Creyó entónces el enfermo que se burlaba de él, y le contestó de mal humor.

lagroso, como aconteció en otras ocasiones, de que hablaremos adelante. “Admiro vuestra temeridad, le decia un dia un sábio del siglo, en embarcados en semejantes gastos sin saber de donde podreis pagarlos.—Cuento de tal suerte con Dios, respondió el santo, que haria demoler este templo, si fuera necesario, y haria otro mas magnifico. ¿Quién es aquel que despues de haber puesto su confianza en el Señor, ha sido confundido?” Confesó en otra ocasion, que la divina María le habia prometido el buen écsito de su empresa.

RECTIFICACION.

El Papa Leon XI no fué quien inmediatamente sucedió á San Pio V, como equivocadamente se dice en el original francés, y se halla en esta traduccion, en la página 80, párrafo 2.º, sino Gregorio XIII.

CAPITULO IX.

Quienes fueron los principales discípulos del Santo.

FUE tal la eficacia de los piadosos egercicios que estableció nuestro santo, que los jóvenes mas distinguidos de Roma, se movieron á renunciar el siglo por consa-

grarse á Jesucristo, abrazando unos un órden, otros otro, segun se insinuaba la gracia en sus corazones. Muchos entraron al Oratorio, en donde con el tiempo llegaron á ser hombres de eminente virtud. Otros continuaron viviendo en el mundo, sin que por esto pudiera decirse que pertenecian al mundo, á quien edificaban con su conducta verdaderamente ejemplar. No se tema que al hablar de los discípulos de Felipe, nos alejemos de nuestro asunto principal, que es la historia de su vida; no ciertamente, pues nadie ignora que la alabanza y gloria del discípulo, cede en honra y loor del maestro.

Bautista Salviati, pariente inmediato de los grandes duques de Florencia, descolló especialmente en humildad. Era esta su virtud favorita, y por lo mismo cuidaba de ella muy particularmente: para satisfacerla, visitaba todos los dias los hospitales de Roma, en donde prestaba á los enfermos los mas humildes servicios. Esto dió motivo á una anécdota muy interesante. Fué una mañana al hospital de la Consolacion, y encontró en él á un enfermo, que en otro tiempo habia sido criado suyo: despues de haberle dirigido algunas palabras de consuelo, le rogó que se levantase por algunos momentos. “¿Para qué me he de levantar? respondió este hombre que no podia saber sus designios de caridad.—Para que te componga la cama, respondió Salviati.” Creyó entónces el enfermo que se burlaba de él, y le contestó de mal humor.

“Un hospital no es un lugar de burlas; dejadme en paz os ruego, y no insulteis mi miseria.—No me burlo de tí, amigo mio, le dijo el santo jóven; en verdad quiero hacerte tu cama; no me niegues esta satisfaccion.” Aun se resistió todavía por muy largo rato el enfermo; pero al fin triunfó la humildad de Salviati.

Habia adquirido en sus relaciones con el santo, tal desprecio hácia las cosas del mundo, que sin consideracion ninguna á su estado, andaba siempre solo, vestido como un plebeyo, cuando en otro tiempo salia siempre magníficamente vestido y acompañado de muchos criados. Y no era esto debido á que así se lo aconsejase su director, pues este queria que conservase el decoro y dignidad de su estado y condicion; sino que el jóven seguia en esto el instinto de su profunda humildad. La perfeccion á que llegó en esta virtud, manifiesta bastante el grado en que poseyó las otras.

Puede decirse que era ya un fruto maduro para el cielo; y por lo mismo no tardó el Señor en llamarle para sí. Cayó enfermo, y cuando se le advirtió que se acercaba su ultima hora, en lugar de lamentarse, manifestó su contento por estas palabras del Profeta: “*Laetatus sum in his quae dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus*” (Ps. 121. 1.). En seguida se entregó al cuidado de su padre Felipe, en cuyos brazos exhaló el último aliento. Despues de su muerte, Portia de Massimi, su esposa, que dirigida por el mismo maestro que Salviati

habia entrado primero en el camino de la perfeccion, contribuyendo no poco á hacerlo entrar igualmente, se encerró en un monasterio, donde acabó santamente su carrera.

Francisco Maria Tarugi Politiano, pariente de los papas Julio III y Marcelo II, muy notable por la vivacidad de su génio y la amabilidad de su carácter, pero muy extraño á la perfeccion, como lo son ordinariamente los mas jóvenes, quiso ganar el jubileo concedido por Paulo IV, y se fué á confesar con Felipe, quien despues de haberlo absuelto, lo llevó á su cuarto en donde conversaron un gran rato; en seguida le rogó el santo hiciese con él una hora de oracion. Tarugi no tenia uso alguno en este piadoso egercicio; mas á pesar de todo, halló en él tanta dulzura, que esta hora le pareció un momento. Volvió otro dia á ver al santo, y permitió Dios que le encontrase en el aire arrobado en éxtasis. Este espectáculo, de que no habia tenido idea hasta entónces, le hizo tal impresion, que se resolvió á dejar el mundo, y á entrar á la congregacion del Oratorio. Por consiguiente no tardó en volver y descubrió á Felipe su designio, manifestándole al mismo tiempo los formales obstáculos que hacian creer irrealizable su proyecto. “No lo creais, le dijo el santo; dentro de un mes ya no tendreis tales impedimentos.” Cumplióse la prediccion al pié de la letra: quiso entónces Tarugi hacer una confesion general, despues de la cual cortó todas sus relaciones con

el mundo, y vino á filiarse entre los hijos de aquel que supo conquistar toda su confianza.

Fué tan grande su fervor desde entónces, que su maestro tuvo que contenerlo, en lugar de impulsarlo. Este ardoroso fervor en nada perjudicaba á la paz de su alma; porque segun confesó hácia el fin de su vida, cincuenta años despues de su conversion, nada habia podido turbar su tranquilidad interior: de aquí es que llegó á ser un hombre de grande oracion, hasta el grado de obtener el don de lágrimas. Hablaba con tan irresistible uncion y gracia, que los mejores oradores le tomaban por modelo, y el célebre Baronio le apellidaba con el título de orador apostólico. El papa San Pio V, admirado de su mérito, lo obligó á ascender al sacerdocio, á pesar de la resistencia de su humildad, y le nombró consejero del cardenal Alexandrino en su legacion de Francia, Portugal y España, de que resultó la alianza de estos príncipes contra los Turcos. Mas tarde el papa Clemente XIII, inspirado por el Espíritu Santo, como lo dijo él mismo, le hizo arzobispo de Avignon, no obstante las muchas excusas de su modestia. Su conducta manifestó en efecto que era el hombre á quien Dios habia escogido; porque se opuso como un muro de bronce al torrente impetuoso de la heregia, y gobernó su diócesis como un verdadero apóstol. Fué en seguida elevado á la púrpura cardenalicia, y merced á su resistencia no adornó su frente la tiara de San Pe-

dro, en el conclave que siguió á la muerte de Clemente XIII. Agobiado de años y mas aún de méritos, hizo dimision de todas sus dignidades, y se retiró á su amada casa del Oratorio, en donde murió dos meses despues.

Constancio Tassoni, sobrino del cardenal Bertani, era un jóven muy apreciado en la corte de Roma, le sonreía por todas partes un lisongero porvenir, y parecia imposible pudiera desprenderse de tantos atractivos. Sin embargo, supo Felipe ganar su confianza, le desengañó poco á poco de lo que es el mundo, é hizo de él un hombre espiritual. No tardó desde luego en solicitar su entrada al Oratorio, en donde fué promovido á la dignidad sacerdotal. Desde entónces dió pruebas de tanta virtud, que San Carlos Borromeo le honró con su familiaridad; pero plugo á Dios quitarle prontamente de este mundo, como lo diremos en seguida.

Juan Bautista Modio, médico tan piadoso como hábil, fué tambien uno de los primeros discípulos de nuestro santo. Atacóle una enfermedad mortal que le condujo á las puertas del sepulcro, y su sábio director le puso en disposicion de hacer á Dios, con toda su voluntad, el sacrificio de su vida. En seguida fué Felipe á una iglesia inmediata á pedir la conservacion de su ecsistencia. Una curacion repentina fué el efecto de su oracion, y reconocido Modio á este beneficio que el Señor le dispensó, se entregó á su magestad con mayor

fervor, y avanzó tanto en la perfeccion, que llegó á ser un hombre completamente espiritual, dotado tambien del don de la palabra, por lo que Felipe puso á su cargo referir las vidas de los santos en las asambleas públicas, cuyo ministerio desempeñó toda su vida, con gran satisfaccion de sus oyentes. Tuvo por sucesor, en esta funcion edificante, á Fucio Tiphernati, otro médico no ménos afamado, que se comprometió á seguir á nuestro santo, cuando quiso emprender su viaje á las Indias. Nunca acabaria yo si me propusiera mencionar á todos los hombres distinguidos de Roma é Italia, que este hábil maestro supo conducir á la mas encumbrada perfeccion.

Y no se crea que por atender á las gentes principales se olvidó de las del bajo pueblo; pruebándolo, entre otros, los ejemplos siguientes. Un tal Estevan, natural de Rimini, despues de haber sido por mucho tiempo soldado, y soldado muy vicioso, vino á parar á Roma, en donde se ejercitaba en el oficio de zapatero. Un dia iba con la multitud al Oratorio de San Gerónimo, é iba casi atrás del concurso manifestándose muy atento á cuanto se hacia y decia. Felipe, sin conocerle, le tomó de la mano y le hizo pasar mas adelante. Despues de la plática le fué á buscar, y supo manejar tan bien su corazon, que hizo de él un hombre nuevo. Dedicado desde entonces á estos ejercicios de piedad, rompió los lazos de las malas costumbres, sustituyéndolas con las mas edificantes.

virtudes. Aunque demasiado pobre, aprovechaba lo necesario del fruto de su trabajo para sí, y el resto lo distribuia entre los menesterosos. Era la muerte el asunto de sus ordinarias meditaciones, y trataba cada dia de vivir de tal manera, como si en él hubiera de morir. Sin embargo, esta disposicion de su espiritu no le entristecia; sino por el contrario, llevaba pintada en sus facciones la alegría que inundaba su corazon. La obediencia tenia para él un gran atractivo y aprovechaba, con un verdadero placer, toda ocasion que se le presentaba de practicarla. Para tener mas libertad de ocuparse de Dios, vivia solo en una casa y daba á la oracion un tiempo considerable. Por este medio llegó á un grado muy eminente de virtud que le valió muy grandes favores del cielo, hasta llegar el caso de verle un dia rodeado de resplandores á tiempo que oraba en la iglesia de la Santísima Trinidad. Al cabo de 23 años de una vida tan santa, llegó á la edad de los achaques, por lo que algunos de sus amigos le aconsejaron que no continuase viviendo solo, no fuera á sorprenderle la muerte. “Ya lo tengo previsto, les contestó muy tranquilo. María es mi madre, y conozco demasiado su misericordia para temer que me abandone en ese trance.” No fué vana su confianza. Atacado una noche de un accidente, cuyas consecuencias previó inmediatamente, pudo ir á avisar á uno de sus vecinos del peligro que le amenazaba. Corrió este en busca

de un sacerdote que le administró los últimos sacramentos, y entregó á Dios su hermosa alma, llena de virtudes y rica de esperanza.

Francisco Ferraris, otro discípulo de nuestro santo, era un hombre muy sencillo y de una pureza admirable, que le mereció del cielo esquisitos favores. Le fué dado algunas veces oír la dulce armonía de los conciertos angélicos: distinguía el mal estado de las conciencias, por cierto mal olor que llegaba á percibir, y poseía en alto grado el don de lágrimas. Ansioso de sufrimientos, nunca le parecía padecer lo bastante: en medio de los tormentos de una cruel enfermedad, pidió á Dios se los aumentase, y ésta súplica le valió su instantánea curacion. No podía ser mayor su caridad para con los pecadores. Se encontró un día con un judío, y fué tal la lástima que le dió, que durante tres años no cesó de pedir á Dios abriese los ojos de aquel miserable ciego. Una caridad tan constante no podía dejar de conseguir lo que pedía. En una de sus visitas al Vaticano volvió á encontrar á su judío á tiempo que le conducían solemnemente á la fuente bautismal, lo que le arrancó abundantes lágrimas de consuelo. Otro día le encontró Tarugi bañado en llanto y no pudo menos que preguntarle la causa. “Estoy meditando, le respondió, en aquel consejo de nuestro Salvador á sus apóstoles, muy propio, á la verdad, para mover cualquier corazon.” “Así que hayais hecho todas estas cosas, les decia, conside-

raos como unos siervos inútiles (*Luc. XVII, 10*).” Estos hombres han sido los mayores santos; ellos convirtieron el mundo; sufrieron cuanto se puede sufrir; y sin embargo debían reputarse como siervos inútiles. Pues bien, ¿quién soy yo, me estaba diciendo á mí mismo; yo que no he hecho bien alguno, ni he sufrido nada por Jesucristo? Esta es, pues, la causa de mi llanto y dolor.”

Otra vez le sorprendió el mismo Tarugi en oracion, y notó que retrocedía de rodillas, como un hombre á quien espanta alguna cosa. La curiosidad le movió á preguntarle la causa, y recibió esta respuesta. “Contemplo en espíritu la grandeza de Dios, y mientras mas la considero mas me agobia; por eso retrocedo espiritual y corporalmente.”....Deténgome aquí ya, no porque halla agotado la materia, sino por no exceder los límites de una justa licencia.



CAPITULO X.

Admite Felipe el cargo de gobernar su congregacion.

LUEGO que se estableció la congregacion en la nueva casa de Vallicella, el siervo de Dios continuó, como lo habia hecho hasta entónces, sirviéndola como un amigo y dirigiéndola con sus consejos; pero sin agregarse á ella. Los ruegos é instancias de sus hijos no pudieron por mucho tiempo hacer variar su determinacion: tanto así repugnaba á su humildad aparecer como su fundador, y recibir los honores de este cargo. Por otra parte le daba mucha pena renunciar la cruz que le proporcionaban, hacia ya tanto tiempo, los moradores de la casa de San Gerónimo. Sin embargo, viendo los Oratorianos la inutilidad de sus esfuerzos, y no pudiendo ya soportar la separacion de su buen padre, ocurrieron á un medio que no po-

dia dejar de darles un excelente resultado. Lograron interesar en su proyecto al cardenal Cesio, y este habló sobre el particular al sumo Pontífice, quien le encargó ordenase á Felipe se estableciese inmediatamente en Vallicella. Este mandato terminó el negocio; porque el hombre de Dios sobre la marcha salió de San Gerónimo y entró á Vallicella en medio de sus hijos. Verificóse este acontecimiento el mes de Diciembre del año de 1583, dia de la fiesta de Santa Cecilia.

La obediencia triunfó de su humildad; pero supo consolar á ésta en su pena, y castigar santamente á sus vencedores; hé aquí de qué manera. Cuando se trató de transportar sus pobres muebles de una casa á otra, los distribuyó uno á uno entre los padres, reservándose tambien uno para sí. En seguida los puso en dos hileras y los condujo de esta suerte, á medio dia, al través de las principales calles de la populosa Roma, sirviendo de gran diversion á los que los miraban. Esta humillacion era precisamente lo que buscaba Felipe para él y los suyos; y ninguna otra cosa hubiera podido serle mas agradable. Al dejar su pobre cuarto no quiso abandonarlo para siempre; conservó en su poder la llave de él hasta el fin de su vida, é iba de cuando en cuando á visitarlo. Por lo demas, el cambio de lugar no alteró en nada sus prácticas espirituales, y para conservar mejor su recogimiento interior, puso su habitacion en las azoteas de la casa, allá, lejos del bullicio inevitable en un lugar tan

concurrido, y daba á la contemplacion todo el tiempo de que podia disponer.

Sin embargo, como no era el único objeto de aquellos padres, al querer tener á Felipe en su compañía, edificarse solamente con sus virtudes, se reunieron, y de unánime consentimiento le eligieron por su superior. Este honor no pudo agradar á un hombre como Felipe que mas queria obedecer que mandar; pero tuvo que imponer silencio á su repugnancia y que inclinar la cerviz á un yugo tan odioso á su humildad; aunque para que no quedase esta sin esperanza, el primer uso que hizo de su autoridad, fué el disponer que este empleo solo habia de durar tres años. Los padres no creyeron conveniente contradecirle, porque estaban decididos á reelegirle luego que se cumpliese este tiempo, lo que hicieron en efecto; mas despues se avergonzaron de esta condescendencia y el mismo año le nombraron superior perpétuo. Protestó Felipe contra esta determinacion, y por mucho tiempo no quiso acceder á ella; pero al fin tuvo que resignarse á la inflexible voluntad de sus hijos. Esta congregacion, digámoslo de paso, no era ciertamente un órden religioso; los que entraban á ella no hacian votos, promesas, ni juramentos, y por consiguiente eran libres para dejarla sin gravámen de sus conciencias. Diéronse, pues, unas constituciones que sancionó de propia autoridad el papa Paulo V. Su ministerio consistia en dar los ejercicios de que ya hemos habla-

do, en oír las confesiones, y en esplicar la doctrina cristiana.

Cuando ya estuvo todo definitivamente arreglado, se dedicó el santo á formar sus obreros evangélicos. He aquí desde luego cuales fueron sus preceptos respecto á la predicacion. “Cuidareis, les decia, de evitar los refinamientos de una vana elocuencia, que consiste en la eleccion y disposicion de las palabras. La mision del predicador, no es lisongear el oído de los oyentes, sino ilustrar sus entendimientos y mover sus corazones. Estudiareis vuestros discursos, no con el objeto de haceros estimar como sábios y eruditos, sino con el de convertir las almas. Procurareis arrancar las lágrimas de vuestros oyentes y no sus aplausos. Los medios con que lo conseguireis son: hablar siempre en un estilo sencillo, fácil y fervoroso; pintar con vivos coloridos la fealdad del vicio y la hermosura de la virtud, tomando algunos ejemplos útiles é interesantes de las vidas de los santos.” Para que llegasen á acostumbrarse á la práctica de estas reglas, les hablaba de ellas con frecuencia, asistia á sus discursos, á lo ménos en los primeros años, y les interrumpia la palabra cuando se separaban de sus prescripciones.

Sabia muy bien que el orgullo siempre quiere saber mas y mas, y por lo tanto no permitia á sus discípulos que estudiasen cuanto querian, sino que les señalaba una medida prudente, segun aquella expresion del Espiritu Santo: Conviene saber so-

briamente: "*Oportet sapere ad sobrietatem.*" Era su grande objeto mantener y robustecer en ellos el espíritu interior; y de aquí es que les recomendaba mucho la oracion de por la mañana, no permitiéndoles faltar á ella por ningun pretexto, y ve-
laba tambien en la ejecucion de los demas ejercicios que ordenaba el instituto. Quería que sus sacerdotes celebrasen diariamente, lo que por desgracia era muy raro en aquel tiempo, recomendándoles fuesen mas bien ligeros que largos en la celebracion del divino sacrificio, aunque siempre sin detrimento de las rubricas. Si alguno se dejaba llevar de las dulzuras de su devocion, le reprendia seriamente y le mandaba reprimir esas consolaciones importunas. En la oracion les decia, es donde puede uno entregarse con toda libertad á los afectos del corazon; pero en la misa deben guardarse consideraciones á los que la oyen. Prevenia que los domingos y dias de fiesta, todos los confesores permaneciesen en la iglesia desde el amanecer hasta el medio dia, para recibir á los penitentes que se acercasen al santo tribunal; pero en el resto de la semana solo dos de ellos estaban encargados de este ministerio.

Tan sábia institucion no podia dejar de producir, y produjo en efecto, abundantes y copiosos frutos. De aquí es que otras muchas ciudades de Italia, se apresuraron á establecer casas semejantes; pero el santo fundador no quiso por entónces permitir que su congregacion se estendiese á otro lugar,

ni mucho ménos que ella se encargase de gobernar las que se formaban á su imitacion. "Pueden tomar nuestras reglas, decia, pero sin filiacion con nosotros: que cada una se conduzca como le parezca." Esta medida no fué por entónces de la aprobacion de algunos padres; pero mas adelante echaron de ver cuán prudente era, y elevaron una súplica al sumo Pontífice, para que la confirmase con su autoridad, lo que hizo su Santidad por un decreto irrevocable.

Constituida ya de esta suerte la congregacion, la creyó su fundador una obra indestructible; siendo tal su conviccion, que hubiera visto desertar á todos sus discípulos sin causarle la mas mínima turbacion. "Es obra de Dios, decia, y ella ha de permanecer, pues su conservacion no depende de los hombres; ¿no tiene dicho en su Evangelio que puede hacer de las piedras hijos de Abraham?" La envidia y el temor nunca tuvieron entrada en su corazon. Vino un dia un sugeto á decirle cuando se hallaba rodeado de los padres, que algunos religiosos habian establecido en la iglesia de su convento, unas distribuciones semejantes á las suyas. Los padres censuraron esta imitacion, y fueron de parecer que no debia permitirse. "¿Y por qué no? replicó con presteza el siervo de Dios. ¡Ojalá y todos profetizaran!" Este mismo espíritu de desinterés, hizo que en vez de aumentar, como lo hubiera sido muy fácil, el número de sus subditos, aconsejase á los hombres de capacidad

que le consultaban, que entrasen en diversos órdenes religiosos.

Tan hábil como prudente en el desempeño de su cargo, supo conciliarse todas las voluntades y mantener entre sus discípulos tal union, que uno mismo era el corazon y el alma de todos ellos. Sin embargo no le costó poco trabajo el conseguirlo. “Apenas puede creerse, decia algunas veces, cuán difícil cosa sea gobernar á hombres libres. El único medio de conseguirlo, es hacerles sentir poco la autoridad y tratarlos suavemente.” Así es que mandaba poco y oraba mucho; y de esta suerte conseguia cuanto queria. Sin embargo, era firme cuando se necesitaba, y aun severo en los casos graves; pero no eran tanto las palabras como la expresion de sus miradas, lo que corregia á los delinquentes.

Demasiado prudente para con la humana debilidad, recomendaba no obstante á sus discípulos la obediencia sobre todas las demas virtudes. “Sin ella, decia, no podrá mantenerse la congregacion. Ella es el móvil de cuanto bien se hace en ella, y el lazo que une á sus miembros. Es, pues, indispensable espulsar de su ceno á cualquiera que rehusa obedecer ó que no obedezca sino por fuerza. Es fácil, segun me parece la observancia de una regla tan suave como la nuestra; mas si hay alguno que no pueda someterse á ella ¿por qué ha de permanecer entre nosotros, supuesto que nadie le detiene? Vale mas que se valla, y no que intro-

duzca la turbacion en la comunidad. Por lo demas estoy firmemente resuelto á no permitir que se relaje el nervio de la disciplina. Si perdono la primera falta contra la autoridad, seré inflexible para con la segunda; y ó el culpable se castigará así mismo pidiendo permiso para retirarse, ó bien yo le despediré.”

Este sábio superior velaba tambien con sumo cuidado sobre la buena administracion de las cosas temporales, en el gasto y en la conservacion de los muebles y provisiones. “Somos, decia, usufructuarios y no propietarios; lo que nos sobra, despues de cubrir nuestras necesidades, pertenece al tesoro de los pobres y es el patrimonio de Jesucristo.” Para dar mayor fuerza á sus amonestaciones sobre el particular, citaba las autoridades de Casiano, y de San Antonino de Florencia. He aquí en efecto lo que refiere el primero: “Lavaba un dia un monge unas lentejas, y arrojó la agua, en la que aun se contenian tres granos. Echó de ver su superior este descuido ó negligencia y le penitenció públicamente por muchos dias.” Respecto á San Antonino, arzobispo de Florencia, aderezaba por sí mismo las lámparas de su catedral, con el objeto de economizar en favor de los pobres el salario que hubiera tenido que dar al encargado de este trabajo. Uno de sus sacerdotes que le vió en este ejercicio, le manifestó su desagrado de encontrarle en aquella ocupacion, y el santo le dijo: “Probadme que no pertenece á los pobres

lo que tenemos, y entónces os daré gusto." Podría aun estenderme mas sobre otros hechos relativos al gobierno de Felipe; mas lo haré con mayor oportunidad al hablar de sus virtudes.

CAPITULO XI.

Habilidad de Felipe en hacer practicar la obediencia.



Lo era debido ciertamente al deseo de contentar el amor propio, el gran cuidado que Felipe ponía en la pronta obediencia de sus súbditos, sino antes bien era el interés de ellos y el de la mayor gloria del Señor: y de aquí es que le dió su magestad un poder maravilloso sobre las voluntades ajenas. En efecto, apenas podrá creerse la grande eficacia de sus

mandatos: nada habia por repugnante ó difícil que fuera, que no fuese emprendido y ejecutado en el momento, á la mas ligera insinuacion de su parte. Esto hacia decir al cardenal Tarugi, que los fundadores de órdenes monásticos, no tuvieron nunca súbditos mas obedientes que los que tuvo Felipe en sus Oratorianos, á pesar de no estar ligados con voto alguno. "He visto, decia, entre ellos, hombres cuya obediencia rivalizaba con la de los antiguos monges de Egipto. Si este grande hombre les hubiera mandado andar sobre las aguas ó arrojarse á una hoguera encendida, estoy seguro que lo hubieran hecho sin vacilar un momento; porque tan íntima así era la persuasion que tenían de que Dios hablaba por su boca." En apoyo de ésta verdad, puedo citar algunos hechos.

Paseábase un dia el santo con algunos de los suyos á la orilla de un pequeño lago, cuyas aguas tenían bastante profundidad. Recayó la conversacion sobre la obediencia en las cosas difíciles, y les dijo: "¿quién de vosotros está dispuesto á arrojar en ese lago, si yo se lo mando?"—"Yo, padre mio," respondió uno de sus oyentes; y en prueba de ello se lanzó á las aguas, donde hubiera muerto sino le hubieran ayudado á salir de ellas sus hermanos.

Otra vez queriendo probar la obediencia de tres de sus discípulos, les mandó que se desnudasen hasta donde lo permitiese la estricta decencia, y que en tal estado saliesen á pasearse por las calles

lo que tenemos, y entónces os daré gusto." Podría aun estenderme mas sobre otros hechos relativos al gobierno de Felipe; mas lo haré con mayor oportunidad al hablar de sus virtudes.

CAPITULO XI.

Habilidad de Felipe en hacer practicar la obediencia.



Lo era debido ciertamente al deseo de contentar el amor propio, el gran cuidado que Felipe ponía en la pronta obediencia de sus súbditos, sino antes bien era el interés de ellos y el de la mayor gloria del Señor: y de aquí es que le dió su magestad un poder maravilloso sobre las voluntades ajenas. En efecto, apenas podrá creerse la grande eficacia de sus

mandatos: nada habia por repugnante ó difícil que fuera, que no fuese emprendido y ejecutado en el momento, á la mas ligera insinuacion de su parte. Esto hacia decir al cardenal Tarugi, que los fundadores de órdenes monásticos, no tuvieron nunca súbditos mas obedientes que los que tuvo Felipe en sus Oratorianos, á pesar de no estar ligados con voto alguno. "He visto, decia, entre ellos, hombres cuya obediencia rivalizaba con la de los antiguos monges de Egipto. Si este grande hombre les hubiera mandado andar sobre las aguas ó arrojarse á una hoguera encendida, estoy seguro que lo hubieran hecho sin vacilar un momento; porque tan íntima así era la persuasion que tenían de que Dios hablaba por su boca." En apoyo de ésta verdad, puedo citar algunos hechos.

Paseábase un dia el santo con algunos de los suyos á la orilla de un pequeño lago, cuyas aguas tenían bastante profundidad. Recayó la conversacion sobre la obediencia en las cosas difíciles, y les dijo: "¿quién de vosotros está dispuesto á arrojar en ese lago, si yo se lo mando?"—"Yo, padre mio," respondió uno de sus oyentes; y en prueba de ello se lanzó á las aguas, donde hubiera muerto sino le hubieran ayudado á salir de ellas sus hermanos.

Otra vez queriendo probar la obediencia de tres de sus discípulos, les mandó que se desnudasen hasta donde lo permitiese la estricta decencia, y que en tal estado saliesen á pasearse por las calles

mas públicas y frecuentadas. Corrieron al momento á despojarse de sus vestidos, é iban ya á salir, cuando les mandó revolver de los humbrales de la puerta.

Pasando un día por el coliseo, para ir á San Juan de Letran, encontró á un hombre tirado en el lodo y próximo ya á espirar. Movido de una tierna compasion, dijo á uno de sus discipulos que le acompañaba, tomáse á ese moribundo sobre sus espaldas y le lleváse al hospital. Este obedeció al instante y le llevó muy gustoso, á pesar de la larga distancia que tuvo que andar.

Trabajando Cesar Baronio sus Anales, habia contraído una debilidad de estómago tal, que no le permitia tomar sino muy pocos alimentos, y aun así le costaba gran trabajo digerirlos. Fué un día despues de comer á la cámara del santo, y este puso en sus manos un limon y una pieza de pan demasiadamente grande, y le dijo: “Comed esto al momento.” Baronio lleno de confianza en la virtud de la obediencia, hizo la señal de la cruz y cumplió con lo que se le mandaba. No por esto dejó de cenar poco despues con los demas, y este alimento extraordinario, no solo no le hizo mal alguno, sino que desde aquel día no volvió ya á sentir su enfadosa incomodidad. El mismo cardenal dió testimonio, despues de la muerte del santo, que muchas veces fué por órden suya á servir á los enfermos de los hospitales, estando él mismo acometido de fiebre, y que al salir de allí

se encontraba sano. Otras muchas personas llegaron á experimentar que cuanto se hacia por disposicion de este santo hombre, tenia un feliz resultado. He aquí algunos ejemplos: Fabricio Masimi, señor de Arsolo, tenia dos hijos que á un mismo tiempo cayeron enfermos de peligro, y persuadido que el aire de Roma tenia gran parte en su enfermedad, quiso llevarlos á Arsolo distante algunas léguas de la ciudad. Opusieronse á ello los médicos, diciendo que no podia hacerse cosa mejor para violentar mas su muerte. No sabiendo Fabricio que resolucion tomar, fué á ver á Felipe, con uno de los médicos, y le pidió consejo. “Podeis, le dijo el santo, hacerlos llevar en litera mañana mismo y acompañarlos; yo respondo de las consecuencias.” Fabricio obedeció sin vacilar, y apenas se pusieron en camino los enfermos, cuando se sintieron mejor, abandonando uno de ellos la litera y haciendo el resto del viaje á caballo sin incomodidad alguna.

Un jóven hermano del cardenal Crescencio, acostumbraba no hacer nada sin permiso de Felipe. Quiso un dia pasearse á coche fuera de la ciudad y fué á pedir licencia al santo y á recibir su bendicion. Al volver para su casa tropezó el carruage y dió una fuerte sacudida que lo hizo volar fuera de él sobre un empedrado desigual, pasándole por encima una de las ruedas. Sus compañeros dieron un grito de espanto creyendo encontrarle muerto. Mas ¡cuál fué su

admiracion al verle levantarse sin ninguna herida! “No os sorprendais, les dijo, no le puede ir mal al que obedece al padre Felipe.”

Márcos Antonio Maffa era un hombre que tenia suma dificultad para poder hablar en público. “No hay penitencia, decia despues, que no hubiera yo preferido á este ministerio.” Sin embargo, quiso Felipe que hablase en el Oratorio; obedeció, y le fué tan bien, que desde aquel dia adelantó tanto en el egercicio de la palabra, que llegó á aventajar á sus compañeros.

Muy al revez acontecia á aquellos que preferian su propio parecer al de nuestro Santo. Tarugi, discípulo suyo tan obediente en todo lo demas, cometió una vez la falta siguiente que le costó bien caro.

En un esceso de fervor indiscreto, rogó á su santo director llevase á bien se levantase á orar á media noche. La respuesta fué negativa. En vez de someterse el jóven imprudente sacrificando su deseo, volvió otras veces con la misma pretencion y vino al cabo á permitirse lo que el santo le negaba. No se dilató el castigo, porque desde la primera noche experimentó tal debilidad de cabeza, que le inutilizó para la oracion por el espacio de once meses.

Otro, llevado repentinamente del amor á las penitencias, comenzó á usar de la disciplina diariamente, sin ponerlo en conocimiento de su director. Muy presto, sin embargo, se echó en cara es-

te acto de independencia, y fué á acusarse de él, pidiendo continuar legitimamente. Viendo Felipe que este fervor tenia un mal principio, respondió á su solicitud con una formal negacion. Insistió el penitente de una manera tan insinuante, que el confesor creyó debia acceder y dejar á Dios el cuidado de curarlo. “Pues bien, le dijo, no solamente os lo permito, sino que aun quiero que os disciplineis tal dia de la semana: no dejéis de obedecerme.”—“Cuidaré, respondió, de no faltar, porque á la verdad, es bien poca cosa lo que me mandais.” Sin embargo, cuando llegó el dia señalado, experimentó una repugnancia invencible á hacer lo que se le mandaba, y no pudo obtener la obediencia, lo que en otras veces hacia con tanto gusto por sola su voluntad.

Veámos ahora el modo con que Felipe inculcaba esta hermosa virtud con sus palabras y ejemplos. Aunque es cierto que él no estaba ligado por voto alguno, y que su empleo le daba una gran superioridad sobre los demas, gustaba tanto de la obediencia, que no dejaba escapar ocasion de practicarla. Por lo mismo, si el portero venia á avisarle que le aguardaba alguno en el locutorio, al momento dejaba lo que estaba haciendo, y bajaba á despachar al que le solicitaba. No faltó quien le dijese la sorpresa que le causaba el verle por esta causa interrumpir su oracion, y contestó agradablemente, que la oracion cedia voluntariamente á la obediencia. Dijo á otro que se admi-

raba de ver que, en semejantes casos, no reservase ni aun el tiempo en que se preparaba para celebrar. "Parece que Dios así lo quiere, pues me llama á otra parte. Además, un sacerdote debe vivir de tal modo, que á cualquier hora esté dispuesto á ofrecer el santo sacrificio." ¿Estaba enfermo? no solo tomaba todas las medicinas que los médicos le prescribían, sino que aun se abstenía de la misa y del oficio divino, cuando aquellos lo juzgaban conveniente; ni tampoco dudaba sacrificar la oración, inmoldando en las aras de la obediencia, lo que para él era mas caro en esta vida.

Mas es preciso oírle hablar de esta virtud, para saber hasta donde la estimaba, y cuanto apreciaba hacerla gustar á los demás. "Es un medio indispensable, decía, para poder caminar en las sendas de Dios, entregarse absolutamente en las manos de los superiores. Los que no le tienen, deben buscar un director prudente y sábio, á quien han de abrir su corazón como al mismo Dios, y no deben hacer nada sin su parecer. Cualquiera, añadía, que viva en esta dependencia, verá acercarse su última hora con suma paz, y no temerá el juicio de Dios. Pero supuesto que es preciso entregarse completamente al director ó confesor, y en cierto modo poner en sus manos la propia alma, es necesario convenir en que es cosa difícil su elección. La prudencia quiere que esta no se haga sino despues de una muy madura delibera-

ción; pero tambien exige, que uua vez electa esta guía, no se abandone sin graves razones. La inconstancia tiene en verdad grandes inconvenientes; de los que puede juzgarse, por lo mucho que el demonio trabaja en procurarla; lo que no haría ciertamente si no sacase de ella gran provecho."

"La obediencia, decía tambien, es el camino mas corto para llegar á la perfección, y se hacen santos mas prontamente los que llevan una vida comun sujeta á la obediencia, que los que por su propia voluntad, se ejercitan en grandes maceraciones. La obediencia, añadía por último, es un holocausto que se ofrece á Dios en el altar del corazón." Lleno de estimación hácia tan alta virtud, no economizaba la práctica de ella á sus discípulos, y para hacerlos obedientes en las cosas difíciles, los hacía ejecutar minuciosas prescripciones. He aquí un ejemplo. Iba un dia de su casa á Vallicella, con Francisco de Molania, noble romano que caminaba por la senda de la perfección: quiso experimentar su obediencia, y el Cielo le ayudó á ello, como lo vamos á ver. "Querría; le dijo, tener aquí tal cosa que dejé en mi aposento, he aquí la llave; id á traermela." obedeció el joven; pero cuando quiso abrir la puerta la llave no pudo franquear la cerradura: por mas diligencias que hizo, todas fueron inútiles. Convencido de su impotencia, bajó la escalera para volverse; mas le detuvo la vergüenza. "¿Cómo, se decía á sí mismo, he de ir yo ahora á decirle al padre, que

no he podido abrir una puerta que él abre todos los días? Algun modo ha de haber de abrirla, y es preciso que yo dé con él." Sube otra vez la escalera y pónese á hacer nuevas diligencias; pero por desgracia la llave, que antes daba siquiera una media vuelta, ahora no puede ni aun moverse. Fuele preciso resolverse á ir á confesar su mala ventura. Va á buscar á Felipe y le dice que no habia podido entrar á su cuarto. "Sois un necio, le replicó el Santo, volved y abrid." Vuelve con docilidad, y abre sin trabajo alguno. El jóven no comprendió el misterio; mas luego que llegó á donde estaba Felipe, éste le dijo: "¿Veis lo que es obedecer sin replicar?"

Este sabio superior, queria que sus discípulos, dejasen cualquier ocupacion, que tuviesen entre manos, por entregarse á las prácticas comunes luego que sonaba la campana: ordenó que no se permitiera á ninguno de los padres escojer la hora en que habia de celebrar, los ornamentos, el altar; sino que todo esto dependiese de la voluntad del sacristan, á la que cada uno habia de sujetarse. Por último, para asegurar la perfeccion en esta virtud, exigia que se le obedeciese pronta y ciegamente, sin exámen de ninguna clase. "¿A qué fin, decia él, ponerse á razonar sobre las órdenes de los superiores? Nada es tan bueno ni tan perfecto, como lo que se nos manda hacer, diga lo que quiera nuestro propio juicio."

Cuando venian á visitarle los jóvenes religiosos

que habia hecho entrar al claustro, les decia: "Es en efecto, una cosa excelente trabajar en la salvacion de los prógimos; pero solo cuando es de la aprobacion de Dios; él no aprueba las obras de celo que los superiores nos mandan dejar. Prescindid de ellas con gusto, siempre que os las prohiban, y cumplid con alegría las funciones que os confien, aun cuando os parezcan de poca utilidad. Para agradar á Dios, no es necesario hacer grandes cosas, sino hacer las que él quiere que hagamos; en el tiempo que lo quiere; y de la manera que lo quiere. Puede querer que una cosa se haga, sin que seais vosotros los que la hayais de hacer; que no se haga hoy sino de aquí un mes; que no se haga de este modo, sino de aquel otro: y solo la obediencia puede instruiros sobre todo esto. No hay cosa que santifique mas á un religioso, que el someter su propia voluntad y su mismo entendimiento á la obediencia.



CAPITULO XII.

Tierno amor á Dios de Felipe.



Y A he dicho desde el principio de esta historia, cuán ferviente era el amor que tenía Felipe á Dios desde sus primeros años; pero desde entón- ces este fervor fué adquiriendo nuevas creces, y dió lugar á hechos demasiado edificantes para que puedan pasarse en silencio. Muchas veces cuando oraba ó desempeñaba alguna funcion sa- grada, se vieron saltar centellas de sus ojos y de su rostro, signo indudable del incendio que le con- sumia interiormente; y de aquí es que se le veía de ordinario sumamente lánguido, teniendo que echarse muchas veces sobre su lecho, á causa de que sus fuerzas lo abandonaban. Este fuego di- vino no se agitaba siempre en su pecho con el

mismo ardor; pero cuando llegaba á inflamarse, apenas era dueño Felipe de sí mismo. Entónces era cuando exclamaba con el Apóstol "*Cupio dis- solvi et esse cum Christo*: deseo morir para unirme á Jesucristo." Aun andando por las calles se le escapaba el *Cupio*; pero avisado por su humildad, tenia que hacerse violencia para no decir lo demas.

Ignacio Festino, religioso Dominicó que habia sido su discípulo, atestiguó haberlo visto muchas veces casi fuera de sentidos, en tal estado de con- solacion, que pudo muy bien decir con el mismo Apóstol: "Rebozo de alegria: *Superabundo gau- dio*," ó con San Efren: "Detened Señor las on- das impetuosas de vuestra gracia, y retiraos de mí, porque no puedo soportar tal torrente de dulzura." Si entraba en algun templo, su amor se abrasaba de tal manera, que tenia que apresurarse á huir, despues de una corta genufleccion, para no dar á los presentes el espectáculo de un éxtasis. Llegó al extremo de no poder orar, sin ser arrebatado. A- penas se arrodillaba y levantaba los ojos al cielo, cuando se encontraba fuera de sus sentidos, absor- to en la inmensidad divina, en donde descubria las mas altas verdades y gustaba de inefables dul- zuras. No era esto, sin embargo, lo que él busca- ba en la oracion. Todo su deseo era amar á Dios por Dios, y se quejaba de estas delicias celestia- les, las que hubiera querido no sentir.

Su amor hácia Jesucristo, en el adorable Sa- cramento del Altar, era incomparable. Desde jó-

ven comulgaba diariamente, elevado al subdiacnado, no podia tocar un cáliz sin estremecerse de alegría, no se hartaba de besarlo y de llenarle de sus mas tiernas caricias. Ya sacerdote, no dejó pasar un dia sin celebrar, á no ser que se lo impidiesen sus enfermedades. Siendo ya anciano, solicitó y obtuvo del Sumo Pontífice la gracia de tener al Santísimo Sacramento, en un gabinete cuya puerta comunicaba á su cuarto: luego que se le habia dado la comunión, se cubria el rostro con un lienzo, para no distraerse con los objetos exteriores, y bebia á grandes tragos en la fuente infinita de las delicias celestiales.

En 1577, padeció una enfermedad tan gráve, que los médicos llegaron á desesperar de su vida. Recordó una noche á la hora en que las campanas llamaban á maitines en los monasterios, y ellas despertaron su deseo de la comunión, el que le obligó á decir á los que le cuidaban: "Tengo hambre de mi Dios, por vida vuestra traedmele." Tarugi, que se hallaba allí, hizo señal á los demas que no le respondiesen. Temia que la abundancia de sus lágrimas, y la vehemencia de su amor, le quitasen completamente el sueño, y que la privacion de éste, acabase con su vida ya tan débil y estenuada. Felipe adivinó su pensamiento, y haciéndole acercar á su cama, le dijo: "Es tal el deseo que tengo de recibir á nuestro Señor, que sin satisfacerlo no me será posible dormir; traedmele que yo os prometo tomar el sueño lue-

go que haya comulgado." En efecto, se quedó dormido poco despues de haber tomado este divino alimento; y á la mañana siguiente se encontró ya en estado de convalecencia. Otra noche le trajo Antonio Gallonio el adorable Sacramento, y mientras que pronunciaba, acaso con suma lentitud, las palabras preparatorias, no pudiendo contenerse el santo enfermo, le dijo. "Antonio ¿por qué deteneis á mi Señor en vuestros dedos, en vez de apaciguar la hambre que me devora?" Profundamente enternecido y deshecho en lágrimas Antonio, se apresuró á satisfacer su deseo.

De muy diversa manera sucedia cuando ofrecia el tremendo sacrificio, y no puede darse una idea de lo fervoroso de su amor en tales ocasiones. Así, pues, mientras que los demas sacerdotes, en semejante caso, tienen tanto trabajo para conservarse atentos á lo que hacen; el por el contrario, buscaba como distraerse, temeroso de un éxtasis que le impidiera concluir el santo sacrificio. Sin embargo, por mas que hacia, el amor divino acababa por triunfar de su resistencia. Porque ó bien perdía la voz y se veía obligado á detenerse, ó bien experimentaba un estremecimiento impetuoso que hacia temblar todo el altar; ó bien permanecia inmóvil y fuera de sentido: y en tales circunstancias era indispensable tirarle de los paramentos, para llamarle sobre sí y decirle en qué parte de la misa estaba á fin de que pudiese acabar. Por este motivo no le agradaba celebrar pú-

blicamente; y cuando no podia dispensarse de hacerlo, tomaba un ayudante, iniciado en su secreto, y le recomendaba que cuidase de prestarle estos servicios. Los asistentes echaban muy bien de ver estos accidentes singulares; pero este espectáculo en vez de servirles de incomodidad, los edificaba hasta el punto de moverlos á llorar.

Ordinariamente en el ofertorio comenzaban, si puedo hablar de esta manera, los arrebatos de su amor. Entónces su corazon rebozaba de alegría, y se agitaban de tal manera todos sus miembros, que le era indispensable tomar grandes precauciones, tanto para no derramar el vino al preparar el cáliz, como para conservarlo en él durante el sacrificio. Sin embargo, no aconteció jamás accidente alguno, lo que puede atribuirse á milagro, porque regularmente ponía mucho vino, y su cáliz era muy pequeño. Cuando elevaba la sagrada hóstia para hacerla adorar del pueblo, sentiezbán sus brazos de tal modo, que le costaba gran trabajo bajarlos; motivo por el que hacia este movimiento con grande celeridad. De igual prontitud usaba al comulgar, para librarse de los éxtasis, que sin esta precaucion le eran inevitables. Resultaba de aquí el inconveniente de abreviar la visita de Jesucristo en su alma; pero él procuraba evitarlo, escogiendo las hóstias mas gruesas que encontraba.

Despues de tomar el precioso sánguís, olvidando sus precauciones, ó no creyendolas ya necesarias,

contentaba su santa ansia, chupando indefinidamente las gotas que habian quedado pegadas en los bordes del cáliz, el que oprimia tan fuertemente con sus lábios y aun con los dientes, que al cabo de cierto tiempo llegó á gastarlo considerablemente. Para que no se le distrajesse de este santo deleite, y ocultar al mismo tiempo la alegría con que brillaba su semblante, cuidaba de prevenir al que le ayudaba no le llevase la ablucion, hasta que él se la pidiese. Ordinariamente celebraba en el altar principal, para que su distancia del pueblo impidiese que este observase los extraordinarios efectos que se obraban en él. Si se encontraba con alguno, al salir de la iglesia, despues de dar gracias, no le echaba de ver, porque su espíritu estaba completamente absorto en Dios; y no podia dejarse de notar en la palidez de su rostro y en lo embarazoso de sus pasos, que le costaba sumo trabajo usar de sus sentidos. Esto dió motivo á que solicitasen y obtuviesen los padres de su congregacion, del papa Gregorio XIV, que pudiese celebrar en una capilla contigua á su cuarto.

Desde entónces pudo Felipe entregarse, y se entregó en efecto, á los transportes de su amor; y sus discípulos se apresuraron á remover cuanto pudiera servirle de abtáculo. He aquí lo que pasaba diariamente mientras decia misa. Luego que consumia, todos los circunstantes salian de la capilla; el ayudante encendia la lámpara, apagaba las velas, para que no fuera á quemarse algu-

na cosa, cerraba las persianas, la puerta de la capilla y tambien la del cuarto que servia de entrada; colgando en ella una tabla en que se leían estas palabras: ¡SILENCIO; EL PADRE DICE MISA!! Dos horas despues, volvía á entrar al cuarto el ayudante y esperaba en él hasta que el repique de una campanilla le anunciaba que ya el santo le llamaba; entonces abría las puertas, volvía á encender las velas, y Felipe acababa sus ceremonias. Lo que pasaba entre Dios y él durante estas largas horas, se ignora completamente. Solo puede decirse que al salir del altar, se le encontraba sumamente débil, pálido, y tan sin fuerzas, que parecía ya que iba á espirar.

Cuando daba la comunión á los fieles, se inflamaba su fervor de tal manera, que todos sus miembros se estremecían. Esto lo observaron muchas personas, que despues dieron testimonio de ello. Al comulgar un día de mano del santo, la muger de un judío recién convertido, lo mismo que élla, le vió en tal agitacion, que hacia saltar las sagradas formas del copon. Su rostro estaba sumamente encendido, mas poco despues se cubrió de una palidez mortal. Un noble Florentino, vino un día á oír su misa acompañado del arcediano del patriarca de Alejandría; el Florentino llamado Neri de Nigri, quiso tener el consuelo de comulgar de la propia mano del santo; y he aquí que ésta mano permaneció en el aire, privada de todo movimiento en fuerza de la accion del divino

amor. Fué necesario que Neri la tomase respetuosamente, y la mantuviese con fuerza, hasta que pudo tomar la sagrada forma. Otra vez acercándose á comulgar una religiosa Ursulina, se escapó la hóstia de los dedos del santo, y se mantuvo en el aire á la vista de todos los espectadores.

No parece ciertamente, sino que la Providencia permitia estos acontecimientos prodigiosos para mover á los sacerdotes á celebrar con frecuencia los sagrados misterios, lo que en aquella época hacían rara vez. Comprendía esto muy bien el siervo de Dios, pues no cesaba de exhortarlos á la diaria celebracion. “¿Por qué, decia, se ha de abstener un sacerdote de decir misa? Será tal vez por tener mas tiempo de dormir ó de pasearse. ¡Ah! así se prefieren los deleites de la tierra á los deleites del cielo. Este sí que puede llamarse el error de los errores. Fuera de Dios y lejos de Jesucristo, solo hay falsos placeres y consuelos engañosos.” De aquí resultó que se hiciese mas frecuente el uso de la sagrada comunión. Exigía de sus discípulos que comulgasen todos los Domingos y dias festivos solemnes; y aun los excitaba á hacerlo con mayor frecuencia, cuando su estado interior lo merecía; y este fué uno de los medios mas poderosos que empleó para elevar á tantas almas á una eminente perfección. Cuanto á la confesion, se las ordenaba dos veces á la semana, y muchas ocasiones diariamente.

La devocion al santo sacrificio de la misa y á la

sagrada comunión, se hermana demasiado con el misterio de la cruz, para que dejase de atraer á ella á la alma con una fuerza irresistible; y he aquí porque este santo hombre no se cansaba de meditar en la pasión y muerte del Salvador. De aquí aquel vehemente deseo de derramar su sangre por su Dios, y que su Magestad satisfizo en cierto modo; pues todas sus enfermedades fueron acompañadas de un flujo de sangre, la que vertía en tanta abundancia, que creían los que le acompañaban hubiese luego de morir. Refiérese de Santa Lugarda, que padecía el mismo accidente experimentando de tiempo en tiempo la rotura de una vena del pecho que le ocasionaba una considerable pérdida de sangre, que Jesucristo le dijo un día, que esta gracia la debía á su ardiente deseo del martirio. Podía yo también hablar aquí de la devoción de nuestro santo hacia el dulcísimo nombre de Jesús, que nunca pronunciaba sin dar manifiestas señales de la alegría que inundaba su corazón, y podría también estenderme sobre otras muchas cosas, muy propias en verdad, para atestiguar el ardor del fuego divino que abrasaba su alma; pero basta ya lo dicho.

CAPITULO XIII.

Devoción de Felipe para con la Santísima Virgen y demás Santos.

FELIPE amaba demasiado á Jesús, para que dejase de amar también á su augusta Madre; hablaba de ella incesantemente y la traía en su corazón. “Amad á María, decía en sus sermones; ella es después de Dios, el objeto más digno de amor; confiad en ella, pues es la distribuidora de todos los tesoros del cielo.” Empleaba algunas veces toda la noche en hablar con la Santísima Virgen; y entonces agotaba los términos de la más afectuosa ternura, hasta llegar á llamarla con el cariñoso nombre de mamá, que dan á sus madres los niños. Citémos algunos hechos que nos proporciona su devoción, los que hablarán mejor que cuanto pudiéramos decir.

sagrada comunión, se hermana demasiado con el misterio de la cruz, para que dejase de atraer á ella á la alma con una fuerza irresistible; y he aquí porque este santo hombre no se cansaba de meditar en la pasión y muerte del Salvador. De aquí aquel vehemente deseo de derramar su sangre por su Dios, y que su Magestad satisfizo en cierto modo; pues todas sus enfermedades fueron acompañadas de un flujo de sangre, la que vertía en tanta abundancia, que creían los que le acompañaban hubiese luego de morir. Refiérese de Santa Lugarda, que padecía el mismo accidente experimentando de tiempo en tiempo la rotura de una vena del pecho que le ocasionaba una considerable pérdida de sangre, que Jesucristo le dijo un día, que esta gracia la debía á su ardiente deseo del martirio. Podía yo también hablar aquí de la devoción de nuestro santo hacia el dulcísimo nombre de Jesús, que nunca pronunciaba sin dar manifiestas señales de la alegría que inundaba su corazón, y podría también estenderme sobre otras muchas cosas, muy propias en verdad, para atestiguar el ardor del fuego divino que abrasaba su alma; pero basta ya lo dicho.

CAPITULO XIII.

Devoción de Felipe para con la Santísima Virgen y demás Santos.

FELIPE amaba demasiado á Jesús, para que dejase de amar también á su augusta Madre; hablaba de ella incesantemente y la traía en su corazón. “Amad á María, decía en sus sermones; ella es después de Dios, el objeto más digno de amor; confiad en ella, pues es la distribuidora de todos los tesoros del cielo.” Empleaba algunas veces toda la noche en hablar con la Santísima Virgen; y entonces agotaba los términos de la más afectuosa ternura, hasta llegar á llamarla con el cariñoso nombre de mamá, que dan á sus madres los niños. Citémos algunos hechos que nos proporciona su devoción, los que hablarán mejor que cuanto pudiéramos decir.

En una enfermedad que padeció cuando vivía en San Gerónimo, llegaron á ser los síntomas tan alarmantes, que temeroso el médico de una muerte repentina, mandó que no se le dejase solo de día ni de noche; y por consiguiente, sus discípulos se repartieron entre sí el cuidado de velarlo. Vino una tarde Antonio Luccio para pasar allí la noche con nuestro santo, y creía no le sería posible soportar el aire sofocante de aquella pieza tan estrecha; pero pronto se desvanecieron sus temores, pues nunca pasó noche mas deliciosa, hasta el extremo que cuando sonó la alba, le pareció que eran las oraciones de la noche. Pero no sin razon, pues creyendo Felipe que estaba solo, no paró toda la noche de hablar familiarmente con la augustísima María.

Usaba frecuentemente de esta su invocacion favorita. "Virgen Maria, Madre de Dios, rogad á Jesus por mí." "¡Oh Virgen y Madre! estas palabras son cortas, decia, pero contienen la mayor honra que puede darse á esta gran Reina, y no pueden dejar de serle agradables." Con tal persuasion, aconsejaba á sus discípulos la repitiesen sesenta y tres veces, en forma de corona, lo que hacia él mismo con tanto fervor, como confianza. Muchos reconocieron por experiencia la eficacia de esta devocion, muy especialmente en las tentaciones de impureza; por cuyo motivo se hicieron familiar esta santa práctica.

Movida María del tierno amor de su fiel siervo,

no cesaba de colmarle de sus favores, lo que penetraba del mas vivo reconocimiento el corazon de Felipe; por lo mismo cuando se trató de decorar las capillas de la iglesia que acababa de construir, quiso que las pinturas representasen los diversos misterios de la redencion, y que en cada uno de ellos hubiese una imágen de su augusta bienhechora. "Ella favorecerá, decia él, á todos los que la contemplan y la ruegen: lo sé por experiencia; siempre que oro delante de la que está en mi cuarto, escucha mis votos." De aquí vino la costumbre de representar á la divina María en todos los cuadros consagrados á la gloria del Santo Padre.

La ereccion del nuevo templo, de que ya he hablado, se hizo notable por un acontecimiento que merece referirse. Cuando se demolia la antigua iglesia, Antonio Luccio, encargado del cuidado de la obra, hizo conservar el techo de una capilla de la Santísima Virgen, en que se encontraba una imágen de la Señora, muy milagrosa y venerada. El religioso respeto que tenia á aquella sagrada efigie, le determinó á aguardar á que se construyese la nueva capilla, para trasladarla á ella solemnemente: y así lo hizo en efecto. Una tarde daba Luccio á los operarios esta orden, y á la mañana siguiente le mandó llamar Felipe, y le dijo. "Apresuraos á hacer demoler ese techo ruinoso que María detiene por milagro, solo por conservar su imágen." Fue Luccio á dicho lugar, y vió en efecto, que las vigas que formaban la armadura

se habian ya despegado de las paredes y estaban al aire. Vieron esto tambien los operarios y publicaron á grandes voces el milagro. Luego que se acabó el templo, quiso el santo que fuese dedicado á la Santísima Virgen, á fin de vivir en cierto modo con élla bajo de un mismo techo, y tambien, para hacerla amar mas de sus discípulos. Este era uno de sus mas ardientes deseos; por lo cual les decia continuamente: "Sed devotos de la Madre de Dios, hijos míos; amad mucho á Maria."

Su ternura para con esta augusta Madre, no le hizo olvidar la devocion que debia tambien á los santos. Los honraba de todo corazon, y los invocaba con fervor y confianza; leía continuamente sus vidas, y gustaba en extremo de referir algunos de sus pasajes, ó de oírlos contar á otros. En los últimos años de su vida, se los hacia leer durante muchas horas cada dia. Aunque es cierto que á todos tenia gran veneracion; profesaba sin embargo á algunos un particular afecto. De este número eran Santa Maria Magdalena; porque él habia nacido la víspera de su fiesta, y San Felipe patron suyo. El dia en que la Iglesia honra á este santo, era para él un dia de santa alegría, y acostumbraba dar un pequeño festin á su comunidad; uso que siguió en lo sucesivo cada uno de los padres del Oratorio.

Tenia tambien una particular devocion á las santas reliquias, aunque no era de su agrado lle-

var consigo ninguna de ellas, y así lo aconsejaba á sus discípulos. "La costumbre, decía, espone á tratarlas con muy poca reverencia; luego andan de mano en mano, y acaban muchas veces por ser profanadas." Mas no se oponía á que cada uno las tuviese en su cuarto, con tal que estuvieran encerradas en un relicario. El mismo tenía uno, que despues de su muerte pasó á manos del cardenal Baronio, y fué instrumento de muchos milagros. Pero nunca probó mejor su religioso amor para con los restos sagrados de los amigos de Dios, que en el celo con que los solicitó para enriquecer su nueva iglesia, y en el pomposo aparato con que hizo su traslacion. He aquí la relacion de este ceremonial memorable, escrita por Baronio.

"Por complacer á nuestro bienaventurado padre, el papa Sixto V, quiso que el cardenal Cusano, del título de San Adrian, le diese los cuerpos de San Papias y San Mauro, que reposaban en su iglesia. El cardenal ejecutó esta orden, no solo sin disgusto alguno, sino con una verdadera satisfaccion, pues nos apreciaba ciertamente. Hizo mas todavía; quiso secundar las intenciones de nuestro bienaventurado padre, que queria que la traslacion se hiciese con magnificencia, y él se hizo cargo de pagar todos los gastos. La ceremonia se verificó el 11 de Febrero del año de 1590 con una pompa verdaderamente extraordinaria. Diez cardenales nos honraron con su presencia y

acompañaron hasta nuestra iglesia el precioso tesoro con que se la enriquecía. ¡Cuán dichosos fuimos los oratorianos al visitarnos aquellos nobles mártires romanos, que se dignaron venir á fijar su domicilio en nuestra propia casa! No podíamos dejar de contemplar, de tocar, de besar sus huesos sagrados; y la disposición en que se hallaban nuestros corazones de irlos á ver cada rato, de rogarles con grande fervor, y de amarlos con ternura, nos hacia estar ciertos de su futura benevolencia.

“Sin embargo, era nada nuestra gozosa devoción comparada con la del bienaventurado padre. Si le hubierais visto riendose y lleno de animación, saltar de alegría, arrojarse en medio de la muchedumbre como un hombre delirante, ir y venir á la iglesia, sin casi saber lo que hacia. La preciosa urna se depositó en un altar ricamente adornado, en medio de la nave de la iglesia, y permaneció allí espuesta por cuatro dias á la pública veneración, y despues se colocó bajo del altar principal en donde debia permanecer para lo sucesivo.”

Entre los dones que Dios se dignó dispensar á su siervo fué uno, y en el mas alto grado ciertamente, el de comunicar á los demas el fervor de su alma. Los que ocurrían á él, aun cuando fuesen de hielo, sentían muy pronto encenderse en sus corazones el divino fuego. Si por el contrario, dejaban de tratarlo, luego se resfriaban de una

manera sensible. Lavinia de Rustici, esposa de Fabricio Massimi, hizo una feliz experiencia de este don comunicativo. Antes de entrar en relaciones con el santo, todo lo de él le daba motivo de contradicción, y era tanta la adversión que le tenia, que no podia ni aun oír su nombre sin grande repugnancia. Fabricio que por el contrario, le profesaba una religiosa adhesión, se esforzaba en destruir las injustas prevenciones de su muger. Despues de largas é inútiles tentativas, logró por último llevarla á hacer una visita al siervo de Dios. Esto fué lo bastante. Quedó tan admirada de su amable virtud, que se puso bajo de su dirección, y aprovechó tanto con este hábil maestro, que en muy poco tiempo fué otra. Sustituyó la modestia cristiana á la vanidad; el mundo perdió para ella todos sus atractivos; ya no se ocupaba sino de buenas obras; se acercaba á los sacramentos tres veces á la semana, y se aplicó de tal suerte y con tan buen éxito á la oración, que no tardó en experimentar algunos éxtasis. Pocos años despues, plugo á Dios poner fin á su vida, y su santo director supo por revelación que disfrutaba de la gloria eterna.

Constancio de Drago de Crescendi, asistía un dia á la misa de Felipe con un criado suyo llamado Eugenio; y repentinamente sintió abrasarse su corazón, y experimentó tan viva compunción, que no pudo impedir que sus ojos derramasen abundantes lágrimas. Admirado de una devoción que

no le era ordinaria, quiso saber si otros tambien participaban de ella. Se volvió, pues, á su criado, y le dijo: “¿Sientes alguna cosa extraordinaria?—Tengo el corazon hechos pedazos le respondió,” y en efecto las lágrimas corrian abundantemente por sus mejillas. Cuando salieron del templo se comunicaron mutuamente sus ideas, y uno y otro se persuadieron firmemente que debian esta gracia al fervor del santo.

Neri de Nigri, noble Florentino de quien ya hemos hablado antes, padecia continuas distracciones en la oracion. Pero ¿cuál fué su sorpresa, cuando asistiendo por la primera vez á la misa del santo, vió que su espiritu entraba y permanecia fácil y sosegadamente en la meditacion? Por entónces no dió con la causa de esta mudanza; pero mas tarde observó que la misa de Felipe producía en él siempre el mismo efecto, y juzgando que era una emanacion de la virtud del santo, procuró en lo sucesivo aprovechar las ocasiones de oirla.

Todos los que oraban en su compañía, experimentaban tal alegría espiritual, que las horas les parecian instantes. Algunos afirmaron que hubieran pasado con él, de buena voluntad, los dias y las noches. Dos de sus primeros discípulos que hicieron este dulce experimento, no pudieron menos que manifestarle su admiracion: pero, él les respondió: “yo no veo en esto mas que una cosa demasiado sencilla: y es que nuestro Señor os da

leche, porque sois todavía niños.” Cuando se sentaba en el tribunal de la penitencia, su corazon abrasado en caridad, comunicaba su fuego á los penitentes, quienes, especialmente al tiempo de la absolucion, se sentian penetrados de una compulsion consoladora y maravillosa.

Bastaba recibir de él alguna demostracion de amistad, para experimentar estas influencias de devocion. “No sé por qué, decia Juan Anzina, no podia yo entrar al cuarto de este buen padre, sin poseerme de temor; porque yo lo amaba mucho y le iba á ver de muy buena voluntad. Sensible él á mi temor, me colmaba de caricias, y esto solo cambiaba enteramente mi interior; entónces sentia yo no se qué gracia celestial en mi corazon que me inflamaba en deseos de los bienes eternos. Al salir de su cuarto, me iba á la iglesia, en donde tenia yo una oracion deliciosa.” Marco Antonio Maffa, habia hecho tambien igual experiencia, y he aquí como se esplicaba sobre el particular. “Aun siendo yo un grande pecador, el mas abyecto y despreciable de los hombres, luego que conocí al buen padre Felipe, le tuve por un santo. Atraído por el amor y la confianza, me hice su discípulo, é iba á verlo siempre que mis ocupaciones me lo permitian. Le elegí por mi confesor, y experimenté en su tribunal los efectos de la gracia, como no los habia experimentado en los de los demas; cuando me dirigia la palabra, y sobre todo, cuando me absolvía, se derretia mi corazon

de amor, y derramaba yo un torrente de lágrimas. ¡Cuántas veces me llegué á sus piés con mi alma acongojada y en un malestar inexplicable! Pero apenas le descubria yo las tentaciones que me acongojaban, cuando luego renacia en mi espíritu la calma y la serenidad. Desde que está en el cielo, siempre que imploro su favor siento su presencia de una manera que no puedo explicar. Si digo misa con los ornamentos que usaba, lo que hago algunas veces, experimento una devoción que me derrite en lágrimas." Hay otros muchos testimonios sobre el particular que se hicieron bajo de juramento despues de la muerte del santo; pero bastan ya los citados.

CAPITULO XIV.

Sus lágrimas y su espíritu de Oracion.

SIN embargo, de que al presente estamos tratando de las virtudes del bienaventurado Felipe, y que he de hablar de sus dones mas adelante; como el de lágrimas es uno de los frutos mas recomendables de la devo-

cion, no puedo dispensarme de decir de él alguna cosa, pues segun el sagrado Evangelio, por los frutos conoceremos el árbol. Seria difícil encontrar un corazon tan tiernamente caritativo como el de este santo hombre. Bastaba para hacerlo llorar, referirle una desgracia pública ó particular; pero todavía mucho mas si se trataba de la muerte de una alma. Entónces se le oía esclamar como otro Jeremías: "¡Quién diera agua á mi cabeza y á mis ojos una fuente de lágrimas, para llorar noche y dia las desgracias de la hija de mi pueblo!" En la informacion que se hizo despues de su muerte, declaró como testigo el cardenal Federico Borromeo, que le habia visto mas de una vez, llorar por los pecadores, con los gritos y sollozos de un niño, á quien corrige su padre.

Confesándose con él un dia un hombre de distincion, ocultó por vergüenza sus mas graves pecados. Ignoraba, sin duda, que el santo tenia el don de profecía. Mas ¿cuál fué su sorpresa al oírle declarar todas sus torpezas? Tuvo á lo ménos la suficiente cordura para confesar su criminal vergüenza; y entónces el confesor queriendo preservarlo de un orgullo tan peligroso, le pintó vivamente las funestas consecuencias de un sacrilegio; y cuando ya le vió contrito, llevado de una tierna compasion, derramó una abundancia de lágrimas, que fué bastante para acabar de penetrar el corazon de este hombre arrepentido. Despues de haber llorado largo rato uno y otro, le

de amor, y derramaba yo un torrente de lágrimas. ¡Cuántas veces me llegué á sus piés con mi alma acongojada y en un malestar inexplicable! Pero apenas le descubria yo las tentaciones que me acongojaban, cuando luego renacia en mi espíritu la calma y la serenidad. Desde que está en el cielo, siempre que imploro su favor siento su presencia de una manera que no puedo explicar. Si digo misa con los ornamentos que usaba, lo que hago algunas veces, experimento una devoción que me derrite en lágrimas." Hay otros muchos testimonios sobre el particular que se hicieron bajo de juramento despues de la muerte del santo; pero bastan ya los citados.

CAPITULO XIV.

Sus lágrimas y su espíritu de Oracion.

SIN embargo, de que al presente estamos tratando de las virtudes del bienaventurado Felipe, y que he de hablar de sus dones mas adelante; como el de lágrimas es uno de los frutos mas recomendables de la devo-

cion, no puedo dispensarme de decir de él alguna cosa, pues segun el sagrado Evangelio, por los frutos conocerémos el árbol. Seria difícil encontrar un corazon tan tiernamente caritativo como el de este santo hombre. Bastaba para hacerlo llorar, referirle una desgracia pública ó particular; pero todavía mucho mas si se trataba de la muerte de una alma. Entónces se le oía esclamar como otro Jeremías: "¡Quién diera agua á mi cabeza y á mis ojos una fuente de lágrimas, para llorar noche y dia las desgracias de la hija de mi pueblo!" En la informacion que se hizo despues de su muerte, declaró como testigo el cardenal Federico Borromeo, que le habia visto mas de una vez, llorar por los pecadores, con los gritos y sollozos de un niño, á quien corrige su padre.

Confesándose con él un dia un hombre de distincion, ocultó por vergüenza sus mas graves pecados. Ignoraba, sin duda, que el santo tenia el don de profecía. Mas ¿cuál fué su sorpresa al oírle declarar todas sus torpezas? Tuvo á lo ménos la suficiente cordura para confesar su criminal vergüenza; y entónces el confesor queriendo preservarlo de un orgullo tan peligroso, le pintó vivamente las funestas consecuencias de un sacrilegio; y cuando ya le vió contrito, llevado de una tierna compasion, derramó una abundancia de lágrimas, que fué bastante para acabar de penetrar el corazon de este hombre arrepentido. Despues de haber llorado largo rato uno y otro, le

mandó Felipe que hiciese una confesion general: consintió en hacerla el penitente, y se aplazó dia para ella. Al despedirse se abrazaron mutuamente, y el santo, cuyo corazon se hallaba sumamente enternecido, se puso en oracion para poder llorar á solas quanto habia menester para desahogarse. Volvió el penitente el dia señalado, y el confesor le dijo al verle: “¿Cuánto me agrada hoy la serenidad de vuestro rostro! Confíad hermano mio; venís con muy felices disposiciones.” Despues de la confesion, le rogó el penitente le obtuviese del Señor, una muy profunda contricion. Dios escuchó esta súplica; pues el corazon de aquel hombre, parecia hacerse pedazos, hasta el extremo de llegarse á temer que espirase.

Si el bienaventurado padre hablaba de las cosas divinas, tenia que callar, ó que mudar de conversacion; porque la afluencia de sus lágrimas le impedia el uso del discurso. De aquí es que acostumbraba mezclar en sus piadosas conversaciones y aun en sus discursos públicos, algunas citas de autores paganos. Esta mezcla estravagante, no se acomodaba á su gusto ni á su piedad, y solo la empleaba para templar algun tanto el abrasado ardor de su alma, á fin de poder concluir su discurso. Un señor de Patrici, mas distinguido aún por su virtud que por su nacimiento, le convidó un dia á ir á comer con él á sus jardines. Nada era ménos conforme á las costumbres del santo, que no comia otra cosa que un pedazo de

pan; pero estimaba demasido á este noble personaje, y sabia condescender con los deseos de sus amigos. Aceptó, pues, el convite, advirtiendo que llevaria consigo á cuatro de sus discípulos. Fueron estos Marcelo Vitelleschi, César Baronio, Francisco Bordini y Tomas Bozzio. Luego que se acabó la comida, dijo el padre á Patricio: “Nosotros acostumbramos en el Oratorio, mezclar con la comida algun piadoso discurso, para alimentar á un mismo tiempo, el alma y el cuerpo. Permittednos, Señor, que sigamos nuestra costumbre.” Patricio respondió, que esto le seria agradable, y Felipe hizo señal á Bozzio para que tomase la palabra. Este obedeció, y contó no se qué pasaje edificante. Luego que acabó su narracion, añadió Felipe algunas reflexiones; pero muy pronto sus lágrimas le cortaron la palabra y le impidieron pasar adelante.

Nunca jamás leía las vidas de los santos, sin experimentar igual enternecimiento. Entró un dia un obispo á su cuarto, cuando él estaba ocupado de esta lectura, y encontrándole bañado en llanto, le preguntó cuál era la causa de su pena. No queriendo Felipe confesar que su devocion provocaba sus lágrimas, supo salir del compromiso diciendo al prelado: “¿Ah Monseñor! he perdido á mi padre y á mi madre; juzgad si tengo razon para llorar.” En otra circunstancia parecida á la presente respondió: “¿Cómo no he de llorar al ver que este santo cuya vida estoy leyendo, dejó el

mundo y todo cuanto poseía, á fin de no vivir sino para Dios solo, al paso que yo no soy mas que un pobre secular á quien ningun voto separa de las cosas de la tierra?”

Pero nada le movia tan sensiblemente como la pasion del divino Salvador. No podia meditar, leer ni aun hablar de ella, sin experimentar la mas tierna y penetrante compasion. Se cubria su rostro de una palidez mortal; sudaba, lloraba y sollozaba interminablemente.

Cuando, en la semana Santa, tenia que leer la Pasion en el altar, hacia cuanto estaba de su parte, por pensar en otra cosa de lo que leía; pero por mas que hacia no podia evitar que se apoderaran de él las lágrimas y sollozos. En sus predicaciones, su amor le traía incesantemente hácia Jesucristo; y su dolorosa Pasion se presentaba al instante á su memoria; entónces se enternecia su corazon, y sus lágrimas y sollozos le impedian continuar. Por esta razon renunció al púlpito muchos años antes de su muerte; y él mismo lo manifestó así varias veces. Pero si alguno le preguntaba porque no predicaba ya, se escusaba con su impotencia. No faltó quien opusiese á esta respuesta, lo bien que lo hacia en otro tiempo; pero él contestó: “Cuando el Oratorio aun no tenia hombres capaces de desempeñar este ministerio, era preciso ciertamente que nuestro Señor me diese la gracia de poder hablar; pero ¿puedo hoy contar con este favor, cuando ya tenemos predicadores en abundancia?”

El cardenal Ferrerio del título de los santos Vito y Modesto, convidó á Felipe y á los suyos á que fuesen á su iglesia á hacer la fiesta de estos ilustres mártires. Concluida la ceremonia, los llevó consigo á comer al convento de Santa Praxedis. Al levantarse la mesa, conociendo bien las costumbres del Oratorio, dijo al santo padre: “Vamos, padre mio, proponednos alguna cosa espiritual, para que nos alegremos en el Señor.” Obedeció Felipe, y lo que propuso dió lugar á una conferencia tan alegre como edificante. Quiso despues volver á hablar sobre el mismo asunto para desenvolver su sentido; pero llevado de su instinto á hablar del amor del Salvador, luego se enterneció su corazon, y comenzaron á correr sus lágrimas, las que por mas que hizo, no pudo contener; hasta que por último, tuvo el cardenal que mudar de conversacion.

Encontrándose una vez en un estado enfermiso, á causa de lo agotado de sus fuerzas, le presentaron una taza de caldo de pollo, la que tomó en sus manos; mas antes de llevarla á la boca, se estremeció, y arrojando profundos gemidos, dijo con una voz dolorida. “¡Oh mi Jesus! ¡qué diferencia entre vos y yo! vos clavado en un duro leño, y yo reclinado en un blando lecho; á vos os ofrecieron á beber hiel y vinagre, y á mí me dan regalos y dulzuras; vos estabais rodeado de enemigos que os insultaban y escarnecian, y yo me veo circundado de amigos que me halagan y consuelan.”

Y se puso á llorar de tal suerte, que no le fué posible ya tomar aquel alimento, del cual tenia gran necesidad.

El canto del oficio divino y de los salmos le enternecia tambien hasta el extremo de empapar sus vestidos con sus lágrimas. Finalmente, en sus últimos años, llegaron éstas á ser perpétuas para decirlo de una vez; y sin embargo, cosa maravillosa, su vista nunca llegó á debilitarse; á la edad de ochenta años, veía lo mismo que en su mocedad. Su humildad tuvo mucho que mortificarse por este don tan precioso y tan raro; y aunque es cierto que nuestro santo se juzgaba dichoso en tenerlo; no obstante hubiera querido de buena gana ocultarlo á los ojos de los hombres. Por lo demas el sabia muy bien disimularlo con sus santas industrias. Este don de lágrimas, decia algunas veces, no siempre es una señal del divino amor, y por consiguiente no prueba de ninguna manera que los que le tienen sean santos. Hay naturalezas lloronas, y se suelen encontrar mugeres perdidas que se deshacen en llanto cuando oyen hablar de Dios. Creía de esta suerte hacerse pasar por un hombre vulgar; mas no hacia otra cosa que añadir el mérito de la humildad al honor que le resultaba por esta gracia que el Cielo le habia dispensado.

Si no fuera tan conocida la vida de nuestro santo, bastaria para apreciar su espíritu de oracion, estudiar las reglas que dió á su congregacion; ob-

servar la tendencia de los ejercicios que en ella mandó practicar; y acordarse del nombre de Oratorio que le dió. Echase de ver en todo esto, que el quiso formar una sociedad de hombres apostólicos, entregados á la oracion y contemplacion. Solo un hombre interior, un hombre de muy alta oracion, era capaz de concebir una institucion como esta. Por lo demas estamos reducidos sobre este particular á simples conjeturas, atestiguando muchos hechos su eminente espíritu de oracion. Desde su mas tierna infancia se dedicó á este santo ejercicio, y el Señor le ayudó tan poderosamente, que pudo cumplir á la letra aquel consejo evangélico: “Conviene siempre orar, y orar sin intermision.” A toda hora y en todo lugar se le encontraba ocupado en la contemplacion de las cosas celestiales, y acontecia que muchas veces se elevaba su espíritu con mucha mas facilidad hácia los bienes eternos que el de los miserables mundanos, va en pos de las cosas de la tierra.

Esto era para él como una necesidad imperiosa de que no podia sustraerse; y aunque se prestaba graciosamente á las demas buenas obras; no obstante, guiado de su ardiente caridad, se dedicaba del todo á la oracion. Por lo mismo, aunque su habitacion no se desocupase desde que amanecía hasta que anohecía, á causa de los muchos negocios que se le encomendaban, su recogimiento interior no padecia alteracion alguna: muchas veces se le veía juntar las manos devota-

mente, ó elevar sus ojos hácia el cielo, escapándosele ardorosos suspiros de lo íntimo de su pecho, y teniendo mucho trabajo en ocultar á los que le rodeaban los afectos de su corazón. Cuando andaba en la calle, iba tan fuera de sentidos, que tenia necesidad de un compañero para que le advirtiese cuando tenia que saludar á alguna persona que mereciese esta atención. Después de comer, se veían sus discípulos obligados á inventar mil industrias, temerosos de que su aplicación espiritual no dañase á su salud. El mismo rogó á uno de ellos, le prestase continuamente este servicio, y como que la cosa no era tan fácil, él mismo le indicó el secreto de lograrla: “Cuando queráis, le dijo, que no contemple las cosas celestiales, leedme algun libro que no hable de mis amores: el disgusto que me causará esa lectura, me hará volver en mí.” La fuerza de la inclinación que tenia á las cosas celestiales, le hacia decir, como si hablase de otro: “Cuando llega un hombre á abrasarse con el divino amor, sufre su corazón tal violencia, que se vé obligado á decir á Dios: Permitted, Señor, que descanse un poco; porque mi naturaleza no puede mas.”

Nunca emprendia cosa alguna, por insignificante que fuera, sin consultar antes al Espíritu Santo, é implorar su socorro; pero una vez hecho esto, estaba seguro de que saldria bien en su empresa. “Es toy cierto, decia, de conseguir de Dios lo que le pida.” Llegó su confianza alguna vez hasta de-

cir: “Quiero que suceda tal cosa,” y ella salia en efecto segun sus deseos. Sin embargo de que era continua su union con Dios, no dejaba por eso de tener algunas horas destinadas á la oración. Cuando el tiempo era favorable, á no ser que la caridad lo impidiese, no dejaba por mañana y tarde de subir á la azotea de la casa, para gozar de la vista del cielo, y con este hermoso espectáculo, contemplaren la grandeza de Dios durante muchas horas. Si el portero venia á esta sazón á avisarle que alguno le buscaba, bajaba al momento, y volvía después á continuar su ejercicio con sumo sosiego y tranquilidad. “No se deja la oración, decia á este propósito, cuando se deja á Dios por Dios; lo sé por experiencia, y puedo decir que las obras de caridad, que se ofrecen en estas ocasiones, lejos de distraerme aumentan mi fervor y me hacen mas fácil la contemplación.” En el invierno meditaba dos ó tres horas por la noche á los piés de su crucifijo.

Rezaba su oficio divino con una devoción angélica, mas siempre le acompañaba uno de los sacerdotes de la casa; porque si le rezaba solo, luego al momento se inflamaba su corazón y se extasiaba. Por esta consideración le dispensó de rezarlo el papa Gregorio XIV; mas nunca hizo uso de esta dispensa, y cuando por sus enfermedades se lo prohibían, queria que á lo ménos lo rezase en su presencia algun otro para siquiera oirlo. Por consiguiente, venian algunos

padres á salmodiar cerca de su cama, y ¡cosa admirable! aunque estuviese extasiado, notaba la menor falta, y al momento la corregia.

Daba tambien diariamente cierto tiempo á la lectura de la sagrada Escritura, ó del libro de la Imitacion de Cristo, ó de las vidas de los santos; pero leía de una manera que merece no pasarse en silencio. Cuando encontraba algun pasaje que excitaba su fervor, le leía detenida y atentamente, y se esforzaba en sacar de él cuanto jugo podia para que le sirviera de materia en su meditacion. Así es como debe leer quien desee aprovecharse de lo que lee.

Cuando el deber le obligaba á dejar la contemplacion por las obras exteriores, su amor echaba mano, para recompensar aquellas, de oraciones jaculatorias. Seguía en esto el ejemplo de Casiano y lo inculcaba empeñosamente á sus hijos espirituales. Para hacerlo mas fácil, escribió una coleccion de piadosas fórmulas que no me parece inútil reproducir aquí.

“¡Dios mio! cread en mí un corazon puro y renovad en mis entrañas un espíritu recto.

“Ayudadme ¡oh Dios mio! y no tardeis, Señor, en socorrerme.

“Enseñadme á cumplir vuestra santa voluntad.

“Señor, no me ocultéis vuestro rostro.

“Señor padezco violencia, responded por mí.

“Yo soy el camino, la verdad y la vida. Hágase vuestra voluntad así en la tierra como en el cielo.

“¡Oh Dios todo amable! ¿cuándo os amaré con un amor verdaderamente filial?

“Dios trino y uno, apiadaos de mí.

“Encendedme en el fuego de vuestro amor. Maria, Madre de gracia, Madre de misericordia, protejednos durante la vida, y recibidnos en la hora de la muerte.

“No os he conocido hasta aquí ¡oh buen Jesus! porque no os he buscado.

“Si no me ayudais, ¡oh mi Jesus! ¿qué cosa buena podré yo hacer?

“Enseñadme lo que he de practicar para cumplir con vuestra santa voluntad.

“Concededme ¡oh mi Jesus! concededme el que os sirva por amor, y no por temor.

“¡Oh mi Jesus! yo querría comenar á amaros.

“Desconfio de mí, y confio en vos ¡oh Dios mio!

“Si no me ayudais, nada bueno puedo hacer ¡oh mi Jesus!

“Mi único deseo es cumplir siempre en todo vuestra santa voluntad.

“Yo no os amaré jamás ¡oh mi Jesus! si vos no me concedeis esta gracia.

“Yo deseo amaros ¡oh Dios de mi alma! pero no sé como os he de amar.

“¡Oh mi Jesus! yo os busco y no os encuentro.

“¡Ah si llegase al fin á conocerme á mí, y á conoceros á vos Jesus mio.

“Aun cuando haga cuanto esté de mi parte, ¿hago otra cosa mas de lo que debo? 10

“Yo cairé sin remedio, ¡oh mi Jesús! si vos no me sosteneis con vuestra mano poderosa.

“Si quereis que vaya á vos, ¡oh Dios mio! apartad de mi camino todo lo que pueda detenerme.

“Virgen Maria, reina y señora mia, acordaos constantemente de mí.”

Aconsejaba repetir en forma de rosario algunas de estas jaculatorias, y principalmente ésta:

“Ayudadme ¡oh Dios mio!—Señor no tardeis en socorrerme.”

Creería yo defraudar á mis lectores, si no refiriese en este lugar, ó en otro, los preceptos de este hombre de oracion, relativos á este santo ejercicio. Quiero por lo tanto aprovechar la ocasion, para relatar algunos de los principales. Decía, pues, que para encontrar la verdadera puerta de la oracion, era indispensable reconocerse indigno de tan alta gracia. Añadía que la mejor preparacion para esta importante práctica, es el uso de la mortificacion. “Querer tener oracion, decía, sin mortificarse, es querer volar sin tener alas.”

Por consiguiente, esta era la respuesta que daba á los que le pedían reglas para aprender este arte importante. “Sed humildes y obedientes, y el Espíritu Santo os enseñará lo demas.” Aconsejaba á sus discípulos que escogiesen los puntos de su meditacion, segun la inclinacion que nuestro Señor le diere, y que en la oracion siguiesen los movimientos de la gracia, dejando sus propias ideas por abandonarse á la direccion del Espíritu

Santo. “No conviene, decía, abreviar la oracion, porque padezca uno en ella sequedad, ó porque Dios nos dilate sus favores; prosigamos nuestra tarea con humilde paciencia, porque la longanimidad puede mucho en el corazon de Dios. Si orando fervorosamente sentís grande paz, acompañada de una dulce confianza de obtener lo que pedís, sabed que esta es una señal cierta de la eficacia de vuestras súplicas. Un hombre, añadía, que examina por la via espiritual, hace mal en contentarse con un estado de perfeccion á medias; debe procurar arribar lo mas alto que le sea posible. Si no consigue llegar hasta donde se propone, alcanzará por lo ménos la perfeccion de sus deseos.”

Recomendaba á los que se ejercitaban en la meditacion, no fijasen por mucho tiempo sus ojos sobre el crucifijo, ó alguna otra sagrada imagen; porque esta manera de meditar, si se prolonga mucho, lastima la cabeza y puede dar ocasion á ilusiones del demonio. He aquí su modo de pensar respecto del estado en que suele encontrarse una alma amodorrada á causa del enfado ó disgusto que ha experimentado en la oracion: “Conviene, decía, que se considere esta alma como un pobre mendigo que va á llamar á las puertas de Dios, de la Santísima Virgen y de los santos, para pedir una limosna. Ordinariamente se hace esto en espíritu; mas seria bueno hacerlo de cuando en cuando corporalmente, visitando sus iglesias,

ú orando ante sus imágenes.” Quería que los principiantes meditasen de continuo en las verdades eternas, que aterrorizan é inspiran horror al pecado; porque, decía, que ante todo debían purificar su alma. Para dar á sus discípulos una alta idea de la oracion, acostumbraba decirles, que el hombre que no conoce este santo egercicio, es un animal sin razon; y estaba tan persuadido de esta verdad, que una vez que el médico le prohibió este santo egercicio, á causa de su enfermedad, dijo á Gallonio: “¡Ah querido Antonio! héme aquí con toda verdad hecho una bés-tia.” Afirmaba que no hay en el mundo cosa que mas disguste al demonio, que la oracion, y que esta es la causa porque no omite diligencia alguna, á fin de estorbarla; y por lo tanto quería precisamente que ninguno de sus padres la dejase; por lo que agradao Dios nuestro Señor, le concedió la gracia de que supiese diariamente por revelacion, si algunos faltaban á ella, y de la manera que cada cual se aprovechaba de este santo egercicio.



CAPITULO XV.

Caridad de Felipe para con el prógimo.

FEL tierno amor que nuestro santo tenía á Dios, no podía dejar tambien de estenderse en favor de sus hermanos. De aquí aquel celo por la salvacion de las almas, que lo consumia; y aquel carácter lleno de dulzura, á que no era posible resistir. Ninguno supo mejor que él tratar con los hombres, y poner en juego medios mas eficaces para insinuarse en sus corazones. Echaba mano de unos para los jóvenes, y de otros para los ancianos. De un modo trataba á los ricos y de otro á los pobres. Sabia aprovecharse admirablemente de la variedad de génios y caracteres, y hablaba á cada uno de la manera que mas le convenia; de suerte, que podia decir con el Apóstol: “Me hago todo para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo.”

ú orando ante sus imágenes.” Quería que los principiantes meditasen de continuo en las verdades eternas, que aterrorizan é inspiran horror al pecado; porque, decía, que ante todo debían purificar su alma. Para dar á sus discípulos una alta idea de la oracion, acostumbraba decirles, que el hombre que no conoce este santo egercicio, es un animal sin razon; y estaba tan persuadido de esta verdad, que una vez que el médico le prohibió este santo egercicio, á causa de su enfermedad, dijo á Gallonio: “¡Ah querido Antonio! héme aquí con toda verdad hecho una bestia.” Afirmaba que no hay en el mundo cosa que mas disguste al demonio, que la oracion, y que esta es la causa porque no omite diligencia alguna, á fin de estorbarla; y por lo tanto quería precisamente que ninguno de sus padres la dejase; por lo que agradao Dios nuestro Señor, le concedió la gracia de que supiese diariamente por revelacion, si algunos faltaban á ella, y de la manera que cada cual se aprovechaba de este santo egercicio.



CAPITULO XV.

Caridad de Felipe para con el prógimo.

FEL tierno amor que nuestro santo tenía á Dios, no podía dejar tambien de estenderse en favor de sus hermanos. De aquí aquel celo por la salvacion de las almas, que lo consumia; y aquel carácter lleno de dulzura, á que no era posible resistir. Ninguno supo mejor que él tratar con los hombres, y poner en juego medios mas eficaces para insinuarse en sus corazones. Echaba mano de unos para los jóvenes, y de otros para los ancianos. De un modo trataba á los ricos y de otro á los pobres. Sabia aprovecharse admirablemente de la variedad de génios y caracteres, y hablaba á cada uno de la manera que mas le convenia; de suerte, que podia decir con el Apóstol: “Me hago todo para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo.”

De aquí es que todo aquel que una vez entraba en relaciones con él, no podía dejar de volverlo á ver, ni resistir á la fuerza de su ascendiente; y de aquí es tambien que adquirió tantos discípulos y convirtió tantos pecadores. Hablemos de estos últimos, cuya conquista es mas difícil y supone mas heroica caridad.

Despues de haber confesado á un hombre que no dejaba pasar dia alguno sin cometer varios pecados mortales, le impuso por penitencia que volviese á sus piés, luego la primera vez que tuviera la desgracia de recaer. Volvió en efecto, y recibió la misma penitencia, lo que estuvo acaeciéndose por el espacio de muchos meses, con gran provecho suyo, pues las caidas iban siendo mas raras, y al fin, llegó á ser un ángel de virtud, segun opinion de su santo confesor.

Un jóven de costumbres sumamente disolutas, debió tambien su curacion, á un remedio bastante sencillo. Despues de haberle confesado y absuelto, segun acostumbraba, le ordenó que por penitencia rezase siete veces por dia la *Salve*, y besase la tierra diciendo: "No es difícil que mañana sea el último dia de mi vida." No tardó en volver hecho ya otro hombre; vivió en lo de adelante en la práctica de todas las virtudes, y murió santamente catorce años despues.

Domingo Saraceni, de quien hablaremos adelante, tenia un condiscipulo que continuamente hablaba de la santidad del siervo de Dios. Esto

le hizo desear conocerle, y para satisfacer este deseo, se fué á confesar con el santo. Usábase en el pais de su nacimiento, que los penitentes obsequiasen á sus confesores con alguna limosna. Estaba recién llegado á Roma, para estudiar en ella filosofia, y creia que se practicaba en esta ciudad lo mismo que en su patria; pero al irse á confesar, olvidó llevar consigo alguna cosa. Dijo al padre, despues de confesarse: "Yo os suplico me dispenseis el que ahora no os traiga nada, pues he dejado mi dinero en casa; pero en la primera ocasion que vuelva á veros, procuraré no ser tan desmemoriado." Muy bien, hijo mio, le dijo el padre sonriéndose, prometedme volver á confesaros dentro de ocho dias, y os perdono lo demas." El jóven lo ofreció y cumplió. Despues, enamorado de la dulzura y caridad del santo, se hizo discípulo suyo, y llegó á ser bajo su direccion, un hombre espiritual.

Juan Arena, jóven opulento, y de una imprudencia poco comun, venia con frecuencia al Oratorio, no con el fin de aprovecharse de los piadosos ejercicios que en él se practicaban, sino con el de mostrarse y burlarse de ellos. Indignados los asistentes, le manifestaron enérgicamente su disgusto; pero no se dió ni aun por entendido, y continuó en su mala costumbre, lo que obligó á aquellos á quejarse á Felipe. "Es jóven respondió, el siervo de Dios: conviene ser un poco indulgentes con los defectos de la juventud; cerrad los ojos á sus

necesidades, y no os inquieteis mas." Sin embargo, muy lejos de corregirse, se hizo cada dia mas insolente, como si se hubiera propuesto poner á prueba la paciencia de los concurrentes al Oratorio. Mas su impudencia no pudiendo dañar á otro que á él, llegó al fin á cansarse; reflexionó sobre su conducta, tuvo algunas conversaciones con nuestro santo, y la bondad genial de éste y sus oraciones, rindieron á este hombre. Le tomó por su confesor, le obedecia con una perfecta docilidad, y en poco tiempo hizo tan grandes progresos en la virtud, que disgustado del mundo, entró en la orden de Santo Domingo, en donde vivió y murió santamente.

Un jóven Napolitano, infatuado con las vanidades del siglo, fué conducido por uno de sus amigos á los ejercicios de la congregacion. El lujo afeminado de su vestido, atrajo sobre él la atencion de Felipe, quien no cesó de mirarle desde que comenzó la distribucion, hasta que acabó. Las miradas del santo, le preocuparon del tal manera, que al principio se halló muy mortificado, luego se apoderó de él el temor, y por último sintió no se qué cosa en su corazon, que quiso tener con él una conversacion, la que mudó á este hombre completamente. Aunque Felipe no le habló acerca de confesion, el jóven conoció que tenia necesidad de hacer una general; se examinó desde luego, y á pocos dias volvió al Oratorio para comenzarla. Hallábase sentado en el confesonario nuestro san-

to, rodeado de muchos penitentes. Tomó su lugar el jóven, y esperó con paciencia que llegáse su vez. Luego que le vió acercarse el santo, le dijo con cierto desprecio, que un hombre como él, no debía llegar al confesonario, hasta que hubiesen acabado todos los demas. Se retiró al momento, y fué el último que llegó; pero el santo no quiso oírle, y le dijo que volviese á los dos meses, sin dignarse darle el motivo de esta dilacion. Sin embargo, el jóven no llevó á mal la cosa, y ántes por el contrario, se encendió mas y mas su deseo de volver á la gracia de Dios. Volvió al dia siguiente y fué nuevámente desechado; pero él repitió esta misma diligencia por muchos dias, hasta que Felipe, que no queria otra cosa que probarlo, segun la inspiracion que habia recibido de lo alto, lo acogió con un afecto verdaderamente paternal; descargó su conciencia, y lo despidió gozoso y consolado. El jóven hizo desde entónces grandes progresos en la perfeccion, y fué uno de los mas queridos discípulos de nuestro santo. Permaneció en el estado secular; se casó y quiso el Señor acabarlo de santificar, por medio de los grandes reveses de fortuna, que permitió sufriera en sus últimos dias.

Concedióse á Marcelo Ferri, noble romano, aun siendo demasiado jóven, un rico beneficio en una de las basílicas mas ilustres de la ciudad. Aun no estaba iniciado en los sagrados órdenes, pero una vez tonsurado debia de portar el hábito eclesiástico, y

honrarlo por medio de una conducta conforme á su dignidad. No obstante, vestia el trage secular, y llevaba una vida del todo licenciosa. Se paseaba un dia bajo el peristilo de Santa Maria Minerva, vestido con elegancia y casi á lo militar; y se encontró con un jóven secular de una modestia verdaderamente angélica, discípulo de nuestro santo, á quien las primeras vísperas de la fiesta de Santo Domingo, atraían á Santa Maria. El eclesiástico tenia la misma intencion, y como que aun faltaba algun tiempo para que comenzase el oficio, quiso aprovecharlo trabando conversacion con el secular. Este, despues de algunos discursos indiferentes, llegó á hablar de la santidad de su maestro Felipe, y dijo al eclesiástico, que parecia escucharle con vivo interes: “Quisiera que tuvierais la dicha de conocerle: estoy seguro que luego que le hablaseis, os había de costar trabajo dejar su conversacion. Es muy probable que venga tambien ahora á este templo, atraido como nosotros por la festividad que se celebra en honra de Santo Domingo, á quien profesa particular devocion.” Marcelo, lleno de curiosidad por conocer á un hombre tan santo, rogó á su panegirista se lo señalase si llegaba efectivamente á Santa Maria. Este prometió darle gusto, y por consiguiente tomó lugar en la iglesia cerca de él, y en parte donde pudiese ver á los que entraban. No tardó el santo en llegar con algunos de los suyos, y se hizo desde luego objeto de la atencion del jóven eclesiástico, á quien

una seña de su vecino, se lo había hecho conocer. Se arrodilló Felipe casi delante de ellos, y se cubrió el rostro con sus manos, para ocultar la impresion del ardiente amor que abrasaba su corazon. Esta accion, cuyo fin no comprendió el jóven clérigo, le desagradó y aun le escandalizó, segun lo confesó despues.

Durante este tiempo, Juan Animuccia, que acompañaba al santo, notó la atencion de Marcelo, y se acercó á hablar con él; este le hizo saber el deseo que tenia de entrar en relaciones con el siervo de Dios. “Teneis razon, le dijo Animuccia, y procuraré complaceros.” Fué y dijo al oido una palabra á Felipe, quien salió al momento, siguiéndole Marcelo, á quien el santo abrazó con tierna caridad, y convidó á que fuese á verlo al Oratorio. Este, movido hasta lo íntimo de su alma, por no se que virtud que salia del siervo de Dios, le suplicó permitiese que lo siguiera en el acto, para hacer con él una confesion. “Es preciso que sea general, respondió el padre, preparaos bien, y venid á verme dentro de cuatro ó cinco dias.” Obedeció Marcelo, y al tiempo señalado, volvió á buscar á Felipe, quien oyó su confesion, y despues de haberle absuelto le condujo á su cuarto; en donde este pobre jóven fué testigo de una maravilla que acabó su conversion. Platicando con el santo, notó que su semblante palideció repentinamente, levantó los ojos al cielo, y experimentó uno de aquellos estremecimientos ó sacudidas de que ya he habla-

do en el curso de esta historia. En seguida lo abrazó diciéndole: “Guardaos hijo mio, de resistir al espíritu de Dios, que os persigue y solicita, pues quiere que os salveis.” Marcelo depuso sus vestiduras mundanas, engalanándose con las eclesiásticas, y á poco tiempo, bajo la direccion de tan hábil maestro, hizo grandes progresos en la virtud.

Sería imposible enumerar los hombres de toda clase y condicion, que debieron á la dulce y persuasiva caridad de Felipe, haber abrazado una vida cristiana y espiritual. No pocos en el lecho de la muerte, llenaron de bendiciones el dichoso día en que el Cielo les deparara tan santo confesor. Admirados muchos del feliz ascendiente que tenia sobre ellos, le colmaban de alabanzas, y decian en el exceso de su entusiasmo: “Así como el iman atrae al hierro, así la caridad de este santo sacerdote, atrae las almas: el que una vez se ha confesado con él, no puede ya dejarlo y hace de sus penitentes todo cuanto quiere.” Convencido nuestro santo, por una dichosa experiencia de la bondad de su método, lo recomendaba eficazmente á sus discípulos.” Ved, les decia, los inconvenientes que trae una conducta opuesta: en lugar de excitar á los pecadores habituales á la contricion, absolviéndolos cuando ya se notan contritos, se les somete á pruebas que los disgustan. En lugar de tener consideracion con la flaqueza de los principiantes, exigiéndoles únicamente lo que pueda soportar su flaqueza, se les

mandan virtudes que exceden á ella, y esto les causa desmayo y desaliento: se les reprende con rigor sus pequeñas faltas, y esto ocasiona que se alejen del santo tribunal de salud. Esto no es propio de la caridad, sino del rigorismo.

Demos aquí un ejemplo de estos dos métodos opuestos. Una muger mundana, llena de pecados, y apasionada por los afeites y adornos, se presentaba al tribunal de un confesor rigoroso. Este altamente disgustado de su lujo, exigia inmediatamente su reforma; ella resistia y no volvía á confesarse. Felipe por el contrario, comenzaba en semejante caso á trabajar en la enmienda de los grandes defectos, y acababa por venir á reformar la vanidad, cosa que hacia ya sumamente fácil el cambio del corazon. “Ante todo, decia él, haced venir á las almas el espíritu del Señor; pues cuando haya venido, él quitará de ellas lo que le desagrada.” Una dama noble le preguntó un día, si podia en conciencia usar un calzado de tacones elevados, y el santo se contentó con responderle: “Eso os espone á daros un golpe.” Vino á verlo un jóven adornado con un enorme cuello muy almidonado y encarrujado, y le dijo sonriéndose: “Yo querria de buena gana daros un abrazo; pero no me es posible hacerlo, sin estropear vuestro vestido.” Comprendió el jóven perfectamente lo que se le dió á entender, y en lo sucesivo pudo abrazarlo el santo á toda su satisfaccion.

Pero nada prueba mejor su ardiente caridad,

que el fácil acceso que daba á los que tenían necesidad de él. Estaba su cuarto abierto desde que amanecía hasta que anoecía. Sano ó enfermo, recibia á los que le visitaban con un rostro alegre, y los escuchaba todo el tiempo que querian. Acontecia algunas veces, que jóvenes tímidos, despues de haber abierto su puerta, retrocedian avergonzados, en lugar de entrar; entónces salia Felipe, los tomaba de la mano, y se les manifestaba tan cariñoso, que se cambiaba su temor en una dulce confianza. Obligado frecuentemente á tirarse en su lecho, á causa de su decaimiento de fuerzas, no por esto dejaba de recibir á todos los que le buscaban, y no permitia que se retirase uno solo sin que le hubiera hablado. Supo un dia que Galloquio habia impedido á una persona entrarse á hablarle, á causa de estar á la sazón ocupado de un negocio importante, y se le quejó diciendo: “¿Nó os he dicho que quiero estar siempre dispuesto para oír á todos, sin reserva de tiempo ni de negocio? ¿Por qué, pues, me desobedeceis de esta suerte?”

Nunca estaba mas contento, que cuando recibia visitas importunas: entónces se mostraba mas afable y comedido. Uno de sus discípulos le suplicó se reservase algunas horas de descanso. “¿Ignoráis sin duda, le respondió, que mis mejores hijos son el fruto de mis vigiliyas y fatigas?”

No bastaba á su caridad el continuo trabajo que tenia en la iglesia y dentro de su casa; se le veía tambien acudir á donde quiera que podia hacer

alguna buena obra. Si se ofrecia retirar á un pecador de la orilla del abismo, partia inmediatamente á pesar del viento y de la lluvia, del excesivo frío y calor, sin que nádie le llamara ni esperara, y reputando por nada los quebrantamientos de su salud. Vinieron á decirle un dia, que cierto jóven de un distinguido nacimiento, habia concebido respecto de una muger, una pasión que lo traía perdido. Partió al momento en medio de un tiempo horroroso, para trabajar en la conversion de aquel pobre pecador. No era la cosa tan fácil; porque sus parientes y amigos, y aun algunas personas principales no habian podido conseguir romper sus cadenas; pero ¿qué corazón puede nunca resistir á las elocuentes insinuaciones de la caridad de un santo? Fueron tan eficaces las razones y oraciones de Felipe, que estinguió en aquella alma el fuego que la abrasaba, y obtuvo de ella la promesa de un rompimiento completo. Cumplió el jóven su palabra, y para hacerla mas eficaz, tomó la resolución de no volver á pasar por la calle en que vivia aquella muger; y fué tan fiel á su palabra, que acompañando un dia á un príncipe con quien iba al campo, al llegar á aquella calle aborrecida, bajó del coche y fué á juntarse con su amigo á otra, despues de haber evitado aquella.

Ya no es de admirar que este hombre apostólico hubiera hecho tan innumerables conquistas, pues por el dilatado espacio de cuarenta años, su ardiente caridad para con sus hermanos los pecado-

res echó mano del celo mas activo, acompañado de la dulzura mas tierna y eficaz. No dejó de encontrarse algunas veces con hombres graves y piadosos que vituperaran su celo como desordenado y aun le hicieran amargas indicaciones: pero el siervo de Dios era demasiado humilde para que intentase defenderse; calló y dejó que la experiencia justificase con el tiempo sus procedimientos. En efecto, llegó la vez en que todo el mundo echó de ver que los rígidos principios de sus censores, estaban muy léjos de procurar el bien de las almas, como lo hacia la caridad de Felipe. Era uno de esos censores, Theseo Rapsa, padre de los de la iglesia de San Gerónimo. Lo austero de su carácter, formaba un contraste demasiado opuesto con la dulce caridad de nuestro santo; y no podia dejar de llevar á mal su suavidad en el tribunal de la penitencia: pero muy pronto pudo decidirse quién de los dos sacaba mayor provecho de su método. Tenia Theseo una multitud de penitentes de ambos sexos; pero lo riguroso de sus principios, hizo que poco á poco fuesen desertando los hombres de su tribunal, hasta el extremo de quedarle solo algunas mugeres. Por el contrario, el rebaño de Felipe iba siempre en aumento, especialmente respecto de hombres, los que hacian bajo su direccion admirables progresos. No, no usaba Felipe de su caridad ciega é indiscretamente. Sabia muy bien moderarla cuando la prudencia lo exigia, y si era necesario, tam-

bien usaba de severidad. Le llamaron un dia para un criminal condenado á muerte, y que en su desesperacion no queria sufrir con paciencia el merecido de su delito. Habian hecho ya los últimos esfuerzos para convencerlo muchos religiosos, pero todo habia sido infructuoso. Entró Felipe á la capilla, y aquel miserable vagaba de un extremo á otro, agitándose como un frenético, y dando furiosos ahullidos. Hizo Felipe salir á los guardas, le cogió vigorosamente de un brazo, y de un empujon le echó á tierra, diciéndole con una voz terrible: “¡¡Cállate!!” Este tono de autoridad, le aterró de tal manera, que repentinamente aquel furioso leon, se trocó en manso cordero. Quiso confesarse y á poco marchó al suplicio voluntariamente, arrepentido sinceramente de sus crímenes.



CAPITULO XVI.

Santas industrias del siervo de Dios, para preservar del vicio á los jóvenes.



AUNQUE es cierto que la caridad de Felipe era universal, y que su celo se extendía á todos sin distincion; no obstante, excitaban mas vivamente los jóvenes su solicitud, y hacia quanto estaba de su parte para preservarlos del vicio y formarlos en la virtud. Sabia quanto interesa comenzar bien, segun aquellas palabras del Espíritu Santo, en el libro de los Proverbios: "No dejará el hombre en su vejez, la vida que llevó en su juventud." Consagrado al cuidado de una época de la vida tan interesante, se olvidaba de sí mismo, y su caridad le daba fuerzas para trabajar por el bien de sus almas. Este trabajo no se li-

mitaba á solo instruirlos y confesarlos; sino que llegaba hasta dejar á Dios, por condescender con ellos en halagarlos y divertirlos. La ciudad de Roma veia con placer á éste venerable anciano recorrer sus calles rodeado de una multitud de jóvenes, prestándose con una afabilidad encantadora, á todo aquello que podia agradarles y entretenerles, y mostrando en la alegría de su semblante, el placer que en darles gusto disfrutaba su corazon. Los conducia al campo, y los excitaba á divertirse como niños: durante algun tiempo los miraba jugar; y despues se iba alejando poco á poco en busca de un lugar solitario, donde pudiese meditar libremente, ó leer alguna cosa del Nuevo Testamento que llevaba siempre consigo.

Si llegaba á observar que alguno de ellos tardaba en venir á confesarse, ó no venia á los ejercicios del Oratorio, le hacia llamar, provocaba con su bondad la confesion del motivo de su infidelidad, y lo remediaba tan eficazmente, que el joven se sentía animado de un nuevo fervor.

Los felices resultados de su ministerio en favor de la juventud, persuadieron á todos que habia recibido de Dios un don particular, para formarla en la virtud. De aquí aquella confianza de los superiores de diferentes órdenes, en confiarle sus novicios con toda seguridad. El superior de la Minerva, por ejemplo, le entregaba á los suyos cuantas veces se los pedía, convencido muy bien

del gran provecho que sacaban de sus lecciones y ejemplos. El santo iba por ellos de cuando en cuando, y visitaba en su compañía las siete iglesias; luego los llevaba á los jardines de un pueblo inmediato, donde hacian una frugal colacion, y no sé yo si el placer de aquellos jóvenes era mayor que el de aquel bienaventurado padre. Iba y venía al rededor de ellos con la sonrisa en los labios, y la bondad de su corazon le hacía decirles: “Comed, hijos míos, comed sin escrúpulo, vuestra alegría me recrea, y vuestro apetito me alimenta.” Despues de la comida los hacia sentar delante de él, en forma de medio círculo, y les dirigia una fervorosa exhortacion á la práctica de las virtudes, y muy particularmente á la perseverancia. “¡Oh! sí, les decia, orad, apreciad vuestra vocacion, y conservadla cuidadosamente, porque ella es sin duda el mayor beneficio que Dios os ha dispensado; no solo lo creo así, sino que puedo deciros que lo siento.” Aquellos jóvenes novicios, inflamados con estos discursos, volvian gozosos á su monasterio, llenos de un nuevo celo por sus progresos en la perfeccion.

Apenas podrá creerse hasta donde llegó su paciencia con respecto á algunos jóvenes seculares, á quienes pretendía ganar para Jesucristo. Animados por la estrema bondad de nuestro santo, no le guardaban consideracion alguna ni en el número, ni en la duracion de sus visitas; y mientras que unos estaban en su cuarto haciéndole sopor-

tar su arrogancia y sus necesidades, otros que estaban en la puerta, se introducian á su placer como en una plaza pública, gritando á voz en cuello y riendo á carcajadas; y el santo sufría todo esto con una paciencia verdaderamente admirable. Algunas veces aconteció que otros padres, indignados por la mala crianza de aquellos jóvenes, los reprendieran severamente. Pero estos fueron á quejarse con el santo, y no pudo dejar de protegerlos contra sus censores. “Dejad, dijo á los padres, que estos niños se diviertan; y si no quereis tomar parte en su alegría, idos por otra parte.” Les encargaba que jugasen á la ralluela en su corredor, temeroso que el enfado les hiciese perder la paciencia.

Un noble que venia á verle con frecuencia, disgustado por la boruca que hacian aquellos jóvenes, le preguntó un dia cómo podia aguantar tanta algarabía: “Esto es nada, respondió el santo; si les diera gana de subírseme encima, los sufriría de buena voluntad, por tal de que no cometiesen ningun pecado.” Un hombre de gran mundo, á lo último de sus dias, decia á uno de sus amigos con las lágrimas en los ojos: “No puedo dejar de confesar, para gloria del bienaventurado Felipe, que mientras tuve la dicha en mi juventud de tenerle por mi director, no cometí ni un solo pecado mortal; pero apenas le perdí, perdí tambien mi inocencia, y fuí el juguete del vicio de impureza.”

Este sábio director, no permitia que sus discipulos se abandonasen á la tristeza. Cuando alguno de ellos parecia andar mas sombrío que lo ordinario, le preguntaba el motivo, ó le daba un golpecito en el hombro, diciéndole: “Alegraos.” Sabia por una larga esperiencia, que la expansion del corazon es tan favorable, como hostil la melancolía á los progresos de la virtud: por lo mismo mostraba una benevolencia muy particular á los que se acercaban á él con un aire alegre y franco. A este propósito referiré un pasaje interesante.

Vinieron á verle un dia dos religiosos jóvenes Capuchinos, y creyó observar en uno de ellos mas disposicion á la virtud que en el otro; pero como esta calificacion no tenia otro fundamento que la simple inspeccion de sus rostros, quiso asegurarse si le engañaba su modo de veer. En consecuencia, aprovechó la ocasion que voy á decir. Aquel á quien juzgaba mas favorablemente, tuvo la indiscrecion de escupir en el suelo del cuarto del santo, quien le reprendió fuertemente su poca urbanidad, diciéndole; “¿Qué clase de hombre sois vos? ¿Porqué estáis tan mal educado? No sé como pueda ser religioso un hombre tan grosero.” El jóven capuchino no pareció alterarse con este apóstrofe, y Felipe llevó adelante la cosa fingiendo estar exasperado; tomó uno de sus zapatos en ademán de arrojarlo sobre su cabeza, y le dijo: “Salid para fuera, hombre rústico y malcriado.” Este no solo recibió sin cólera esta invectiva de-

nigrante, sino que ni siquiera perdió su calma y buen humor. No sucedió lo mismo con su compañero; pero Felipe no hizo caso de nada, y continuó su esperiencia, diciendo al primero: “Quitaos esa capa que trais; ese es un vestido honroso que no mereceis.—Padre mio, teneis razon, respondió el religioso obedeciendo; no solamente deshonro esta capa con mis groserias, sino que tambien estoy bastante robusto y disfruto de buen calor natural para no necesitarla;” en seguida se arrodilló, y pidió penitencia al siervo de Dios. Este le mandó algunas cosas ridículas, que ejecutó con perfecta tranquilidad. Sin embargo, Felipe para acabar de probarlo, le miró con ceño le arrojó su capa y le despidió. El buen religioso se fué triunfante y alegre, seguido de su compañero que representaba una figura bien triste. Luego que llegaron al extremo de la escalera, los llamó el santo padre, y recibéndole en sus brazos, le dijo: “Continuad, hijo mio, guardando vuestra santa alegría, este es el mejor camino para llegar á la perfeccion á que Dios os destina.”

Así como este santo hombre queria en sus discipulos la alegría que viene del Espíritu Santo, así tambien desaprobaba la disipacion y ligereza. “Los que aspiran á la perfeccion, decia, no sabrán nunca precaverse demasiado contra este defecto; porque él destruye las gracias recibidas, y se opone á que vengan otras nuevas.” Por consiguiente, velaba con sumo cuidado en precaver á

sus discípulos de la causa que lo produce, es decir, de la ociosidad. “No esteis nunca, les decia, en una regalada inaccion; porque de aquí viene la corrupcion de la juventud. Si los deberes de vuestro estado no bastan para llenar vuestro tiempo, ocupaos en cosas inocentes, haced vuestras camas, barred vuestro cuarto, cambiad de lugar vuestros muebles, engarzad rosarios, ó bien leed ó escribid.” Sus ejemplos confirmaban sus lecciones; porque á cualquiera hora que se le fuera á ver, siempre se le encontraba ocupado.

Exigía de sus amados jóvenes, el uso frecuente del sacramento de la penitencia; pero no era tan fácil en admitirlos á la sagrada mesa. Quería indispensablemente que se preparasen para este acto sagrado, con ejercicios espirituales que él mismo les prescribia. Todavía mas, solia suceder que viniesen ya dispuestos para gozar de esta inefable dicha, y él los remitía para otro dia, indicándoles nuevas prácticas. Preguntándole uno en cierta ocasion el motivo de esta conducta, respondió: primero, que la comunión es con bastante frecuencia una ocasion de graves tentaciones, á las que no es raro sucumban los jóvenes; segundo, que cuando se les admite muy fácilmente á este sacramento convite, lo reciben con muy poca reverencia: tercero, que la mejor preparacion es el deseo, segun aquella expresion de la Escritura: “Los que tenéis sed venid á las aguas;” y que la dilacion es el medio mas seguro de excitar esta sed abrasadora.

CAPITULO XVII.

Santa pericia de Felipe en la asistencia á los moribundos.

ALUEGO que alguno de sus hijos espirituales llegaba á enfermarse, dejaba cuanto tenía entre manos para volar á consolar aquel hijo querido en el lecho del dolor, y hé aquí el método que observaba en esta clase de visitas. Al entrar al cuarto del enfermo, se arrodillaba y oraba por él, encargando á los presentes que hiciesen otro tanto. Exhortaba despues al paciente á que supiera aprovecharse de sus sufrimientos, y le indicaba el modo de hacerlo. Sus visitas eran cortas pero continuadas, y las repetía con tanta mas frecuencia, cuanta mayor era la necesidad de la persona. Si la enfermedad tocaba ya los últimos estremos,

sus discípulos de la causa que lo produce, es decir, de la ociosidad. “No esteis nunca, les decia, en una regalada inaccion; porque de aquí viene la corrupcion de la juventud. Si los deberes de vuestro estado no bastan para llenar vuestro tiempo, ocupaos en cosas inocentes, haced vuestras camas, barred vuestro cuarto, cambiad de lugar vuestros muebles, engarzad rosarios, ó bien leed ó escribid.” Sus ejemplos confirmaban sus lecciones; porque á cualquiera hora que se le fuera á ver, siempre se le encontraba ocupado.

Exigía de sus amados jóvenes, el uso frecuente del sacramento de la penitencia; pero no era tan fácil en admitirlos á la sagrada mesa. Quería indispensablemente que se preparasen para este acto sagrado, con ejercicios espirituales que él mismo les prescribia. Todavía mas, solia suceder que viniesen ya dispuestos para gozar de esta inefable dicha, y él los remitía para otro dia, indicándoles nuevas prácticas. Preguntándole uno en cierta ocasion el motivo de esta conducta, respondió: primero, que la comunión es con bastante frecuencia una ocasion de graves tentaciones, á las que no es raro sucumban los jóvenes; segundo, que cuando se les admite muy fácilmente á este sacramento convite, lo reciben con muy poca reverencia: tercero, que la mejor preparacion es el deseo, segun aquella expresion de la Escritura: “Los que tenéis sed venid á las aguas;” y que la dilacion es el medio mas seguro de excitar esta sed abrasadora.

CAPITULO XVII.

Santa pericia de Felipe en la asistencia á los moribundos.

ALUEGO que alguno de sus hijos espirituales llegaba á enfermarse, dejaba cuanto tenía entre manos para volar á consolar aquel hijo querido en el lecho del dolor, y hé aquí el método que observaba en esta clase de visitas. Al entrar al cuarto del enfermo, se arrodillaba y oraba por él, encargando á los presentes que hiciesen otro tanto. Exhortaba despues al paciente á que supiera aprovecharse de sus sufrimientos, y le indicaba el modo de hacerlo. Sus visitas eran cortas pero continuadas, y las repetía con tanta mas frecuencia, cuanta mayor era la necesidad de la persona. Si la enfermedad tocaba ya los últimos estremos,

no abandonaba al paciente: lo consolaba, lo alentaba, le daba armas contra las tentaciones del espíritu de tinieblas, y hacia todo esto con un fruto maravilloso. Citemos algunos hechos.

Entre sus discípulos mas adictos y piadosos, se encontraba un hábil maestro de música, llamado Sebastian. Este pobre jóven cayó enfermo de muerte, y se le apareció el demonio bajo una figura horrible, no omitiendo nada que pudiera inducirle á la desesperacion. Resistió desde luego á sus pérfidas insinuaciones; pero llegaron á agotarse sus fuerzas, y á faltar su valor. Entónces comenzó á exclamar amargamente diciendo: ¡Pobre miserable de mí! ¡Ojalá y nunca jamás hubiera yo nacido! Me hubiera estado mejor haber permanecido para siempre en la nada, que haber recibido la vida para ser arrojado en las llamas eternas. Hé aquí pues la horrorosa suerte que me espera, pues que ya no hay para mí esperanza alguna de salvacion.” Avisado el cura de aquella parroquia del estado de este feligres, acudió á consolarlo; pero el desgraciado no quiso verle ni oírle. Apartó sus ojos de él, y le dijo con furor: “Libradme de vuestra inútil presencia, nada podeis en mi favor: yo soy perdido.” Se retiró el cura, y el enfermo volvió á sus tristes lamentaciones, que duraron dos horas. En fin, tuvo el buen pensamiento de llamar á Felipe. El santo, penetrado de compasion, ocurrió al momento. Al abrir la puerta del cuarto que el enfermo llenaba de

dolorosos gritos, dijo con una voz imponente: “¿Qué es esto, hijo mio? ¿Qué significan estos lamentos?” Despues acercándose á su cama y poniéndole la mano sobre su cabeza, le dijo: “Sosegaos.” A esta palabra calló el enfermo, y luego dijo en alta voz: “El diablo teme; vedle como se va: ¡oh! ¡Felipe puede mucho! ¡qué admirable virtud la suya! ¡Viva Jesus! ¡Viva Felipe! A este padre debo el verme libre. Sin él hoy bajaría yo á los infiernos.” Se confesó y recibió la absolucion; y transportado de alegría, entonó un cántico del Oratorio, en el que se nombra cien veces el dulcísimo nombre de Jesus. Despues, levantando sus ojos al cielo, exclamó: “He aquí á los ángeles, he aquí á los arcángeles,” y diciendo esto espiró en los brazos de su santo director.

Persiano Rosa, que habia llegado á una eminente perfeccion bajo la conducta del siervo de Dios, cayó gravemente enfermo, y fué asaltado de horribles tentaciones. En su apuro se le veia resguardarse con la señal de la santa cruz, y apartar sus ojos de no sé que objeto. Corrieron á avisar á Felipe, que voló al instante á ausiliar al moribundo, que le dijo con una voz lastimera: “Santo Felipe, rogad por mí, y echad para fuera ese mastin negro tan horroroso, que quiere devorarme.” El santo se arrodilló, invitó á los asistentes á que hiciesen otro tanto, y rezó con ellos la Oracion dominical y la Salutacion angélica. Apenas acabaron estas cortas oraciones, exclamó

el enfermo: “*Deo gratias*, ya no está aquí el perro; se há espantado.” Felipe se levantó, roció de agua bendita al enfermo y le bendijo. No fué menester mas para que el paciente recobrase su paz y serenidad. Dos dias pasó con todo sociogo y murió lleno de esperanza.

Gabriel Tana, jóven de diez y ocho años y de una piedad ejemplar, cayó enfermo y se vió desauciado de los médicos; sin embargo, no quiso persuadirse de su próxima muerte, y alucinado del demonio, tenia un deseo tan grande de la vida que ocupado completamente de él, no le permitia prepararse para morir. La familia lloraba ya su pérdida, y en su afliccion llamó á su confesor, que vino luego á verle, y le preguntó por el estado de su salud: “Padre mio, le contestó riéndose, estoy muy aliviado, y aun ya casi estoy seguro de mi curacion; ayudadme con vuestras oraciones á dar gracias á nuestro Señor.” El santo sacerdote, á quien Dios habia revelado su próxima muerte, y que veia la astucia del demonio, le dijo: “Hecedme donacion de vuestra voluntad, para que yo la ofrezca á Dios en union de la víctima inmaculada, y decid al demonio cuando venga á inquietaros con el pensamiento de vivir: “No tengo ya voluntad, porque ya la he sacrificado á Jesucristo.” El enfermo respondió afirmativamente, y Felipe dijo á los asistentes: “Voy al altar, unid vuestra intencion á la mia, miétras ofrezco por este hijo querido la víctima sacrosanta.”

Volvió á ver al enfermo despues de su misa, y le encontró mudado enteramente: al deseo de la vida, habia sucedido el deseo de la muerte, y no cesaba de repetir aquellas palabras del Apóstol: “Deseo morir para vivir con Jesucristo.” Felipe le presentó el crucifijo; lo besó amorosamente y lo regó con sus lágrimas: despues se volvió á sus amigos y los exhortó á que consagrasen á Dios todos sus afectos, y despreciasen las vanidades del mundo. “Creedme, les dijo, no solo muero sin pesar, sino que deseo la muerte para volar al cielo: por lo mismo, padre mio, dijo á Felipe, no es ya la vida la que os suplico pidais á Dios para mí, es mi pronta disolucion, es mi salida de este triste lugar de destierro para marchar á mi pátria; obtenedme, os ruego, esta gracia, lo mas pronto posible.” Permaneció en estos sentimientos hasta la tarde; y cuando el padre se despidió de él, todavía le dijo. “No veo la hora, padre mio, no veo la hora de ir al paraiso: por amor de Dios, rogad porque se cumpla mi deseo.”—Pero hijo mio, respondió el santo, si nuestro Señor quisiera prolongar vuestra vida hasta la vejez ¿no os someterias á su santa voluntad?—Me someteria indudablemente, repuso el enfermo, pero vale mas que me valla, y vos me podeis conseguir esta gracia. Pedidle que muera yo ántes de media noche; ¿me lo prometeis?—Si, hijo mio, respondió el bienaventurado padre, yo os prometo pedirlo y conseguirlo.”

El buen jóven tuvo gran trabajo en contener su

alegría; pero aun no estaba libre de nuevas pruebas y el santo creyó debía advertírselo. “Falta mucho tiempo de aquí á la media noche, le dijo, y preveo que el demonio ha de volver á la carga. Estad alerta, y no olvidéis que habeis hecho á Dios el sacrificio de vuestra voluntad. Con tal que no revoqueis esta donacion, no teneis que temer; Jesucristo peleará por vos contra ese peligroso enemigo, y lo vencerá.” Para asegurar mejor su triunfo, le predijo las diversas tentaciones que habia de sufrir. En seguida se retiró para poder orar por él con mas libertad; pero al irse le dejó á Salviato y á Tarugi, encargándoles fuesen á avisarle si acontecia alguna cosa extraordinaria. Apenas habia pasado una hora, cuando dió principio el demonio á la batalla, y hé aquí de que manera: Los dos sacerdotes amigos del enfermo, rezaban junto á su cama la recomendacion del alma, y al llegar á aquellas palabras: “de una mala muerte, libradlo, Señor,” el jóven se rió y dijo: “Quien tiene á Jesucristo en su corazon, no tiene que temer morir mal.” No fué larga la ilusion, porque conociendo que esto era una sugestion del espíritu de orgullo, exclamó: “Rogad por mí, mis hermanos, el demonio ha hecho pecar á mi lengua; pero lo que acabo de decir no tiene cabida en mi corazon.”

Hasta entónces habia tenido constantemente en la boca, el dulcísimo nombre de Jesús; este era su consuelo y esperanza, y habia rogado á sus

piadosos amigos, se lo recordasen cuando lo olvidara. El demonio á quien desagrade demasiado oír este nombre sacrosanto; procuró quitarlo de los lábios del paciente; primero se lo hizo olvidar de tal suerte, que en vano lograba recordarlo, y cuando daba con él, se encontraba su lengua tan embarazada, que no podia absolutamente pronunciarlo. Afligido en extremo por este incidente, dijo á sus amigos: “Ayudadme, hermanos míos, ayudadme: no puedo ya pronunciar. . . .”—“¿Que cosa, le preguntaron, éstos? ¿el nombre de Jesús?” El enfermo hizo una demostracion afirmativa y añadió: “¿Qué terrible tentacion ésta, que no me deja pronunciar este dulce nombre que hace toda la delicia de mi alma!” Al momento se puso á repetirlo muchas veces, quejándose de no poderlo hacer con toda libertad. Esta tentacion lo atormentaba hasta el grado de hacerlo sudar á mares: entónces fueron á llamar á Felipe, cuya presencia regocijó en extremo al paciente, y la tentacion desapareció.

Sin embargo, no fué esta una victoria decisiva, porque al momento mudando de plan el demonio, le dió dos nuevos asaltos, uno contra su fé, y otro contra su abandono á la divina voluntad. En su aficcion volvió los ojos á Felipe, y le dijo: “Socorredme, padre mio, porque me parece que no ereo en las verdades de la salvacion, y que no me conformo con morir.”—“No hagais caso de eso, le dijo el santo, son embustes del espíritu maligno;

decid conmigo: Yo creo, yo creo." Lo dijo así muy claramente, pero la ilusión en que estaba su espíritu le hizo pensar que pronunciaba mal aquellas palabras, y que tampoco creía. Entonces Felipe hizo rezar el Símbolo á los asistentes, y le mandó al enfermo que lo repitiese en voz baja. A este golpe, el demonio rindió las armas, y el moribundo se sintió tan fortificado, que se atrevió á insultar á su adversario, diciendo: "Quieras que no quieras, he de creer hasta mi última hora." Después se vió muy fatigado, y el espíritu infernal creyó poder aprovechar esta circunstancia para inducirlo á la desesperación, apareciéndosele bajo una figura horrorosa. A este espectáculo, el pobre jóven mudó de color, y manifestó su espanto, huyendo la vista y procurando acercarse cuanto podía á su confesor. Después, haciendo un grande esfuerzo, exclamó con un tono lastimero: "¡Desgraciado de mí, cuántos pecados he cometido! ¡cuántos crímenes y maldades! ¡Señor, tened misericordia de mí! Padre mio, echad para fuera estos perros hediondos que me rodean y que me quieren hacer pedazos." Felipe con su acostumbrada confianza, puso sus manos sobre la cabeza del enfermo, y dijo al espíritu de las tinieblas: "¿Cómo te atreves, espíritu inmundo, á resistir tan tenazmente á la divina gracia? Yo te mando en nombre de Jesucristo, á quien han tocado mis manos esta mañana en el altar, que huyas al instante y dejes ya tranquilo á este cristiano.

Y vos, hijo mio, alentaos y decid conmigo: "Desapareced vosotros todos, autores de los pecados del mundo, desapareced. ¿Porqué, hijo mio, os entregais al temor? Si habeis ofendido á Dios, Jesucristo ha muerto por vos y os redimió con el valor infinito de su preciosa sangre; entraos en la llaga de su adorable corazón, ocultaos en sus sacrosantas heridas, y no tengais ningun cuidado." Después de estas palabras, se arrodilló el santo y oró. Fué su oración poderosa, porque casi al momento exclamó el enfermo: "Ayudadme á dar gracias á Dios, hermanos míos, los perros se van; Felipe los ha lanzado. ¡Oh! ¡qué carrera llevan; como desaparecen!" é indicaba con el dedo el lugar por donde iban. "En fin, añadió, el triunfo es nuestro. Ya podré pronunciar el dulce nombre de Jesus con toda satisfacción; sí, lo repetiré una y mil veces para mi consuelo y salvación."

Hablando de esta suerte, miraba amorosamente el crucifijo, y derramaba dulces lágrimas. Volvió luego sus ojos hácia sus amigos, y les dijo con un tono que penetró sus corazones: "¡Qué hermosa luz alumbra á mi alma! ¡Ahora comprendo lo que nuestro buen padre nos ha dicho tantas veces; que quitamos al Criador el afecto que ponemos en las criaturas: amad pues, hermanos míos, amad os suplico, á Dios solo, con todo vuestro corazón!" A estas palabras, tomó el crucifijo, y fijando en él sus miradas abrasadas de amor, le besó tiernamente, y estendió su otro brazo, dicién-

do con una voz mucho mas elevada: “¡Viva Jesus en todo el mundo! ¡viva Jesus por los siglos de los siglos!” Felipe vió que se estenuaba, y le indicó que callase, diciéndole: “Ya está, hijo mio, ya está; dejad á Dios el cuidado de vuestra alma.” Obedeció el jóven y calló. Los médicos que observaban la energía que aun tenia, presumieron que aun viviría hasta el dia siguiente; pero Felipe les dijo: “Os engaÑais, en cuanto haga el menor movimiento morirá.” En efecto, ántes que pasara media hora quiso volverse sobre el lado derecho, y el esfuerzo que hizo le trajo la muerte. Miró por última vez á su bienaventurado padre, pronunció el dulce nombre de Jesus, y espiró.

Santiago Marmita, otro discípulo del santo no ménos virtuoso que Tana, pagó como él, el tributo impuesto á la miserable humanidad. Presa de una ardiente fiebre, que muy presto le redujo al último extremo, la vista de la muerte lo sumergió en un dolor inconsolable. Avisado Felipe de su estado, vino á socorrerlo y le dijo: “¿A dónde está vuestro antiguo valor, hijo mio? Invocad al Señor y decidle: ¡Oh Dios mio, mi refugio y virtud, mi apoyo en la tribulacion!”—“Que me ha agoviado, repuso el enfermo, completando el texto” Juzgando el santo por esta respuesta, que no estaba muy resignado en la voluntad de Dios, se esforzó en consolarlo, y sobre todo en hacerlo conformarse con el querer del Señor, y lo

consiguíó tan perfectamente, que el enfermo recobró su serenidad, y murió alegre y contrito.

Un padre francés del Oratorio, llamado Nicolás Gigli, se hizo muy amigo de nuestro santo por sus raras virtudes. Cayó enfermo, y el mal hizo tales progresos, que no dejó ya esperanza alguna de vida. Tal era su estado, cuando un dia se oyó en la casa un ruido formidable. Felipe que estaba en su capilla, llamó al padre Consolini, y le dijo: “Pasad prontamente á la enfermería, y volved á decirme qué es lo que hay por allá.” Fué corriendo y encontró al padre Nicolás en una alegría difícil de describir. Tenia sus manos levantadas al cielo, y decia: “Gracias sean dadas al Señor. Vino, se fué, venció.” Volvió Consolini á ver al santo, quien despues de saber lo que pasaba, respondió: “¡Bendito sea Dios! todo va bien.” Poco despues fué á ver al enfermo, el que le dijo luego que llegó: “¡Ay padre mio! hasta hoy he vivido sin conoceros; ¿porqué he comenzado tan tarde á apreciar vuestras virtudes?” Parece que era dendor al santo de la victoria que acababa de alcanzar sobre el monstruo infernal, y que Dios se lo habia hecho conocer. Podria aun añadir otros muchos ejemplos; pero bastan ya para mi objeto los referidos.

CAPITULO XVIII.

Eficacia de los consejos de Felipe, contra las tentaciones y escrúpulos.

FUERA tan conocida la caridad de Felipe, que las almas afligidas ocurrían á él, como por instinto, y nunca se iban de su presencia, sin que quedasen libres de sus penas, ó á lo ménos verdaderamente consoladas. Dejémos que hablen los hechos. Agitaba á un noble de Monte Policiano, una tentación tan importuna como peligrosa. Su confesor, viendo que no podía librarlo de ella ni asegurarle á lo ménos contra sus vehementes insinuaciones, le dijo un día: "Solo conozco un hombre que pueda curaros, y es el padre Felipe; si queréis creerme id á verlo." Dócil á este consejo, fué á buscar al santo, le

descubrió su enfermedad, y le rogó le aplicase el conveniente remedio. ¡Cosa admirable! al momento sintió que se disipaban sus temores, y que renacía su casi estinguido valor. "Estoy curado, padre mio." exclamó lleno de gozo y de reconocimiento. En efecto, no volvió á ser molestado de aquella peligrosa tentación.

Un soldado jóven, penitente de nuestro santo, fué asaltado de una de las mas peligrosas tentaciones. Hacia muy poco tiempo que se habia casado, cuando observó que un lacayo de un gran Señor pasaba con demasiada frecuencia por su casa, mirando siempre á las ventanas. Poseido un dia de un exceso de zelo, aguardó á que pasase el lacayo, y le dijo con un aire amenazador, que se guardara de volver á pasar por allí. Este le respondió que sí lo haría, y en efecto continuó pasando segun su costumbre. El soldado, á quien esta tenacidad encendia en cólera aumentando sus zelos, se resolvió á matarlo. En este tiempo llegó no sé que festividad en que acostumbraba irse á confesar; pero su pasión le impedia disponerse como era debido para este acto sagrado; y por lo mismo juzgó conveniente no hacerlo: mas en esta lucha salió la gracia vencedora. Fué y se echó á los piés del santo, y con la franqueza de un verdadero soldado, le confesó su criminal resolución. Felipe, pasándole la mano sobre la cabeza, como tenia de costumbre, le dijo: "Hijo, mió, no estais bien dispuesto: volved otra vez."

Al instante sintió este hombre una alegría interior que apagó el fuego de su pasión y le restituyó á su primera tranquilidad. “Esto es hecho, dijo para sí; que pase el lacayo las veces que le dé la gana.” Pero sea una casualidad, ó una nueva gracia, el lacayo no volvió á verse por allí: continuó el soldado confesándose con nuestro santo durante treinta años, y fué un santo bajo su dirección.

Otro penitente del santo resistía perdonar una injuria que otra persona le habia hecho. Viendo Felipe que nada podian para con este hombre todas sus razones, tomó en la mano un crucifijo, y dijo á este pecador endurecido: “Ved y considerad el ejemplo que os dió este buen Maestro, que no solo perdonó á los que lo crucificaban, sino que tambien se dignó rogar por ellos á su Eterno Padre. Padre mio, exclamó, perdonadles porque no saben lo que hacen. Vos rezais cada dia, añadió el santo, la oracion del Padre nuestro, y ¿no conocéis, miserable, que en ella pedis, no vuestro perdón sino vuestra condenacion? Arrodillaos ante esta imágen de vuestro Dios moribundo, y decidle: Señor Jesus, es demasiado poco para mi salvacion, que hayais muerto una vez en medio de los mas acerbos tormentos; morid de nuevo si quereis que yo perdone á mi enemigo.” Fueron dichas estas palabras de una manera tan significativa, que el jóven quedó como mudo y poseído de un temblor universal. Luego que recobró el uso

de la palabra, dijo á Felipe entre lágrimas y sollozos: “Perdono, padre mio, perdono á este hermano, y haré en su obsequio cuanto me mandeis.”

Vino un dia Pedro Focili á confesarse con el santo, quien no quiso oirle y le reprendió fuertemente no sé por qué desobediencia. El jóven, cuyo orgullo aun estaba demasiado vivo, se resintió mucho de este recibimiento, y dijo para sí: “¿Qué quiere este padre decir con esto? creerá que no hay en Roma otro confesor como él.” Salió lleno de cólera y se fué á confesar con un padre de la Compañía de Jesus. Dado este paso, se encontró poseído de una profunda turbacion y de una tristeza tan amarga, que no le era posible hallar ningun reposo. A los dos dias le mandó decir Felipe que queria verlo, y luego sintió renacer la alegría en su alma. Llegado que fué á los piés del santo, le pidió perdón de su falta deshecho en lágrimas, ofreciéndole obedecerlo siempre en todo; lo que cumplió con toda fidelidad.

Isabel, condesa de Tipherne, hacia cuatro meses que le atormentaba noche y dia no sé que tentacion. Angel Vellio, su confesor, no pudiendo librarla de ella, le aconsejó fuese á manifestar su corazon al padre Felipe. Hizolo así; mas cuál fué su admiracion al oir á este hombre de Dios hablarle de su pena, ántes que ella le hubiera dicho una sola palabra. “Sois muy dichosa, hija mia, le dijo el santo, porque os persigue esta ten-

tacion tan pesada y peligrosa: consolaos, voy á decir la misa por vuestra intencion, y espero en Dios que no volverá á molestaros.” Efectivamente, mientras que el santo celebraba, el demonio dejó su presa y no volvió ya la tentacion. Llena de contento y de reconocimiento Isabel, cobró gran confianza en su bienhechor, y no quiso ya tener á otro confesor mas que á él.

Luego que Sixto V. ascendió al sumo pontificado, Gerardo Caraccio, que deseaba con ansia ser su boticario, encontró en Bernardino Cotta un temible rival. De las opuestas pretensiones de uno y otro, resultó una discordia que resolvieron terminar por medio de las armas. Espantada justamente la hermana de Gerardo de una resolucion tan homicida, se fué muy de mañana al Oratorio á pedir consejo al Padre Bordini su confesor; pero no encontrándolo se dirigió á Felipe y le hizo saber el cuidado que tenia. “Tranquilizaos, le dijo el santo, lo que temeis no ha de llegar á suceder.—Padre mio, añadió esta piadosa muger, yo querria hacer decir tres misas por este negocio.—Está bien, respondió Felipe, y yo tambien voy á aplicar otra por vuestra intencion; por lo demas no tengais cuidado: vuestro deseo es bueno y Dios os lo ha de conceder.” Consolada con estas dulces palabras, quiso oír su misa, la que concluida volvió para su casa. Mas ¿cuál fué su sorpresa al encontrar á su hermano rebozando de alegría? En aquel mismo instante acababa de sa-

ber qué su rival habia abandonado su pretension. “Es un milagro del Padre Felipe, le dijo ella: antes de decir la misa por el buen resultado de este negocio, me lo garantizó completamente.”—“No me sorprende esto, respondió Gerardo, derramando lágrimas; porque siempre he tenido á este hombre por un santo; pero desde hoy con mas razon, y mientras que yo viva no le tendré por otra cosa.”

Juan Bautista Magnano, camarista del Papa Gregorio XIII, perdió en el juego una cantidad considerable, lo cual lo conducia ya casi á las puertas de la desesperacion: mas quiso la Providencia que se encontrase con nuestro santo. Este, sin conocerle ni aun de vista, le detuvo y le dijo tomándole de la mano: “La pérdida que habeis sufrido no deja de tener remedio; venid conmigo, os confesaré y vereis lo que Dios hace en vuestro favor. Llevóle á la iglesia de S. Gerónimo y oyó su confesion, siendo esto lo bastante para restablecer la paz y la alegría en la alma de aquel hombre, quien no dilató en reponer sus intereses sin tener necesidad de volver á la casa del juego.

Un jóven eclesiástico de Roma, sabedor de que su padre habia caído en manos de unos bandidos, corrió al Oratorio para que Felipe lo encomendase á nuestro Señor. Este acababa de decir misa y se desvestia de los sagrados paramentos, cuando el jóven entró á la sacristía. Escuchó Felipe el motivo de su pena, con aquella compasion que le

era habitual, y le dijo: “No tengais cuidado, hijo mio, no tendrá novedad vuestro padre.” Sin embargo, aquel mismo dia recibió una carta por la que se le prevenia, que si no enviaba á los ladrones mil y quinientos escudos, harian morir á su padre. El pobre jóven, no sabiendo donde conseguirlos, volvió á ver al santo y le manifestó el apuro en que se hallaba. Viendo Felipe que solo un milagro podia remediar esta necesidad, se propuso conseguirlo de Dios; pero para que la gloria que de él resultaba no se atribuyese á su persona, dijo al jóven: “Id y encomendad este negocio á los padres Capuchinos.” Hizo lo que le mandaba y á pocos dias dejaron libre los ladrones á su padre, sin exigir rescate alguno.

Una princesa italiana habia ya diez años que padecia una tristeza de corazon que le hacia la vida muy amarga. Habiéndolo sabido Felipe, tal vez por revelacion, le escribió una carta muy consoladora; y apenas la leyó esta señora cuando desapareció su tristeza y se llenó de tan dulce alegría, que no la hubiera cambiado por todo un reino, segun ella misma decia. Desde entónces no cesaba de alabar públicamente al santo y de repetir que á él, despues de Dios, debia su felicidad.

Prudencia Diaz, noble señora española establecida en Roma, llevaba una vida muy desgraciada; pues agobiada por una dilatada série de calamidades, no disfrutaba de ningun reposo, no queria hablar con nadie, y la menor cosa la enfadaba. Un

dia que se hallaba atormentada de su melancólico humor mas de lo acostumbrado, se fué á la iglesia del Oratorio y se confesó con el Padre Angel Vellio, quien despues de oír el relato de sus pecados, que no tenían otro principio que su misma afliccion, quiso consolarla, pero no lo pudo conseguir. Le aconsejó volviere con frecuencia al santo tribunal, lo que ella no dejó de hacer; pero su carácter se hacia cada dia mas insoportable en lugar de mejorarse. Movido á compasion y no sabiendo ya que hacer, la rogó fuese á abrir su corazon al Padre Felipe, que estaba allí haciendo oracion cerca de su confesonario. Ella se dirigió en efecto hacia el santo, quien sin conocerla le dijo luego que la vió: “¿Aquí estaís vos, muger colérica; que siempre estais de mal humor?” Arrodiillos y oid lo que os voy á decir. “Entónces le puso Felipe á la vista toda la historia de su vida, le indicó sus faltas, asi como tambien su remedio; en seguida oró por ella y con el dedo le hizo una cruz sobre su frente. Al momento se obró en su corazon una admirable mutacion. Su tristeza y su mal humor se disiparon y los remplazó una dulzura celestial. “Ahora bien, le dijo el santo ¿cómo os sentís, hija mia?—Muy bien padre mio, respondió ella.—Volved ahora, añadió el santo, á ver á vuestro confesor.” Despues de darle las gracias, con las lágrimas en los ojos, se volvió muy gozosa al Padre Vellio, y le dió parte de su prodigiosa y defintiva mutacion. Igual cosa acon-

teció á Livio de los Ursinos, á quien hacia muy desgraciado una viva inquietud. “Vuestro temor es quimérico,” le dijo el santo, y bastaron estas palabras para restablecer en su alma la mas perfecta tranquilidad.

Camilo Pamphili, padre del Papa Inocencio X, se acostó una noche con el espíritu preocupado á causa de un gran cuidado, y no pudo cerrar los ojos en toda la noche. A la mañana siguiente se fué á ver á Felipe para recobrar la paz de su alma; este le dijo luego que lo vió: “Seais bien venido Camilo; quiero me digais vuestro estado despues de una tan mala noche como habeis pasado.” Quedó maravillado Camilo al ver que le habia sido revelado á Felipe su interior; mas creció de punto su admiracion al notar la eficacia de estas palabras tan cortas, que le restituyeron la mas completa tranquilidad.

Un jóven romano, de una familia distinguida, se encontró con un hombre que él sabia estar poseido del demonio, y tuvo la imprudente curiosidad de preguntarle á cerca de su desgracia: esta pregunta irritó al energúmeno, quien le contestó con una voz de trueno y un rostro espantoso: “¿qué necesidad teneis de preguntarme todo esto, vos que como yo, estais tambien poseido del diablo?” Esta respuesta lo estremeció de pies á cabeza y le hizo tal impresion, que llegó á temer fuera verdad lo que acababa de oír; y cargó sobre esto de tal suerte su imaginacion, que al fin llegó á trastor-

narse su razon. Los exhorcismos que en su locura se hizo aplicar, aumentaron el mal en vez de remediarlo: los médicos que le asistieron agotaron inutilmente los recursos de su facultad, y vino á parar en un estado horrible para su cuerpo y su alma. No dormia ni comia ya, y desesperaba completamente de su salvacion. Tenia una tia, oblata de la Tour-des-Miroirs, y vino á verlo un dia, y ya se retiraba llena de amargura, cuando le ocurrió el pensamiento de encomendarlo á la caridad de Felipe. Se fué derecho al Oratorio, y suplicó al santo se apiadase de aquel infeliz. Movido vivamente con la relacion que acababa de hacerle aquella muger, fué á ver al pobre jóven y le impuso las manos diciéndole: “Sosegaos, jamás habeis estado poseido del demonio.” Luego le hizo cantar para disipar su negra tristeza, y le invitó á que fuese á verlo á Vallicella.

El jóven, ganado por una bondad tan paternal, y ya consolado, no dejó de ir desde la mañana siguiente á ver á nuestro santo. Este, notando aun en él alguna tristeza y desconfianza, le abrazó y apretó tiernamente á su corazon. Ya he dicho mas de una vez cuán poderosas eran las emanaciones de aquel corazon abrasado de caridad. Experimentó esto aquel enfermo, pues al momento se sintió singularmente alegre y fortificado. “Ahora bien, le preguntó Felipe, ¿cómo os sentis?”—“No puedo estar mejor, padre mio, respondió el jóven; mi curacion es perfecta.” Quiso en-

tónces manifestarle su reconocimiento, pero el santo, que no podia sufrir las alabanzas, le dió una palmadita diciéndole: “Id, hijo mio, y no querais pecar.”

Domingo Saraceni, uno de los mas famosos médicos de su tiempo, se posesionó de una negra melancolía que le hacia ya insoportable la vida. Despues de agotar todos los recursos de su arte, sin experimentar alivio alguno, se fué á ver á Felipe, cuyo poder le era conocido, y le descubrió su pena: “Tened ánimo le respondió el santo, dándole un cariñoso abrazo, esta tristeza se va á acabar.” En efecto, desapareció desde aquel momento, y nunca mas volvió.

Julian Fuscherio, sacerdote de una encumbrada virtud, tenia un penitente á quien atormentaban los escrúpulos de un modo horrible; y despues de echar mano de todo vanamente para errarlo, tomó el partido de conducirlo al siervo de Dios, quien al verlo entrar, le dijo con una voz cariñosa: “¿Sois vos, hijo mio? seais bien venido, conozco perfectamente vuestro mal, son tentaciones las que os afligen; pero tened valor, van ya á terminar.” Diciendo esto lo abrazó, y le preguntó si queria confesarle sus faltas. “De muy buena voluntad, respondió; no es la vergüenza ni el temor lo que me impide decirlas; yo no puedo explicarlas.” —“Haced la prueba sin embargo,” le dijo Felipe. Se arrodilló y se confesó muy detenidamente, hasta que al fin le dijo nuestro santo: “Ya está;

no hay necesidad que os espliqueis mas.” Despues le mandó en penitencia que besase la tierra, le dió la absolucion y le despidió lleno de paz y alegría.

Un eclesiástico se habia persuadido, por un capricho de su imaginacion, que era indispensable la atencion actual para el rezo del oficio divino; y como le era imposible tenerla, el hombre se moria de afliccion. Se fatigaba terriblemente la cabeza, pasaba todo su tiempo rezando, y despues de todo creia no haber cumplido con el precepto. Luego que sus escrúpulos llegaron á su mas alto punto, se sintió fuertemente tentado de desesperacion; pero el Cielo vino á su socorro inspirándole recurriese á Felipe. Marchó al momento al Oratorio, y se presentó á la puerta del cuarto del santo; mas este le dió con ella en la cara, diciéndole: “No tengo tiempo de oiros; yo rogaré por vos.” Ignórase cual fué el motivo que tuvo para mostrarse tan poco comedido en esta ocasion: tal vez los escrúpulos de aquel hombre tenian su origen en algun secreto orgullo que exijia un remedio humillante. Sea lo que fuere, el pobre eclesiástico se fué sin quejarse, y tomó su breviario derramando lágrimas. Pero desde entónces desaparecieron sus escrúpulos y pudo rezar ya su oficio con una facilidad admirable. Hé aquí de paso, los remedios principales que este sábio médico prescribia á las almas escrupulosas.

1.º “Siempre que un escrupuloso en el momento que le asalta cualquiera tentacion se dice á

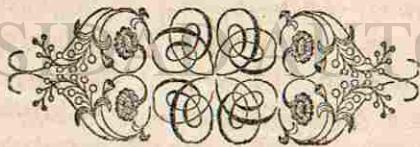
si mismo: Me parece que resisto, ó que he resistido á esta sujestion; con esto basta, y no debe ya hacer mas exámen por ver si ha ó no consentido. 2.º Si en lo mas fuerte de la tentacion, echa de ver que su corazon se inclina aún á la virtud contraria, puede creer con certeza que no ha sucumbido. 3.º Si no está bastante seguro de haber consentido hasta el estremo de poderlo afirmar bajo de juramento, entónces no ha habido consentimiento: esta es una cosa ciertísima. 4.º Todo escrupuloso debe sujetar su juicio y voluntad á la autoridad del confesor y despreciar los vanos terrores de su conciencia. 5.º Es conveniente obligar de cuando en cuando á estas pobres almas á que comulguen sin confesarse. 6.º Solo la humildad puede curar radicalmente esta enfermedad tan penosa y peligrosa.”

Volvamos ya á nuestra narracion. Quiza nunca hubo hombre que poseyese en tan alto grado el don de consolar y alentar á las almas. Todo en él producía estos efectos maravillosos: sus palabras, su ademan, y aun su mismo aspecto. Esto está probado por las deposiciones de respetables y numerosos testigos. Tiverio Ricciardelli decia despues de la muerte del santo, que siempre que le tocaba el pelo, experimentaba un consuelo indecible. El cardenal Baronio afirmaba que las palmaditas que le daba de chanza su buen padre, producian en él un efecto semejante. El cardenal Baudini daba un testimonio análogo, y casi todos sus penitentes

confesaban que era bastante que él pusiera la mano sobre sus cabezas, para que los inflamase hasta el punto de hacer saltar sensiblemente sus corazones. Peregrino Altobello, canónigo de San Márcos, interrogado como testigo, declaró lo siguiente: “Me causaban interiormente tal placer sus conversaciones, que me costaba mucho trabajo separarme de él. Siempre que le encontraba en la calle, me cogía la cabeza entre sus manos, preguntándome por mis cosas, y sentía yo una alegría indecible, aspirando al mismo tiempo un olor celestial que exhalaba su cuerpo. Me acuerdo particularmente que un dia le encontré cerca del palacio del cardenal Sforze, y me cogió de las sienes, segun lo acostumbraba, diciéndome: ¿Adónde vaís, santo hombre Peregrino? Esta cariñosa accion produjo en mí un consuelo tan inefable, que no sabia yo ni donde estaba, ni qué hacía.”

Su cuarto tenía la misma virtud que su persona. Bastaba entrar en él para verse uno libre de la tristeza y de cualquiera otra turbacion espiritual. Por eso le llamaba Marco Altieri el paraiso terrenal. El cardenal Federico Borromeo, iba á él expresamente para buscar allí la alegría. El cardenal de Médicis, despues Leon XI, pasaba en él por lo ménos seis horas cada semana, halagado de las dulzuras que en él experimentaba. Los que por discrecion no querian entrar, sentian los mismos efectos con solo arrimar-

se á la puerta. Fabricio de Massimi, nunca dejaba en sus tristezas de venir á buscar su remedio en aquella puerta, de la que nunca se separó desconsolado. El cardenal Cusana, le encontró en ella un día de centinela, y le preguntó porqué no entraba: “¿Para qué, le respondió, he de interrumpir al padre? yo encuentro aquí el consuelo que busco, y esto me basta.” Neri de Nigri, aun despues de la muerte del santo, no dejaba de venir á su cuarto siempre que tenia alguna aficcion, y recobraba en él al momento toda su tranquilidad. No sé yo de ningun otro santo que haya recibido de Dios un don como éste, á lo ménos en un grado tan extraordinario. Dios nuestro Señor se gloria en prodigar de diversas maneras, sus preciosos favores á sus escogidos.

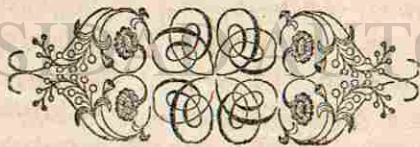


CAPITULO XIX.

Tierna caridad de Felipe para con los pobres, ó por mejor decir, para con todo el mundo.

HASTA aquí hemos visto el celo del siervo de Dios, en trabajar por el bien de las almas; vamos ya á ver su tierno cuidado en remediar las necesidades corporales del prógimo; porque este hombre estaba dotado de una verdadera caridad, y esta virtud comprende á todo el hombre. Cuando se le llamaba á ver algun enfermo, despues de poner su alma en buen estado, se encargaba de su cuerpo, llamando á un médico que lo curase, y proporcionándole las medicinas necesarias. No satisfecho con remediar las miserias que llegaban á su noticia, salía de casa en busca de las necesidades ajenas y no era raro que Dios se las manifestase por re-

se á la puerta. Fabricio de Massimi, nunca dejaba en sus tristezas de venir á buscar su remedio en aquella puerta, de la que nunca se separó desconsolado. El cardenal Cusana, le encontró en ella un día de centinela, y le preguntó porqué no entraba: “¿Para qué, le respondió, he de interrumpir al padre? yo encuentro aquí el consuelo que busco, y esto me basta.” Neri de Nigri, aun despues de la muerte del santo, no dejaba de venir á su cuarto siempre que tenia alguna aficcion, y recobraba en él al momento toda su tranquilidad. No sé yo de ningun otro santo que haya recibido de Dios un don como éste, á lo ménos en un grado tan extraordinario. Dios nuestro Señor se gloria en prodigar de diversas maneras, sus preciosos favores á sus escogidos.



CAPITULO XIX.

Tierna caridad de Felipe para con los pobres, ó por mejor decir, para con todo el mundo.

HASTA aquí hemos visto el celo del siervo de Dios, en trabajar por el bien de las almas; vamos ya á ver su tierno cuidado en remediar las necesidades corporales del prógimo; porque este hombre estaba dotado de una verdadera caridad, y esta virtud comprende á todo el hombre. Cuando se le llamaba á ver algun enfermo, despues de poner su alma en buen estado, se encargaba de su cuerpo, llamando á un médico que lo curase, y proporcionándole las medicinas necesarias. No satisfecho con remediar las miserias que llegaban á su noticia, salía de casa en busca de las necesidades ajenas y no era raro que Dios se las manifestase por re-

velacion. Al saber cualquiera de ellas, no se permitia ningun reposo hasta aliviarla por todos los medios posibles. Se le veia recorrer las calles dia y noche, visitando á sus queridos pobres, llevando á unos recursos pecuniarios, á otros vestidos, á éstos alimentos, á aquellos remedios. ¡Oh! ¿cuántos necesitados vergonzantes, vieron venir á este hombre en socorro de su indigencia que ellos pensaban no ser conocida mas que de sólo Dios? Entremos ya en el pormenor de algunos de sus actos de caridad, cuya memoria nos han conservado sus historiadores.

Un hombre noble llegó á perder su fortuna á causa de una multitud de calamidades que le sobrevinieron, y Felipe los sostuvo por muchos años en una situacion conforme á su nacimiento. Una muger tenia á una madre anciana, y cuatro hijos pequeños, sin recurso alguno para alimentarlos; y él tomó á su cargo proporcionar á cada uno lo que hubiera menester segun sus necesidades, por el espacio de cuatro años. Vicente Illuminator, dejó al morir una muger con seis hijos, sin recurso alguno, y movido Felipe á conpasion, se constituyó proveedor de esta familia, no permitiéndole que careciese de ninguna cosa. Mas adelante procuró á una de las niñas su entrada á un monasterio, y la proveyó de todo lo necesario.

Resplandecía aún mas su generosa caridad en favor de las doncellas pobres, impidiéndole que viles corruptores se aprovecharan de su miseria, y

comprasen el sacrificio de su virtud. Uno de sus discípulos tenia unas sobrinas jóvenes, á las que no podia sostener á causa de su pobreza; pero el caritativo padre se encargó de su alimento é instruccion, y cuando llegaron á una edad en que podian casarse, les dió á cada una un dote de seiscientos escudos. Dos jóvenes florentinas que sus padres trajeron á Roma, donde murieron, se encontraron espuestas, por su miseria, á los mas grandes peligros. Llegó esto á noticias de nuestro santo, y las colocó en una casa segura, en la que proveyó á su manutencion, y costeó despues los gastos de su admision en un convento de Florencia. Omito una multitud de hechos semejantes, por no fastidiar con repeticiones á mis lectores.

Tres mugeres piadosas, pero que carecian de bienes de fortuna, emprendieron sin consultarlo con su director, abrir un asilo para niñas huérfanas, con la intencion de pedir limosna para alimentarlas. Llegaron á recibir hasta veinte, llenas de confianza en la caridad pública; pero ésta no correspondió á sus esperanzas, y conocieron demasiado tarde, que tendrian que morir de hambre con sus hijas. Llegó á oídos de Felipe su triste situacion, mandó llamar á estas mugeres imprudentes, las reprendió como merecian, y se encargó de las pobres huérfanas: casó á unas, otras abrazaron la vida religiosa, y colocó á las demas en casas particulares, que merecieron su confianza.

No llamaban ménos su atencion los pobres encarcelados: muchas veces á la semana les enviaba dinero, vestidos ó viveres; y mandaba á algunos de sus discípulos á que los instruyesen y consolasen. Habia en la ciudad muchos monasterios reducidos á una excesiva indigencia; pero sus nombres estaban escritos en la tabla providencial de Felipe, y no dejaba de enviarles en tiempo oportuno los socorros necesarios. Si encontraba algunos jóvenes propios para los estudios, los tomaba bajo su proteccion, y subvenia á todas sus necesidades: dos de ellos, que con el tiempo llegaron á ser cardenales, le ocasionaron especialmente gastos considerables, siendo tal su generosidad para con ellos, que llegó hasta vender sus libros por sostenerlos. A mas de esto, ningun pobre mendigo se dirigia á él, sin que recibiera de sus manos alguna limosna: en fin, eran tantas sus liberalidades, que ciertamente no hubiera podido llevar al cabo muchas de ellas, sin hacer milagros: tal era por lo ménos la opinion de los confidentes de su caridad.

Ella le valió un dia un favor singular; porque agrada tanto á Dios esta virtud, que le cuesta gran trabajo á su Magestad, si me es lícito hablar así, esperar á la otra vida para premiarla. Caminaba por una calle apartada, y se le apareció un ángel bajo la figura de un pobre, que le tendió una mano suplicante. Al momento, sin informarse el santo de sus necesidades, le dió todo el

dinero que llevaba. “Muy bien, le dijo el pobre aparente, queria yo hacer prueba de vuestra misericordia” y luego desapareció. Por donde quiera se formaban conciertos de alabanzas en honor de su generosa caridad; pero sobre todo, despues de su muerte fué cuando pudo conocerse bien el alto concepto que se tenia de ella. Recordaban los pobres los bienes que les habia hecho, y no pudiendo contener sus lágrimas, decian los testigos de su dolor: “Tienen razon de llorar, porque para ellos es ésta una pérdida irreparable, y jamás volverán á tener otro padre como el que la muerte les ha arrebatado.” Cuando se trató de su canonizacion, el cardenal Bellarmino, encargado del exámen de su causa, sorprendido de las prodigiosas caridades en que abunda, exclamó: “Este venerable padre, era otro Juan limosnero.” Aún fué mas elocuente el elogio que de él hizo una muger del pueblo. Testigo de la canonizacion de Santa Francisca Romana, tan célebre por su caridad, exclamó: “Nuestro buen padre Felipe, tambien ha hecho caridades semejantes ¿cuándo se le colocará igualmente en el catálogo de los santos? De esta santa señora se dice que llevaba envoltorios de ropa á los desgraciados; pero mi padre no se contentaba respecto de mí, con tan poca cosa: me llevaba pan, vino, aceite y aun dinero. Lo digo ante todo el mundo; Felipe hizo esto cien mil veces por mí y por muchos otros.”

Sin embargo, no era solo con los pobres en quienes hacía brillar la bondad de su corazón, estendiéndose ella á todos los que se le acercaban, y muy especialmente á aquellos que le hacían algún bien ó le prestaban algún servicio. “Este santo hombre, decía el cardenal Panphili en su deposición, era de un excelente y raro corazón, agradecía con efusión el más ligero beneficio, y siempre se acordaba de él.” “Felipe, decía el abad Muffé, quedaba tan agradecido al menor servicio que se le prestaba, que su correspondencia era de cuatro por uno: lo sé por experiencia.”

Los cuidados ajenos lo afectaban de tal manera, que muchas veces parecía perder la paciencia. Bastaba la vista de un pobre medio desnudo, para hacerlo llorar, sin que le fuera posible sosegar hasta no verle cubierto; y más de una vez se despojó de sus propios vestidos para cubrir con ellos las carnes de algunos miserables. Cuando se veía reducido á contemplar las privaciones de sus semejantes, sin que le fuera dable consolarlos, se estremecía, y exclamaba, olvidando el horror que siempre había tenido á las riquezas: “¡Qué no tenga yo tesoros para poder remediar tantos males!”

La inocencia perseguida, encontraba en él un intrépido defensor. Libró de una inevitable muerte á un noble romano, á quien se acusaba de un homicidio que no había cometido. Defendió, é hizo triunfar la inocencia de un sacerdote perse-

guido por unos hombres poderosos. Obtuvo del papa Pío V el perdón de muchos pobres extranjeros á quienes se condenaba á galeras con demasiada injusticia. Unos personajes de gran crédito, perseguían obstinadamente ante la justicia á un paisano amigo suyo: tomó su defensa y le libró de las manos de sus enemigos Basta; porque nunca acabaría si quisiera hablar de todos aquellos á quienes salvó la vida, el honor y la fortuna.

En una época de hambre, una persona le envió cinco panes para que socorriese sus necesidades propias. Los tomó luego, y se los llevó á un sacerdote extranjero, cuya indigencia le era conocida, y él se alimentó aquel día con unas pocas de aceitunas. Supo esto su bienhechor, y fué á preguntarle con algún mal humor ¿por qué era tan compasivo con otros y tan duro consigo mismo? “A lo menos, añadió, no debíais haber dado más que la mitad guardando la otra para vos.”—“Perdonadme, respondió el santo; yo tengo aquí muchos amigos, y este pobre extranjero no tiene ninguno; ved pues, como nuestra posición no es igual.”

También interesaban altamente su caridad los pobres artesanos desprovistos de trabajo, y su celo inventor apuraba todos los recursos para arrancarlos de la miseria. Puedo citar á este propósito algunos hechos. Dos franceses, fabricantes de relojes de madera, no vendían lo bastante para poder alimentar á su numerosa familia: supolo

Felipe, y en su compasión se hizo en cierta manera su corredor. No fué en vano; porque muchas personas solo por complacer á Felipe, compraban de aquellos relojes. Comprometia un dia el santo á un hombre rico, á que comprase cierta porcion de ellos, lo que al fin consiguió; y testigo de este empeño uno de sus discípulos, le pareció que el santo no hacia bien en esto, y dijo para sí: “Vaya una idea singular ¿no podía este buen padre aconsejar á este señor que empleara mejor su dinero en otra cosa que en relojes?” Ignoraba entonces cual era la intencion de Felipe; pero cuando llegó á conocerla, no pudo menos que admirarse de aquella ingeniosa caridad. Un jardinero de la campiña de Roma, que vendía legumbres en la ciudad, llegó una tarde segun su costumbre, á tiempo que una lluvia copiosa le obligó á refugiarse bajo el portal de la caridad. Seguía lloviendo, y el pobre hombre se desolaba por no poder vender su mercancía. Felipe, que se hallaba por allí, oyó sus lamentaciones, y movidas sus entrañas, no pudo dejar de consolarlo. Se acerca á aquel hombre, le ajusta toda su mercancía: y el gusto que manifestó aquel pobre aldeano, fué mas apreciable para nuestro santo que el valor de su dinero.

Tenia un corazon tan excelente, que se compadecía aun de los mismos animales. Vió un dia que uno de sus discípulos andaba tras de un gato, y le dijo con cierta emocion: “¿Qué os ha hecho ese

pobre animal, para que le trateis de esa manera?” Otra vez vió que un hombre azotaba cruelmente á un perro, y esto le causó tal turbacion, que tuvo gran trabajo en serenarse. Uno de los niños que concurrían á su puerta, tenía un dia en su mano un pajarillo que habia cojido, y temeroso el santo de que lo hiciese morir, le dijo: “Hijo mio, vale mas que le deis libertad, para que vaya á ver á su madre.” Dijo esto, y pasó adelante: pero á poco rato volvió á encontrar al niño, y le preguntó si habia soltado al pajarito.---“Sí, padre, respondió: abrí la ventana y le eché á volar.---¡Pobrecito! esclamo Felipe, hubiera sido mejor criarlo, porque como es todavía chiquito no podrá comer y se morirá de hambre.” Si llegaban á cojerse en la casa algunas ratas, se oponia á que se les matase, y las hacia llevar á un lugar desierto en donde él se figuraba no podrian hacer daño. Si montaba algun carruage para ir á alguna parte, no dejaba de encargar al cochero que no fuera á lastimar á los hombres ó á los animales. Si alguno le daba alguna ave viva, la mandaba de regalo á otra parte, porque no la mataran en su casa. Se hubiera dicho que estos seres desprovistos de razon, conocian la humanidad de este santo hombre; porque por ariscos que fuesen con los demas, se dejaban acercar y manosear de él sin manifestar miedo alguno.

Uno de sus discípulos le ofreció un pajarillo cantador, encerrado en su jaula. “Lo recibiré de

muy buena voluntad, le dijo el santo, si habeis de venir todos los dias á prover á sus necesidades.— Muy bien, padre mio, respondió el jóven; yo me encargo de su cuidado.” Desempeñó, en efecto, su compromiso, y una mañana que Felipe estaba enfermo, vió al animalito saltando sobre su cuello, picoteando y cantando con mucho contento. “Decidme, le preguntó el santo, ¿hacía lo mismo con vos cuando estaba en vuestra casa? No, padre mio, respondió el jóven.” El santo se avergonzó y espantó á la avecita. Esta se fué, pero volvió al momento, y estuvo haciendo esto por largo rato. Quiso cogerlo su antiguo dueño, pero no lo pudo conseguir. Entónces le dijo Felipe: “Traed la jaula, y voltiadle la puerta hácia donde está, veremos si quiere entrar.” Hecho ésto, entró al momento el pajarito. Son estas, en verdad, minuciosidades que no debieran contarse pero que sin embargo manifiestan perfectamente la bondad del corazon de nuestro santo, y por lo mismo me ha parecido no debia pasarlas en silencio.



CAPITULO XX.

Admirable castidad de nuestro santo.



COMO Felipe esta angélica virtud desde su mas tierna edad; y de aquí es que no omitía precaucion alguna para conservarla. ¿Cuáles eran pues, estas precauciones? Voy á decirlas, para que los ejemplos de este grande hombre sean de provecho á mis lectores. Sabedor por el Apóstol, que el hombre lleva este precioso tesoro en un frágil vaso de barro, y que las desgracias de nuestros semejantes, nos prueban demasiado esta terrible verdad, adoptó para su conservacion, ilustrado por la divina gracia, las medidas siguientes.

Primera. Cuidó mucho de ocultar este don inapreciable, bajo el manto de la humildad, á fin de que los ladrones espirituales no pudieran nún-

muy buena voluntad, le dijo el santo, si habeis de venir todos los dias á prover á sus necesidades.--- Muy bien, padre mio, respondió el jóven; yo me encargo de su cuidado.” Desempeñó, en efecto, su compromiso, y una mañana que Felipe estaba enfermo, vió al animalito saltando sobre su cuello, picoteando y cantando con mucho contento. “Decidme, le preguntó el santo, ¿hacia lo mismo con vos cuando estaba en vuestra casa? No, padre mio, respondió el jóven.” El santo se avergonzó y espantó á la avecita. Esta se fué, pero volvió al momento, y estuvo haciendo esto por largo rato. Quiso cogerlo su antiguo dueño, pero no lo pudo conseguir. Entónces le dijo Felipe: “Traed la jaula, y voltiadle la puerta hácia donde está, veremos si quiere entrar.” Hecho ésto, entró al momento el pajarito. Son estas, en verdad, minuciosidades que no debieran contarse pero que sin embargo manifiestan perfectamente la bondad del corazon de nuestro santo, y por lo mismo me ha parecido no debia pasarlas en silencio.



CAPITULO XX.

Admirable castidad de nuestro santo.



COMO Felipe esta angélica virtud desde su mas tierna edad; y de aquí es que no omitía precaucion alguna para conservarla. ¿Cuáles eran pues, estas precauciones? Voy á decirlas, para que los ejemplos de este grande hombre sean de provecho á mis lectores. Sabedor por el Apóstol, que el hombre lleva este precioso tesoro en un frágil vaso de barro, y que las desgracias de nuestros semejantes, nos prueban demasiado esta terrible verdad, adoptó para su conservacion, ilustrado por la divina gracia, las medidas siguientes.

Primera. Cuidó mucho de ocultar este don inapreciable, bajo el manto de la humildad, á fin de que los ladrones espirituales no pudieran nún-

ca quitárselo. Segunda. Cumplió fielmente el precepto protector que había leído en el libro de los Proverbios (4--23): "Guarda tu corazón con toda custodia, porque de él procede la vida."

Tercera. Veló constantemente sobre sus sentidos exteriores, pues sabía muy bien que estos son las puertas y ventanas de nuestra alma. Nunca se oyó salir de su boca la menor palabra que pudiera ni aun remotamente ofender el pudor. Jamás pareció delante de ninguna persona, sin estar cubierto de pies á cabeza. Se privó constantemente de los manjares y licores que encienden la sangre, y no permitió á su olfato los perfumes y olores deleitables. Sus oídos estuvieron rigorosamente cerrados á los cantos mundanos y á las conversaciones que dicta el espíritu de la carne; y ejercitaba muy principalmente sobre su vista una severa vigilancia. Como el santo Job, hizo pacto con sus ojos para ponerse al abrigo de los malos pensamientos y lo observó con toda fidelidad.

Este hábil maestro solía decir, que los jóvenes que quieran escapar del enemigo de la castidad, deben manifestar francamente á su confesor los malos pensamientos que les asalten, para que pueda curar el mal desde sus principios. Así lo hacía él por medios que nada tenían de penosos ni vergonzosos. "Luego que os asalte una tentación, decia á sus hijos espirituales, ocurrid con paz y una dulce confianza á aquellas palabras del Salmista:" "Dios mio, venid en mi ayuda: Señor, no tardeis

en socorrerme," ó á aquellas otras: "Cread en mí, ¡oh Dios mio! un corazón puro, y renovad la rectitud de mi alma." "Postraos en seguida, y besad la tierra con humildad." Les encargaba también que rezasen al acostarse, el himno de completas, para preservarse de las ilusiones nocturnas. Por último, repetía continuamente esta grande máxima: "Para sobreponerse á los demás vicios, es necesario resistir valerosamente; pero este no se puede vencer mas que huyendo: en los combates de la carne, no triunfa la intrepidez, sino la cobardía."

CAPITULO XXI.

Su abstinencia y pobreza.

NO le costó poco trabajo al siervo de Dios, llegar á tan encumbrada perfección. Desde sus mas tiernos años, se dedicó á crucificar su carne y sus deseos, y muy lejos de aflojar este rigor con el tiempo, antes por el contrario, aumentó sus austeridades. Ya sacerdote, adoptó la costumbre de no comer nada hasta el anochecer, y si al medio día le urgía la necesidad de alimento, solo tomaba un pedazo de pan, con un

poco de vino. Su única comida, y que podemos llamar principal, se componía de una sopa de yerbas crúdas, y de uno ó dos huevos pasados por agua, contentándose muchas veces con uno solo de estos dos alimentos. Nunca comía queso ni leche; rara vez pescado, y aun mucho ménos otras viandas, pues solo usaba de ellas cuando lo exigía el estado de su salud ó el bien parecer social. Aunque era muy poco el pan que tomaba, aun guardaba algunos pedazos de él, que hacia comer á sus discípulos, creyendo con esto mortificar su gusto; pero se engañaba, porque hacian de él un regalo de devocion, y aun le hurtaban algunos para darlos á otros.

Cuando mandaban los médicos que se le sirviesen manjares esquisitos, alegaba que le hacian daño en vez de provecho, y costaba el mayor trabajo del mundo hacer que los tomase. Acostumbrado á comer pobremente, no queria que los demas lo echásen de ver. Por esto comia regularmente solo en su cuarto, y no bajaba sino rara vez al refectorio comun. Sin embargo, á pesar de sus industrias, su abstinencia era conocida de todos los padres de casa, que no hacian misterio de ella para ninguno. Muchos médicos á quienes hablaron de ella, convinieron que tan corto y sencillo alimento no podia conservar la vida, y no dudaron que la sagrada Eucaristía fuese su alimento mas sustancial.

Por lo demás, como prudente director no cui-

daba que sus Oratorianos imitásen su conducta; la que buena para él, porque no hacia otra cosa que seguir en ella los impulsos de su virtud; en los demas hubiera sido una verdadera locura. “Todos los que viven en comunidad, decia, deben comer indistintamente las viandas que les sirvan.” Por otra parte, él habia cuidado de prohibir en las constituciones de su casa, los platos separados, para evitar y cerrar la puerta á singularidades y caprichos, dispensándose esta regla únicamente en favor de los enfermos, y eso solo en la enfermería. No podia sufrir que ninguno de los suyos comiera algo fuera de refectorio, y una vez dijo á uno que lo hacia con frecuencia: “Nunca llegareis á ser hombre espiritual, si no os corregis de este vicio.”

No dormia mas que cuatro horas, y empleaba lo restante de la noche en la contemplacion de las cosas celestiales. No habia en su cuarto mueble superfluo y todos ellos eran conformes con la simplicidad, por no decir con la pobreza religiosa. Nada mas humilde que su calzado y vestido. Aquel era de un cuero grueso y sin ninguna elegancia en su hechura, y éste de tejidos comunes y de bajo precio; pero al atender á la pobreza no descuidaba el bien parecer propio de su estado; de manera que nunca estaba súcio ni roto. Este dicho de san Bernardo, le agradaba demasiado y le traía en la boca frecuéntemente: “Siempre me ha gustado la pobreza; pero nunca la ma-

la crianza.” “La suciedad, añadía nuestro santo, en la ropa y en la mesa, es una mortificación para los demas, y por consiguiente es un vicio contrario á la caridad.”

Muy lejos de mitigar sus prácticas de mortificación, las aumentó á medida que entraba en mayor edad. Reprendieronle sobre esto sus amigos en sus últimos años, diciéndole que este régimen, si bien era bueno para un jóven, no convenia de ninguna manera á un anciano. Entónces, ó hablaba de otra cosa, haciéndo como que no oía, ó decia sonriéndose, que el paraíso no se habia hecho para los sensuales. Mas así como era severo para consigo mismo, así tambien era indulgente para con los demas. Si notaba que alguno se excedia en la abstinencia, le decia: “Dad á vuestro cuerpo mas bien mas que menos alimento del que necesita: porque si arruináis sus fuerzas, no servireis para nada. ¿Sabéis en qué consiste la verdadera abstinencia? En quebrantar nuestra propia voluntad y propio juicio, acompañando este quebrantamiento con algunas penitencias corporales moderadas. De este modo no puede el demonio sacar provecho alguno, y sucede lo contrario con una abstinencia excesiva, de la que me parece ser él muchas veces el autor. Lo que este enemigo quiere, es destruir las fuerzas físicas, y si llega á conseguirlo, es cierta su victoria; porque entónces uno ya no puede obrar el bien, y las mas veces viene á remplazar á una abstinencia excosi-

va una tibieza lamentable; de suerte, que por haber querido darse mucho al espíritu, viene uno á no vivir ya mas que para la carne. Si os excedeis un poco en vuestro alimento, podreis disminuirle cuando gustéis: pero si quebrantais vuestra salud, decidme, ¿qué será de vos?”

Nunca hizo voto de pobreza, y sin embargo, tuvo un extremo desapego á las riquezas. Aun siendo jóven, como lo hemos visto ya ántes, renunció voluntariamente á la brillante fortuna con que le brindaba su tío, y se redujo gustoso á las privaciones de la mendicidad. Ya sacerdote, rehusó los ricos presentes que le ofrecieron algunos príncipes, y aquello que creyó deber aceptar de su munificencia, lo dedicó enteramente al ornato de su iglesia, y al alivio de los desgraciados. Uno de sus discípulos le dijo cierta vez, que debia reclamar algunos bienes raíces que le correspondian por parte de su madre, y él respondió: “Hacedme favor de no volverme á hablar de eso.” Otra vez le escribió uno de sus parientes, diciéndole que su padre habia nombrado en su testamento, en lugar suyo, heredera á su hermana Catarina; y contestó que podia desde luego entrar en posesion de aquellos bienes, pues que él la cedia todos sus derechos. Su hermana Isabel queria dejarle su fortuna por acto testamentario, y la rogó que no hiciese tal cosa, diciéndole que habia escogido al cielo por herencia y que no queria ~~ella~~. Sucedió muchas veces que algunos enfer-

mos amigos suyos, quisieron testar á su favor, y él les mandó decir, que no los volveria á visitar hasta que le hubieran asegurado que no lo harian. Vicente Teccoio le legó, sin que lo supiese, una manda de cien escudos de oro, y nuestro santo los donó á sus herederos. Tambien volvió la salud á otro bienhechor moribundo, por desembarazarse de su herencia. Jamás quiso recibir nada de sus parientes, y cuando vivia en San Gerónimo, contento con el alojamiento que se le daba, nunca quiso recibir la parte que le tocaba en la distribucion mensual, acordada á los sacerdotes que sirven aquella iglesia.

Creció de tal suerte con los años su amor á la pobreza, que se le oía exclamar en su vejez con una especie de ternura: “¡Ojalá y me viera obligado á buscar mi pan para vivir! Querria yo verme reducido á la última miseria, y no encontrar sino corazones insensibles á mis necesidades. Si Dios permitiera que yo acabase mis dias en un hospital público, reputaria esto como un especial favor que su Magestad me dispensaba.” Le gustaba considerarse en el Oratorio como un pobre á quien se da un lugar para que viva por amor de Dios, y tomaba su alimento como una limosna que le daban los padres. Dijo una vez á Gallonio: “Hacedme favor de suplicar al cardenal Borromeo, que de caridad me mande todos los dias, un pedazo de pan y dos huevos.” Hizolo el cardenal de buena voluntad, y lo contó á otros

cardenales que quisieron contribuir á dar este gusto á nuestro santo. Con tal objeto, el cardenal de Montalte, le daba de caridad el vino que tomaba diariamente, y el cardenal Alexandrino le envió sus zapatos viejos, que nuestro santo usó muy gustoso, como lo veremos adelante. Una vez dijo al padre Bozzio: “Ha llegado ya el tiempo de disponerme para morir, y por eso procuro desprenderme de las cosas de este mundo; y como deseo vivir y morir pobre, recibo de muy buena gana lo que me dan de limosna.”

No satisfecho con fomentar en sí mismo el desprecio de las cosas terrenas y el amor á la pobreza, se esforzaba en inculcar sus nobles sentimientos á los padres que dirigia. “La perfeccion, les decia, es incompatible con el afecto á los bienes perecederos. Si yo viera que alguno de vosotros procurara atesorar, juzgaria sin temeridad alguna, que no perseveraria en la vida espiritual.” Mas adelante, uno de ellos manifestó alguna inclinacion á la codicia, y le dijo nuestro santo: “Cuando no penseis ya en guardar el dinero, entonces tendré mucho gusto en veros, hijo mio: vuestra fisonomia tenia antes para mí no sé qué de angelico; pero hoy ya no es así. En lugar de la alegria de vuestro rostro, noto una negra tristeza y una fealdad que no puedo explicar. ¡Ah! procurad recobrar vuestra primera hermosura.” Esta reprimenda bastó para cubrirle de confusion y lograr su conversion. Otra vez preguntó á uno

de sus discípulos seculares: “Decidme, hijo mio, ¿deseáis amontonar dinero?—No, á Dios gracias, respondió éste.—Si es así, repuso el santo, iremos los dos juntos al paraiso; sí, yo me encargo de conducirlos al cielo, bajo la condicion de que no habeis de desear jamás ese vil metal. Pedid con fervor esta gracia á nuestro Señor.” Para dar á conocer los bienes de la pobreza de espíritu, acostumbra decir: “Que cuanta mas aficion se pone en las cosas de la tierra, otro tanto se quita al Criador.”

Francisco Zazzara, se dedicaba con mucho empeño al estudio del derecho, con intencion de llegar á las mayores dignidades y al colmo de la fortuna. Temeroso el santo de los peligros consiguientes á esta ambicion, se propuso curar á este hijo suyo, y un dia que vino á visitarle, le dijo: “¿Qué dichoso sois, hijo mio; estudiáis con mucho provecho la jurisprudencia, y segun todas las apariencias, dentro de muy poco tiempo os recibireis de doctor; entónces ganareis mucho dinero y vuestra casa será muy opulenta. Ascendereis gradualmente á los primeros puestos de la magistratura, y no será difícil que vengais á ser hasta cardenal.” Tales eran, en efecto, los pensamientos del jóven, y es de presumir que Dios se los habia revelado á nuestro santo. “¿Qué feliz sois, mi querido Francisco! añadió el padre: podreis andar con la cabeza erguida cuando hayais llegado al apogéo de vuestra grandeza y de vues-

tra fortuna.” Francisco se regocijaba en su interior, creyendo que el santo le hablaba formalmente. Entónces Felipe le abrazó con ternura, y le dijo al oido: “Y despues ¿cuál será el fin de todas estas grandezas?” Estas palabras penetraron hasta lo íntimo del corazon del jóven, haciendo en él una muy profunda impresion. Vuelto á su casa, las meditó muy seriamente, y llegó á convencerse tanto de la vanidad de las cosas de la tierra, que se entró al Oratorio poco tiempo despues.

Igual cosa sucedió á un jóven mercader que amaba á Felipe como á su padre. Púsose un dia á contarle las ganancias que habia tenido y las que aun esperaba tener en el porvenir: “¿Y despues? le preguntó el santo.” Esta palabra fué para él un rayo de luz que alumbró su entendimiento: á pocos dias dejó el comercio y abrazó el estado eclesiástico.

Este maestro experimentado decia, que es mas fácil la conversion de un libertino, que la de un avaro. Añadia, que de todas las enfermedades del alma, la mas perniciosa es el amor al dinero; y de aquí es que hacia cuanto estaba de su parte, para preservar de él á sus penitentes. Luego que le parecia observar en alguno de ellos alguna inclinacion á esta pasion, le imponía por penitencia algunas limosnas. Antes de terminar este capítulo, referiré algunas de sus sentencias sobre esta materia, que ciertamente merecen no olvidarse.

“Cualquiera que se dedica á enriquecer, nunca llegará á ser hombre espiritual.

“Huyan los jóvenes de la impureza y los viejos de la avaricia, y yo les prometo que serán santos.

“Dadme diez hombres que desprecien verdaderamente los bienes de este mundo, y yo me encargo de convertir con ellos á todo el universo.

“Nadie puede á un mismo tiempo ganar almas y dinero.”

CAPITULO XXII.

Admirable humildad del santo, y sus preceptos acerca de esta virtud.

LAS dignidades, á la par que las riquezas, nunca pudieron tener entrada en el gran corazón de Felipe. Venerado de grandes y chicos, amado de los cardenales y aún de los mismos pontífices, no de-

pendió mas que de su querer el colocarse en los destinos mas ambicionados de los demás; pero su humildad le puso al abrigo de estas tentaciones tan delicadas é hijas del amor propio. Ofreciéronsele algunas canongías en las principales basílicas, y las rehusó: las mitras de los mas insignes obispados y aún el capelo cardenalicio no pudieron vencer su humilde repugnancia á toda dignidad. Pero lo que no puede dejar de admirar es, su admirable industria en motivar su resistencia, de manera que no pudiera ella acarrearle algun honor. Los hechos nos van á manifestar su admirable comportamiento en tales circunstancias.

Cuando ascendió al pontificado el papa Gregorio XIV, fué Felipe á presentársele y á besar el pié de su santidad. El pontífice, luego que le vió le salió al encuentro, le abrazó tiernamente y tuvo con él una larga conversacion. En seguida fué á traer su propio birrete y lo puso sobre la cabeza de Felipe en presencia de muchas personas, y le dijo: “Nos os creamos cardenal,” y mandó á su secretario que estendiese el diploma acostumbrado. Entonces el santo le dijo al papa nó sé qué cosa al oído que le hizo reir mucho y se fué en seguida. A pocos dias llegó un prelado al Oratorio, encargado de poner en manos del santo el birrete y el diploma. Felipe respondió, que no tenía límites su reconocimiento por el honor que su Santidad se dignaba dispensarle; pero que no pudiendo aprovecharse de él por entónces, le suplicaba

“Cualquiera que se dedica á enriquecer, nunca llegará á ser hombre espiritual.

“Huyan los jóvenes de la impureza y los viejos de la avaricia, y yo les prometo que serán santos.

“Dadme diez hombres que desprecien verdaderamente los bienes de este mundo, y yo me encargo de convertir con ellos á todo el universo.

“Nadie puede á un mismo tiempo ganar almas y dinero.”

CAPITULO XXII.

Admirable humildad del santo, y sus preceptos acerca de esta virtud.

LAS dignidades, á la par que las riquezas, nunca pudieron tener entrada en el gran corazón de Felipe. Venerado de grandes y chicos, amado de los cardenales y aún de los mismos pontífices, no de-

pendió mas que de su querer el colocarse en los destinos mas ambicionados de los demás; pero su humildad le puso al abrigo de estas tentaciones tan delicadas é hijas del amor propio. Ofreciéronsele algunas canongías en las principales basílicas, y las rehusó: las mitras de los mas insignes obispados y aún el capelo cardenalicio no pudieron vencer su humilde repugnancia á toda dignidad. Pero lo que no puede dejar de admirar es, su admirable industria en motivar su resistencia, de manera que no pudiera ella acarrearle algun honor. Los hechos nos van á manifestar su admirable comportamiento en tales circunstancias.

Cuando ascendió al pontificado el papa Gregorio XIV, fué Felipe á presentársele y á besar el pié de su santidad. El pontífice, luego que le vió le salió al encuentro, le abrazó tiernamente y tuvo con él una larga conversacion. En seguida fué á traer su propio birrete y lo puso sobre la cabeza de Felipe en presencia de muchas personas, y le dijo: “Nos os creamos cardenal,” y mandó á su secretario que estendiese el diploma acostumbrado. Entonces el santo le dijo al papa nó sé qué cosa al oído que le hizo reir mucho y se fué en seguida. A pocos dias llegó un prelado al Oratorio, encargado de poner en manos del santo el birrete y el diploma. Felipe respondió, que no tenía límites su reconocimiento por el honor que su Santidad se dignaba dispensarle; pero que no pudiendo aprovecharse de él por entónces, le suplicaba

lo reservase hasta el momento en que reclamase este insigne favor. Persuadido el papa que tenía algun impedimento temporal, no insistió y este negocio acabó por el olvido.

El papa Clemente VIII no dispensaba menor estimacion y amistad á Felipe que su antecesor: así es que no es de estrañar que al recibir sus felicitaciones le hubiera dicho: “Ahora sí no os escapareis de ser cardenal.” Pero el santo con su acostumbrada destreza, echó la cosa á la chanza, y con esto salió del apuro por segunda vez; pero el pontífice volvió muy pronto á la carga, como lo prueba su respuesta á una carta del siervo de Dios, cuyos dos documentos quiero copiar aquí para satisfaccion de mis lectores.

“¿Cómo es esto, Santísimo Padre, que estos ilustres cardenales se dignan honrarme con sus visitas? Dos de ellos han venido ayer á verme, como si yo fuera un personage importante, y uno, el cardenal de Médicis, me ha dado dos onzas de oro, de que tenia yo gran necesidad y que he recibido con sumo agradecimiento. Su eminencia prolongó su visita hasta entrada la noche, y alabó tanto á vuestra beatitud, que me parece haberse excedido. Como soberano pontífice debeis aventajar á todos en humildad; y sin embargo, juzgad, santísimo Padre, juzgaos á vos mismo. Jesucristo vino á verme á la séptima hora de la noche, y no era esta su primera visita, porque él viene todas las veces que quiero; y vos, Santo Padre, no

os habeis dignado parecer en esta nuestra casa una sola vez. Jesucristo es al mismo tiempo Dios, y vos no sois mas que un hombre. Yo convengo en que vuestro padre era ilustre; pero no tanto como el de Jesucristo: vuestra madre Agnesina era una santa muger; pero la de Jesus es la Reina de los ángeles. Podría yo aun decir mucho mas si la caridad no me obligara á ser indulgente. Sin embargo, supuesto que Vuestra Santidad no ha obrado bien conmigo y me debe una satisfaccion, yo exijo me la dé proporcionando lugar en el monasterio de la Torre de Miradores, á una niña de Claudio de Neri, cuya vocacion tengo por cierta: vos habeis ofrecido al padre proteger á sus hijos, y un soberano pontífice debe ser fiel á su palabra. Me pongo á los pies de Vuestra Santidad y los beso con el mas profundo respeto.”

Leyó el papa, sonriéndose, esta carta, y luego escribió en el mismo papel de su propio puño, las siguientes lineas.

“Dice el pontífice, que hay jactancia en vos en gloriaros de la visita que os han hecho los cardenales de que me habláis, á no ser que con esto hayais pretendido exaltar su humildad, que es bien conocida de todos. El pontífice añade que al negaros á aceptar la púrpura con tanta tenacidad, habeis merecido la privacion de su visita. Respecto á la entrada de la jóven en la Torre de Miradores, le parece bien que la exijais como un

derecho y con esa autoridad que os es tan propia, lo mismo que ese tono regañador que acostumbrais. En fin, él os manda á su vez que cuideis de vuestra salud, y que rogeis á Jesucristo cuando vuelva, por las necesidades del pontífice y de su Iglesia.”

Algunos meses antes de su muerte, obligado de nuevo nuestro santo á aceptar la púrpura, dijo á uno de sus discípulos, llamado Bernardino Corona. “El papa quiere precisamente hacerme cardenal, ¿qué me aconsejais?”—“Yo creo, respondió este, que deberiais aceptar esa dignidad por intereses de vuestro Oratorio.” Felipe descubrió entonces su cabeza, y levantando las manos al cielo, exclamó: “¡Paraiso, paraiso, Bernardino!”—“Perdonadme, padre mio, replicó este hombre sencillo, yo no me acordaba de esto.”

Un dia dijo á algunos de los suyos que parecían estimar demasiado las dignidades eclesiásticas: “Permitidme, hijos míos, que os manifieste mi modo de pensar sobre esto. Deseo con todo mi corazon tener las virtudes de los cardenales y obispos; pero prefiero la muerte á sus dignidades.” El abad Maffa, movido de este profundo desprecio de las grandezas humanas, dijo un dia en su alabanza lo que habia ya dicho San Gerónimo del grande Hilarion: “Que admiren en él los demás sus austeridades y milagros; yo no admiraré nunca otra cosa tanto, como el desprecio que ha hecho de las honras humanas. Esto sorprende

tanto mas, añadía, cuanto que este hombre no vive como Hilarion en los desiertos de Egipto, sino en la primera ciudad del mundo, donde por estar mas próxima la ocasion es mas fuerte la tentacion.”

Pero he aquí lo que acabó de poner en todo su esplendor la humildad de Felipe. Como fundador del Oratorio, se le habia obligado á encargarse de su gobierno, lo que parecía muy natural á todo otro que no fuera él. Le nombraron sus hijos perpétuo superior, no obstante sus reclamaciones y resistencia: mas repugnando siempre á su humildad esta superioridad, continuamente buscaba ocasion de dejarla, y creyó conseguir su intento dos años ántes de su muerte, en que volvió á renunciarla formalmente. Reunió, pues, un dia á su Congregacion y le dijo: “Ya me veis aqui perdido de vejez, incapaz de poder llevar el peso que habeis puesto sobre mis hombros: volvedme la libertad, para que pueda pensar únicamente en mi última hora. Elegid otra persona que sea mas á propósito para gobernar y hacer feliz vuestra pequeña sociedad.” Esta proposicion que dictaba solo la humildad del santo, no encontró éco alguno en aquella asamblea: todos dijeron á una voz que no tendrían otro superior que él, mientras Dios les conservase la vida. Viendo Felipe que de nada servían sus palabras, recurrió á sus amigos los cardenales Cusano y Borromeo, y les suplicó le consiguiesen de su Santidad, obligase á los pa-

dres á hacer nueva eleccion. Estos preladós creyeron no deber rehusarle un servicio que deseaba con tanta ansia: y despues de haber recibido las convenientes órdenes de su Santidad, vinieron al Oratorio, y convocaron á los padres á junta general en la que les dijeron: "Vuestro venerable superior insiste en su resolucion: el papa desea que admitais su renuncia y que penseis en otro que le sustituya. Bien conocemos cuán costoso os es este sacrificio; pero nos parece tambien que seria mucha dureza negaros á concederle esta gracia." Los padres consideraron que debian ceder á la autoridad del soberano pontífice, y eligieron de comun acuerdo, á César Baronio: pero puede decirse que esta eleccion solo fué nominal, porque nada se hacia en la casa que no se consultase como antes con el santo, cuya conducta se observó hasta su muerte.

No satisfecho Felipe con huir de toda dignidad, no omitia nada para preservar de ellas á sus Oratorianos. Por lo mismo, no permitia con gusto que frecuentasen las casas de los cardenales ni el palacio del papa. Sin embargo, uno de ellos le pedia muy seguido esta licencia, y le dijo un dia: "Tanto habeis de ir á los palacios, que al fin os quedeis en uno de ellos: pero no por eso llegareis á ser cardenal." Esta fué una verdadera profecía, porque á pocos años despues, el papa Clemente VIII, que conocia su habilidad y prudencia, lo nombró preceptor de su sobrino Aldobrandino

que despues fué cardenal y le hizo canónigo del Vaticano, en testimonio de su agradecimiento.

No dejaba Felipe de predicar contra todo lo que excita la ambicion de los mundanos; y de aquí es que se le oía repetir continuamente: "Nada bueno hay en este mundo; todo es vanidad de vanidad y nada mas que vanidad." Pero proferia estas sentencias con un tono tan penetrante, que causaba gran conmocion en sus oyentes, y muchos de ellos, disgustados del siglo, abrazaron el estado religioso. Decia aún, que en ninguna parte era mas necesario el desprecio de los honores y riquezas como en Roma, porque en ninguna otra parte se mostraban con mayor brillo y abundancia. Oia-sele exclamar muchas veces: "Nada hay en la tierra que me deleite; el único placer que tengo en este mundo, es sentir que nada de lo que hay en él me agrada. Si los justos, añadía, pudieran librarse de los pecados veniales, no habría para ellos mayor tormento que la vida presente."

Si alguno preguntare de dónde le venía este alto desprecio de las cosas humanas, le responderé que era dendor de él á la abundancia de luces divinas que le hacian ver las cosas tales cuales son, y al humilde sentimiento que tenia de sí mismo. El se consideraba en efecto, y realmente así lo creia, como el mas perverso de los mortales. Por eso cuando oia hablar de algun grande crimen, decia suspirando: "¡Quiera Dios que no haya yo cometido todavia mayores faltas!" Leia frecuente-

mente la conversion de santa María Egipciaca, á la que consideraba como el modelo que debía imitar; y no había dia que no dijese á Dios de lo íntimo de su alma: “Desconfiad de mí, hoy, Señor, y cuidadme, porque soy capaz hasta de venderos como otro Júdas.” Algunas veces se le oía exclamar: Muy grande es la llaga del corazon de Jesus, y sin embargo, yo la agrandaré aún todavía, si su Magestad no se guarda de mi crueldad.” Una vez le preguntó cierta persona cuál, era su preparacion cuando se acercaba á celebrar el santo sacrificio de la misa: “Confesar á Dios, le respondió, que por mí mismo no puedo hacer otra cosa que pecar.” De aquí es que decía todos los dias antes de comulgar: “Todo mi poder, Señor, se limitará á hacer hoy como siempre el mal, si vos no me asistís con vuestra gracia.”

Durante muchos años acostumbró decir en sus enfermedades: “Si el Señor permite que yo me vuelva á levantar, quiero mudar de conducta y convertirme enteramente.” Pero en su vejez, mas ilustrado de la divina gracia y por consiguiénte mas humilde, tuvo un lenguaje muy diferente: “Dios mio, le decía, si me curais seré todavía peor de lo que he sido. Tantas veces me he resuelto á mejorar de vida sin hacerlo, que ya no me atrevo á contar conmigo mismo.” Sus confesiones eran acompañadas de abundantes lágrimas, y al terminarlas, decía por lo comun: “En fin, no he hecho hasta aquí bien alguno.” Cuando llegaba á

ver á algunos niños ó jóvenes, no dejaba de decirles: “Usad bien del tiempo que teneis de vida; á mí me pesa mucho de no haberlo hecho así.” Decía tambien á los religiosos: “¡Qué dichosos sois en haber dejado el siglo! yo no he tenido valor para ello y me veo reducido á envidiar vuestra dicha.” Muchas veces se le escapaban estas expresiones: “A la verdad, desespero de mí.” Esto dió lugar á una pequeña aventura muy interesante. Se encontró un dia con dos religiosos de Santo Domingo, y les dijo: “Permitidme que pase adelante; porque estoy desesperado.” Y al decir esto, hizo un movimiento para huir de ellos. Los Dominicos tomaron la cosa seriamente, le detuvieron del hábito, y se pusieron á aconsejarle que tuviera paciencia. Viendo el santo la inquietud que les habia causado, les dijo sonriéndose: “Perdonad, mis padres, mi imprudencia; es cierto que desespero de mí; pero no por esto dejo nunca de esperar en Dios.” Un corazon tan humilde como el suyo no podia dejar de aborrecer en extremo la vanagloria, manifestando este sentimiento siempre que las circunstancias lo permitian. “Padre mio, le dijo un dia, una señora piadosa, dadme os suplico, alguna cosa que haya sido de vuestro uso: la tendré como una reliquia: porque yo sé bien que sois un santo.”—“Me conocéis muy mal, respondió todo turbado: tan poca verdad es que yo soy santo, que antes por el contrario, soy un demonio.” En una enfermedad

que sufrió y que hizo temer mucho por su vida, uno de sus discípulos le dijo: "Padre mio, dirijid á Dios aquella súplica de San Martin: Señor, si aun soy necesario á vuestro pueblo, no rehusó prolongar mi ministerio."—"De ninguna manera lo haré yo eso, respondió con un tono enojado: ¿quién soy yo para crearme necesario, y de qué puedo servir? Nunca, á Dios gracias, me ha venido á la imaginacion este pensamiento, y si tuviera de mí tal opinion, desesperaria de mi salvacion." Un personaje distinguido, le hablaba un dia del bien que hacia, y concluyó por decirle: "Los santos han hecho grandes cosas, padre mio."—"No soy de ese parecer, respondió Felipe; yo creo que Dios ha hecho grandes cosas en sus santos." Uno de sus penitentes le dijo cierta ocasion en el confesionario: "Me persigue mucho la tentacion de creer que vos no sois tan bueno como el mundo se lo persuade, y este pensamiento me hace padecer mucho."—"Yo me parezco á los demas hombres, respondió el humilde Felipe, y nada tengo mas que ellos. No os inquiete, pues, esta tentacion, que ciertamente no vale la pena."

Profundamente convencido que era el mas grande de los pecadores, suplicaba á todos los que le trataban, que rógasen á Dios por él, y no dejaba de enviar limosnas á los monasterios con el mismo objeto. Rogaba que se oyesen misas por su intencion, y en las festividades principales iba á decir la suya á las iglesias donde se cele-

braban, esperando que la santidad del lugar supliera á la indignidad del celebrante. Siempre que iba á ver á los novicios de algun convento, les encomendaba su mucha miseria; y pedia á sus penitentes una pequeña parte en las satisfacciones que les imponia. Rico con tantos sufragios, solicitaba con confianza los dones del Cielo, y atribuia su consecucion á los méritos y oraciones de tantas buenas almas á quienes se habia encomendado.

Nada le daba mayor afliccion que ver ú oír decir que se le apreciaba y respetaba. Entonces decia llorando: "Los hombres no me conocen, y por eso me juzgan favorablemente; pero Dios que me conoce no me juzga de esta suerte. ¡Oh! cuántos pobres jornaleros y cuántas mugeres sencillas tendrán mejor lugar que yo, en el reino de los cielos!" Volvia de Loreto uno de sus discípulos, y le dijo que en aquel lugar todos le tenían por santo: esto bastó para traerle triste todo aquel dia, en el que no cesó de repetir esta lamentacion: "¡Ojalá y fuera yo tal como los hombres piensan!" Las alabanzas le eran insoportables: no permitia que ninguno le sirviese, ni sufría que los pobres estuviesen parados delante de él ó que le habiasen con la cabeza descubierta. Costaba gran trabajo aun á sus mas jóvenes discípulos, el conseguir de él les permitiese besarle la mano, segun costumbre del pais. Cuando se encontraba con hombres de alta virtud, evitaba

hablar de cosas espirituales. Encargado á su pesar, como lo hemos dicho antes, del gobierno de su congregacion, nunca quiso que se le llamase superior, sino padre, porque este titulo indica mas bien amor que poder, y de aquí viene el uso que hasta hoy subsiste en el Oratorio, de llamar nuestro padre, al padre Prepósito. No podia hacérsele mayor agravio, que llamarle fundador, y no dejaba de rechazar este titulo con cierta indignacion. “No penseis nunca, decia, en cosa semejante: el Oratorio es obra de Dios, y si su magestad quiso servirse de mí para esta institucion, fué porque quiso asegurar mejor su gloria, valiéndose de un instrumento miserable.” En efecto, no podia concebir cómo Dios habia echado mano de él, para esta obra tan grandiosa.

Todo el mundo podia libremente contrariar sus opiniones, porque él nunca procuraba defenderlas. Su lenguaje era sencillo, así como sus maneras, y nunca se notó en él nada que indicase afectacion. “Dejémos, decia, esos modales estudiados para los cortesanos; á nosotros solo nos está bien la simplicidad cristiana. Cualquiera cosa que se resintiese de doblez ó de mentira, le horrorizaba en extremo. A pesar de la excelencia de su juicio y de su grande experiencia, no hacia cosa alguna sin consultarla con sus padres, y queria, que tanto los ménos instruidos, como los mas sábios, le diesen libremente su opinion:

y muy lejos de llevar á mal que los demas no pensasen como él, experimentaba en ello una alegría sincera; tanto así se habia impresionado de aquellas palabras de San Pablo: “Si alguno entre vosotros pasa por sábio, hágase nécio, para que llegue á ser sábio de verdad.” Por lo mismo se decia de él lo que San Gregorio Nacianceno dijo de San Efren: “Que queria mejor ser sábio que parecerlo.”

Dios hacia por medio de Felipe, numerosos milagros; pero éste los obraba con tanta astucia, que los mismos que eran testigos de ellos, no sospechaban fuese su instrumento. Refiere la historia que San Francisco de Paula hacia tomar yerbas insignificantes á los enfermos que queria sanar milagrosamente, á fin que su curacion se atribuyese á ellas, y no se le considerase como á un Taumaturgo. Felipe curaba á los suyos riéndose y jugando, por decirlo así, con el objeto de distraer la atencion de los que estaban presentes. Lográbalo ordinariamente, y aquellos que mas avisados veian bien lo que pasaba, no se atrevian á decir nada, por no contristar al santo. ¡Cuántas personas al oír publicar, despues de su muerte, los milagros que ellas mismas habian visto, se maravillaron de haber sido testigos de ellos sin conocerlos! Entónces admiraron la ingeniosa humildad de aquel grande hombre, y no dudaron que el Cielo le habia concedido, como á otro Andrés Salus, el don de ocultar los favores que de él re-

cibiera. Hacia al fin de su vida, dijo un dia á Baronio: "He sabido con mucho dolor, que por fuera de casa se me atribuyen milagros, ¿qué habrá dado lugar á ese rumor qué tanto me mortifica? Porque si es cierto que en mi presencia, una que otra vez han sucedido cosas inusitadas ó sobrenaturales, me parece que debieran mejor atribuirse á la fé de los que las han experimentado, que á mis propios méritos. En lugar de pedir á Dios semejante poder, nunca dejo de rogarle que no haga por mi medio, cosa que pueda atraerme las miradas de los hombres."

La humildad hacia que siempre estuviese atento y cuidadoso, para no causar molestia á nadie. Rara vez mandaba, y eso casi siempre por intereses de los que recibian sus órdenes. Cuando se trataba del bien comun, no mandaba á otro cosa que pudiera él hacer por sí, y nada ó casi nada para su persona. Si rostro estaba siempre sereno, su humor era alegre, y amable su conversacion. Llegaba su atencion hasta el extremo de usar, cuando estaba en su cuarto, zapatos de lana, para que el ruido de sus pasos no incomodase á los que vivian debajo de él. Le eran insoportables, el orgullo y la arrogancia. Abrazaba con el mas grande afecto á los mayores pecadores, deseoso de ganarlos para Jesucristo; pero los soberbios le inspiraban profundo disgusto.

Le era muy anable la humildad, para que no

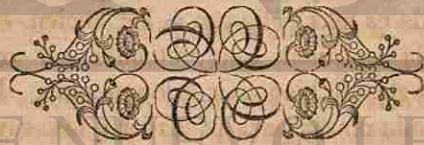
se esforzase en inculcarla á sus discípulos. Por lo mismo les hablaba de ella sin cesar; y así como San Juan no se cansaba de decir á sus hijos espirituales: "Amaos unos á otros," Felipe decía á los suyos: "Humillaos, hijos míos, humillaos." Un dia que Tarugi predicaba de la dicha de padecer por Jesucristo, de manera que provocó los aplausos de su auditorio; el santo que estaba sentado enfrente del púlpito, se estremeció fuertemente hasta el extremo de llamar la atencion de todos. Entonces se subió sobre la silla, y dijo á todos los que le oian: "He aquí lo que nos debe humillar á mí, y á los míos: no solo no hemos derramado una gota de nuestra sangre por Jesucristo, sino que recogemos alabanzas y homenajes por nuestros trabajos." Añadió aún otras muchas cosas que llenaron de admiracion á sus oyentes.

"Guardaos, decía, frecuentemente á los padres de su congregacion, de contar aun de chanza cosas de que os pueda resultar alabanza." Encargábales que rogasen á Dios incesantemente, no permitiese que ellos pusieran la vista en sus dones y progresos en la virtud, á fin de que no cayesen en los lazos de la vanidad: y si alguno dejaba escapar ante él alguna palabra que anunciase jactancia, le recordaba al momento aquella sentencia del Espíritu Santo: "Mi secreto no debe guardarlo otro que yo."

Aconsejaba á sus penitentes que comenzasen su confesion por lo mas gráve que hubieran co-

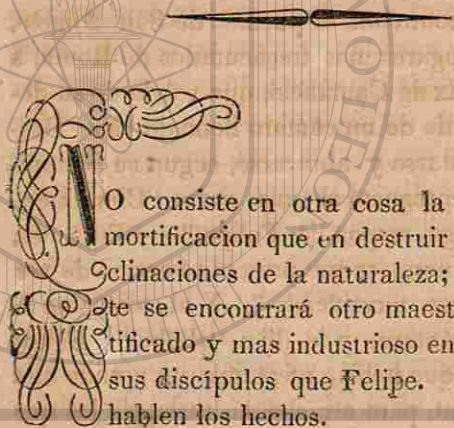
metido, porque, decía, este es el medio de causar gran despecho al demonio, y de hacer mas meritoria la acusacion. Nada le era mas insoponible, que oírles escusar sus faltas. “Es mal camino para la perfeccion, decía, andar con escusas: vale mas sufrir una acusacion no merecida humillándose y pidiendo perdon.” Si alguno pretendia justificarse, le preguntaba riéndose, si le parecia que Eva era digna de ser tomada por modelo. “Guardémonos, añadía, de que la tristeza causada por la réprension nos haga mas culpables que la misma falta, porque es seguro que la tristeza inmoderada, tiene por origen al orgullo. En el momento que deis una caida, decios á vos mismo: “Si yo fuera humilde, ciertamente que no habria caído.” No aprobaba el que ninguno, fiado en sus propias fuerzas, se atreviese á pedir á Dios tribulaciones. “Contentaos, decía, con preveerlas y pedir á Dios paciencia.” Aseguraba tambien que nada es mas peligroso á los recién entrados á la vida espiritual, que pretender ser maestros y dar reglas de bien vivir á los demas. Por último, nada omitia para precaver á los suyos del vicio de la vanagloria, y hé aquí sus preceptos respecto de esta materia: “Cuando hagais oracion, encerraos en vuestro cuarto, para que el público no vea las gracias que Dios os dispensa en élla; id por la via comun y guardaos de las singularidades; el orgullo apetece demasiado todo lo extraordinario, y por lo mismo, es necesario

desconfiar de lo que lleve este carácter. Es tambien una ilusion peligrosa dejar de hacer el bien por temor de la vanidad: no caigais, pues, en esta tentacion. Hay, decía, una vanagloria que antecede á la obra que se hace, y que viene á ser como su fin: otra que se llama concomitante; porque viene á acompañar á la operacion que se comenzó con una recta intencion: y otra, por último, que no acontece sino despues que se hizo la buena obra.” De aquí deducia lo importante que es considerar en toda obra, que se tenga entre manos, su principio, medio y fin.



CAPITULO XXIII.

Santa habilidad de Felipe en humillarse á sí y en hacer humillar á los demas.



NO consiste en otra cosa la virtud de la mortificacion que en destruir las malas inclinaciones de la naturaleza; y dificilmente se encontrará otro maestro mas mortificado y mas industrioso en mortificar á sus discípulos que Felipe. Dejémos que hablen los hechos.

Aconteciale muchas veces dar señales de una alegría desacostumbrada, no solo en su casa, sino aun en los palacios de los grandes, y en las calles y plazas públicas. Así, por ejemplo, se encontraba un día en la plaza de San Pedro Advíncula, á la hora en que la multitud se agitaba en ella, y él se puso á bailar, haciendo creer á los que no lo conocian, que habia perdido la cabeza. No faltó quien lo dijera así, en voz bastantemente

fuerte, para que llegase á sus oidos; y él quedó muy satisfecho porque esto era justamente lo que queria. Otra vez iba por una calle muy concurrida, y mirando á uno que llevaba unos cántaros de agua, corrió hácia él, le detuvo de la mano y le pidió de beber en uno de sus trastos, lo que hizo en efecto, con gran gusto de los que pasaban, que se agolparon á su rededor y le gratificaron con algunas burlas.

Un dia encontró en el puente de San Angelo, uno de los lugares mas frecuentados de Roma, á su amigo Félix de Cantalicio, que volvia de su demanda cargado de un cántaro lleno de vino. Después de saludarse y abrazarse, segun su costumbre, Félix le preguntó si tenia sed. “Ciertamente que la tengo, respondió Felipe.”—“Entonces, repuso el primero, se me presenta ocasion de ver si eres hombre mortificado.” Y al momento le presentó su cántaro, y le dijo: “¡Bébe!” Felipe bebió, ó hizo que bebia, afectando un grande aire de sensualidad, para atraerse la burla de los que lo veian; pero se engañó en esta vez su piadosa industria. Los que se encontraban y conocian á uno y otro, en lugar de que les repugnase esta accion, se decian en voz baja: “Ved á un santo que hace beber á otro santo.”—“Ahora, dijo Felipe á Félix, quiero tambien yo saber si entiendes alguna cosa de mortificacion espiritual,” y diciendo y haciendo le puso su sombrero, el que sobre la capilla del religioso, le hacia tener una

figura bastante ridícula, y le mandó que caminase. “Si me quitan tu sombrero, le dijo Félix, allá te lo haya; por mí no hay inconveniente en llevarlo; te obedezco.” Y continuó su camino de esta suerte, por largo tiempo, hasta que Felipe se dió por satisfecho.

Notando el cardenal Gesualdí, que le estimaba en extremo, la sencillez de los vestidos del santo en lo mas cruel de un rigoroso invierno, le regaló su propia capa de piéles finas, bajo la precisa condicion que se la habia de poner. Se la puso, en efecto, durante todo un mes, pero de la manera mas graciosa, pues iba por las calles envuelto hasta la barba, con la cabeza muy erguida, y mirándose de cuando en cuando de arriba abajo, con una afectacion pueril que hacia reir grandemente á los que le encontraban.

El cardenal Alejandrino le convidó un dia á comer. Aceptó, y fué en compañía de uno de sus padres, que le llevó la sopa de casa, y la puso en medio de la mesa en lo mejor del festin. Conocía demasiado el cardenal al santo para darse por ofendido de esta singularidad; y antes por el contrario, quiso él tambien comer de aquella sopa, y á su ejemplo hicieron otro tanto todos los convidados, chasqueándose esta vez Felipe que esperaba le vieran como un hombre ridiculo, ó por lo ménos que el prelado le echase en presencia de los concurrentes alguna reprension.

El dia en que se trasladaron á su iglesia las re-

liquias de San Mauro y Santa Papia, al llegar á la puerta con toda la muchedumbre de concurrentes, se detuvo delante de un suizo de la guardia del papa y le tomó cariñosamente de la bárba, diciendo: “Estais honrando, amigo mio, á los santos mártires; muy bien, muy bien; este servicio no quedará sin recompensa. Otra ocasion se hizo rasurar la barba de un solo lado y luego salió á la ciudad con un aire triunfante, como si hubiera hecho alguna cosa de que le pudiera resultar mucha honra. Mas de una vez se hizo cortar el pelo y la bárba, en la puerta del Oratorio, delante de una multitud de curiosos que le miraban. Después pasaba la mano sobre su cabeza y rostro y hablaba de su buena figura, elogiando á su peluquero. Todavía con mucha mas frecuencia salia por los paseos públicos con sus discípulos, ó recorria las calles con un gran ramillete de flores en la mano. Tambien solia andar públicamente sin manteo, á pesar del uso contrario, por tal de parecer extravagante. Si se le ofrecia leer alguna cosa en público, lo hacia como hombre que no comprendia lo que leia.

Otras veces, sabedor de que habian de venir á visitarle algunas personas distinguidas, se ponía un birrete viejo encarnado, un manteo corto del mismo color sobre su sotana negra, y unos zapatos blancos; y en este trage singular recibia á sus visitas. Algunas veces acontecia que llegaba á la iglesia en dias muy solemnes con su

birrete hasta la nariz y su manteo al revez, ó bien cubiertas las espaldas con una muceta blanca vieja que habia sido del papa San Pio V. Un día de la Natividad de la Santísima Virgen, fiesta que se celebraba en su iglesia con grande solemnidad, entró al coro donde habia muchos cardenales, con su vestido burlesco. Estos se levantaron por honor, y querian que se sentase en medio de ellos. “No, eminentísimos señores, les dijo, mi asiento está entre vuestros caudatarios,” y se sentó á sus pies.

Se habia procurado algunos libros chistosos, compuestos para divertir niños, y se los hacia leer en público, escuchándolos con un interes verdaderamente cómico. Hizolo así un dia delante de muchos nobles polacos, á quienes envió el papa á que le visitaran para que pudiesen de paso, admirar su rara santidad. Instruido de su venida, cuya causa, acaso adivinó el humilde santo, llamó á uno de sus discípulos, y le puso en las manos no sé qué cuento, diciéndole: “Leedme esto, y no interrumpais vuestra lectura hasta que yo os lo diga.” Luego que entraron los polacos, los saludó con la cabeza y les hizo seña para que se sentasen, y dejó continuar la lectura hasta terminar el capítulo. Entonces despidió al discípulo y recibió muy cortezmente á los estrangeros, no hablándoles de otra cosa que de la lectura que acababan de oir. “Bendito sea Dios, les dijo, tenemos buenos libros, que sin embargo de no ser

sérios son muy propios para instruir y edificar: estas lecturas me gustan demasiado y me son muy útiles.” Admirados los polacos, se miraban unos á otros sin hablar una palabra, y parecian poco satisfechos de esta singular conversacion, que procuraron cortar y se despidieron del santo.

Yendo un dia Felipe á visitar á una señora de las Ursulinas, se encontró allí con el conde de Olivares, embajador español, y con la señora embajadora. Esta, que habia oido hablar del santo sin conocerle, se puso á hacerle algunas preguntas dictadas por mera curiosidad. “¿Hace mucho tiempo, padre mio, que habeis dejado al mundo?” le dijo.— Señora, respondió el santo, no le he dejado todavía, porque aun conservo ciertos gustos que me son comunes con él y de que mi compañero os podrá dar razon. ¿No es verdad, dijo á Gallonio volviéndose á él, que me gustan mucho los poetas y fabulistas?” No queriendo Gallonio, que el santo comprometiese de esta suerte su reputacion, respondió: “Es cierto, padre, que recurris á ellos para templar el fuego del divino amor, que sin este medio os consumiria.” Esta inesperada respuesta desconcertó al santo, quien todo turbado, abrevió su visita, y luego que salió á la calle, dijo á su indiscreto elogiador: “Habeis dado una buena respuesta, Gallonio; Dios os perdone, creia yo que teniais mas discrecion.”

Lorenzo Altieri, noble Romano, se sorprendió en

la primera visita que hizo á Felipe, de verle con un génio pueril hablando necedades. Al salir no pudo ménos que manifestar á uno de sus amigos, que no podia concebir cómo se tenia por santo á semejante hombre. “Si él supiera la opinion que teneis de él, le respondió su amigo, se alegraría sobre manera, porque hace todas esas cosas que habeis visto para que le tengan por mentecato y no por santo: volved á verle y no tardareis en conocerle mejor. “Refirió esta conversacion á Felipe, y le suplicó desengañase á Altieri cuando volviera á visitarlo. “¿Qué personage quereis, le dijo el santo, que represente yo entónces? ¿Conventrá que yo afecte una gravedad magistral que le haga creer que soy un grande y sublime doctor? Estad seguro que si vuelve alguna vez, me mostraré todavía mas nécio que lo que me vió la primera. Hizolo así en efecto; pero Altieri mas avisado en estudiarlo, conoció su artificio y fué desde entónces uno de sus mas adictos discípulos.

No solo se humillaba, de la manera que hemos visto, ante los estraños y desconocidos, sino tambien ante los suyos y amigos, á fin de que todos lo despreciaran. Ora tenia con ellos discursos desprovistos de sentido, ora se entregaba en su presencia á ocupaciones pueriles. Muchísimas veces abria la puerta de su cuarto y se paseaba en él grávemente, cubierta su cabeza con un birrete de cardenal; y si acontecía que alguno al querer entrar retrocedia engañado por su trage, le

llamaba y preguntaba la causa de su timidez: “Yo creia, respondia aquel, que erais una eminenencia.” Entónces se quitaba el birrete, y decia riéndose: “Bien veis que no soy mas que un insensato.” Por lo demas, todos sus discípulos sabian á donde tendia este piadoso manejo, y cada dia estaban mas convencidos de su eminente santidad.

Depues de haber manifestado el modo con que este grande hombre se mortificaba á sí mismo, referiré ya las industrias de que se valia para probar á aquellos de sus discípulos que aspiraban á la perfeccion. Desde luego, cualquiera que fuera su condicion en el siglo, los mandaba á barrer la iglesia, ó á pedir limosna de puerta en puerta, cosa que no se usaba en aquel tiempo. Cuando edificaba su Oratorio, los hacia ir á servir á los operarios llevándoles piedras y mezcala, lo que les hacia parecer mercenarios. Algunas veces los enviaba al coro de los Dominicos, á que asitiesen á completas, con órden de estar postrados todo el tiempo que durase el canto de la *Salve Regina*.

Tenia en su cuarto un surtido de anteojos, no para su uso, porque él nunca tuvo necesidad de ellos, sino para probar la humildad de sus discípulos jóvenes. No era usado este instrumento en aquella época mas que de los ancianos, cuya vista estaba ya demasiado cansada, y ningun jóven podia usarlos sin que le tuvieran por ridículo; y este es el motivo por qué Felipe obligaba á los su-

yos á que los portasen de cuando en cuando. “Tomad, les decia, este par de espejuelos é id á tal parte á haceros admirar.” Cierta ocasion dió á uno de ellos una campanilla y le mandó que la fuera á repicar al campo de Flora, lo que ocasionó que se reuniese á su rededor el populacho y le tuviese por loco. A otro hizo recorrer la ciudad, llevando sobre sus espaldas una tablilla, sobre la que estaban escritas estas palabras: “Por haber satisfecho su sensualidad.”

Fué un dia á visitar al cardenal Alejandrino, acompañado de algunos de sus jóvenes, segun tenia de costumbre, y antes de retirarse rogó á su eminencia le diese alguna golosina que distribuirles. El cardenal, que adivinó muy bien lo que queria hacer, le dió un hermoso panal. Apenas salió fuera cuando lo partió Felipe y lo distribuyó entre ellos, para qué lo comiesen al ir por las calles, lo que hicieron los jóvenes muy graciosamente.

Habiendo notado una ocasion que uno de ellos tenia el pelo peinado con mucho estudio, le dijo: “Este pelo está demasiado largo; id de mi parte á ver al hermano Félix de Cantalicio, para que os lo corte.” El jóven obedeció, y el bueno de Félix, que se habia puesto de acuerdo con Felipe, lo rasuró completamente. La humillacion era ciertamente muy dura para un novicio; pero no obstante, la sufrió con suma paciencia.

Un jóven ebanista que se confesaba con el santo, le pidió licencia para ponerse un cilicio. “Me

parece muy bien, le respondió, pero bajo la condicion que lo habeis de llevar á modo de cinturon sobre la ropa.” Aceptó el jóven, y mandó hacer una ancha faja de crines, que no dejó de llevar exteriormente durante los años que aun vivió.

Uno de los señores mas principales de Roma, tenia, como otros muchos cuyo corazon está vacío de amor de Dios, afectos ridículos y desarreglados. Por tal motivo, habia ganado de tal suerte su cariño un perrillo, que parecia no ocuparse mas que de él, llegando al extremo de cuidar de que se le diese de comer espléndidamente. Un dia siguió este animal á un amigo de su amo, que fué á ver á Felipe, y se engrió tanto con los cariños que este le hizo, que no quiso ya volverse á su casa.

En vano le hizo llevar el santo repetidas veces á su dueño; él siempre volvía, y por mas que le encerraban en su casa, el animalito encontraba siempre modo de recobrar su libertad y se volvía luego al Oratorio. El caballero, despues de pasado su mal humor, echó la cosa á la chanza, y dijo riéndose: “No sé qué quiere hacer con mi casa este padre Felipe: si tengo un buen criado se lo lleva para monje; y cuando ya no tengo hombres que me quite, se toma mis animales; ¡valla! supuesto que le ha gustado mi perro, que se lo coja.” Cogióselo en efecto, y este animalito fué en sus manos un instrumento de mortificacion para sus discípulos. Les mandaba que lo peinaran,

que lo pelaran, que lo lavaran, que lo pasearan, bien sea llevándolo en brazos, ó bien jalándolo de su cadenita. Esto hizo decir con mucha gracia al cardenal Tarugi, que este perro era un verdadero azote para la vanidad. Vivió catorce años, y Felipe no cesó de emplearlo durante este tiempo en este ministerio. No hay necesidad de decir que nadie lo sintió cuando se murió.

Cuando el santo dejó á San Gerónimo, para ir á vivir á la casa de Vallicella, no quiso que su gato cambiase de domicilio, previendo el partido que podia sacar de dejarlo allí, para ejercitar en la mortificacion á sus hijos espirituales. En efecto, durante seis años no dejó pasar un solo dia sin encargar á alguno de ellos el llevar de comer á esta bestiezueta. Muchas veces les mandaba á comprar carne para ella á las tocinerías, perteneciendo estos jóvenes en su mayor parte á familias distinguidas y estando destinados á vivir en el estado secular. Sin embargo, él no los creía exceptuados de una práctica tan humillante. Obligados á venir á darle cuenta de su mision, le encontraban conversando con cardenales ú otros grandes hombres, ante los que les dirigia las preguntas mas propias para mortificar su vanidad. “¿Mi gato está bueno? les preguntaba. ¿Se mantiene gordo? ¿comió como siempre? &c.” y decia todo esto con un tono tan sério, como si tratase de un negocio de suma importancia.

Pero he aquí todavía un pasaje de mayor morti-

ficacion. Acababa de ponerse bajo la direccion del santo, César Baronio, joven distinguido por su talento y buenas cualidades, y queriendo experimentar su humildad, le dijo un día: “Id á la proveeduría y tomad un cántaro en que puedan caber doce pintas (*); lavadlo muy bien, é id á tal tienda y decid á su dueño que os dé á probar de todos los vinos de su bodega. No os vayais á engañar acerca de la cualidad, porque quiero que el que traigais sea excelente: y luego que hayais escogido el que os parezca mejor, comprareis un cuarto de pinta (**). Aquí teneis una moneda de oro con la que pagareis y recogeréis lo vuelto.” Bien previó Baronio las consecuencias de semejante orden; pero no obstante la ejecutó al pié de la letra. “Vengo á comprar vino, dijo al mercader, dueño de la tienda á donde lo mandaba Felipe; pero antes quiero probar los mejores que tengais en vuestra bodega.” Animado el mercader al ver lo grande del cántaro, se prestó gustoso á la pretension del comprador, quien le hizo sacar vino de todos sus toneles; los probó muy despacio, comparó unos con otros y al fin fijó su eleccion en uno de ellos. Pero ¿cuál fué la sorpresa del mercader, al saber la friolera que se le iba á comprar? “Esta miseria que vos quereis llevar, dijo al joven Baronio, no vana ta

[*] Mas de diez y ocho cuartillos.

[**] Poco ménos de medio cuartillo; cosa de seis onzas.

pena de hacerme perder tanto tiempo como el que me habeis embromado,” y algo mohino se volvió á su mostrador. Mas luego que vió que le daban un moneda de oro para que se pagase de unos cuantos óbolos (*), teniendo que devolver el exceso, se creyó burlado y dió libertad á su cólera diciendo á Baronio cuantas injurias le vinieron á la boca, y previniéndole que le moleria á palos si volvía á su casa con semejante gracia.

En la muerte del papa Paulo III, hizo anunciar el cardenal Farnesio, que daría ropa de luto á todos los pobres que quisieran asistir á la ceremonia fúnebre. Felipe, que de todo sabía sacar partido, dijo á Tomás Bozzio, jóven muy rico que fuera á hacerse inscribir para que se le diese una librea fúnebre. Obedeció el humilde discípulo y se presentó entre los mendigos á recibir el vestido que como á uno de tantos le dieron.

Vino un dia el portero á avisar al santo, que una señora principal queria hablarle. Hacía á la sazón un calor sofocante, y no obstante se envolvió Felipe en su capa de pieles, y bajó á la iglesia en donde le aguardaba la señora. Luego que ésta se fué y aun estando Felipe en el pórtico, llegó uno de sus discípulos llamado Marcelo Vitelleschi. “Seais bien venido, le dijo sonriéndose: tengo que encargaros una comision importante; pero antes es

[*] El óbolo equivale á un centavo de nuestro peso.

preciso que yo os vista de la manera conveniente.” En seguida se quitó la capa de pieles, la volteó al revés y se la puso á Marcelo enviándole con un recado insignificante á Baronio, que estaba en el coro cantando vísperas. Luego entró Felipe á la iglesia para ver cómo desempeñaba su discípulo aquella comision. Este, que era de un carácter tímido y encogido, se encaminó á paso de lobo por uno de los lados ménos concurridos del templo, hasta llegar por detras de la silla de Baronio quien se agachó para oír lo que tenía que decirle. Luego se volvió con la mayor presteza al santo padre á quien le dió la respuesta de Baronio. “Bien, le dijo el santo, pero es preciso que tambien sepa esta otra cosa: volved por enmedio de la nave muy despacito, entrad al coro y decidse la.” Esta órden fué un rayo terrible para la cortedad y vergüenza de este jóven; pero á todo se sobrepuso, y cumplió con lo mandado.

Gallonio, uno de sus mas distinguidos discípulos, era de tal calor natural que aun en el mas rigoroso invierno, le era bastante abrigo un vestido ligero. Durante los tres meses mas calorosos del estío, le hizo traer el santo su temible capa de pieles, para mortificar su carácter naturalmente gráve y circunspecto, obligándole tambien á cantar canciones de pastores, no solo en lo privado sino aun en presencia de las personas mas eminentes.

Agustin Manno, uno de sus Oratorianos, predicó un sermon tan famoso, que se atrajo los

aplausos de su auditorio. El buen padre, temeroso del daño que pudiera acarrearle cualquier orgullo, quiso preservarlo de este peligro, y le mandó repetir el mismo discurso seis días seguidos en refectorio. Sus oyentes que ignoraban que lo hacía por obedecer á su superior, llegaron á enfadarse con tanta repetición; le escucharon con disgusto, y acabaron por decir muy alto á fin de que él lo oyese: “Parece que ha puesto todo su talento en este sermón.” Por lo demás este sábio maestro no prescribía estos remedios indistintamente y á cualquiera persona, sino solo á aquellas que conocía ser demasiado virtuosas, y que sabía habían de aprovecharse de ellos.

Lo mas difícil de mortificar en el hombre, es la propia voluntad; y á la verdad, nada hay mas necesario que esta mortificación. Felipe conocía demasiado el corazón del hombre, para que pudiera descuidarse de esta virtud, y por lo mismo nada omitía para quebrantar la voluntad de sus hijos espirituales, y muy principalmente la de los padres de su congregación. Referiré algunos ejemplos que probarán lo riguroso que era en este punto. El papa Sixto V, que tenía grande interés en los anales de Baronio, le señaló una fuerte pensión eclesiástica, para proporcionarle algunos escribientes que le ayudasen en su laboriosa tarea. Llegó esto á noticias de Felipe, y le mandó decir con el procurador de la casa, que en lo sucesivo cada año hiciese ingresar en la caja comun esa pensión

que el papa le había señalado. Baronio, á pesar de su habitual obediencia, tuvo mucho trabajo en someterse á esta orden de su superior: le pareció mucho lo que se le exigía y que no se cumplía con la intención de su bienhechor. Vió á varios padres para que hablasen por él á Felipe, pero no pudieron hacerle variar de resolución. Entonces se dirigió á Tomás Bozzio, cuyo ascendiente para con el santo le era conocido, y le suplicó hiciese retirar esta orden, que le obligaría á dejar el Oratorio. Bozzio se fué al momento á ver al santo, y abogó fuertemente por la causa de su amigo; mas sin fruto alguno. “Que obedezca César, le contestó Felipe, ó que se valla. Dios no necesita de los hombres aquí ni en ninguna parte.” Espantado Bozzio con esta respuesta, dejó de insistir, y se volvió á Baronio rogándole que se sometiera á la voluntad del superior. César era demasiado dócil para que dejara de recibir bien un consejo tan sábio. Marchó al momento al cuarto del padre, se echó á sus pies y le pidió perdón de su tenacidad. Hizo mas aún; ofreció poner á su disposición toda su pensión: “Ahora, le dijo el santo, que os sometéis como debéis, desisto de mi pretensión. Guardad vuestro dinero, y ya conoceréis que no era él lo que yo quería, sino el sacrificio de vuestra voluntad, y ciertamente que sin este yo nunca habría cedido.”

Superior de una experiencia consumada no dejaba que se aflojase la observancia de la discipli-

na, y sabedor que el ejemplo de los mas distinguidos, es una ley para los demas, exigia de ellos una obediencia mas puntual, y castigaba con grande severidad sus mas pequeñas faltas. He aquí un ejemplo. No sé que tuvo un dia que reprender á Tarugi, uno de los padres mas remarcables; serian sin duda algunas ligeras infracciones: pero sea lo que fuere, lo cierto es que le mandó decir con Bozzio, que no iban de acuerdo sus costumbres con su instituto, y que por consiguiente, debía retirarse. Este golpe inesperado consternó á Tarugi y le sumergió en un dolor inconsolable. Empleó todo el resto del dia y la noche siguiente, en examinar su conciencia y buscar en ella lo que le hubiera podido merecer tan cruel castigo; pero nada encontró. A la mañana siguiente fué á ver á Bozzio, que sabia era sensible á su pena, y le dijo: “Es necesario que sea yo muy culpable, para que mi padre que es tan bueno, quiera despedirme de la congregacion, como indigno de permanecer en ella: mas yo no sé cuál es mi delito, y esta ignorancia me quita la vida. Si os da lástima mi triste situacion, os suplico, amigo mio, que os empeñeis con nuestro caritativo padre, á fin de que me diga mis faltas y me imponga la pena que crea justa; estoy dispuesto á hacer cuanto guste, pero que no me eche de su casa, porque fuera de ella yo no podré vivir.” Bozzio se enterneció hasta llorar, y se fué á ver al santo, llevando consigo á Tarugi, que se quedó en la puerta del cuarto. “Pa-

dre mio, le dijo, vengo á conducir una oveja á su pastor, y no dudo que la recibireis con indulgencia” Adivinando Felipe de lo que se trataba, llamó á Tarugi que vino á echarse á sus pies sin poder articular palabra. “Yo os perdono, le dijo el santo; pero en lo sucesivo portaos de modo que no os hagais indigno de vivir en esta santa casa.” Era tan viva su emocion que solo con sus lágrimas pudo manifestar su agradecimiento. Luego que salió, dijo Felipe á Bozzio: “Mucho ha adelantado vuestro amigo en el camino de la perfeccion de dos dias á esta parte.”

Acostumbraba decir este gran maestro, que toda la santidad de un hombre se puede cubrir con tres dedos; y al decir esto ponía tres de los suyos sobre la frente de alguno de los que le escuchaban, y explicaba de este modo su pensamiento: No se puede decir que un hombre es perfecto hasta que llega á inmolar su propia voluntad: y segun este principio, mortificaba á aquellos que le visitaban y tenían reputacion de santos, experimentando su virtud, y juzgaba de ellos segun la paciencia con que sufrían esta prueba. Esto explica su celo y dedicacion en humillar á los que se ponían en sus manos, y que él creía á propósito para la perfeccion. Algunas veces oía predicar elocuentemente á alguno de sus padres, y le interrumpia en medio de su discurso, diciendo que él queria predicar, y le hacía bajar del púlpito. Muchas ocasiones esperaba el momento del

sermon para designar el predicador, obligándole á subir al púlpito sin estar preparado. Es verdad que él sabia ya que Dios le inspiraria lo que habia de decir; pero el predicador que no tenia esta seguridad, no podia ménos de inquietarse en extremo. Por lo demas, no tardaron ellos en conocer que les valia mas obedecer en semejantes casos, que cualquier otro estudio preparatorio. Otras veces les mandaba que fuesen á las librerias á comprar libros ridiculos, ordenándoles que los pidiesen en alta voz, á fin de que los oyesen todos los que por allí anduvieran; otras los enviaba á pasearse por la ciudad, cubiertos de unos vestidos que se caian á pedazos. Esto dió lugar á una anecdota que quiero referir. Llevaba un dia uno de sus discípulos un habito viejo, cuyas mangas estaban en tan deplorable estado, que compadecido al verlas uno de los que pasaban, le ofreció darle unas nuevas. El jóven, que todo podia ser, ménos pobre, agradeció cortesmente este favor, y no quiso aceptarlo: mas al volver á casa, dió cuenta de esta aventura al santo padre. “¿Conoceis á ese Señor?” le preguntó Felipe.—“Sí, padre, le conozco muy bien, respondió.—En tal caso, repuso Felipe, id á verle y decidle que sentís haber rehusado una gracia que os era muy de provecho, y que vais á reclamarla de su caridad.” Obedeció el jóven, y honró como debía el regalo, usando por algun tiempo aquel hábito viejo con mangas nuevas. Si algunas veces dispensaba á sus discípulos usar un

hábito viejo, lohumillaba con ponerles un mal sombrero, ó un rosario grueso en el cuello, &c., y los enviaba unas veces á un barrio de la ciudad, y otras á otro. De tiempo en tiempo les decia para animarlos: “Someteos gustosos á las mortificaciones pequeñas, para que os hagais capaces de soportar las grandes.”

Tal vez no dejará de parecer estraña á muchos esta conducta del santo; pero lo cierto es, que el espíritu de Dios le impulsaba á obrar de esta suerte. Porque de otro modo, ¿cómo podrá explicarse el dominio que tenia sobre la voluntad ajena, hasta el extremo de hacer ejecutar sin contradicion los actos humillantes que hemos visto?

Solo Dios que inspiraba á Felipe, podia ayudar con su gracia la obediencia de sus discípulos: y me persuado mas de esta verdad, al ver que á algunos de ellos los humillaba constantemente, al paso que nunca mandó una cosa de estas, á otros de ellos que vivieron en su compañía treinta ó cuarenta años.

Puede decirse, que era su virtud favorita, la mortificacion del orgullo humano. Oíansele repetir continuamente aquellas memorables palabras de San Bernardo: “Despreciémos al mundo sin despreciar á nadie: despreciándonos á nosotros mismos, lograremos despreciar al mismo desprecio.” “No he llegado á este grado, añadía nuestro santo, pero deseo llegar.” Ya en sus últimos años, casi no ejercitaba á nadie en estos actos de

mortificacion, y preguntándole uno cierta vez el motivo, contestó: “Todas estas rúbricas son ya demasiado conocidas, para que sean de provecho: podría suceder que se envaneciesen con ellas; en fin, ya son cosas usadas.”

CAPITULO XXIV.

Admirable paciencia de Felipe, en sufrir injurias y males corporales.



Al hablar de esta preciosa virtud que los hombres espirituales consideran como la piedra de toque de la santidad, puedo asegurar sin exageracion, que Felipe la tuvo en su mas alto grado. Para convencer de ello á mis lectores, bastará que hablen los hechos.

Tan pronto como estableció los ejercicios de su Oratorio, se desencadenó la malignidad contra

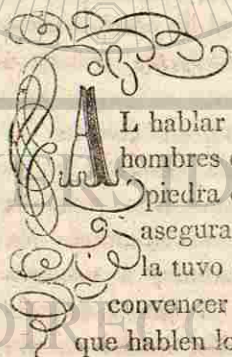
ellos. Los cortesanos principalmente, esa clase de hombres acostumbrados á mofarse mas bien de la virtud que del vicio, dieron rienda suelta á su mordaz locuacidad. Si algun discípulo del santo entraba al palacio de algun príncipe, á donde le llamaban sus negocios, luego se le presentaban con el aire mas burlesco, y le agobiaban con insultantes preguntas. “Dadnos noticias, le decian, de vuestro padre Felipe. ¿Qué hace ahora? ¿Va bien su comercio? ¿Gana mucho dinero? ¿Le llevan muchos pollos y gallinas sus hijas espirituales?” Estas perversas burlas pasaron de los palacios á las tiendas y tabernas, de modo que por muchos años fueron el santo y su Oratorio objeto de la burla y diversion del populacho. Afligidos sus discipulos, no dejaban de referirle todas estas cosas; pero en lugar de enfadarse, saltaba de alegría; cosa que no podia ménos que excitar en ellos la admiracion. Vino un dia á verlo por curiosidad uno de esos burlones malignos del alto Kirio, y fué testigo de la paciencia con que oia el relato de las burlas que le inferian, lo que penetró su corazon, é hizo que despues de encomendarse á sus oraciones, saliese á publicar por todas partes la rara santidad de Felipe.

Los progresos siempre crecientes de tan santa obra, causaban un rabioso despecho á sus enemigos, el cual los condujo á cometer los mas grandes excesos. Fué encerrado en una prision por una infamia, un hombre del pueblo, llamado Felipe, y lue-

mortificacion, y preguntándole uno cierta vez el motivo, contestó: “Todas estas rúbricas son ya demasiado conocidas, para que sean de provecho: podría suceder que se envaneciesen con ellas; en fin, ya son cosas usadas.”

CAPITULO XXIV.

Admirable paciencia de Felipe, en sufrir injurias y males corporales.



Al hablar de esta preciosa virtud que los hombres espirituales consideran como la piedra de toque de la santidad, puedo asegurar sin exageracion, que Felipe la tuvo en su mas alto grado. Para convencer de ello á mis lectores, bastará que hablen los hechos.

Tan pronto como estableció los ejercicios de su Oratorio, se desencadenó la malignidad contra

ellos. Los cortesanos principalmente, esa clase de hombres acostumbrados á mofarse mas bien de la virtud que del vicio, dieron rienda suelta á su mordaz locuacidad. Si algun discípulo del santo entraba al palacio de algun príncipe, á donde le llamaban sus negocios, luego se le presentaban con el aire mas burlesco, y le agobiaban con insultantes preguntas. “Dadnos noticias, le decian, de vuestro padre Felipe. ¿Qué hace ahora? ¿Va bien su comercio? ¿Gana mucho dinero? ¿Le llevan muchos pollos y gallinas sus hijas espirituales?” Estas perversas burlas pasaron de los palacios á las tiendas y tabernas, de modo que por muchos años fueron el santo y su Oratorio objeto de la burla y diversion del populacho. Afligidos sus discipulos, no dejaban de referirle todas estas cosas; pero en lugar de enfadarse, saltaba de alegría; cosa que no podia ménos que excitar en ellos la admiracion. Vino un dia á verlo por curiosidad uno de esos burlones malignos del alto Kirio, y fué testigo de la paciencia con que oía el relato de las burlas que le inferian, lo que penetró su corazon, é hizo que despues de encomendarse á sus oraciones, saliese á publicar por todas partes la rara santidad de Felipe.

Los progresos siempre crecientes de tan santa obra, causaban un rabioso despecho á sus enemigos, el cual los condujo á cometer los mas grandes excesos. Fué encerrado en una prision por una infamia, un hombre del pueblo, llamado Felipe, y lue-

go publicaron por toda la ciudad que aquel criminal era nuestro santo; cosa que se creyó con tanta mas facilidad cuanto que el culpable vivía en la casa de San Gerónimo. Esta calúmnia causó un rumor general; no se hablaba mas que de ella en todas partes, y la indignacion llegó á su colmo. Vinieron algunos amigos del santo á decirle lo que pasaba; pero cuál fué su admiracion al ver que recibia alegre esta noticia y que decia con la risa en los labios: “No os ocupeis de esto, hijos mios, esto no vale la pena.”

Fué un día á casa de un magistrado para hablar á favor de un acusado, cuya inocencia le era conocida. Prevenido el juez contra el que reputaba reo, no quiso oír á Felipe y despues de tratarle á speramente le despidió. Recibió el santo este desaire no solo sin quejarse ni afectarse, sino con un aire tan alegre, que desde léjos manifestaba su invencible paciencia. Otra vez le insultó tan groseramente un criado de cierta casa, que Fabricio Zacchetti, canónigo del Vaticano que presencié esta escena, se vió tentado á dar su merecido á este insolente; mas se contuvo, desarmándolo la inalterable dulzura del santo, por la que desde entónces le profesó el mas profundo respeto.

Salía otra ocasion Felipe de San Gerónimo acompañado de una multitud de gentes, segun acostumbraba, y se encontró con un cardenal á quien algunos calumniadores habian prevenido muy mal en su contra. El cardenal hizo dete-

ner su coche, y dirigió al santo las mas duras reconvenciones, quien las recibió con su calma ordinaria, y luego acercándose al prelado, le dijo en voz baja no sé qué cosa que desarmó su cólera, en terminos que este se echó á reir y le abrazó diciendo: “Animo, padre; continuad intrépidamente la obra que habeis comenzado.”

Pero este grande hombre, no solo tuvo que sufrir insultos de parte de los estraños; sus mismos Oratorianos le faltaron algunas veces al respeto que le debian. Citaré un ejemplo. Recibió un día una carta relativa á no sé que asunto que interesaba á la congregacion, y quiso leerla en presencia de los padres. Sospechando uno de ellos que aquella carta contenia algunas cosas relativas á su persona y temiendo que se divulgaran, la arrebató de las manos del santo padre, diciendo que la pública lectura de aquello era un grande abuso de confianza. Al pobre le engañaron sus sospechas, y ademas, con este acto impolitico hizo ver su poca virtud, porque siendo como era, un súbdito, debia en todo sujetarse á las disposiciones de su superior. Sufrió Felipe esta groseria con su acostumbrada paciencia, sin alterarse ni proferir una sola palabra; solo encargó poco despues á uno de los amigos de aquel hombre, le reprehendiese aquella falta, para que se arrepintiese y pidiese perdon á Dios de ella.

No puedo omitir aquí una observacion importante: ella se reduce á que aquellos que ofendian

al santo, ó se arrepentían de su falta y le iban á dar una satisfaccion, ó no tardaban en recibir un riguroso castigo del Señor. Un hombre se tomó la licencia de hablar de él injuriosamente; y á la mañana siguiente se desbarrancó en una escavacion donde se quebró una pierna. Al sacarlo de allí, exclamó: “Me ha sucedido esto por haberme burlado del padre Felipe: por fortuna solo provino mi falta de la ligereza de mi lengua; porque si lo que dije lo hubiera dicho por desprecio ú odio, estoy persuadido que en lugar de la pierna me hubiera estrellado la cabeza.” Quedó tan bien grabada esta leccion en su memoria, que desde entónces nunca permitió que se hablase del santo delante de él sino con el respeto que se merecia.

Atacaba á una señora ilustre de Roma, una enfermedad de languidez, que segun todas las apariencias debia conducirla muy presto al sepulcro. Era Felipe su confesor, y como tal le impelia su caridad á irle á visitar con frecuencia. Esto desagradó á uno de los herederos de la señora, porque se persuadió que las continuas visitas del santo, tenian por objeto el que ella no se olvidase de él en su testamento; y por lo tanto le hizo decir por medio de su criado, que se guardara de volver á la casa. Felipe, fiado en la pureza de sus intenciones, no creyó que debia por tranquilizar la codicia de aquel hombre, privar á su penitente de los consuelos que le daba su presencia. Por otra parte, confiaba demasiado en Dios para que pudiesen

intimidarle las amenazas de los hombres; y por lo mismo continuó visitando como siempre á su enferma. Pero aquel hombre, poderoso y temible al mismo tiempo, se expresó con tales amenazas que llegaron á atemorizar á los oratorianos, quienes creyendo que su padre ignoraba lo que pasaba, le dieron parte de todo y le suplicaron que no volviese á aquella casa. “No me lleva á eila otra cosa, respondió el santo, mas que la salvacion de la señora; ¿no sería una gran dicha para mí, morir víctima de la caridad?” Insistiendo los padres en que dejase á otro aquella buena obra, les dijo: “No tengais cuidado; yo sé bien que no me ha de suceder nada. Esta enferma que se tiene hoy ya como desanciada, recobrará dentro de poco una perfecta salud, y ese hombre tan codicioso por heredar, dentro de quince dias no pertenecerá ya al número de los vivientes.” En efecto, una y otra profecias se cumplieron al pié de la letra.

Visitaba el santo un dia, segun su costumbre, las siete Basílicas, en compañía de otros tantos de sus hijos espirituales, y se encontró con dos hombres, de los cuales el uno, acerrimo enemigo de esta devocion, dijo al otro en voz alta para que le oyeran: “Ved á ese Gerónimo, con sus siete asnos cargados de dulces, que van á pasearse de iglesia en iglesia para darse en espectáculo á un pueblo que, en su simplicidad, los cree santos.” Dijo otra porcion de chistes de que su compañero se reia de muy

buena gana; pero esta burla les costó bien caro, pues á muy pocos días ambos fueron asesinados.

Sin duda no habrá olvidado el lector la persecucion que el santo sufrió cuando fundó los ejercicios del Oratorio. Era el perseguidor un cardenal engañado por falsas acusaciones, y el mas furioso de los delatores un antiguo religioso que despues fué elevado á una prelacía. Este hombre en su delirio se habia propuesto hacer cerrar el Oratorio, y para comprometer al cardenal á que diese este golpe de autoridad, no se cansaba de declamar, en su presencia, contra Felipe y su buena obra. Este, instruido perfectamente de todo cuanto hacia y decia su enemigo, jamás se quejó de él ni intentó disculparse; sino que fiado en el testimonio de su conciencia, dejó que descargase aquella tremenda tempestad. Todavía mas, presentábase con frecuencia á la audiencia del cardenal engañado, para procurarse actos de mortificacion, en los malos recibimientos que aquel le hacia. Llegó Dios á compadecerse de los sufrimientos de su siervo é hizo suya su causa; porque á esto se debe sin duda el que los superiores de la congregacion del Monte Olivete, de donde el detractor del santo habia sido monje durante cinco años, le persiguiesen ante el mismo cardenal, cuya confianza habia tan criminalmente engañado; en efecto, estos padres llegaron á probar la apostasia de aquel mal sacerdote, y pidieron su castigo con arreglo á los sagrados cánones.

Instruido el culpable de la acusacion que se habia hecho en su contra y cuyos terribles resultados preveía, se aterrorizó de tal suerte que cayó enfermo de muerte. Luego que el santo supo su estado, se compadeció de él y le visitó muchas veces sin que le llamasen; pero parece que el desgraciado no se convirtió, y murió á pocos días. Vino uno de los discipulos del santo á darle esta triste noticia, la que le afectó profundamente y le hizo reflexionar en silencio por algunos momentos, y luego tomando una Biblia que se encontraba allí delante de él, se la presentó á su discípulo, diciendo: "Abrid y leed." Abrióla en efecto, y leyó estas palabras del libro de los Proverbios (c. vi, v. 12): "El apóstata es un hombre pernicioso, no habla mas que iniquidades, guña los ojos, hace señas con el pié y se dá á entender con los dedos; maquina el mal en su depravado corazon, y no se ocupa mas que en sembrar la discordia. Su ruina será pronta, será hecho añicos, y no habrá ya remedio para él."

Si aun quisiera yo seguir citando de estos tremendos casos, ¡oh! ¿á cuántos hombres enemigos de nuestro santo, no nombraría yo aquí, que vieron resplandecer sobre ellos y sus familias la ira de Dios? Y no se crea que esto se debe á que Felipe invocara para ellos las venganzas del Cielo: no; él sufría con una paciencia heroica las injurias que se le hacian y amaba sinceramente á sus perseguidores; oraba por ellos, visitaba las iglesias

y encargaba á los suyos hiciesen otro tanto para conseguir que Dios les perdonase. Así es como llegó á adquirir aquella dulzura tan rara, con la cual no solo jamás llegó á incomodarse, sino que ni aun tuvo tentaciones de ira. Si acontecía alguna vez que al corregir á alguno, pusiese un rostro severo; al momento que el culpable se retiraba, volvía á su fisonomía la dulzura y serenidad, y decía á los que estaban presentes: “Tal vez me habreis creído enojado y acaso os habré dado motivo de desedificación.”

Salía un día de la iglesia en que acababa de celebrar, y en la calle encontró á Gallonio, á quien sin ninguna apariencia de razón le echó una buena reprensión. Este procuró justificarse modestamente, y el santo aun aumentó su aparente aspereza, tratándole tan mal que llegó Gallonio á darse por sentido. “Abrazadme, le dijo entónces el padre, y no penseis ya en lo que ha pasado.” Reflexionó despues Gallonio sobre este acontecimiento, y no le costó ningun trabajo dar con el motivo que lo habia causado. El santo quiso impedir que su discípulo reparase en el estado casi extático en que venía, y al mismo tiempo ejercitarlo en la humildad. Nadie vió jamás triste á este hombre extraordinario; siempre y en todas circunstancias presentaba su rostro la expresion de la mas suave alegría, y las injurias que se le hacian solo servian para aumentarla mas y mas. Sabedor una vez de que se le acusaba ya de chochar y

de volver á la primera edad, fué tanto el gusto que le dió esta noticia, que manifestaba su gozo desde léjos en su semblante.

¿Qué diremos ahora de su paciencia en sufrir las penalidades de su cuerpo? Sus excesivos trabajos, juntos con su estremada abstinencia, le causaban una enfermedad cada año. Ellas eran por lo comun muy lárgas y penosas; y sin embargo de los dolores que padecía no se menoscababa su alegría. Solo á su médiço manifestaba sus sufrimientos, ocultándolos tanto á los que le rodeaban, que aun creían algunos que nada le dolía: en lo mas fuerte de sus achaques continuaba confesando á los que se le presentaban, siempre que se olvidaba el médiço de prohibirselo: y si los padres de la Congregacion le rogaban que no lo hiciese, les contestaba, que este ministerio le quitaba el enfado que naturalmente trae consigo toda enfermedad. Sabía disimular de tal suerte la alteracion de su voz, que al oirla cualquiera hubiera dicho que no estaba enfermo; y si alguno de los que le visitaban estaba melancólico, lo consolaba y recreaba con su alegre conversacion. Apenas comenzaba á convalecer, cuando luego volvía á decir misa, entregándose á sus funciones ordinarias. Esto no quiere decir que no les costase gran trabajo observar esta conducta; sino que como era amigo de padecer, iba en pos de los trabajos en lugar de evitarlos, porque se aborrecia á sí propio y amaba á Jesucristo.

Este divino Maestro, movido de la paciencia de su siervo, se la premió algunas veces con milagros. Al salir de una enfermedad que le había llevado hasta el borde del sepulcro, su médico sorprendido al verle lleno de fuerza y energía, no pudo menos que manifestarle su admiración, y el santo le respondió riéndose: “Es que no sois vos quien me ha curado: he aquí mi médico y mi remedio:” y le enseñó un relicario que San Cárlos Borromeo le había dado. En otra enfermedad, no menos peligrosa, le curó Nuestro Señor por medio de un milagro que merece referirse. Abrasado de una sed devoradora, suplicó á Petruccio le llevase un vaso de agua fria con sumo de granada. Persuadido éste que semejante bebida no podia menos que dañarle, á no ser que la endulzase con alguna azucar, la cual no tenía, ignoraba que determinacion habia de tomar. Sin embargo, salió del cuarto del enfermo y bajó las escaleras para reflexionar lo que debia hacer, cuando se le presentó un jóven desconocido que puso en sus manos un pan de azucar muy blanco y se retiró sin decirle una palabra. Admirado Petruccio, preparó inmediatamente la bebida que queria el santo y subió luego á darsela. El enfermo, despues de haberla bebido se durmió, y á pocos instantes despues despertó, y dijo á su discípulo: “Petruccio, estoy curado.” En efecto, al dia siguiente se levantó y volvió á sus ocupaciones ordinarias.

Su paciencia le servia demasiado bien para

que no amase singularmente esta virtud. Por lo mismo hablaba de élla frecuentemente á sus discípulos. Referiré algunas de sus principales doctrinas acerca de ella. Decía que no hay cosa mas gloriosa para el cristiano que padecer algo por Jesucristo, y que los amigos de Dios sienten pena en dejar de padecer. “No hay, añadí, señal mas segura del amor divino que la adversidad.” Un dia se quejaba con él un confesor, de los trabajos que tenía en su ministerio: “Veo que careceis de paciencia, le dijo, y siendo así cómo la podreis aconsejar á los demas, si vos mismo no la practicais? El camino mas corto decia aún, para llegar á desprenderse de las cosas de la tierra, es la tribulacion; por lo mismo considero yo muy desgraciados á aquellos á quienes el Señor no juzga dignos de ser admitidos en esta escuela. Repetía muchas veces que la vida presente es un paraiso ó un infierno, pero no un purgatorio. Paraiso para los que saben aprovecharse de sus sufrimientos, é infierno para los que sufren sin resignacion.

Nada es mas cierto, que este sublime pensamiento de Felipe, porque cada dia vemos que los primeros tienen su corazon inundado de celestiales consuelos, mientras que los segundos se entregan á la desesperacion.

Sabedor por experiencia, que las dulzuras espirituales son comunmente precursoras de las tribulaciones, advertía de ello á sus discípulos para consolarlos y animarlos. “No permite Dios, de-

cia, que los consuelos ó las desolaciones de sus hijos sean permanentes; ha querido en su misericordia que se sucedan unas á otras, y hagan de su vida un tejido de admirable variedad. Guardémonos, pues, de huir de las cruces que su providencia nos envía, no nos atraigamos otras mas pesadas: el partido mas prudente, es hacer de la necesidad virtud; por lo demas, contentémonos con sufrir las tribulaciones que él nos envía, y no pidamos otras mayores: él conoce bien nuestras necesidades y sabe proporcionar á nuestras fuerzas los remedios que emplea para curarnos.”



CAPITULO XXV.

Constancia de Felipe en caminar por el sendero que se habia propuesto. Sus doctrinas sobre esta materia.

DESDE muy temprano llegó á entender Felipe, que para dar feliz cima á cualquiera empresa, es necesario trabajar con teson y perseverancia, y que ninguna obra grandiosa se consumará sin que el que la acometa sea constante. Por eso desde que Dios le dió á conocer que le queria en Roma, para que trabajase por la salvacion de las almas, no proyectó ni pensó ya en otra cosa, y nunca podrá admirarse demasiado que en el dilatado espacio de sesenta años que vivió en aquella ciudad, jamás puso sus piés fuera de su territorio. Todas las tentativas de

cia, que los consuelos ó las desolaciones de sus hijos sean permanentes; ha querido en su misericordia que se sucedan unas á otras, y hagan de su vida un tejido de admirable variedad. Guardémonos, pues, de huir de las cruces que su providencia nos envía, no nos atraigamos otras mas pesadas: el partido mas prudente, es hacer de la necesidad virtud; por lo demas, contentémonos con sufrir las tribulaciones que él nos envía, y no pidamos otras mayores: él conoce bien nuestras necesidades y sabe proporcionar á nuestras fuerzas los remedios que emplea para curarnos.”



CAPITULO XXV.

Constancia de Felipe en caminar por el sendero que se habia propuesto. Sus doctrinas sobre esta materia.

DESDE muy temprano llegó á entender Felipe, que para dar feliz cima á cualquiera empresa, es necesario trabajar con teson y perseverancia, y que ninguna obra grandiosa se consumará sin que el que la acometa sea constante. Por eso desde que Dios le dió á conocer que le queria en Roma, para que trabajase por la salvacion de las almas, no proyectó ni pensó ya en otra cosa, y nunca podrá admirarse demasiado que en el dilatado espacio de sesenta años que vivió en aquella ciudad, jamás puso sus piés fuera de su territorio. Todas las tentativas de

sus parientes para comprometerlo á que los fuese á ver á Florencia, lo mismo que las frecuentes invitaciones de sus mas íntimos amigos, fracasaron con su espíritu de estabilidad. Jamás se vió un sacerdote mas entregado exclusivamente á su ministerio. Todo el dia, ménos aquellas horas que reservaba á la oracion y á piadosas lecturas, lo empleaba en confesar, anunciar la divina palabra, visitar enfermos é iglesias, é instruir y dirigir á los que aspiraban á la perfeccion.

Al establecer su congregacion del Oratorio, no permitió que ella se ocupase mas que de la oracion, de administrar los santos sacramentos y de predicar. Decía que si se hacen muchas cosas á un mismo tiempo, se perjudican unas á otras, y que un artesano que no tiene mas que un solo oficio, le desempeña con mucha mas perfeccion, si se dedica exclusivamente á él. Por lo mismo no se causaba de decir á sus padres: “Nada vale trabajar por capricho ó humorada; se necesita ademas, fervor en nuestras operaciones; porque la corona solo ceñirá las sienes del que persevera.” Por otra parte, como hombre prudente, preveía el otro extremo, y para precaver de él á los suyos, les encargaba la discrecion. “Todas las virtudes, les decía, tienen necesidad de la moderacion: un paso demasiado violento en la vida espiritual, es desde luego inútil, porque nadie se hace santo en tres dias; y ademas, esta inconsideracion nos espone á mil peligros:

quiero mas una poca de lentitud, que demasiada precipitacion; porque es mas fácil hacer que corra un corcel que va despacio, que detener en su impetuosa carrera á otro que se ha desbocado. Guardaos, les decía, de ocuparos de tal suerte de los medios que olvideis el fin. Acontece muchísimas veces, que los que se dedican á macestrar su cuerpo, se olvidan de trabajar en someter su espíritu; y sin embargo, esto es lo principal; porque la mortificacion interior es el fin, y la exterior no es mas que un medio. Cada uno debe apreciar sus ejercicios espirituales, pero no los ha de adoptar, sino con suma prudencia. Muchas personas se cargan de tantas oraciones y prácticas devotas, que á la larga las dejan, ó las desempeñan maquinalmente y sin fervor; por lo mismo, vale mas contentarse con poco, con tal que se haga bien. Nunca podré recomendaros demasiado la fidelidad en aquellos ejercicios que con toda prudencia hallais electo y determinado practicar. Si el demonio llega á conseguir que falteis á ellos sin razon suficiente para ello, os sugerirá mil pretextos para que multipliqueis vuestras infracciones, y acabará por haceros abandonarlos completamente.” Los exhortaba tambien á que renovasen con frecuencia las resoluciones que habian tomado cuando entraron á la vida espiritual, sin dejarse amedrentar por las tentaciones. “¿Sabéis porqué, les decía, permite Dios que tal alma sea tentada fuertemente contra tal virtud? Para que

la adquiriera en sumo grado. Y no me digáis, añadia, que teniais mas fervor cuando comenzasteis á servir á Dios, que al presente. Las gracias sensibles son necesarias á los que empiezan; pero luego que Dios los tiene ya prendidos en sus amorosos lazos, los prueba para purificar sus corazones y afirmar su virtud. Si os manteneis firmes en la tentacion, estad seguros que no tardará en consolaros." Para hacer comprender mejor esta doctrina, descendia á las explicaciones siguientes.

Puede decirse que hay tres grados diferentes en la vida espiritual, la sensitiva, la racional, y la angelical. El primero es propio de los que comienzan, á quienes Dios alhaga con delicias sensibles, para conducirlos á vivir espiritualmente. El segundo es de los que van progresando, y privados de las dulzuras, declaran guerra abierta á sus defectos por amor de la virtud. El tercero pertenece á los que habiendo vencido sus pasiones, despues de crudos combates, gozan de las dulzuras de la paz, y llegan á una vida casi semejante á la de los ángeles del cielo. El bienaventurado padre, queria que sus discípulos salvarsen el primer grado, y se afirmasen bien en el segundo, para que pudiesen merecer llegar al tercero.

Indicaba á sus jóvenes seculares, como medios de perseverancia, la fuga de malas compañías, la amistad de hombres virtuosos, y la frecuencia de sacramentos. Dábale sumo placer verlos fervorosos; pero nunca confiaba de ellos enteramente.

De aquí es que cuando le venian á decir que alguno adelantaba rápidamente en la virtud, respondia: "Aguardad á que sus alas se arraiguen bien, para que veáis hácia donde dirige su vuelo." Los exhortaba eficazmente á que todos los dias asistiesen al santo sacrificio de la misa, á no emprender nada sin implorar ántes la proteccion de la siempre augusta Madre de Dios, y no dejar pasar un solo dia, sin pedir á Dios el precioso don de la perseverancia.

Cuando notaba que alguno de ellos era llamado al estado religioso, cuidaba mucho de mortificar su amor propio, y de acostumbrarlo á quebrantar su voluntad. No dejó esta conducta de parecer á muchos un poco dura; pero despues confesaron que si el padre no la hubiera observado, no habrian perseverado en su vocacion. Uno de ellos, que se hizo capuchino, vino á verle un dia; y despues de besarle la mano con una demostracion de gratitud, le dijo: "¡Qué poca cosa eran padre mio, las pruebas á que me sujetásteis en otro tiempo, comparadas con las que he venido á encontrar en la religion! y sin embargo, es cierto que á aquellas debo haber podido soportar estas. Sin el noviciado que vos me hicisteis hacer, no seria yo hoy hijo de San Francisco."

Muchos jóvenes religiosos que anhelaban por la perfeccion, y pertenecian á algunas órdenes que habian aflojado en la observancia de su primitivo instituto, consultaron al santo acerca de

los deseos que tenían de pasar á otras órdenes mas observantes. “No soy de ese parecer, les respondió el prudente director, porque os basta cumplir con vuestras obligaciones, y tal vez Dios se servirá de vosotros para reformar insensiblemente vuestros conventos.” En general, no le gustaba que los religiosos cambiasen de estado, aun cuando fuera para pasar á otro mas perfecto. “Esas ideas, decía, las sugiere frecuentemente el demonio, transformado en ángel de luz, y envidioso del bien que hacen ciertos religiosos de una virtud comun, haciéndoles dejar su estado, por correr tras de otro que les parece mejor y que no les conviene.”

Pero no era solamente respecto de los religiosos de quienes exigia constancia: tambien la recomendaba á todos los estados, y á todas las condiciones. Llamando el príncipe á su corte á Maximiano Burgo, no consintió en ir, sino bajo la condicion que no se habia de encargar de ninguna funcion que fuese inconciliable con sus ejercicios espirituales. No fué respetado este convenio por el príncipe, y Maximiano resolvió separarse de la corte: pero ántes de tomar este partido, creyó debia consultar con su antiguo director, quien no aprobó su determinacion, diciéndole: “Es cierto que esta privacion es una cruz; pero no sea que por evitarla, vayais á dar con otra mas penosa. Creedme, hijo mio, hareis bien en llevarla por amor de Dios.” El jóven prome-

tió obedecer; pero llevado de otros consejos, no tardó en dejar su puesto, lo que fué para él una verdadera desgracia, porque no pudo encontrar en lo sucesivo donde colocarse, y pasó una vida miserable.

Hacia ya cuatro años que habia entrado á la congregacion un jóven de bello natural, y que prometía esperanzas muy lisongeras; pero su salud llegó á alterarse gravemente. Algunos de sus amigos le aconsejaron que fuera á respirar el aire natal; mas el santo padre no fué de este parecer. Sin embargo, tanto le instó el jóven, que al fin le dejó partir, permitiendo que fuera con él uno de sus compañeros, expresándose de esta suerte al tiempo de su marcha: “De dos que se van, solo uno volverá.” Volvió en efecto el compañero al tiempo prefijado; pero el otro jóven no pudo resolverse á alejarse de su familia. Consternado Felipe de la ceguedad de su discípulo, le escribió del modo mas insinuante para hacerle volver á su vocacion; pero todo fué inútil: detenido por la carne y sangre, le contestó que renunciaba á vivir en la congregacion. Otros muchos experimentaron la misma suerte por haber sido como él, indóciles á los consejos de este ilustre maestro. ¡Qué peligroso es ciertamente querer conducirse uno por su propio juicio en lo concerniente á la salvacion eterna!

Estaba tan persuadido nuestro santo, que Dios exige de cada uno que sea constante en el estado en que se le ha puesto, que aun el motivo de un

bien mayor no influa nada sobre su espíritu. No puede esto probarse mejor que refiriendo su respuesta á San Carlos Borromeo, que le pedia le diese á Baronio. “He leído en algun lugar, porque en esto no puedo hablar por propia experiencia, que el que no está dispuesto á creerse culpado en aquello mismo que imagina ser inocente, no merece llamarse hombre espiritual. Con mucha mas razon debe obrarse de esta manera cuando se tiene alguna duda, y yo debo ciertamente estar dudoso de mi conviccion, Illmo. Sr., en un caso en que vuestro modo de pensar es tan diferente al mio. Yo me echo á los piés de vuestra eminencia, y le suplico me obtenga de Dios, que me dé á conocer lo errado de mi juicio, y lo incline enteramente al yugo de la obediencia. Esto es lo que me hace dilatar la respuesta á vuestra solicitud; y esto lo que me ha impedido tambien daros, antes de que salieseis de casa, una prueba de mi respeto y rendimiento. Contrariar el deseo de vuestra eminencia, hubiera sido para mí una cosa insoportable; y por otra parte, yo no podia, ni puedo ahora, daros á Baronio, una de las mas firmes columnas de nuestra congregacion. Dios sabe cuánto os amo, y tambien cuánto me cuesta dejar de complaceros. ¡Ojalá y me fuera posible sostener por mí solo el peso de nuestro ministerio! no me veria entonces en la triste necesidad de oponer mis ideas á vuestros designios por la gloria de Dios. Vos me decís, Illmo. Sr., que se me

acusa de sensualidad; y si yo pudiera hacer á un lado el respeto que os debo, os diria que tambien á vos se os acusa de otra cosa: de robo, ¿lo creereis? Sí, Illmo. Sr., de robo: y si fuere preciso citar testigos, yo citaré á los señores obispos de Verceil y de Armini, y ellos declararán que siempre que encontráis un buen sugeto que no os pertenece, os lo usurpais, despojando así al altar ageno por adornar el vuestro. No debia hablaros de esta suerte: però ¿qué quereis que haga? *Amicus Sócrates, amicus Plato, magis amica veritas.*” Parece que el cardenal, en defecto de Baronio, quiso llevarse á otro de sus padres, y el santo le respondió: “Que era grande su embarazo, porque los jóvenes, ocupados únicamente de su estudio, no estan aún aptos para nada, y los ancianos son á estos indispensablemente necesarios.”

Concluyó, en fin, suplicando al santo prelado, que dejase en paz á sus Oratorianos seguir su vocacion.



CAPITULO XXVI.

Extasis, arrebatos y visiones del Santo.



ADEMAS de las gracias y virtudes que constituyen á los santos, Felipe habia recibido de Dios los altos y exquisitos favores que los honran y consuelan; así es pues, que él se encontraba frecuentemente anegado en la luz contemplativa y allí se descubrian á sus ojos, secretos cuyo velo no es permitido al hombre levantar. Anonadado en los sentimientos de su profunda humildad, hacia cuanto podia para no entrar, al menos en público, en aquel estado extraordinario; pero á pesar de sus esfuerzos, le era muchas veces imposible reprimir los impetuosos arrebatos de su amor.

Los religiosos dominicos de Santa Maria Mi-

nerva, hacian en su iglesia, por no sé qué gráve necesidad de su casa, un jubileo de cuarenta horas, y rogaron al santo, que les estimaba en extremo, tomase parte en aquellas oraciones. Felipe, tan sensible siempre á la tribulacion agena, se prestó en el momento á esta invitacion. Arrodillóse ante el altar mayor en que estaba espuesto el Divinísimo Señor Sacramentado; fijó sus ojos en la sagrada hóstia, y en el momento fué arrebatado fuera de sí. El superior del monasterio, notó que hacia mucho tiempo que el santo no se movía y temió le hubiese sucedido alguna cosa. Corrió, pues, á él y le preguntó qué tenia, repitiendo muchas veces la misma pregunta, sin lograr que le respondiera ninguna cosa. Le tomó entónces de la mano, y se la encontró helada y tiesa. Espantado mas y mas, llamó á los otros padres é hizo llevar al santo á un cuarto inmediato. Pasó todavia largo tiempo sin que diese señal alguna de vida; mas al fin volvió en sí y exclamó: “¡Victoria! ¡victoria! ¡ha sido escuchada nuestra oracion!” Seguro ya el prior de su salud, pero no comprendiendo nada de aquella enagenacion y de aquel lenguaje, le preguntó qué le habia sucedido y qué victoria era la que habia alcanzado. El santo se avergonzó y calló; pero se le hicieron tantas instancias, que al fin tuvo que esplicarse diciendo: “El papa, dijo al religioso, acaba de pronunciar su sentencia en el negocio en cuestion, y ha fallado á vuestro favor.” El hecho era cier-

to; pero no había podido saberlo sino por revelacion, y es de creerse que sus oraciones le alcanzaron este favor.

Fabricio de Massimi, vino un dia á confesarse al cuarto del santo, y encontrando la puerta entreabierta, entró sin tocar. El padre estaba en oracion con las manos y los ojos levantados al cielo, y sus rodillas no tocaban la tierra. Admirado Fabricio de un espectáculo que veía por primera vez, se estuvo un rato contemplándolo; y despues, como el santo estaba con la espalda volteada hácia la puerta, se adelantó para verle de rostro, y juzgó por su entera inmovilidad que no veía ni oía. Luego que Felipe volvió en sí, que fué despues de un largo rato, echó de ver que Fabricio estaba allí, y le preguntó con un aire admirado y confuso, que cómo habia entrado. Este le respondió que habia hallado la puerta abierta, y que por eso se habia introducido: entónces oyó el santo su confesion y le despidió.

Francisco de Molaria, llevado de la misma intencion que el anterior, y viendo que el padre estaba sentado en su silla, se arrojó á sus piés y comenzó á confesarse; pero á poco advirtió que estaba en éxtasis y le fué preciso aguardar que volviese de él, lo que no sucedió hasta despues de mucho tiempo.

Había en la capilla de la Santísima Virgen, de la iglesia del Oratorio, un cuadro de la Visitacion, primorosamente ejecutado, y cuya vista movia

singularmente al siervo de Dios; y con este motivo pasaba mucho tiempo en aquella capilla sentado en un banquillo, con los ojos fijos en aquella imágen de su cariño, que le procuraba frecuentes éxtasis. Algunas de sus piadosas penitentes, le encontraron un dia en este estado, y escusado es decir que quedaron admiradas al verlo. Se pusieron delante de él y le estuvieron observando largo rato; despues, para juzgar mejor de su estado, le llamaron muchas veces, y como vieron que no oía se pusieron á moverlo violentamente hasta que volvió en sí. No pudo menos de alarmar al santo la presencia de sus hijas; pero aun creyó poderlas hacer vacilar, en la opinion que de su estado habian formado, ocurriendo á una de sus acostumbrados ardidez. Se levantó bruscamente, y manifestándose encolerizado, llamó á Gallonio que estaba por allí cerca, y le dijo: “Echad para fuera estas mugeres insolentes, que vienen aquí á interrumpirme cuando duermo.”

Gallonio tenía un cuidado extremado de su buen padre, y velaba noche y dia por su conservación. Fué á verle una vez muy de mañana para saber cómo habia pasado la noche, y le encontró, contra su costumbre, acostado aún en su cama. “Quizá, se dijo á sí mismo, se desveló, ó estará en contemplacion,” y en esta persuasion se retiró lo mas quedo que pudo. Ya muy entrado el dia volvió otra vez, y le encontró sin voz ni movimiento, con una palidez que le hizo creer iba á

expirar. Espantado y aflijido, corrió á llamar á los padres, é hizo llamar á toda priesa al médico. Este, sin perder tiempo, le dió una sangría, y mirando que la sangre no salía, recurrió al cauterio y á los sinapismos. Estos remedios enérgicos no produjeron efecto alguno, y el médico declaró que el enfermo iba á espirar de un momento á otro. Entónces se apresuraron á darle la extremauncion, y apenas habian acabado de administrársela, cuando el santo volvió á su conocimiento sorprendido de lo que veía. “¡Ay! habeis estado muy malo, padre mio, le dijeron algunos de los asistentes, enjugándose las lágrimas.—Os engañais, respondió Felipe, yo no he tenido otro mal que el que me habeis hecho.” Entónces comprendieron todos el engaño que habian padecido, y comenzaron á excusarse diciéndole que aquel éxtasis no se parecia á los que acostumbraba tener. “Id á vuestros negocios, les dijo el santo, y dejadme dormir: si mañana me encontráreis muerto enterradme.”

Al salir un dia para ir á ver al Papa, dijo á algunos padres que se encontraban cerca de él: “Orad por mí, para que Dios me libre de mis accesos de locura.” Decía esto porque sabia por experiencia, que la presencia del vicario de Jesucristo le causaba transportes de amor, que no podia reprimir y le hacian quedar extático. El cardenal Sfondrate, referia al Papa Paulo V, haber visto con sus propios ojos á nuestro santo arrodido

llado en los aires. Y ¿cuántos otros testigos, igualmente dignos de fé, no podria yo citar en prueba de esta maravilla? Encontrábase un dia tan malo Juan Bautista Modio, que estaba casi al morir; y avisado Felipe de este accidente se fué luego á verle, y mirando el grave peligro en que se encontraba, pasó á un cuarto inmediato para conseguir su alivio con sus oraciones, y permaneció allí desde por la tarde hasta media noche. Entónces un criado, cuidadoso de su larga ausencia, entró al cuarto y le vió elevado en los aires resplandeciendo todo su cuerpo con una celestial claridad. Arrebatado de admiracion, corrió por toda la casa gritando á mas no poder: “¡Vengan á ver, vengan á ver!” Todos vinieron y fueron testigos de aquel raro espectáculo. A la media hora despues, volvió Felipe á su estado natural, se acercó al enfermo y le puso la mano sobre la frente, diciéndole: “No tengais cuidado, no morireis.” A estas razones recobró el moribundo el uso de la palabra y se puso á platicar con su bienhechor, como un hombre bueno y sano. A pocos dias despues, pudo ya entregarse á sus ocupaciones ordinarias.

No dispensaba el Cielo estos favores á nuestro santo únicamente en los lugares privados, sino hacia tambien, á pesar de Felipe, que su alma entrase en éxtasis y arrebatos en la iglesia llena de gente, y á la vista de todo un pueblo.

Estaba un dia en oracion en la basilica del Va-

ticano, delante del sepulcro de los santos apóstoles, y se levantó casi medio pié sobre la tierra, volviendo inmediatamente á su estado natural. Temeroso entónces que esto se repitiese, y llegasen á notar lo los asistentes, se quitó inmediatamente de aquel lugar. Se hicieron tan frecuentes estos accidentes sobrenaturales, que no entraba ya, por decirlo así, sino temblando en las iglesias. Adoraba al Señor por medio de un *Pater noster*, saludaba á la Santísima Virgen con una *Ave Maria*, y se levantaba al momento para no dar tiempo á que su amor se inflamara. Por esta misma razon, como ya lo hemos dicho antes, no le gustaba decir misa en público, aunque no podía dispensarse de hacerlo algunas veces, y entónces le eran inevitables los éxtasis. Viósele una vez, en la iglesia de la Torre de Miradores, elevado de tres á cuatro codos sobre la tierra. Igual cosa le sucedió en la iglesia de la Caridad, en donde viéndole una niña en tal estado, dijo en su admiracion á su madre: "Mira, mamá, ese padre vuela; es un mago ¿no es verdad?" --Te engañas, hija mia, respondió la señora; es un santo, y si lo ves así, es porque está en éxtasis."

Otra jóven, testigo de un hecho semejante, juzgó casi lo mismo que la anterior. "Es muy singular esto, dijo á otra que la acompañaba; parece que este padre es un encantador." Esta palabra le costó caro, porque se confesaba con él y no sabía como podría decírsela. Sin embargo, se fué

á reconciliar á la mañana siguiente, y quiso comenzar por ahí: "Padre, me acuso de haber hablado mal....." le faltó ánimo para decir lo demas. "Acabad, hijá, y decid que habeis hablado mal de mí." Ella respondió afirmativamente, y el buen padre le dijo: "Yo os perdono, no os dé vergüenza acabar vuestra confesion.--Padre mio, repuso ella temblando, yo estaba oyendo ayer vuestra misa, y os ví levantado en el aire." A esta palabra, el santo, humillado en extremo, le dijo: "Basta, cállate tonta." Ella continuó diciendo, porque la detraction del padre le hacía cosquillas: "Entónces dije á mi compañera, que vos erais un encantador." El santo que esperaba otra cosa, se llenó de alegría y le dijo riéndose: "Pero eso es muy cierto, hijita mía, yo soy una especie de encantador; por lo mismo esto es nada, no penseis mas en ello."

Muy frecuentemente tambien aparecía su cabeza, cuando celebraba, rodeada de una aureola resplandeciente. Decía un dia misa en el altar mayor de su iglesia, y al llegar á los *Mementos* de vivos, le vió uno de los asistentes coronado de un brillante resplandor. Al principio creyó que era una ilusion de su vista, y con esto, se limpió bien los ojos y se puso á ver otros objetos para examinar si le sucedia lo mismo con ellos; pero no vió aquella luz mas que sobre la cabeza del santo, en la que permaneció hasta despues de que consumió. Una jóven de doce años de edad, declaró

que le habia visto muchas veces en el aire mientras decía misa, y que entónces una nube blanca le cubria de modo que no se distinguía el color de sus ornamentos. Pusemos á las visiones y revelaciones con que Dios le favorecía, y que no son ménos ciertas que sus éxtasis y arrebatos.

Siendo aún jóven, rogaba al Señor le diese á conocer su vocacion, y se le apareció San Juan Bautista, manifestándole por medio de una revelacion interior, que Dios queria que fuera sacerdote y que trabajase en Roma por la salvacion de sus prógimos, pobre y sin dignidad alguna. Poco tiempo despues de su promocion al sacerdocio, haciendo oracion en la noche de navidad en no sé qué iglesia, en compañía de Constancio Tassonio y Sebastian Músico, se le apareció el niño Jesus de pié sobre el altar. Lleno de gozo, preguntó á sus compañeros si veian esta maravilla; y como le respondiesen negativamente, serró sus lábios y continuó su oracion.

Decía un dia misa, y Tomás Ripani que se la ayudaba, observó que se detenía demasiado despues de la consagracion ántes de elevar el cáliz. Notó en seguida, despues de volver á la sacristía, que el rostro del santo estaba extraordinariamente alegre; y como tenia mucha intimidad con él, le preguntó la causa de aquel contento que no podia ocultar. Sonrióse el santo y no quiso responderle. Pero Ripani cada vez mas curioso por saber lo que le queria ocul-

tar, reiteró tanto sus preguntas y urgió de tal manera, que al fin Felipe temió contristarle, y le dijo: “Ahora bien, yo os confieso que Dios me descubre algunas veces, despues de la consagracion, la gloria de los bienaventurados; pero esto os lo digo para vos solo, y os prohibo que habléis de ello á persona alguna.”

Por otro favor singular, ninguno de sus discípulos iba al cielo despues de su muerte, sin que él fuese testigo de su gloria. Citaré algunas de estas gozosas apariciones. Mario Tosini en la noche que murió, entró al cuarto del padre cuando estaba durmiendo, y llamó dos veces en alta voz. El santo abrió los ojos, y le vió subir al cielo lleno de resplandores. A la mañana siguiente recibió la noticia de su muerte, y supo haber acaecido á la hora precisa de aquella vision consoladora. Vicente Illuminator, al partir para el cielo, apareció cubierto de gloria al santo, y le encomendó á su muger é hijos, de quienes cuidó en efecto eficazísimamente. Marco Antonio Cortesella, á quien el santo apreciaba por sus eminentes virtudes, tuvo una muerte digna de su vida. Depositóse su cuerpo en la iglesia de Santa Catarina, y fué allí Felipe á verle, acompañado de Gallonio. Le estuvo mirando por mucho tiempo, y luego hizo venir á un pintor para que le retratase. Un sacerdote que se encontraba allí, se manifestó admirado del deseo del padre, y Gallonio le dijo al oido: “Anoche vió al difunto en un estado glo-

rioso, y se ha estado platicando con él cuatro horas. Esto os esplicará el motivo porque quiere hacerlo retratar." Tuvo aún otras muchas visiones semejantes que seria muy largo referir.

No ignoraba tampoco la suerte de las almas que bajaban á las prisiones del purgatorio. Un día dijo en plena asamblea en el Oratorio, que su discípulo Animuccia acababa de salir de él y habia subido al cielo. Otra vez anunció á Antonio Luccio, que su padre se habia librado de aquellas prisiones. Tampoco le era ménos conocido el estado de las almas, durante la vida. Decía del padre San Ignacio, fundador de la compañía de Jesus, que era admirable la hermosura de su alma, y aseguraba haber visto brillar muchas veces sobre su rostro un celestial resplandor. En otra ocasion que se encontró con San Carlos Borromeo, dijo que su rostro era para sus ojos el de un ángel. Otro tanto manifestó de Juan Bautista Saraseno, que con el tiempo fué general de los Dominicos y murió en olor de santidad.

Quiso Dios tambien, que aun los demonios se le apareciesen para su propia utilidad y la de otros. Un día mandó á Antonio Luccio que exorcizase á una muger energúmena, y que la azotase para insultar al demonio. Irritado vivamente este espíritu orgulloso, se le apareció la noche siguiente y dejó en su cuarto una horrorosa hediondez, que se notaba aun despues de mucho tiempo. Otra vez conversaba de cosas de Dios

con sus discípulos, y se levantó repentinamente diciendo: "Postraos, hermanos mios, y rogad á Dios: el demonio está ahí en la puerta." Se arrodilló él tambien y puso la señal de la cruz al enemigo de la salvacion, diciéndole: "No entrarás aquí." Desapareció en efecto, y el santo volvió á continuar apaciblemente su ejercicio. En otro dia tambien encontró en la puerta de la iglesia á este espíritu infernal, bajo la forma de un niño; pero le bastó mirarle con ojos severos para hacerle huir. "¿Visteis aquel niño? preguntó á Gallonio que lo acompañaba, quien respondiéndole que sí, repuso el santo: "No os engañéis: ese no era un niño, sino el demonio que queria sin duda alguna, jugaros una mala partida."

Pasaba una vez por las Thermas de Dioclesiano, y vió á la puerta de este antiguo edificio, á un jóven que presintió ser un mal espíritu. Fijó en él su atencion, y notó que cambiaba continuamente de figura, pareciéndole ya jóven, ya viejo, ya hermoso y ya feo. Le mandó interiormente que desapareciese, y desapareció al instante. Mucho temia que sufrir dia y noche, de las persecuciones del espíritu infernal; porque este monstruo, hacia cuanto podia por aterrarlo, y se le mostraba aunque inutilmente, bajo toda clase de formas. Pero no hacia mas que invocar á la dulcísima Maria, y quedaba tranquilo.

Ninguno podia hablar con mas propiedad que él, respecto de visiones, por la larga experiencia que

habia adquirido tanto de las buenas, como de las malas. Por lo mismo, sus doctrinas sobre este punto, merecen llamar nuestra atencion. Hé aquí algunas de sus sentencias en esta materia. “No debe confiarse ligeramente en visiones, decía, porque esta es una cosa muy peligrosa. Las visiones, tanto buenas como malas, las tienen ordinariamente los que no las desean; pero aun estos deben temer mucho alusinarse. Le es difícil al favorecido de visiones divinas, no envanecerse con ellas; mas difícil creerse poco digno de ellas; y muy difícil considerarse indigno absolutamente, y preferir á su suavidad, la humildad, la obediencia y las demas sólidas virtudes, que valen incomparablemente mucho mas. No debe hacerse caso alguno de aquellas visiones y revelaciones que no traen utilidad para nosotros, para nuestros prógimos, ni para la iglesia. No deben los confesores, decía, creer ligeramente en revelaciones, que pretenden tener sus penitentes, especialmente las mugeres. Estas cosas maravillosas puede sujerirlas la malicia del demonio; y muchas veces son juegos de su imaginacion; pero juegos crueles que han perdido ó comprometido muchas almas.”

Recomendaba á sus discípulos que se abstuvieran, quanto estuviera de su parte, de toda cosa extraordinaria, que trajera consigo el temor de desagradar á Dios. “Esta resistencia, añadía, es uno de los mas seguros medios de que podreis echar

mano para discernir los favores del Cielo, de las que no son mas que ilusiones.” Esto mismo hacia él en casos semejantes: por ejemplo; hablaba un dia á su congregacion, y sintiéndose atraído por un éxtasis, hizo quanto pudo para evitarlo, y cuando vió que ya no podia continuar su discurso, se dió un golpe de pecho y dijo: “El que quiera tener éxtasis y visiones, no sabe lo que quiere.” Despues de lo cual, se puso á llorar y se retiró prontamente. Hablaba en otra ocasion el padre Bordini acerca de esta materia, en un sermon que predicaba en el Oratorio, y Felipe que estaba presente, tomó la palabra despues de él, y dijo: “Yo tuve entre mis penitentes, una muger muy santa, favorecida de éxtasis casi continuos, durante un largo tiempo, pero que despues no volvió á tener uno. Ahora bien ¿cuando os parece que me ha admirado mas esta muger? Cuando la he visto reducida á un estado comun.

Le consultaba un dia un director, qué consejo deberia dar á una muger piadosa que veia frecuentemente á Jesucristo y á santa Catalina de Sena, y le respondió: “Las visiones son un lazo en que las mugeres se dejan prender con mucha facilidad. Ordenadle que no haga ningun caso de esas visitas, que las despida, y si no se quieren ir, que les escupa á la cara.” Aquella hija verdaderamente obediente, hizo lo que se le mandaba, y le fué tan bien, que desde aquel dia hizo admirables progresos en la virtud.

Uno de sus discípulos creyó ver una noche á la Santísima Virgen María, coronada de un celestial resplandor, y vino muy gozoso al dia siguiente á contar al santo esta aparicion. “Vos habeis visto á un demonio, le dijo, y no á la Santísima Virgen. “Si vuelve otra vez, escupidle en señal del desprecio que merece ese monstruo del abismo.” Volvió en efecto, la noche siguiente, y el discípulo obediente hizo lo que su maestro le había mandado, con lo cual desapareció aquella vision.

Sin embargo, no tardó en volver á aparecer; pero aquella vez era en efecto la augusta y bondadosa María. No lo creyó así el discípulo de Felipe, é iba á escupirle el rostro; pero la Señora le dijo: “Escúpeme si puedes.” En vano lo procuró, porque su boca estaba completamente seca y no le proporcionó saliva alguna. “Apruebo tu obediencia, hijo mio, añadió la Madre de Dios, y solo he venido para premiártela.” Al decir esto, desapareció la Señora, dejando la alma de aquel hijo suyo inundada en un mar de delicias.

Un médico llamado Antonio Tucci, soñaba en una enfermedad gráve, con una religiosa de eminente virtud. Encontróla un dia sumergida en un éxtasis, y admirado de lo que veía, aguardó á que volviese en sí. Entonces ella fijó en él sus ojos, cosa que no acostumbraba hacer con nadie, y le dijo: “¡Oh doctor, os he visto tan lindo en el paraiso!” El médico se fué al mo-

mento á contar la cosa al padre Felipe; pero apenas habia entrado á su casa cuando se sintió malo, y se fué á acostar. Su enfermedad progresaba de dia en dia, y conoció que debia prepararse para morir. Estando en esta resolucion vino á visitarle un médico desconocido, y le aseguró que sanaría y viviria aun por largo tiempo. Pero habiendo venido tambien Felipe pocas horas despues, le dió parte de las esperanzas que le habia dado aquel médico. “¿Qué médico ni qué médico? le dijo el santo. Es el demonio que quiere engañaros cerrando los lazos que os detienen á la vida.” Avisado Antonio de aquel fraude, se sometió enteramente á las órdenes de la providencia, y á pocos dias murió santamente.

Matias Maffé, sacerdote muy amigo de nuestro santo, tuvo una noche la vision siguiente: le pareció que iba, acompañado de este buen padre, por una vasta llanura en que se encontraba una multitud innumerable de hombres que parecian ser otros tantos reyes; y mientras contemplaba la riqueza de sus vestidos, toda aquella pompa se desvaneció, y fué remplazada por un horrible incendio: en seguida apareció un ejército de demonios que se formaron en batalla al derredor de aquella hoguera. Matias estaba en un rincon creyéndose seguro; pero llegó á verlo uno de aquellos monstruos infernales, el cual corrió hácia él, é hizo cuanto pudo para arrastrarlo á aquellas llamas. El se defendió fuertemente, y sonriéndose Felipe

de su valor, le tomó de la mano y le condujo por un sendero lleno de abrojos y espinas que lo despedazaban de una manera extraordinaria. Por último, llegaron á un bello prado terminado por una colina del mas gracioso aspecto, en cuya falda se encontraban tres ángeles ricamente vestidos, de los cuales, dos tenian en sus manos unas antorchas encendidas, y el tercero llevaba una cruz procesional. Se pusieron en movimiento, y vinieron á encontrarlos, marchando tras ellos en armonioso concierto dos dilatadas filas de bienaventurados, y al pasar por delante del santo y su discípulo, unos saludaban al primero, y otros comprometian al segundo para que los siguiese; pero este no se movia á causa de una gran timidez; mas Felipe tomó la palabra diciendo: “No, todavía no es tiempo; todavía no.” Toda aquella multitud, despues de haber dado una vuelta, se dirigió hácia la colina por un camino lleno de flores y sembrado de frondosos árboles, en cuyas ramas se mecian pequeños angelitos, que con voces encantadoras entonaban el *Gloria in excelsis Deo*. En la cima de la colina, habia un palacio luminoso, en el cual entró la procesion, dejando todo lo demas solitario y silencioso. Pasado todo esto, Maffé despertó de su sueño.

Cuando amaneció, quiso confesarse, y se fue á ver al padre, quien le dijo luego que entró: “Vos sois un hombre que dáis mucho crédito á lo que soñais.” Sonrióse Maffé, y se puso á contar-

le lo que le habia sucedido; pero el santo le interrumpió, y le dijo mirándole con ojos severos: “No se va al cielo soñando; es la buena vida tal cual conviene á un hijo de Dios y de la Iglesia, la que os ha de llevar allá. Repetía frecuentemente que los que no tienen álas, deben caminar por tierra y no querer volar por el aire. En lo que daba á entender, que las visiones y revelaciones, solo son propias de las almas que vuelan en álas de la perfeccion, y que lo demas no es mas que un verdadero embuste del espíritu de mentira.

CAPITULO XXVII.

Predicciones del espíritu profético de Felipe.



NO emprenderé referir aquí todas las cosas que anunció nuestro santo, á consecuencia de las revelaciones con que Dios le favorecia. Diré, sin embargo, lo bastante para convencer á mis lectores, que pocos santos le igualaron en el don

de su valor, le tomó de la mano y le condujo por un sendero lleno de abrojos y espinas que lo despedazaban de una manera extraordinaria. Por último, llegaron á un bello prado terminado por una colina del mas gracioso aspecto, en cuya falda se encontraban tres ángeles ricamente vestidos, de los cuales, dos tenian en sus manos unas antorchas encendidas, y el tercero llevaba una cruz procesional. Se pusieron en movimiento, y vinieron á encontrarlos, marchando tras ellos en armonioso concierto dos dilatadas filas de bienaventurados, y al pasar por delante del santo y su discípulo, unos saludaban al primero, y otros comprometian al segundo para que los siguiese; pero este no se movia á causa de una gran timidez; mas Felipe tomó la palabra diciendo: “No, todavía no es tiempo; todavía no.” Toda aquella multitud, despues de haber dado una vuelta, se dirigió hácia la colina por un camino lleno de flores y sembrado de frondosos árboles, en cuyas ramas se mecian pequeños angelitos, que con voces encantadoras entonaban el *Gloria in excelsis Deo*. En la cima de la colina, habia un palacio luminoso, en el cual entró la procesion, dejando todo lo demas solitario y silencioso. Pasado todo esto, Maffé despertó de su sueño.

Cuando amaneció, quiso confesarse, y se fue á ver al padre, quien le dijo luego que entró: “Vos sois un hombre que dáis mucho crédito á lo que soñais.” Sonrióse Maffé, y se puso á contar-

le lo que le habia sucedido; pero el santo le interrumpió, y le dijo mirándole con ojos severos: “No se va al cielo soñando; es la buena vida tal cual conviene á un hijo de Dios y de la Iglesia, la que os ha de llevar allá. Repetía frecuentemente que los que no tienen álas, deben caminar por tierra y no querer volar por el aire. En lo que daba á entender, que las visiones y revelaciones, solo son propias de las almas que vuelan en álas de la perfeccion, y que lo demas no es mas que un verdadero embuste del espíritu de mentira.

CAPITULO XXVII.

Predicciones del espíritu profético de Felipe.



NO emprenderé referir aquí todas las cosas que anunció nuestro santo, á consecuencia de las revelaciones con que Dios le favorecia. Diré, sin embargo, lo bastante para convencer á mis lectores, que pocos santos le igualaron en el don

de profecía. Por lo demas, hé aquí el testimonio que le ha tributado la sagrada congregacion de ritos. *In prophetiae dono non est inventus similis illi.* Tres cosas encierra en sí el don de profecía: primero, el conocimiento de lo que ha de suceder; segundo, el de los hechos que pasan á lo léjos; y tercero, el de los secretos de los corazones. Los acontecimientos que voy á referir, probarán que Felipe recibió de Dios este triple conocimiento.

Juan Angel Cribelli, queriendo comulgar el Juéves Santo, fué á ver á Felipe muy de mañana, para que lo confesara, gozando hasta entónces de robusta salud. Fijó su vista en él el Santo, le miró con mucho interes, y le dijo: Preparaos, hijo mio, al sacrificio que Dios exige de vos.”—“El es nuestro dueño, respondió Cribelli: que se cumpla en mí su voluntad.”—“Pero, repuso el santo, se trata de un sacrificio muy costoso; ¿se lo hareis con gusto?”—“Con muchísimo, padre mio, ayudado de su gracia, que nunca falta en tales casos.”—“Pues supuesto que es así, le dijo el santo, disponeos á morir el domingo de Pascua.” En aquella misma tarde se enfermó de fiebre, y murió el dia de esta gran solemnidad.

Viniendo un dia Francisco de Molaria á visitar á este buen padre, le dijo éste: Si nuestro Señor se llevara á vuestra esposa, ¿sufririais este golpe con una resignacion cristiana?”—“Ignoro, respondió, lo que produciría en mí tan espantosa desgracia; pero felizmente no tengo porque temerla, pues

mi muger está buena completamente.”—“Sea lo que fuere, repuso el santo, hareis bien en prepararos para volverla al que os la dió.” Diez dias despues fué arrebatada de una violenta fiebre que la condujo al sepulcro.

Gerónimo Cordella, célebre médico muy estimado de nuestro santo, cayó gravemente enfermo, y su muger mandó al momento á avisárselo á Felipe, para que orase por él. Mientras que el enviado iba apenas subiendo las escaleras de la casa, dijo el siervo de Dios á sus discípulos: “Se muere nuestro buen Cordella: llegó su hora.” Admiráronse los que le oian, porque todos ignoraban que Cordella estuviese enfermo; pero su admiracion subió de punto, al ver que en aquellos momentos entró el criado á dar el recado que traia á nuestro santo. Despues que se despidió, repitió Felipe que Cordella habia llegado al fin de su carrera, y que no le quedaban ya mas que unos cuantos dias de vida. “Pero, padre mio, le dijeron sus oyentes, si no podeis hacer nada por su cuerpo, id á lo menos á ocuparos de su salvacion.”—“No dudeis de ello, replicó Felipe, yo haré en su favor cuanto esté de mi parte.” Ocho dias despues, vinieron muy de mañana al cuarto del santo, Gallonio y Consolini, y les dijo: “Cordella ha muerto anoche á tal hora ¿no es verdad?” Reflexionando luego que no lo podian saber todavía, mudó de conversacion. Ambos padres mandaron á averiguar el hecho, y resultó que Cordella habia

muerto efectivamente á la hora que el santo habia indicado. Habíales admirado que el santo no hubiera ido á ver una sola vez á este médico por quien manifestaba tan tierno interes; y estaban tan seguros de ello, cuanto que durante todo el tiempo de su enfermedad, no habia puesto un pié fuera del Oratorio. Pero se engañaban completamente, porque él visitó al moribundo sin salir de su cuarto, segun se lo confesó él mismo al cardenal Cuzano.

Orinthia, esposa de Pompeyo Colone, mas ilustre todavia por sus virtudes que por su alto nacimiento, cayó enferma, y su marido hizo llamar á los mas hábiles médicos de Roma, quienes fueron de parecer que no habia absolutamente motivo de temor. Poco confiada la enferma con la opinion de los facultativos, pidió que le llamasen á su confesor. Vino luego nuestro santo, y despues de hablarle un gran rato acerca de cosas espirituales, le encargó que tuviese presente la pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Al salir de allí se encontró con los médicos, y les dijo que aquella señora estaba en grande peligro. “Os engañais, padre, respondieron ellos riéndose; su estado no presenta gravedad alguna.”—“Vosotros así lo creéis, respondió el santo; pero yo os aseguro que morirá antes de ocho dias.” Los doctores se rieron todavia con mas ganas; pero no obstante esta riza, la profecía tuvo su exacto cumplimiento.

Elena Cibo y su esposo Domingo Mazzé, caye-

ron á un mismo tiempo enfermos, y espantada la madre de Elena, corrió á ver al santo é imploró el auxilio de sus oraciones, diciéndole que temia perder á una y otro á la vez. “Dios se llevará al marido, respondió Felipe, y dejará á la esposa.” En efecto murió Domingo de aquella enfermedad, y Elena sanó, la que reconocida á este beneficio de Dios, se encerró en un monasterio. Tenia dos hermanas, una en el mundo, y otra religiosa en el convento de la Torre de Miradores. La primera, que se llamaba Victoria, fué un dia á confesarse con Felipe, y le preguntó éste si hacia mucho tiempo que no habia visto á Visencia; y como le respondiese que sí, añadió: “Pues os aconsejo que vayais pronto á visitarla, porque ya le queda muy poco tiempo de vida.” Algunos dias despues dejó de existir.

Se disponia Marcelo Ferri para un dilatado viaje, y encontrándose con el santo, le comunicó su proyecto. Este reflexionó un poco y le dijo: “Vuestro padre no tiene ya mas que unos cuantos dias de vida, y conviene que le asistais en sus últimos momentos: así pues, no os vayais.” Dióle crédito Marcelo, aunque su padre no estaba enfermo ni tampoco muy entrado en edad, y le tuvo cuenta, porque éste algunos dias despues fué atacado de una violenta enfermedad y conducido al sepulcro.

Se hallaba atormentado Virgilio Crescencio, de una enfermedad que no parecia ser gran cosa, pe-

ro Felipe, mas instruido que el médico del enfermo, fué á visitarle. Salióle á recibir su esposa Constanca, y le dijo de luego á luego: "Hija mia, es preciso conformarse con la voluntad de Dios." Comprendió la muger el sentido de estas palabras, y haciéndole entrar á la sala, se echó á sus pies hecha un mar de lágrimas, y le suplicó le conservase á su esposo. "Dios quiere que muera ahora, replicó el santo; y en ello está interesada su salvacion. ¿Quereis oponeros á su eterna felicidad?" No insistió mas Constanca, y Crescencio murió pocos dias despues.

Patricio de Patricci, sufría una enfermedad que segun la opinion del médico no era nada. Sin embargo, fué á verle Felipe, le confesó y aun le administró los últimos sacramentos. Hecho esto, y luego que el santo se retiró, la muger del enfermo desahogó su mal humor, diciendo que aquel viejo deliraba. El mismo Patricio confesó, aunque lleno de respeto hacia su confesor, que le parecia excesiva aquella precipitacion: sin embargo; apenas habia pasado un cuarto de hora cuando murió.

Fué un dia el santo á ver á dos dominicos atacados de la peste: el uno, que era el Padre Consalvi, parecia estar ya en las últimas: el otro, el Padre Bencini, no estaba sino ligeramente malo, y el santo le dijo que ofreciese gustoso á nuestro Señor el sacrificio de su vida, añadiendo al que lo cuidaba, que su muerte estaba próxima. En se-

guida, acercándose al otro, le puso su mano sobre la cabeza, con lo que le hizo cesar el delirio, y le dijo: "No temais, vais á sanar." Restablecióse en efecto, y el primero murió á pocos dias.

Esto hace ver, que si el santo profetizaba la muerte, tambien con igual certidumbre anunciaba la salud. Para mejor probar esta verdad, multiplicaré los hechos. El cardenal Sforce, estaba enfermo hacia ya veinte dias de una fiebre pútrida, y ya se le habian administrado los últimos sacramentos. Desolada su madre, mandó rogar á Felipe que lo encomendase en sus oraciones: este se recogió un instante, y luego dijo al enviado: "Decid á esa señora que enjugue sus lágrimas, porque su hijo no morirá de esta enfermedad." El resultado hizo ver la verdad de la promesa.

Miguel Mercato, médico tan piadoso como hábil, y muy amigo de nuestro santo, fué atacado de una enfermedad que le llevó hasta el borde del sepulcro. Viendo Felipe á su padre anegado en llanto, le dijo: "¡Animo! vuestro hijo vivirá." ---"¡Ay! respondió el anciano, ¡será mucho que viva unas cuantas horas!"---"Yo os digo, replicó el santo, que no morirá de esta enfermedad." Sano en efecto, fué médico del papa Clemente VIII, y vivió todavia once años, al cabo de los cuales, el santo que le habia anunciado la vida, le predijo su próxima muerte para que se preparase á ella, lo que hizo muy santamente. ®

Barthelemy Dotto, uno de los empleados en el palacio del papa, fué acometido de una fiebre lenta, cuyo resultado, en sentir de los médicos, debia ser la muerte. En efecto, llegó á tal extremo su consuncion, que parecía no habia ya esperanza alguna. Se le administraron los últimos sacramentos, y le velaba su familia para consolarlo y socorrerlo en su agonía. En estas circunstancias, uno de sus sobrinos que debia heredar su empleo, si su tío lo habia tenido el tiempo que en derecho era indispensable para que lo pudiera transmitir, fué á ver y suplicar á Felipe que se apiadase de su tío y de él. “Vuestro tío, le respondió el santo, triunfará de esta enfermedad, pero la otra que llegue á tener, se lo llevará al sepulcro. Respecto al empleo, nunca lo obtendreis.” Sanó en efecto Barthelemy, y no murió hasta despues de haber vivido otros cuatro años mas: pero como este tiempo aun no era el debido para que pudiera dejar á su sobrino el empleo que disfrutaba, fué dado á otro.

Asaltó á Olympia de Nigri, muger de Marco Antonio Vitelleschi, una fiebre maligna, cuyos síntomas llegaron á ser tan alarmantes, que los médicos desesperaron de salvarla. Uno de ellos, manifestó que en su larga práctica, no se le habian presentado mas que tres casos semejantes, y que todos ellos habian terminado con la muerte. Encontrábase allí Felipe, y les dijo: “La muerte de esta señora, seria ahora una grande pérdida

para su familia. Harémos violencia al Cielo, y nos la dejará.” Desde aquel momento se encontró mejor la enferma, y á pocos dias curó completamente. Podría aun añadir otros casos semejantes; pero prefiero pasar á otro género de predicciones.

Tenia Pedro Focili, una hija de cuatro años, y pedia á nuestro Señor con suma instancia le diese un hijo varon. Cayó enferma muy peligrosamente la niña, y él y su esposa corrieron á San Gerónimo á implorar de Felipe la curacion de aquel objeto de sus caricias. “Es mejor que se la deis á Dios, respondió el santo, supuesto que os la pide.” No les pareció bien esta respuesta, é insistieron, suplicando y llorando, que consiguiese del Cielo la conservacion de aquella hija querida. “Pues bien, repuso Felipe, una vez que así lo quereis, os lo concede nuestro Señor, y además, os dará tambien el hijo que le pedis, en castigo de vuestros deseos desarreglados que quieren acomodar la voluntad de Dios á la vuestra.” Sanó la niña, y á los dos años despues les nació un hijo, que fué el tormento de sus padres, por las continuas pesadumbres que les dió mientras vivieron.

Pablo de Petri, cuyo padre casi estaba reducido á la indigencia, no tuvo trabajo alguno en conseguir de él le permitiese entrar á la congregacion del Oratorio. Pero á poco tiempo ganó en el juego una suma considerable, y apesadumbrado

de estar sin su hijo, le persiguió de todas maneras para hacerlo volver á su lado. Fiel el jóven á su vocación, fué á ver al santo una tarde y le pidió permiso para pasar al Oratorio de Nápoles, en donde podría vivir tranquilo. Felipe se lo permitió y le dió su bendición; en seguida llamó al portero, y le dijo: “Mañana cuando vaya á salir Pedro, le direis, que no quiero que se vaya.” Recibió Pedro esta órden, y se sometió á ella con resignación; subió á ver al santo, y este le dijo: “He mudado de parecer; porque sé muy bien, que ya podreis vivir tan tranquilo en Roma, como en Nápoles.” En efecto, el padre de aquel jóven se habia arruinado nuevamente por los azares del juego, y ya no volvió á molestar á su hijo.

Fué un dia Felipe al monasterio de la Torre de Miradores, y le recibieron cuatro religiosas que le llevaron á la iglesia. En el camino dijo á una de ellas, llamada Sor Porcia: “¿Queréis que oremos un buen rato?”—“No puedo, respondió, no me lo permite mi empleo.”—“¿Y vos?” dijo á Sor Magdalena Anguillaria.”—“¡Ay! padre mio, respondió ella, yo soy una pobre que no sé tener oración ni hacer nada bueno.”—“¿Qué, repuso el santo, vos no sabeis hacer el bien, estando destinada á conducir y dar ejemplo á las demas? ¿vos no sabeis hacer oración, siendo así que un dia habeis de tener muy grande necesidad de ella; porque ¿qué puede sin la oración la superiora de una comunidad? ¿No conside-

ráis que entonces tendreis ménos libertad que hoy para hablar con Dios, á causa de las muchas ocupaciones de vuestro empleo? Ahora que podeis, haced provision para el tiempo de necesidad.” A este discurso que anunciaba una cosa muy poco probable, las cuatro religiosas se pusieron á reir. “Ríos hermanas mias, les dijo el santo, ríos cuanto queráis, y vos tambien, hermana Anguillaria; pero con toda y vuestra risa, acordaos de lo que acabo de predeciros.” La causa de que se rieran las religiosas, era la certa edad de Anguillaria, que apenas tenia veinte años, y no podía ser superiora hasta los sesenta. Pocos años antes que llegase á esta edad, fué nombrada otra tan robusta y tan sana, que parecía haría mentir la profecía de Felipe; pero ésta religiosa perdió la vista, y la hermana Anguillaria fué electa para sucederle.

Tomás Minervetti y Pedro Antonio Morelli, vinieron un dia á consultar al santo sobre su vocación, enviados por el padre Jesuita Bincio; Tomás queria ser sacerdote, y Pedro religioso. Dijo el santo al segundo: “Vos no sereis religioso,” y al primero “ni vos sacerdote.” Sin embargo, uno y otro insistieron en su designio; pero inutilmente. Tomás acabó por casarse, y Pedro que no pudo ser admitido en ninguna de las comunidades religiosas á que pretendió pertenecer, se ordenó de sacerdote.

Vino á Roma un virtuoso oficial llamado

Otonelli, con objeto de fundar un convento de religiosas, en cuya empresa tropezó con multitud de dificultades. Un amigo suyo le llevó á ver al padre Felipe, para encomendar á sus oraciones aquel negocio, y luego que le vió venir desde léjos, el santo dijo en voz baja á los padres que estaban con él: “Ved, allí viene uno de vuestros compañeros.” Despues de saludarlo, le preguntó cuál era su profesion. Soldado, respondió Otonelli. “Soldado por ahora, repuso Felipe, pero vos sereis sacerdote mas adelante.” Y diciendo esto le bendijo. “Pero, padre, le dijo el oficial, yo no puedo esperar esta gracia; porque tengo una muger y algunos hijos.—“No importa, respondió el santo, esta prediccion se cumplirá.” Poco tiempo despues perdió á su muger y á sus hijos varones; las niñas que le quedaron, entraron á un convento, y él, impulsado por la divina gracia, recibió el sacerdocio.

En 1576, partieron para fundar en Milan una casa de la congregacion, cuatro sacerdotes hijos de Felipe. Hacia muy poco tiempo que se habian establecido, cuando el santo dijo á Tarugi, que les escribiese se volviesen cuanto antes á Roma. Admirado éste de semejante orden, cuyo motivo le era desconocido, se tomó la libertad de hacer observar á su padre, que semejante providencia podria indisponer á los protectores de la obra. “Obedeced, replicó el santo, y no hagais caso de vuestro juicio.” Escribió en efecto, y

luego que aquellos padres recibieron su carta, salieron sin tardanza para Roma. Apenas se pusieron en camino, cuando se declaró la peste en Milán.

Pasó por Roma un clérigo secular, llamado Domingo Rudulsio, á quien sus superiores de Nápoles enviaban á Cremona, y durante su mansion en la capital del cristianismo, no faltó quien le hablase de la santidad del siervo de Dios, lo que despertó en él un vivo deseo de conocerlo. Fué, pues, á la iglesia del Oratorio, en donde se encontraba aquel, se le acercó y le saludó besándole la mano. “Id, padre mio, le dijo nuestro santo, id á donde la obediencia os llama, y trabajad con empeño en la salvacion de las almas. Con el tiempo os llamará Dios al obispado, para que podais hacerles mayores bienes. Yo os prevengo que os aguarda un grande peligro en el viaje que vais á hacer; pero gracias á la proteccion de la Santísima Virgen, saldreis de él bueno y sano, aunque sí os costará mucho trabajo.” El buen secerdote partió al dia siguiente para continuar su viaje, y pasaron algunas jornadas sin que le aconteciese ningun accidente. Pero la profecía de Felipe debia cumplirse en la Toscana. Al llegar nuestro viajero á la falda de los Alpes, arremetió su caballo, sin preveer el peligro, en una horrible ciénega, en que se hundió hasta el pescuezo. Sus compañeros le creyeron perdido, y lamentaban su desgracia; pero él, que no habia olvidado las palabras de nuestro santo,

imploró con confianza el socorro de la Santísima Virgen, y luego sintió desembarazarse sus brazos, y contra toda esperanza llegó á salir de aquel abismo, dejando en él su caballo; mas los aldeanos de aquel lugar, acudieron á socorrerle y lo sacaron haciéndole tirar por cuatro bueyes. Algunos años despues acabó de verificar Paulo V. la prediccion de nuestro santo, elevando á aquel sacerdote á la dignidad episcopal.

CAPITULO XXVIII.

Continuacion del mismo asunto.



UN día que el cuarto de nuestro santo estaba lleno de jóvenes, salió fuera con Pedro Aldobrandini, y le dijo: “Id á decir á vuestros amigos las palabras siguientes: Me manda el padre Felipe, que os diga que he de llegar á ser cardenal, y que entónces no entrareis en mi ca-

sa como os dé la gana.” Este mandato lo hizo avergonzar y le pareció muy penoso; pero acostumbrado á obedecer en todo á nuestro santo, lo cumplió al pié de la letra. No tardó en cumplirse aquella profecía, porque á poco tiempo murió el papa Inocencio, y le sucedió el cardenal Hipolito Aldobrandini, quien hizo vestir la púrpura á su sobrino.

El general Aldobrandini, en una vez que visitó al santo, vió colgadas de la pared de su cuarto, dos pinturas en papel que representaban las insignias de los cardenales, y una calavera en medio de aquellas dos alegorías. Sospechó que en aquello se encerraba algun misterio, y rogó á Felipe se lo esplicase. Excusóse al principio; pero fueron tales las instancias del general, que al fin hubo de ceder, y le dijo riéndose: “Soy tan loco que se me ha puesto en la cabeza, que despues de mi muerte nuestra congregacion ha de dar á la Iglesia dos cardenales.” Verificóse esta profecía á los tres años de haber sido vaticinada; porque apenas habian transcurrido tres meses despues de la muerte del santo, cuando Tarugi y Baronio fueron condecorados con la púrpura cardenalicia. Felipe anunció á sus amigos este acontecimiento, como cosa cierta, mas de veinte años antes de que se verificase, y esto dió lugar á un incidente que merece referirse. Hablaba un dia de los talentos de Baronio, al padre Nerio de la compañía de Jesus, quien estaba al tanto

imploró con confianza el socorro de la Santísima Virgen, y luego sintió desembarazarse sus brazos, y contra toda esperanza llegó á salir de aquel abismo, dejando en él su caballo; mas los aldeanos de aquel lugar, acudieron á socorrerle y lo sacaron haciéndole tirar por cuatro bueyes. Algunos años despues acabó de verificar Paulo V. la prediccion de nuestro santo, elevando á aquel sacerdote á la dignidad episcopal.

CAPITULO XXVIII.

Continuacion del mismo asunto.



UN día que el cuarto de nuestro santo estaba lleno de jóvenes, salió fuera con Pedro Aldobrandini, y le dijo: “Id á decir á vuestros amigos las palabras siguientes: Me manda el padre Felipe, que os diga que he de llegar á ser cardenal, y que entónces no entréis en mi ca-

sa como os dé la gana.” Este mandato lo hizo avergonzar y le pareció muy penoso; pero acostumbrado á obedecer en todo á nuestro santo, lo cumplió al pié de la letra. No tardó en cumplirse aquella profecía, porque á poco tiempo murió el papa Inocencio, y le sucedió el cardenal Hipolito Aldobrandini, quien hizo vestir la púrpura á su sobrino.

El general Aldobrandini, en una vez que visitó al santo, vió colgadas de la pared de su cuarto, dos pinturas en papel que representaban las insignias de los cardenales, y una calavera en medio de aquellas dos alegorías. Sospechó que en aquello se encerraba algun misterio, y rogó á Felipe se lo esplicase. Excusóse al principio; pero fueron tales las instancias del general, que al fin hubo de ceder, y le dijo riéndose: “Soy tan loco que se me ha puesto en la cabeza, que despues de mi muerte nuestra congregacion ha de dar á la Iglesia dos cardenales.” Verificóse esta profecía á los tres años de haber sido vaticinada; porque apenas habian transcurrido tres meses despues de la muerte del santo, cuando Tarugi y Baronio fueron condecorados con la púrpura cardenalicia. Felipe anunció á sus amigos este acontecimiento, como cosa cierta, mas de veinte años antes de que se verificase, y esto dió lugar á un incidente que merece referirse. Hablaba un dia de los talentos de Baronio, al padre Nerio de la compañía de Jesus, quien estaba al tanto

del alto mérito del sugeto, y dijo á Felipe que acaso aquel discípulo suyo, llegaría á ser algun dia papa. “No, respondió el santo, no llegará hasta allá.” El jesuita no echó en olvido estas palabras; y por lo mismo, cuando despues de la muerte de Clemente VIII, supo que se trataba de elegir pontífice á Baronio, dijo con mucha seguridad: “Eso no puede ser; ya Felipe lo predijo.”

El cardenal Pamphili, se complacia en contar la anécdota siguiente. “Yendo yo un dia á casa del bienaventurado padre á confesarme, me dijo: Vos deseariais ser cardenal ¿no es verdad?—Jamás he tenido, le contesté, pensamiento tan atrevido.—Pero á pesar de eso, repuso el santo, vos lo habeis de ser.—Y ¿quién, padre mio, le dije, será el Pontífice que quiera echar sobre su conciencia tal nombramiento?—El me respondió: yo repito que sereis cardenal. Yo ni lo creí ni volví á pensar en ello: y sin embargo, el Papa me elevó á este honor, sin mérito alguno mio, y estoy persuadido que todo lo debo á las oraciones del santo.”

“Recien ordenado, decía el cardenal de Búballo, no cesaba el santo de decirme que algun dia habia yo de ser canónigo de la basílica del Vaticano: y yo me reia de esta prediccion, á la que no daba ningun crédito; y una vez le dije: pero, padre mio, ¿cómo podrá ser esto? jamás me ha visto el papa y ni aun sabe que haya tal hombre entre los vivientes.—Tened paciencia, replicó, y ya

vereis cómo sucede tal cual os lo he dicho. Despues de reirme mucho, me despedí de él, mas incredulo que nunca. Sin embargo, algunos meses despues, me mandó llamar el cardenal-Aldobrandini, y me dijo que el soberano Pontífice acababa de elevarme á esta dignidad. Corrí lleno de gozo á ver al padre, y le dí parte de mi nombramiento.—Eso es poca cosa, me dijo, en comparacion de lo que os reserva, porque os ha de hacer cardenal. Yo no pude creerlo: tan alto favor me parecia imposible. Mas adelante caí enfermo en Francia, y mi hermana le llevó la noticia al santo y le comunicó los temores que tenia por mi vida; pero el buen padre la consoló, diciéndole, que yo no moriria sino despues de ser cardenal. Despues de esto ¿quién podrá poner en duda el que este hombre extraordinario recibió el espíritu de profecía?”

Igual testimonio le tributaba el cardenal Dietricstain. “Siendo yo aún jóven, decía, y camarero del papa Clemente VIII, me llevó un dia el cardenal Aldobrandini á visitar al bienaventurado padre. Aquel anciano venerable, despues de haberme visto, me hizo pasar á una pieza interior, y me puso en la cabeza un virrete viejo encarnado, diciendo al mismo tiempo ¡oh que guapo cardenal! Yo que no conocía entonces ni la santidad de este buen padre, ni su don de profecía, me incomodé interiormente juzgando que se burlaba de mí; pero me cayé en atencion á su vejez.

Sin embargo, el acontecimiento vino muy pronto á verificar la profecía, y á condenar mi incredulidad. Me avergoncé entónces del sentimiento irrespetuoso que experimenté, respecto del siervo de Dios, y ahora no puedo ménos que pedir perdón con todas las veras de mi alma, á su respetable memoria.”

Siempre que se trataba de elegir soberano Pontífice, sabia ya con anticipacion nuestro santo, quién habia de ser el electo. Durante el cónclave que se verificó por muerte de Pio IV, salió un día del Oratorio con algunos de sus discípulos, y levantó los ojos al cielo, diciendo: “Para el lunes próximo tendremos papa.” Oyó esto Marcelo Ferri, y pensó que ya el santo sabia quién debia obtener aquella suprema dignidad; y de aquí es que se propuso preguntárselo para salir de dudas. En efecto, se paseaba solo con él por la ciudad en la mañana siguiente, y le rogó le dijese en lo amistoso, quién reuniría los votos del cónclave. “El cardenal Alejandrino, le respondió el santo; y esta eleccion se verificará precisamente el lunes en la tarde.” La prediccion se cumplió al pié de la letra.

Muerto San Pio V, preguntó á Felipe el mismo Marcelo, quién sería su sucesor. “¿A quién designa la opinion pública?” le dijo Felipe.—Al cardenal Moron, respondió Marcelo.—“No será él, repuso el padre; la eleccion recaerá en el cardenal Buoncompagno.” En efecto, este fué el electo, y tomó el nombre de Gregoio XIII.

Despues del fallecimiento del papa Sixto V, vino á visitar á nuestro santo el cardenal Sfondrato, en cuya presencia hizo reunir Felipe á muchos de sus discipulos, y les mandó que le besasen los pies. Tuvo en seguida una conversacion particular con él, y en ella le anunció su próxima eleccion. El día siguiente vino este prelado á la iglesia del Oratorio, y uno de los padres fué á decírselo á nuestro santo. “Sabed, respondió Felipe, que este cardenal va á ser papa.” Lo fué en efecto, y tomó el nombre de Gregorio XIV. No ignoró tampoco Felipe quién sería su sucesor, y con cuatro meses de anticipacion, predijo la eleccion del cardenal Aldobrandini, así como el nombre que habia de tomar.

Siendo aun secular Alejandro de Médicis, y embajador del gran duque de Etruria cerca de su santidad, le dijo un día Felipe en confianza: “Vos sereis cardenal, y despues os sentareis en la silla de Pedro; pero permanecereis en ella poco tiempo.” Gerónimo Ghtetti, religioso Agustino, refirió este hecho predicando un panegirico de nuestro santo, y aseguró habérselo oído al mismo papa: y Gregorio XV, á quien se hablaba un día de este testimonio, añadió el suyo diciendo: Era yo auditor de la rota á la subida al trono pontificio de Leon XI; fuimos en cuerpo á besarle los pies, y nos dijo entre otras cosas, que su pontificado sería corto, porque sabia que habia de morir muy presto.” Por lo demas, Felipe no hablaba de es-

tas cosas á todo el mundo, sino á sus mas familiares discípulos, á quienes cuidaba de aconsejar no se creyesen de sueños y revelaciones inútiles, que no son por lo comun mas que ilusiones del espíritu engañador.

Este santo hombre habia recibido tambien del cielo el don de ver lo que pasaba en su ausencia, lo mismo que en su presencia. Entraba á su cuarto Baronio un domingo por la mañana temprano, con el objeto de que lo confesara, y le dijo: "Id al momento al hospital del Espíritu Santo á visitar á los enfermos."—"Es demasiado temprano, padre mio, replicó Baronio, y aun estarán todos durmiendo."—"Haced lo que os digo, repuso Felipe, y hacedlo con prontitud." Partió al momento Baronio, y en una de las salas del hospital encontró á un enfermo que estaba acabando; lo confesó, le administró los últimos sacramentos, y apenas habia acabado estos oficios cuando espiró. Al volver á casa dió cuenta de este suceso á nuestro santo, quien le dijo: "Aprended de aquí á obedecer siempre sin contradiccion. "Vino Tarugi á confesarse en otra ocasion, y el padre le dijo: "Hace mucho tiempo que no vais á ver á tal señora. Lo he sentido mucho, y por lo mismo id á verla ahora mismo, y mañana os confesaré." Aquella muger, á quien estimaba mucho Felipe por sus virtudes, estaba al morir cuando Tarugi llegó á su casa, y no tuvo mas tiempo de vida que el preciso para recibir los sacramentos.

Igual servicio prestó el santo á un oficial cuyo estado desesperado, solo pudo saber de un modo sobrenatural.

Volvía un dia para el Oratorio, Antonio Fantino, y desde un balcon lo bañó completamente una muger con una gran cantidad de agua. Indignóse con este insulto, pero no obstante calló, temeroso de indisponerse para confesarse. Luego que llegó al cuarto del padre, le refirió éste lo que le habia sucedido y le reprendió severamente por el movimiento de cólera que no reprimió completamente. Fantino se quedó mudo de admiracion viendo por lo que presenciaba, el don de profecía que habia recibido el santo padre.

Atravesaba éste una vez la ciudad para ir al campo en compañía de muchos de sus hijos espirituales: y al llegar al campo de Flora, experimentó un movimiento extático, y al momento se puso la mano sobre los ojos, y llamando á su fiel Marcelo, le dijo: "¿A qué hombres habeis dado alojamiento en vuestra casa? A unos hombres bien nacidos, respondió, y de un trato muy agradable."—"Tened mucho cuidado, replicó el santo, están maquinando en este momento un asesinato. Espantado Marcelo, se volvió á su casa, llegó felizmente á descubrir sus intenciones, y con su prudencia logró remediarlo todo.

Tuvo una tarde Pablo Recuperati una conversacion secreta con un amigo suyo; y á la mañana siguiente vino á ver al santo, quien le refirió palá-

bra por palabra cuanto habia pasado entre él y su amigo. Aunque él sabia muy bien que este no era conocido de Felipe, creyó sin embargo que tal vez la habria contado á algun otro que habria venido á referirsela. Para salir de dudas fué á informarse de su amigo, quien le protestó formalmente que no habia confiado aquel secreto á nadie: y entonces no le cupo duda que el santo lo habia sabido por revelacion.

Mucio Achillé tuvo en su juventud por director de su conciencia al siervo de Dios, y se habia hecho bajo su direccion, un hombre espiritual. Se volvió á su pátria y allí se descuidó en velar sobre su amor propio y este pérfido enemigo lo puso en un camino de ilusion. Por fortuna suya recibió una carta del santo en la que le avisaba los peligros de su estado, y le encargaba mucho mudarse de vida. Su lectura hizo en su espíritu todo el efecto que era de desearse, porque Mucio se persuadió enteramente que su antiguo director no habria podido saber las cosas que le reprendia, si el Cielo no se las hubiera revelado para su bien.

Recibió Juan Bautista Lamberti una carta de su padre, en la que le avisaba que acababa de morir en Messina un tio suyo, y que le habia constituido su heredero. En consecuencia, se dispuso el jóven para pasar á Sicilia á recoger aquella fortuna que era considerable; y la vispera de su viaje fué á ver al santo, para poner en su conoci-

miento lo que pasaba, y confesarse al mismo tiempo. “Yo os confesaré de muy buena gana, le contestó, pero renunciad al viaje de que me hablais, porque ireis de valde, á causa de que vuestro tio está en plena convalescencia, y no tardareis en recibir una carta amistosa suya acompañada de un regalo que os envia.” Dió crédito Juan á las palabras de su confesor, y ocho dias despues recibió la carta y el presente de que el santo le habia hablado. Fué al momento á darle cuenta de esto, y mirándole Felipe con ojos severos, le dijo: “Quiero que esto quede sepultado en el mas profundo silencio.” Lamberti obsequió la orden de su confesor mientras vivió y no reveló esta prediccion hasta despues de su muerte.

José Marsi tuvo noticias de la muerte de su madre, y fué luego á ver al santo para encomendarla á sus oraciones; pero era tal su dolor, que no le fué posible articular una sola palabra. “Hijo mio, le dijo Felipe, lo que os han escrito no es mas que una falsedad: vuestra madre está buena.” A pocos dias le remitió la Señora una carta escrita por ella misma.

Supo una mañana Julio Savera la muerte de su madre, antes de tener noticia siquiera que hubiera estado enferma, y al momento se fué á confesar con nuestro santo. Entró al cuarto del padre, triste y silencioso, y sin decirle nada, se arrojó para confesarse. Queriendo Felipe consolarlo, le dijo: “Regocijaos, hijo mio, y daos mil

parabienes; vuestra madre está en el cielo," Quedó admirado Julio, al oírle hablar de la muerte de su madre, la que no podía haber sabido sino por un conducto sobrenatural, quedando sumamente consolado por la seguridad que le daba de la salvacion de aquella á quien debía la vida.

Encargó un día Marcelo Vitelleschi, á uno de sus criados, llevase al santo dos vasos llenos de agua de flor de naranja. Por una torpeza del criado solo pudo llevar un solo vaso, á causa de haber roto el otro en el camino; y al recibirlo Felipe le dijo riéndose: "¿Y el otro os lo habreis bebido sin duda?" Quedó admirado el pobre hombre y le contó lo que le habia sucedido. De vuelta á casa, preguntó á su amo, si le habia dicho algo al santo del presente que iba á hacerle; y como la respuesta fué negativa, comprendió desde luego que lo habia sabido por revelacion.



CAPITULO XXIX.

Penetra Felipe los secretos de los corazones.



RECIBIO el siervo de Dios este don en un grado tan admirable, que nada se le ocultaba de la conducta de sus hijos espirituales. Cuanto decían, cuanto pensaban, cuanto bueno ó malo hacian, todo lo sabia y se los contaba á ellos mismos tal cual habia pasado. No podian dejar la oracion, ó disminuir el tiempo que debian emplear en ella, sin que él dejara de saberlo perfectísimamente: y le eran tan conocidas las conversaciones que habian tenido, como si él mismo las hubiera estado oyendo con sus propios oídos. Por lo mismo, aquellos á quienes su propia conciencia tenia algo que reprender, huían de su pre-

parabienes; vuestra madre está en el cielo," Quedó admirado Julio, al oírle hablar de la muerte de su madre, la que no podía haber sabido sino por un conducto sobrenatural, quedando sumamente consolado por la seguridad que le daba de la salvacion de aquella á quien debía la vida.

Encargó un día Marcelo Vitelleschi, á uno de sus criados, llevase al santo dos vasos llenos de agua de flor de naranja. Por una torpeza del criado solo pudo llevar un solo vaso, á causa de haber roto el otro en el camino; y al recibirlo Felipe le dijo riéndose: "¿Y el otro os lo habreis bebido sin duda?" Quedó admirado el pobre hombre y le contó lo que le habia sucedido. De vuelta á casa, preguntó á su amo, si le habia dicho algo al santo del presente que iba á hacerle; y como la respuesta fué negativa, comprendió desde luego que lo habia sabido por revelacion.



CAPITULO XXIX.

Penetra Felipe los secretos de los corazones.



RECIBIO el siervo de Dios este don en un grado tan admirable, que nada se le ocultaba de la conducta de sus hijos espirituales. Cuanto decían, cuanto pensaban, cuanto bueno ó malo hacian, todo lo sabia y se los contaba á ellos mismos tal cual habia pasado. No podian dejar la oracion, ó disminuir el tiempo que debian emplear en ella, sin que él dejara de saberlo perfectísimamente: y le eran tan conocidas las conversaciones que habian tenido, como si él mismo las hubiera estado oyendo con sus propios oidos. Por lo mismo, aquellos á quienes su propia conciencia tenia algo que reprender, huian de su pre-

sencia, al paso que otros que no se hallaban en este caso la solicitaban con ansia. Si alguna vez se daba el caso que algunos de ellos pasaban un rato en vanos discursos ó en algo que pudiera ser reprehensible, bastaba para que se ocupasen de otra cosa, decirles: “¡Cuidado! lo sabrá el Padre Felipe.” Vanamente procuraría algun penitente engañarlo, porque al momento descubría su pèrfida intencion; pero al mismo tiempo podian estar seguras en sus confesiones las personas de conciencia delicada, cuando él quedaba satisfecho de ellas; porque puede decirse que él veía tanto el bien como el mal. Probémos lo dicho con ejemplos.

Rafael Lupo, jóven libertino, tenia por amigo á un discipulo de nuestro santo, y urgido por él á mudar de vida, y queriendo librarse de sus instancias, le ofreció hacerlo así y aun ir en su compañía á ver al siervo de Dios. Creía que con hacer una visita á Felipe, saldría del apuro; pero no era esta la intencion de su amigo. “Aquí tenéis, padre mio, le dijo señalando á Lupo, á un jóven arrepentido de su vida pasada, y que desea expiar sus faltas con la penitencia: hacedle la gracia de confesarle. Se estremeció Lupo al oír lo que proponia su amigo, pues nada estaba mas lejos de su intencion; pero por no disgustarlo, se arrodilló é hizo una confesion fingida. Ilustrado Felipe por Dios del mal estado de la conciencia de aquel hombre, le puso la mano cariñosamente

sobre la cabeza, y le dijo: “En vano, hijo mio, queréis engañar á mi vejez. El Espiritu Santo me ha revelado todos vuestros pecados; confesadlos con toda verdad á vuestro Dios, y esperad en su misericordia.” Herido con estas palabras el falso penitente, mudó al momento de sentimientos; hizo una sincera confesion de toda su vida, y desde aquel dia fué tan prodigiosa su mutacion, que ya no fué el mismo hombre. Reformó sus costumbres ejercitándose en obras piadosas, y por último, entró á la religion de San Francisco en la que vivió y murió santamente.

María Magdalena de Anguillara, se fué á confesar un dia con Felipe con tan corta disposicion, que no pudo acordarse de algunas faltas importantes, de que debia acusarse. Conociólo el santo y le dijo: “Id á examinaros un poco mas, y despues volvereis.” Fué á hacerlo así, y encontró en efecto muchas faltas que vino á decirle; despues de lo cual, temerosa de que aun algo se le olvidase, le rogó que la ayudara con sus preguntas. “Es inutil eso, le respondió el santo, vuestra conciencia está ya completamente limpia.” Al salir de allí, se dijo esta muger á sí misma: “Sin duda alguna, me ha dicho esto el padre para tranquilizarme; porque él no puede ver ciertamente lo que pasa en mi interior.” Volvió á verle á poco tiempo, y el santo le declaró una á una todas las faltas que habia cometido desde su última confesion. Comprendió ella entónces

muy bien el objeto de esta leccion, y miró ya á su confesor, como á un profeta.

Santiago Crecenti estaba un dia muy affligido por el temor de haber olvidado algun pecado grave en sus confesiones, y se lo manifestó así al santo. “Tranquilizaos, hijo mio, le dijo el siervo de Dios; porque si vuestra conciencia estuviera aún manchada, yo la veria claramente: tened esto por cierto.” Francisco de Molaria se confesó generalmente y despues volvió á acusarse de las faltas que aun habia encontrado. Así que acabó, le preguntó el santo si no habia cometido un pecado de tal especie. “Sí padre, respondió.—Y ¿porqué no lo confesais?” Replicó el santo. Francisco respondió que porque creía haberlo hecho ya así. “Os engañais, le dijo el padre; estad seguro que nunca os habeis acusado de él.” Este, despues de una madura reflexion, advirtió en efecto que lo habia olvidado en todas sus confesiones anteriores. José Zerla, afirmaba que no contento el santo con descubrirle sus faltas mas ocultas, le indicaba las tentaciones que le habian de asaltar, y le señalaba los medios de que debia servirse para combatirlas.

Un gráve eclesiástico de Siena, amigo íntimo de muchos de los miembros de la congregacion, vino una vez á Roma y paró en la casa del Oratorio. En la misma tarde de su llegada notó el humor festivo de Felipe, que no pudo ménos de repugnar á sus ideas, y de hacerle dudar de que

este padre fuera un santo, como lo decia la opinion pública. Se fué á reconciliar á la mañana siguiente con él, y no se acusó del juicio de que hemos hablado; acaso porque por la severidad de sus principios le juzgaba justo. Felipe, que veia en su corazon lo que pasaba, le dijo: “¿Porqué no me hablais de la admiracion que os causó ayer la ligereza de mi conducta?” Admirado el penitente de ver que aquel hombre sabia lo que él soio guardaba en su corazon, creyó que recibia de lo alto las luces proféticas, y no pudo dudar ya de su eminente santidad.

Vino un dia una muger á rogar á este buen padre quisiese confesarla: pero esta confesion no era para ella, mas que una ocasion que queria aprovechar para que el santo le diese una limosna. Felipe que conoció su intencion, le dijo: “Marchaos, buena muger; no hay aquí limosna para vos.” Como confesor experimentado, no podia sufrir que se hiciera comercio de la devocion; pero por lo demas, tenia buen cuidado de socorrer las necesidades de sus penitentes pobres, por medio de manos estrañas, á fin de que nadie viniese á su tribunal con otra mira, que con la de remediar sus necesidades espirituales.

Si alguno le ocultaba á sabiendas alguna falta, luego al momento lo reprendia severamente, y le hacia hablar con sinceridad. Hector Modio, no le manifestó un dia en su confesion, ciertas tentaciones de que no habia salido muy limpio. “¿Qué

confesion es ésta? le dijo el santo. ¡Habeis tenido pensamientos impuros, los habeis desechado con suma negligencia, y los callais!” Esta correccion produjo su efecto, porque el jóven se confesó ya desde entónces con la franqueza conveniente.

Otro de sus penitentes, despues de una borrasca nocturna de que no salió muy limpio, no se atrevió á ir á ver al santo la mañana siguiente, como se lo habia propuesto. Sin embargo, se resolvió á ir en la tarde al Oratorio cuando ya habia en él una buena reunion y procuró ponerse en un lugar apartado, para que el padre no le viese. Pero vana precaucion. Felipe se fué derecho á él y sacándolo aparte, le refirió cuanto le habia pasado en aquella tentacion. Otra vez fué este mismo hombre á un lugar peligroso, temiendo siempre que su confesor lo llegase á saber. Lo supo en el acto, y no dejó de decírselo en primera ocasion, dándole una muy buena reprimenda.

Otro procuró engañarle, ocultándole ciertos pecados graves. Luego que acabó su confesion, le dijo el santo: “Agregad ahora tal pecado que me ocultais por vergüenza, y despues tales otros que vuestro orgullo os ha hecho callar hasta hoy.” Confundido el pobre penitente no pudo contener sus lágrimas, y solicitó hacer una confesion de toda su vida. Mudóse su corazon desde aquel momento é hizo su acusacion con toda la franqueza que era de desear, siendo ya en lo sucesivo un

hombre tan piadoso, como perverso habia sido hasta entónces.

Otro temblaba á sus pies, como la hoja de un árbol, y permanecía mudo de vergüenza y dolor. “¿Por qué no me hablais, hijo mio? le dijo el santo. ---Padre mio, le respondió, tengo un pecado tan gráve, que no me atrevo á confesaroslo.--Sosegaos, le dijo Felipe: lo estoy mirando en vuestra conciencia, es tal cosa.”

Uno de sus discípulos jóvenes, cometió, por una desgracia, un pecado vergonzoso: le faltó valor para írselo á manifestar á su padre, y fué á confesarse con otro sacerdote. Luego que vino despues á reconciliarse, le dijo Felipe: “Temisteis, hijo mio, venir á acusaros conmigo de la desgracia que os sucedió, y fuisteis á manifestársela á otro, ¿qué habeis ganado con eso? Dios me la ha revelado, para que tengais dos vergüenzas en lugar de una: es tal cosa.” Podría citar muchos ejemplos semejantes; pero ya sobra con los que llevo dichos á cerca de este género de profecías: hablaré ahora del conocimiento que tenía de las tentaciones que affigian á las almas, y de los diversos secretos encerrados en lo íntimo de los corazones, sabidos de solo Dios.

Blas Betti era presa, hacia ya mas de un año, de unas tentaciones tan violentas, que ni la oracion ni la maceracion de su cuerpo habian podido librarlo de ellas. Ocurrióle el pensamiento de ir á pedir consejo á Felipe; y en consecuencia, se fué á la

iglesia del Oratorio, á donde el santo estaba confesando. Viendo que tenia ya poca gente, se determinó á aguardarle, paseándose entretanto, bajo el peristilo. Felipe inspirado del Cielo, luego que acabó de confesar, se fué á buscarle, y le dijo: “Ya sé á lo que venís. Id á ver á vuestro confesor,

y haced lo que os mande. Las tentaciones que os atormentan no podrán resistir á la obediencia.”

Admirado Blas de oírle hablar con tanta instruccion á cerca de su estado interior, cosa que no le era posible saber por medios humanos, le obedió con tanta prontitud como confianza y consiguió verse libre de sus terribles tentaciones.

Claudio Neri, célebre jurisconsulto, era tambien un hombre de eminente piedad é íntimo amigo del padre Felipe. Violentamente tentado por el espíritu de tinieblas, dejó poco á poco sus egerecicios espirituales, y renunció á la frecuente comunión. Mas de una vez tuvo el pensamiento de abrir su corazon á su amigo; pero siempre se lo impedía un malhadado temor, y fué preciso á su pesar, que la bondad divina le entregase á los benéficos consejos de éste hábil médico. Hé aquí con que ocasion tuvo lugar esta gracia del Cielo. Cayó enfermo Felipe, y el afecto que Claudio le profesaba, le condujo al lecho del santo, quien despues de hablarle sobre diversas cosas, se le quedó mirando, y le dijo: “Estoy dispuesto á oír lo que me quereis decir.---Yo no tengo cosa que deiros, padre mio, respondió Neri: únicamente

he venido á visitaros.---Si, sí, replicó el santo, vos teneis que comunicarme cierta cosa que os interesa.---No, padre, yo os aseguro que no, respondió Neri; cuyo espanto se echaba de ver cada vez mas y mas.---Supuesto que no quereis hablarme, oíd lo que os voy á decir. Tenía yo un amigo muy querido á quien asaltaban unas graves tentaciones que debió haberme manifestado, pues la gracia y la amistad así lo exijian: pero le faltó valor para ello, y prefirió quedarse sin consejo y sin apoyo; por lo cual vino á ser muy presto el juguete de su enemigo, que lo ha obligado á dejar una tras otra sus devociones; lo ha alejado de la sagrada mesa, y ha puesto en gran peligro su salvacion. Si él hubiera sido un poco mas humilde, me habría declarado que el demonio impuro le atormentaba de tal y tal manera, y yo le habría indicado el remedio.” El pobre Neri se quedó de una pieza, sin poder articular una palabra; pero se aprovechó del remedio y consiguió su curacion.

Vicente Begeo, jóven lisonjeado por las vanidades del mundo, tuvo un dia el pensamiento de hacerse religioso dominico, y sin meditarlo mas, se fué al convento de Santa María Minerva, pidió audiencia al padre maestro de novicios, y le dió parte de la inspiracion que habia tenido. “¿Hace mucho tiempo, le preguntó el religioso, que os ocupa este pensamiento?---No, padre, respondió Vicente; me ha venido ahora yendo por tal calle.

Es, sin duda una inspiracion; tal la creo y podeis estar cierto de ello.---Esta sería una imprudencia, hijo mio, le dijo el religioso. Yo os aconsejo que vayais á ver al padre Felipe y que le consulteis este negocio; y entónces volvereis á darme parte de su modo de pensar, que para mí será el de Dios." Vicente se encaminó al Oratorio, y encontró en la puerta de la iglesia al santo hablando con una persona. Luego que estuvo bastante cerca de él, levantó Felipe la cabeza, y le dijo: "Aguardad, hijo mio, mientras acabo con este señor; ya sé á lo que venís." Luego que se retiró aquella persona, se acercó al jóven, le puso cariñosamente la mano en la cabeza, y le dijo: "El maestro de novicios del convento de Minerva, os envía á mí para que me consulteis si teneis vocacion para dominico. Id á decirle de mi parte, que el deseo que sentís viene de Dios." Asombrado Vicente de aquella respuesta profética, corrió á comunicarla al maestro de novicios, quien le dijo riéndose: "Supuesto que Dios quiere que seais dominico, yo tambien lo quiero; venid lo mas pronto que podais." Cinco dias despues vistió el hábito religioso en presencia de Felipe, á quien el jóven habia convidado para que fuera testigo de su dicha.

Domingo Scoppa, á quien el Cielo llamaba al estado religioso, se detenía en el siglo á causa de algunos temores quiméricos, que no se atrevía á manifestar á su confesor. Viendo éste que no podía

determinarlo, le propuso se sujetase al dictámen de Felipe, y habiendo consentido en ello, le condujo al santo. Este le exhortó eficazmente á que siguiese la inspiracion de la gracia, asegurándole que ella era la que le inclinaba á hacerse religioso. Despues le llevó aparte, y le dijo al oido: "Tened ánimo, esa pobreza que temeis ahora, será un delicioso consuelo para vos." Sorprendióse Domingo al ver que el santo leia lo que pasaba en su corazon; porque su indecision no tenía otra causa ciertamente que aquel temor, el cual no habia jamás confiado á persona alguna. Desde entónces no vaciló ya en su vocacion, y experimentó lo que el santo le habia prometido.

Luis de Torres, discípulo jóven de nuestro santo, reparó un dia en la vejez del vestido del padre y resolvió comprarle uno nuevo. A la mañana siguiente volvió de su casa provisto del dinero necesario, con intencion de ir á comprar el género propio para el efecto. Felipe, instruido por Dios del designio de su discípulo, le llevó á su cuarto, y abriéndole el estante en que guardaba su ropa, le dijo: "Ya veis que no me faltan vestidos; no hagais, pues, un gasto inútil." Fué arrebatado Torres de admiracion, porque á nadie habia comunicado su pensamiento; y mas tarde, hallándose ya revestido de la púrpura romana, depuso este hecho bajo la sagrada religion del juramento.

Tenía Claudio Neri una hija que deseaba ser religiosa de cierto convento, pero él quería que lo

fuese de otro. Sabedor de esto Felipe por el Cielo, fueron tales sus oraciones, que llegó á conseguir que la jóven mudase de inclinacion y entrara gustosa al monasterio que su padre había escogido, que fué el de la Torre de Miradores.

Acababa de perder á su esposo Constanca de Drago, y se hallaba con tal motivo entregada á un acerbo dolor. Creyó nuestro santo un deber suyo, hacerle una visita de consuelo, y esta señora, al verle, se dijo á sí misma: "Mas valiera que se hubiera muerto este viejo que no mi esposo que era todavía tan jóven."---Teneis razon, hija mia, le dijo el santo, respondiéndole á su pensamiento. Yo no soy ya mas que un cadáver ambulante, y vuestro esposo era un hombre en la flor de su edad." Constanca se llenó de vergüenza y pretendió disculparse; pero su turbacion se lo impidió. En su pesar, había resuelto hacer no sé qué buena obra, que ya despues no quiso ejecutar: pero este secreto había permanecido en su corazon. Sin embargo, Felipe la vió un dia en su iglesia, se acercó á ella, y le dijo: "Y aquella buena obra que prometisteis ¿cuándo la cumplis? Ya sabeis que no es conveniente abandonar una buena resolucion." Prometió Constanca ponerla en práctica y cumplió su palabra.

Fué un dia el santo á ver á las religiosas de Santa Marta, y muchas de ellas aprovecharon la ocasion para abrirle sus corazones. Entre ellas había una que atormentada hacía ya mucho tiempo

de un pensamiento de desesperacion, no se había atrevido á descubrirlo á nadie. Sin embargo, llena de confianza en las luces del santo, se resolvió á confesárselo. Luego que ella estuvo cerca de él, y antes que abriera la boca, el siervo de Dios le dijo riéndose: "Váya que lo habeis hecho bien, hija mia, os estais creyendo condenada á las llamas eternas, siendo así que es vuestro el paraiso."---No lo puedo creer, padre mio, respondió ella.--- Eso quiere decir que sois una tonta, replicó el santo, y os lo voy á probar. Decidme, Escolástica, ¿por quién murió nuestro Señor Jesucristo?---Ella respondió: Por los pecadores.--Ahora, añadió Felipe, decidme, ¿qué cosa sois vos?---Yo soy una grande pecadora, respondió Escolástica llorando.---Luego Jesucristo murió por vos, repuso el santo, y murió tambien para abriros las puertas del cielo. Está claro, pues, que el paraiso es vuestro; porque no me cabe duda que vos detestais vuestros pecados." Movida milagrosamente la religiosa con estas palabras, desde aquel momento comenzó á respirar, y aquella dulce palabra, "el paraiso es vuestro," no cesó durante su vida de consolar y de regocijar su alma.

Un jóven de diez y seis años, revestido ya del sacerdocio, vino un dia con traje de seglar á ver al santo. Este, despues de habersele quedado mirando, le dijo: "A pesar de vuestro disfraz, estoy mirando que sois sacerdote.---¡Oh! sí, respondió él. Mis parientes me han obligado á tomar

este estado, por despojarme de una rica herencia." Felipe le recibió en su casa, le hizo instruir en las ciencias necesarias á su profesion, cuidó muy particularmente de su formación espiritual, y cuando ya hubo hecho de él un sacerdote virtuoso y capaz, le envió muy gozoso á su pais. ¿Pero cómo pudo conocer que este jóven era sacerdote, en una edad tan tierna y bajo tan completo disfraz? Esto mismo le preguntó Tarugi, y él le respondió, que habia visto brillar en el rostro de este jóven el esplendor de su carácter.

El cardenal Federico Borromeo, atestiguaba que el santo conocía, con solo ver á sus discípulos, los cambios que hacian en el bien ó en el mal. Dijo un dia á uno de ellos: "¡Ay, hijo mio, que fea está vuestra fisonomía!" Comprendió el jóven lo que le queria decir, y movido con esta reprehension, se apresuró á poner su alma en buen estado. Luego que volvió á ver al padre, aunque éste ignoraba lo que habia hecho su discípulo, notó muy bien que su corazon estaba ya purificado, y le dijo sonriéndose: "¡Qué hermoso estais hoy, hijo mio! así es como yo os quiero."



CAPITULO XXX.

Prudencia y discrecion de Felipe, en el gobierno de las almas.

AUNQUE Felipe estaba lleno de desprecio hácia su persona, y quería que los demas tambien lo despreciasen, á cuyo fin se fingía siempre nécio y aun insensato, ninguno se engañó con sus estratagemas, antes bien, todos los que le trataban reconocian en él una suma prudencia y habilidad, por lo que de todas partes le consultaban como un oráculo. El papa Gregorio XIV seguía su parecer en los negocios de alta gravedad. Clemente VIII hizo otro tanto, muy especialmente cuando se trató de volver á la fé católica al rey de Francia Enrique IV. Leon XI recurría aún con mas frecuencia á la sabiduría de sus consejos. San Carlos Borromeo tenía con él conferencias de muchas horas. No se desocupaba su

este estado, por despojarme de una rica herencia." Felipe le recibió en su casa, le hizo instruir en las ciencias necesarias á su profesion, cuidó muy particularmente de su formación espiritual, y cuando ya hubo hecho de él un sacerdote virtuoso y capaz, le envió muy gozoso á su pais. ¿Pero cómo pudo conocer que este jóven era sacerdote, en una edad tan tierna y bajo tan completo disfraz? Esto mismo le preguntó Tarugi, y él le respondió, que habia visto brillar en el rostro de este jóven el esplendor de su carácter.

El cardenal Federico Borromeo, atestiguaba que el santo conocía, con solo ver á sus discípulos, los cambios que hacian en el bien ó en el mal. Dijo un dia á uno de ellos: "¡Ay, hijo mio, que fea está vuestra fisonomía!" Comprendió el jóven lo que le queria decir, y movido con esta reprehension, se apresuró á poner su alma en buen estado. Luego que volvió á ver al padre, aunque éste ignoraba lo que habia hecho su discípulo, notó muy bien que su corazon estaba ya purificado, y le dijo sonriéndose: "¡Qué hermoso estais hoy, hijo mio! así es como yo os quiero."



CAPITULO XXX.

Prudencia y discrecion de Felipe, en el gobierno de las almas.

AUNQUE Felipe estaba lleno de desprecio hácia su persona, y quería que los demas tambien lo despreciasen, á cuyo fin se fingía siempre nécio y aun insensato, ninguno se engañó con sus estratagemas, antes bien, todos los que le trataban reconocian en él una suma prudencia y habilidad, por lo que de todas partes le consultaban como un oráculo. El papa Gregorio XIV seguía su parecer en los negocios de alta gravedad. Clemente VIII hizo otro tanto, muy especialmente cuando se trató de volver á la fé católica al rey de Francia Enrique IV. Leon XI recurría aún con mas frecuencia á la sabiduría de sus consejos. San Carlos Borromeo tenía con él conferencias de muchas horas. No se desocupaba su

cuarto de cardenales, de obispos y de príncipes que venian á someter á su juicio sus embarazos y dificultades. El célebre general de la compañía de Jesus, Claudio Acquaviva, no obstante su muy conocido saber, tenia con él largas y frecuentes conferencias sobre los negocios de su religion. Los superiores de las demas órdenes hacian otro tanto, y uno de ellos, despues de la muerte del santo, depuso lo siguiente, bajo la sagrada religion del juramento: “Yo he tenido ocasion de consultar á cuantos hombres eminentes en ciencia y virtud encierra Roma, y no he encontrado otro que haya resuelto mis dudas con tanta prudencia y tino como el padre Felipe.”

No habia para él negocio embrollado, y sabia siempre encontrar medio para salir de los mas intrincados. Es cierto que algunas veces parecian sus consejos azevidos y aun imprudentes; pero los resultados venian siempre á justificarlos, sucediendo entónces la admiracion al temor que se habia tenido en seguirlos. Por lo demas, no le gustaba ingerirse en asuntos ajenos, y no se entregaba nunca sino con una prudente reserva á su humor officioso. Encargábale uno en cierto dia, que fuera á hablar al papa á cerca de un negocio que no le interesaba, y respondió: “Cualquiera otro que yo, puede hacer eso con mejor éxito: la prudencia exige que economice mis recomendaciones al pontífice, para tenerle grato cuando sea necesario; de lo contrario pareceré importuno.”

Procedia con tanta seguridad en el discernimiento de espíritus, que en esta materia parecian infalibles sus juicios. Todos los que por su dictámen abrazaron el estado religioso, vivieron felices y contentos en él hasta el fin de su carrera; y por el contrario, los que se entraron á él contra su parecer, mas tarde ó mas temprano, tuvieron motivos de arrepentirse. Y á pesar de los peligros del siglo, aquellos que por seguir la opinion de este grande hombre, se quedaron en el mundo, hicieron grandes progresos en la virtud; prueba evidente de que estaban en su verdadera vocacion. Hé aquí algunos ejemplos.

Juan Bautista Vitellio, jóven de una conducta arreglada, vino expresamente desde Foligno á Roma, para saber de boca de Felipe cual era su vocacion. Al comenzar su confesion, le dijo: “Padre mio, os entrego enteramente mi voluntad, y estoy dispuesto á seguir la vocacion que Dios me manifieste por vuestro medio. Pero como es necesario que ante todo me conozcais, voy á hacer os una confesion general.” Y al decir esto, sacó un papel de su bolsa é iba á darle lectura; pero el santo se lo quitó de la mano y lo hizo pedazos, diciendo: “Ya está; basta.” Quería sin duda experimentar su obediencia, la cual fué perfecta, pues el jóven no se permitió la menor observacion. Lo admitió el santo desde entónces á su amistad, con el objeto de poderlo humillar y mortificar á su gusto; pero el nuevo discípulo salió triunfante

de unas pruebas tan difíciles que costaba trabajo soportarlas á algunos religiosos. Mas á pesar de todo, nada le decía el santo respecto á su vocación, no obstante que por eso se había puesto en sus manos. Callaba, pues, y aguardaba tranquilo la resolución de Felipe. Un día se fué á orar á la iglesia de San Buenaventura, y le pareció oír una voz que le decía interiormente: "Juan Bautista, vuélvete á Foligno." Luego que volvió á ver al santo, no le dijo una palabra respecto de esta orden del Cielo; pero Felipe que ya la sabía, le dijo: "Es voluntad de Dios que permanezcáis en el siglo: volved á Foligno, donde os quiere por ahora, y permaneced allí hasta que os mande otra cosa." Bien sabía, al decir esto, que la Providencia nunca le llamaría á otra parte; pero quería que tuviese libre su corazón de todo apego á su familia y á su patria; disposición importante para la vida espiritual. Juan Bautista volvió en efecto al país de su nacimiento; en donde no cesó de edificar á sus habitantes, habiendo muerto santamente después de una vida de mas de ochenta años.

Cuando Baronio era todavía joven, quiso ser capuchino, y Felipe le negó su consentimiento, el que no pudo conseguir á pesar de sus continuas instancias. Murmuraron algunos de este consejo, y aun se atrevieron á decir que Felipe no apreciaba las órdenes religiosas. Supo estos rumores; pero no hizo aprecio de ellos, porque sabía ya lo que Dios quería hacer de su joven discípulo.

Francisco Puccio se creyó igualmente llamado á tomar el hábito de capuchino, y manifestó su deseo al bienaventurado padre: "No penseis en eso, hijo mio, le decía, se opone vuestra salud á que seáis admitido en esa orden; y no sois á propósito para el estado religioso: permaneced en el siglo, y en él sereis mas útil para vos y para los demás." Este razonamiento, en lugar de convencer á Puccio, encendió mas sus deseos, y volvió tantas veces á la carga, con nuevos argumentos, que al fin, vencido el padre por su tenacidad, le dijo un día: "Id, pues, á los capuchinos, supuesto que creéis que Dios os llama allá; pero yo sé que no permaneceréis entre ellos." En efecto, entró en el convento de capuchinos de Viterbo, en el que estuvo seis meses como un fervoroso novicio; pero en seguida se quebrantó su salud, y tuvo que volverse á su patria, en donde se enfermó gravemente. Parece que esto era suficiente para que conociese este hombre su error y renunciara á un proyecto que le dictaba su propia prudencia. Pero sucedió todo lo contrario, pues hizo voto de continuar su noviciado si llegaba á sanar. Restablecióse en efecto, y á penas recobró sus fuerzas, cuando se puso en camino para volver al monasterio. Al pasar por Roma, el santo procuró detenerle, pero no lo consiguió, porque el voto que había hecho le servía de excusa. Felipe le ofreció conmutársele; pero no quiso. Entonces el buen padre escribió al general de los capuchinos,

instruyéndole de lo que pasaba, y le envió á su jóven al dia siguiente. “¿Qué quereis?” le dijo el prelado al verle entrar á su cuarto.—“Vengo, respondió Francisco, á solicitar de vuestra reverencia la gracia de continuar mi noviciado, que una enfermedad me obligó á dejar.—Eso no puede ser, respondió el general; porque vuestra salud es demasiado débil para que podais guardar nuestra regla, y es preciso que penséis en otra cosa.” Francisco alegó el voto que habia hecho; mas el superior le contestó: “Eso está bueno para vos, pero no para mí que no he hecho voto de admitiros,” y le despidió. Su pretendida vocacion no pudo ya resistir y se desvaneció como un sueño. Dócil ya este jóven á los consejos del santo, se ordenó de sacerdote y llegó a ser arcediano de Prenestino, en donde hizo innumerables bienes.

Un jóven portugués de diez y siete años, llegó á ser bájio la direccion de Felipe, uno de los mas raros hombres espirituales. No solo excedía en virtud á los demas discípulos del santo, sino que hablaba de las cosas de Dios con una sabiduría prodigiosa y de un modo sumamente agradable. Los directores mas eminentes en ciencia y virtud, solicitaban su conversacion, y no se cansaban de oírle discurrir sobre las cosas mas sublimes de la mística teología. Despues de llegar á tan elevada perfeccion, le vino el deseo de hacerse religioso y se lo manifestó á su santo director, quien en lugar de aprobarle su pensamiento, lo combatió

cuanto pudo. Insistió el jóven y fueron tantas sus instancias, que al fin llegó á decirle Felipe: “Id, hijo mio; y supuesto que así lo quereis, yo os entrego á los deseos de vuestro corazon.” Este language hubiera debido espantarle; pero era tal la violencia de su deseo, que no le dió lugar á la reflexion. A pocos dias entró al monasterio que habia elegido, pasó su noviciado de una manera edificante y se le admitió á la profesion. Convidóse á Felipe para aquel acto y asistió á él con Tarugi y algunos otros padres del Oratorio; pero se retiró á un rincon de la iglesia y se puso á llorar amargamente. Notó esto Tarugi, y acercándose á él le preguntó la causa de aquel copioso llanto. “Lloro, le dijo Felipe, las virtudes de este hijo querido.” No comprendió por entónces Tarugi esta respuesta enigmática; pero la conducta del jóven religioso vino á revelar muy pronto su significado. Se llegó á relajar de tal suerte, que ya no guardaba ninguna de sus reglas, y acabó por salirse del convento sin dejar por esto el hábito; y empleó el resto de su vida en vagar por el mundo.

Por aquel mismo tiempo vivía en Nápoles una doncella llamada Ursula Benincasa, cuya santidad era tan afamada en aquella poblacion, que llegó á noticias del papa Gregorio XIII, quien la hizo venir á Roma y encargó á Felipe, cuyo espíritu de discernimiento conocía, la examináse y le diese cuenta de sus observaciones. Nuestro san-

to probó por muchos dias su humildad, su paciencia y obediencia, afectando no dar crédito á sus éxtasis y raptos, tratándola con aparente desprecio, y privándola por mucho tiempo de la sagrada comunión. Luego que se cercioró que el espíritu de Dios guiaba á aquella muger, manifestó su juicio al sumo pontífice, y cuidó antes de que volviese á su pátria esta santa jóven, de precaverla con sus consejos de los embustes del demonio.

“Cuando se quiere saber, decía, si el espíritu de Dios guia á una alma, es preciso mortificarla. La mortificación es una piedra de toque, cuyo efecto es infalible.” Así es que no dejaba de aplicarla á todos aquellos cuya santidad quería calificar para gloria de Dios ó provecho de otros.

El insigne orador Alfonso Lupo, fué á predicar un dia al Oratorio, y se disponia ya para subir al púlpito, cuando se le presentó Felipe y le dijo en voz alta mirándole con un aire muy desdenoso: “¿Vos sois Lupo, ese predicador afamado, que engañado con los aplausos del pueblo, se cre mejor de lo que es; y que se gloria neciamente de subir á los púlpitos mas distinguidos de la Europa católica? Tened entendido que la Italia posee oradores cristianos que os aventajan mucho en doctrina y santidad.” El virtuoso Lupo no se desconcertó con aquel apóstrofe tan inesperado y humillante: antes bien se arrodilló á los pies del santo, y le dijo llorando: “Es cierto lo que decis, padre mio; y os estoy muy reconocido por

el servicio que me haceis en abatir mi indomable orgullo.” Encantado Felipe de ver en aquel hombre tanta humildad y tanta afabilidad, se apresuró á levantarlo, y le dijo abrazándole con ternura: “Sois un sacerdote digno de anunciar la palabra de Dios; y su Magestad bendecirá siempre vuestro ministerio. Id pues, y rogad al Señor por mí.”

Habia entónces en Roma un tercero de la orden de San Francisco, que gozaba de una alta reputacion de santidad. El cardenal Cusano, protector de esta religion, le envió un dia á nuestro santo para que le probase, segun se lo tenia ya encargado. Felipe al verle entrar, le miró de arriba á bajo, y dijo con un tono de desprecio: “¿Qué casta de hombre es este?” En seguida le presentó su bolsa diciéndole: “Tomad de aquí lo que querais.” Gozoso con esta humillacion el buen religioso, y deseando todavía aumentarla, se arrojó sobre la bolsa con cierta ansiedad, y fingió querer tomar todas las piezas de moneda que contenia, aunque al fin no tomó ninguna. Notólo Felipe, y dijo á uno de los suyos: “Parece que mas necesita de pan que de dinero: id á traer algo con que satisfaga su necesidad.” Luego que trageron el pan, comió aquel hombre algunos bocados de una manera voraz, y echó el que le sobró en su saco. “Querria saber, le dijo Felipe, cual es vuestra oracion.” El le rezó con un aire necio la oracion dominical. Todo este manejo agradó demasiado á

nuestro santo, y no pudo dudar que aquel hombre tenia una virtud sólida. Para acabar la prueba, le dijo bruscamente que se fuera. Despues escribió al cardenal diciéndole que una virtud tan humilde y tan paciente, no dejaba lugar á que se sospechase de ella, y que con toda seguridad podia decirse que aquel hombre era un santo.

Los consejos que daba este maestro consumado á los directores de almas, iban siempre marcados con el sello de una admirable sabiduría. El lector podrá juzgar de ellos por los pocos que nos han conservado sus historiadores. “Hay algunos directores, decia á sus padres, que no conocen otro aliciente que el que Dios les ha dado, ni otro camino para las almas que el que ellos siguen: y quieren que por bien ó por mal, todos sus penitentes pasen por él. No imiteis semejante ejemplo. El que obra de esta suerte, usurpa los derechos del Espíritu Santo; expone á las almas á estraviarse, y detiene sus progresos en la virtud, sujetando sus movimientos espirituales. Hay tambien, añadía, otro mal que temer, y es el dejarles libertad de hacer cuanto quieran. En este difícil camino es preciso ir paso á paso, so pena de agotar las propias fuerzas, y entónces detenerse, ó ir para atras: por otra parte, un fervor poco prudente nace por lo comun de un principio de orgullo. Por último, conviene que la alma descansa algunas veces, y se enseñe á someter su entendimiento y voluntad.

“No aprobaré jamás, decia, que los penitentes muden de confesor sin que haya motivo suficiente para ello. De esto resultan mas inconvenientes que ventajas; y de aquí es que conviene no recibir á aquellos que vienen á uno sin un motivo legítimo, y volver á enviar á su primitivo confesor á los que se habia recibido por una utilidad pasagera.” Así lo hacia él mismo en semejantes casos. Nero de Nigri se confesaba ordinariamente con un religioso servita, y Felipe le recibió durante una enfermedad de su confesor: pero luego que este sanó hizo que volviese á él. Altobello, Canónigo de San Márcos, se puso bajo la direccion de nuestro santo, durante un viaje que hizo á Polonia el Padre Bordini, su confesor habitual; y le agradó tanto el modo de Felipe, que ya no queria dejarlo cuando volvió su director; pero el santo no fué de este parecer. Desde la mañana siguiente al dia de su llegada, dijo al canónigo que venia á confesarse segun su costumbre: “¿Habéis visto á vuestro padre espiritual?—No, respondió este.—Pues bien, repuso el santo, es preciso que vayais á verle y que os pongais de nuevo bajo su direccion.—Quiero mejor quedarme con vos, le dijo Altobello; os ruego me dispenseis esta gracia. —Seré siempre vuestro amigo, respondió Felipe, pero conviene que os volvais con Bordini.”

Le gustaba ver á los casados escoger libremente á un mismo confesor; porque decia, le es mas fácil á este hacerlos vivir en buena armonia. Re-

comendaba mucho á los penitentes que aspiraban á la perfeccion, que se conformasen en todo con la voluntad de su confesor; que no procurasen nunca el hacerlos pensar como ellos en ninguna cosa; que no se permitiesen interpretar sus pareceres; y sobre todo, que nunca emprendiesen ninguna maceracion sin haber antes obtenido su licencia. Tampoco aprobaba que hiciesen voto alguno sin prévia consulta de su director, y decia que en esto debian proceder los confesores con mucho tiento. Fundaba este dictámen en aquellas palabras del Eclesiástés: “Vale mas no hacer voto alguno, que hacerlo y no cumplirlo (Eccles. 5, 4).” Era enemigo de la inconstancia, y queria que cada uno permaneciera en su estado, mientras en él no hubiera ocasion de pecado.” “¿Se busca la perfeccion? decia; pues esta se puede adquirir tanto en medio del siglo, como en la soledad del claustro, y no hay profesion honesta que sea incompatible con el servicio de Dios.” Muchos de sus discipulos se hallaban empleados en las cortes de los príncipes, en las que vivian virtuosamente; y quando alguno quiso desprenderse de ellas, nunca lo consintió. Este grande hombre que formó una multitud de religiosos, tuvo tambien muchos penitentes, que con placer de él vivieron santamente en el seno de sus familias. Darán á conocer su espíritu sobre el particular algunas de las máximas que le eran familiares. “Es inútil consultar, decia, cuando se quiere pasar de un es-

tado malo á otro bueno; pero para cambiar uno bueno por otro mejor, es necesario pensarlo mucho, consultarlo y pedir á Dios su luz. Lo que es mejor en sí, no puede serlo para todos. Es una ilusion creer que tiene uno derecho de pasar de un instituto á otro, quando este último es mas perfecto. Para hacer tal cosa, es necesario saber si tal es la voluntad de Dios.” Ningun confesor dirigia con mas prudencia y sabiduría á las mugeres: les exigia precisamente el que se ocupasen en sus trabajos domésticos, y que permaneciesen encerradas en sus casas, hasta donde les fuese posible. Una persona quedó admirada un dia de oírle alabar, con un encarecimiento extraordinario, á una Señora de Spoleto, y le preguntó el motivo porque la elogiaba tanto, y respondió: “La alabo porque hila lana.” Esta respuesta provocó la risa de su interlocutor; pero el siervo de Dios le citó aquellas palabras del Espíritu Santo en el libro de los Proverbios: “La muger fuerte ha hecho grandes cosas, porque sus dedos manejaron el huso.” Basta lo dicho para hacer resaltar la prudencia y discrecion de este gran santo.



CAPITULO XXXI.

Arroja Felipe los demonios, aparece á los ausentes y resucita un muerto.



SIN embargo de que repugnó siempre á nuestro santo todo lo que pudiese granjearle la estimacion de los hombres, se vió no obstante algunas veces obligado á obrar prodigios que indicaron manifiestamente el poder que el Cielo le dispensaba. Confirman los hechos lo que acabo de decir. Le trajeron de la Campaña á una jóven llamada Catarina, para que la librase con sus oraciones de un demonio que la poseia. Esta posesion se manifestaba de un modo que no dejaba lugar á la duda: porque aquella muger á pesar de no tener ningunos principios, se esplicaba fácilmente en griego y en latin: y eran

tales sus fuerzas físicas, que no la podian contener muchos hombres de completa robustez. Cuando el santo mandó que se la llevasen, ella lo supo á pesar de su ausencia, y decia: “Ese padre manda que me lleven;” huyó al momento, y se fué á ocultar en el mas secreto rincon de la hospedería, siendo necesario conducirla por medio de la violencia á la iglesia. No necesitó nuestro santo de ocurrir á los exorcismos para librar aquella muger. Hizo llevarla á la iglesia de San Juan de los Florentinos, y se puso en oracion. Esto fué lo bastante para que el tirano que oprimia aquella infeliz, huyése y la dejase libre para siempre.

Lucrecia Cotta padecía ya, despues del largo espacio de ocho años, un maleficio que causaba lastima el verla. Unas veces volteaba sus ojos de un modo espantoso, y otras quedaba ciega completamente. Experimentaba tambien unas convulsiones tan terribles, que no eran suficientes á contenerla muchas mugeres juntas. No comia ni dormia, y estas privaciones unidas á sus sufrimientos, la habian reducido á un estado de marasmo, que mas bien parecia un espectro que una muger. En esta extremidad, se hizo llevar á la iglesia del Oratorio, para llamar á Felipe y suplicarle la confesase. El santo no pudo ménos que compadecerse de ella, al ver la miseria de su estado; pero esta compasion fué mucho mayor luego que oyó la relacion de sus padecimientos.

Lleno de lástima, para con aquella muger, le tocó con una mano los ojos, y con la otra el corazón. Este sanó al momento, pero pareció aumentarse el mal de los ojos; porque la muger exclamó: “¡Ay padre mio! ya no veo absolutamente; me habeis cegado.—Tened una poca de paciencia, hija mía, le respondió el santo, y vuestros ojos volverán á ver la luz.” En efecto, una hora después se verificó el milagro tan perfectamente, que desde entónces gozó de una vista perfecta.

Poseía el demonio á una muger de Ausbourg, y la trajeron sus deudos a Roma, á donde se encontraba su obispo el cardenal Ottontruchsez, quien la hizo llevar á la iglesia de Santa Cruz de Jerusalem, y ordenó que la exorcizasen en presencia de Felipe, y de algunos otros de sus padres. Mandó el prelado descubrir el sagrado Leño de la verdadera cruz, y luego que le vió la energúmena se sintió atormentada horriblemente, creyendo todos los que la observaban, que el demonio iba ya á dejarla; pero se quedó como siempre, sin que hiciesen efecto alguno los exorcismos. Recurrió entónces el cardenal á nuestro santo, y le rogó se compadeciese de aquella miserable. Este comenzó por decir en alta voz, que aquella muger no se hallaba aún libre, á causa de la incredulidad de uno de los asistentes. En seguida se dirigió al demonio, y le obligó á que declarase el día en que debia de salir de aquella muger. Obedeció aquel monstruo, y dijo en alta voz que saldría tal

dia. En efecto, llegado este plazo, fué la muger á la iglesia de Santa María de los Mártires, y allí se vió libre del demonio, el cual no volvió ya á molestarla. Es de presumirse que tal sería la órden que le dió nuestro santo en lo privado, huyendo del honor que debia traerle este golpe de autoridad.

Entró un dia Felipe á la Basílica de Letrán, para venerar las sagradas cabezas de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y oyó cerca de sí los ahullidos de un energúmeno. Dirigióse inmediatamente á él, le tomó de los cabellos, y le escupió el rostro, diciéndole: “¿No me conoces tú?—¡Ay de mí! Sí te conozco, tú eres quien siempre me aflige.” Al mismo tiempo cayó en tierra el poseso y permaneció por algunos instantes como muerto. Quedaba ya libre del tirano, sin duda alguna por órden de nuestro santo, quien al ver que acudia una multitud, huyó prontamente y se fué á ocultar á su morada, para escapar de sus aplausos.

Era tal su imperio contra los espíritus malignos, que cuando éstos impedían á sus pobres víctimas confesar y comulgar, bastaba una órden suya para que cesase esa oposicion. Puedo probarlo con algunos ejemplos. Se presentó un dia á la sagrada mesa en la iglesia del Oratorio, una muger poseida, y cuando llegó su vez de comulgar, se resistía á recibir la sagrada forma. Felipe que estaba confesando no léjos de allí, supo por revelacion lo que pasaba, y se fué al comulgatorio, y

puso su mano sobre la cabeza de la muger. No fué menester mas para que cesase aquella repugnancia y la muger comulgara devotamente. Otra vez la llevó uno de sus parientes á confesarse con el santo, quien avisado de ello por el sacristan, se negó á bajar á la iglesia, diciendo: “¿Qué quereis que haga yo con esa pobre poseída? decidle que se vaya.” Luego, movido de compasion, mudó de parecer y dijo: “Pero no, que me aguarde.” Luego que aquella muger se acercó al confesonario, se puso á temblar y fué necesario llevarla á él á viva fuerza. Entónces le dijo Felipe con una voz dulce y animosa: “Venid, hija mia, venid á confesar á Jesucristo.” Al momento se arrodilló, hizo su confesion, acercándose en seguida á la sagrada mesa, donde recibió la comunión de mano del santo con una tranquilidad que admiró á los asistentes.

Nada era mas insoportable al demonio, que verse obligado á obedecer á este grande hombre, y de aquí es que manifestaba la mas viva indignacion, cuando le trataba de una manera despreciativa. Uno de los padres del Oratorio estaba exorcizando un dia á un energúmeno, y no parecía sino que el demonio se burlaba de su autoridad. Estaba presente Felipe, y mandó azotar á ese espíritu soberbio en las espaldas de su víctima. Ultrajado el demonio con esta afrenta, se le apareció al santo la noche siguiente, y le amenazó de un modo terrible por haberle tratado tan

vil y afrentosamente. No le incomodaba ménos ver que se servia de sus discípulos para arrojarlo, en lugar de hacerlo él mismo, y procuraba vengarse de ellos, siempre que podia. Hé aquí un ejemplo. Uno de ellos, despues de haber exorcizado cierta ocasion á un energúmeno, quiso clavar un clavo en un lugar elevado, y el demonio sacudió el banco sobre que habia subido, y le hizo caer en tierra: mas el jóven se levantó bueno y sano, con gran disgusto de su enemigo, que se quejó por boca del energúmeno de no haberlo podido matar.

Aun era del número de los vivientes Felipe, y ya se apareció á muchos de sus amigos ausentes, bajo una forma visible, cuando tenian necesidad de su asistencia. Uno de los padres á quienes habia encargado el cuidado de Ballicella, mientras él permanecía en San Gerónimo, estaba sumamente disgustado, porque le parecía no desempeñar bien su empleo. Se acostó una noche con el corazon lleno de amargura, y durante mucho tiempo le fué imposible dormirse. La puerta de su cuarto estaba cerrada, asegurada interiormente con un pasador de hierro; y con sorpresa suya la vió abrirse repentinamente, y entrar por ella á su bienaventurado padre, que acercándose á su lecho le preguntó cómo se hallaba. “Mi cuerpo está bueno, le respondió, pero no está así mi alma.” Felipe entónces le bendijo, diciéndole al mismo tiempo: “La paz sea con vos.” Y desa-

pareció en seguida, dejándole completamente libre de su turbacion.

Uno de sus discípulos jóvenes, le manifestó un día, que quería ir á Nápoles por mar. “No soy de esa opinion, respondió el santo; porque veo, y podeis creerme ciertamente, que este viaje os será funesto.” Sin embargo, no pudiendo resistir el jóven á sus deseos, se puso en camino, y al llegar á no sé qué puerto, se embarcó en un navío que levó ancla al momento. El mar estaba sereno, el viento favorable, y los corazones todos rebotaban de alegría; pero no duró esto mucho tiempo; porque un corsario turco que los llegó á percibir, les dió caza, y los puso en tal apuro que se vieron obligados á arrojarse al mar, para escapar de la esclavitud y quizá de la muerte. No estaba muy distante la rivera para unos hábiles nadadores; pero nuestro jóven imprudente nadaba muy mal; y viendo que se le agotaban las fuerzas y que estaba próximo á ahogarse, se acordó de su desobediencia, y la lloró en la amargura de su corazón, implorando en aquel lance crítico, el socorro de su buen padre. ¡Cosa admirable! se le aparece Felipe al instante, le consuela con sus dulces palabras, le toma de la mano y le conduce á la rivera, donde desaparece á sus ojos.

Volvia de Egipto para Italia Marcelo Ferri, en un buque mercante, que á la altura de la isla de Chipre, fué hecho presa de unos piratas. Al momento aquellos ladrones echaron cadenas á todos

los hombres que venian á bordo. Espantado Marcelo á vista de los grillos y esposas, imploró el auxilio de Felipe. Al instante mismo le pareció verlo y oír que le decía: “Confiad en Dios, no os encadenarán.” En efecto, luego que llegaron á él, el capitan del navio cristiano intercedió por él, alegando su corta edad; y los piratas, contra su costumbre, le dejaron en libertad. Vuelto ya á Roma, supo por sus amigos, que en el momento en que imploraba el socorro del santo, este dijo á sus discípulos: “Marcelo Ferri está en peligro; hagamos oracion por él.”

Constancio de Drago recibió una injuria de uno de sus parientes, y concibió contra él un ódio tan profundo, que de dia en dia se aumentaba mas y mas. Dormia una noche, y sintió una mano que le sacudía con fuerza. Recordó sobresaltado, y oyó la voz de Felipe que le decía: “¿Cuándo perdonareis á vuestro enemigo?” Luego que amaneció se fué á confesar con nuestro santo, y despues le contó lo que le habia pasado; pero él se quedó callado y le despidió.

Cayó enfermo César Baronio, en la casa de los Florentinos, cuando aún Felipe vivía en San Gerónimo. Desauciado de los médicos, se le administraron los últimos sacramentos, y no le quedaba ya mas que un ligero soplo de vida. Estando un rato como aletargado, vió á su bienaventurado padre arrodillado á los piés de Jesus y de María, y oyó que le decía á aquel adorable due-

ño: “Señor, César es mi hijo, no os lo lleveis, dejadme aún. Yo quiero y espero esto de vuestra bondad.” Habiendo sido la respuesta de nuestro Salvador negativa, se volvió á María y le suplicó intercediese por su causa con su divino Hijo. Hizolo así la Señora, y su Hijo querido, respondió con una demostracion favorable, que no se escapó á la atencion del enfermo, no dejándole ninguna duda de su curacion. Cuando á la mañana siguiente vino á verle Felipe, le habló el enfermo de esta vision, y le manifestó su justo reconocimiento. “Es peligroso, le respondió el santo, fiar en sueños. Entregaos completamente á la voluntad de Dios.” Baronio conservó su fé y no se engañó; porque desde aquel mismo dia se sintió mejor, y no tardó en sanar completamente. Paso en silencio otros hechos semejantes, para dar lugar á otros que probarán todavía mejor el admirable poder sobre la muerte que Dios habia dado á éste hombre singular.

Fabricio Massimi habia tenido ya cinco hijas de su matrimonio; deseaba en extremo tener un hijo, y varias veces habia suplicado á Felipe le consiguiese esta gracia del Cielo. Cuando su muger estuvo á punto de parir nuevamente, fué á rogar al santo se interesase con Dios para que su esposa saliera con bien de aquel cuidado. Felipe se recogió por un momento, y le dijo: “En esta vez os dará nuestro Señor un hijo varon; permitidme que yo diga como se ha de llamar.” Fa-

abricio prometió darle el nombre que el santo le ordenase; y este le indicó el del apóstol San Pablo. Volvía para su casa, y en el camino encontró á un criado que venia á avisarle que su esposa acababa de dar á luz un niño. Fabricio se apresuró á hacerle bautizar, y fiel á su compromiso, le llamó Pablo. Al llegar este niño á la edad de catorce años fué atacado de una fiebre violenta, que le atormentó por sesenta y cinco dias. Era esto mucho ciertamente para un niño de tan corta edad, y sin embargo, sufrió con una paciencia tan inalterable, que preguntado por su confesor si quería mejor ir al cielo que padecer, contestó, que no quería otra cosa, sino lo que fuera del agrado de Dios. El mal iba siempre en aumento, y ya fué necesario administrarle los últimos sacramentos, por temor de que fuera á morir de un momento á otro. Sabedor Felipe de su gráve estado, fué á visitarlo y dijo cuando salió á los que lo cuidaban, que quería que le avisaran cuando estuviese ya próximo á morir. Pasó aquella noche con un poco de sosiego; pero á la mañana siguiente comenzó á agonizar, y sus deudos, obsequiando los deseos de Felipe, le mandaron á avisar de su situacion. Estaba entónces diciendo misa, y mientras murió el niño. Media hora despues entraba Felipe á la casa, sin saber lo que habia sucedido. Salió Fabricio á recibirle y le manifestó, deshecho en llanto, que ya su hijo habia espirado. No obstante esta noticia, el santo entró al cuarto en don-

de yacía el cadaver; se arrodilló á sus pies, y estuvo en oracion un largo rato; en seguida lo roció con agua bendita, le echó una poca en la boca y poniéndole la mano sobre la frente, le llamó dos veces con una voz clara y distinta: Pablo, Pablo. El niño, como si despertara de un profundo sueño, abrió los ojos y dijo: "Padre mio, yo quisiera confesaros una falta." Salieron fuera todos los presentes y el padre lo confesó. Concluida la confesion, volvió á entrar la familia al cuarto, y fué testigo durante media hora, de la conversacion del Taumaturgo con su resucitado. Felipe hablaba al niño de su madre Lavinia y de una de sus hermanas que el Cielo habia arrebatado de la tierra; y el niño respondia con una voz firme y pronta, estando su rostro animado como el de un hombre completamente sano. Preguntóle el santo, si queria irse al cielo á juntarse con su madre y hermana: y respondiéndole que sí, le dijo: "Pues bien, id en hora buena, y rogad á Dios por mí." Cerró Pablo los ojos, y espiró nuevamente en presencia de su padre, de su madre política, de dos de sus hermanas, de una criada, y de algunos amigos de la familia.

Bastaría ciertamente este solo hecho para probar el poder que tenia nuestro santo sobre la muerte; mas sin embargo, referiré otro no ménos admirable. Padeció una dilatada enfermedad una de las señoras principales de Roma, y Felipe iba á verla diariamente. En una de sus visitas la en-

contró sumamente grave; y se puso á animarla y consolarla como si no hubiera de morir aquella vez. Parecia que tenia intencion de sanarla con sus oraciones; pero al irse, se detuvo repentinamente y dijo á los que le acompañaban: "Me siento impulsado de volver á ver á la enferma, y es preciso que así lo haga." Volvió á entrar al cuarto de la señora y puso la mano sobre su cabeza diciendo: "Yo te mando, ¡ó alma! en nombre de Dios, que salgas al instante de la prision de este cuerpo." Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando la señora dejó de existir. Admirados sus compañeros le preguntaron, al volver á casa, el motivo de lo que habia hecho. "Supe, respondió, que habia de asaltarle una grave tentacion á la que no habia de resistir; y por esto supliqué á Dios la librase de ella por medio de una muerte pronta, y su magestad se dignó escucharme."



CAPITULO XXXII.

Opinion que todos tenian de la santidad de Felipe.



UNOS dones tan maravillosos, acompañados de las mas eminentes virtudes, llegaron á formar de nuestro santo el objeto de la admiracion y aprecio universal. Los mismos soberanos pontífices le consideraban y veneraban como á un santo. De aquí es que no hay que extrañar que un Paulo IV no perdiese ocasion de encomendarse á sus oraciones: que un Pio IV le llamase á su lecho de muerte: que Pio V se felicita-se de tener en Roma á un hombre tan poderoso en obras y palabras: que un Gregorio XIII, no satisfecho con consultarle en los negocios difíciles, gustase de hablar familiarmente con él y le hicie-

se estar cubierto en su presencia: que un Clemente VIII confiase tanto en sus oraciones, que de ellas esperaba la conservacion de su salud y que cuando se enfermaba atribuyese sus males al olvido de nuestro santo. "Id, decia en tales circunstancias á los que le rodeaban, á recordar al Padre Felipe, la promesa que me tiene hecha de rogar á Dios por mí." Siempre que el santo iba á verlo, lo abrazaba con ternura al entrar y al salir. No hay que extrañar por último, que tambien el Señor Gregorio XIV, acostumbrase besarle la mano, valiéndose de su autoridad de pontífice, para obtener de nuestro santo este acto de condescendencia.

Respecto de los cardenales, todos le amaban, le buscaban á porfía, y le tributaban la mas profunda veneracion. Puedo probarlo con auténticos testimonios y hechos muy interesantes. El cardenal Valeri, Obispo de Verona, prelado tan recomendable por su ciencia y piedad, escribió en elogio de nuestro santo, aún cuando estaba en la tierra, un libro intitulado: *Felipe ó la Alegria cristiana*. Era un panegírico completo del siervo de Dios, en que se le llamaba despreciador del mundo, enemigo del vicio, cultivador de las virtudes, maestro de la sinceridad, propagador de la humildad, apoyo del débil, padre de los pobres, guia de la juventud, providencia de todos, y el santo amable por excelencia. ¿Podría yo escoger mejor testimonio?

El cardenal Paleotti, arzobispo de Bolonia, en una obra sobre las excelencias de la vejez, hacia del santo aun en vida suya, el mas lisongero elogio. "Podría yo, decia, ir á buscar en nuestros libros sagrados y en las historias eclesiásticas, antiguos modelos que ofrecer á mis lectores: pero ¿para qué tomarme este trabajo, cuando el Cielo nos ofrece hoy uno sobre la tierra? Id á Roma y allí encontrareis un anciano venerable de ochenta años, sencillo y alegre como un niño, puro como un ángel, ilustrado con las luces de Dios como un querubin, abrasado de amor como un serafin, cuya vida toda se ha empleado en convertir á los pecadores, perfeccionar justos y hacer santos. Ese admirable anciano nació en Florencia y se llama Felipe Neri."

El cardenal Cusano, que vivió por largo tiempo en la intimidad de nuestro santo, da de él el siguiente testimonio: "Ningun siervo de Dios he conocido tan venerado y justamente apreciado como Felipe, á causa de la opinion que se tenía de su eminente santidad. Admitido yo á vivir en su familiaridad, pude entónces ser testigo de sus virtudes y decir ahora, que mientras mas las contemplaba, mas brillantes me parecian."

El cardenal Federico Borromeo, decia que no habia habido en los siglos anteriores un santo que pudiera compararse con su padre Felipe, en talentos y en virtudes. "Muchas veces, decia, me he puesto de intento á indagar qué podría faltar á su perfeccion: pero trabajo inútil, porque nunca

llegué á descubrir la menor falta ni el mas pequeño vacío."

El cardenal Octave Paravicini, todavía podia hablar sobre este particular con mas propiedad que los otros; porque desde la edad de seis años hasta la de veintiocho, fué testigo diario de todas sus palabras y acciones. Alabábale continuamente; y la adhesion que tuvo hácia su persona aun despues que fué revestido de la púrpura, habla mas elocuentemente aún que todos sus discursos. No satisfecho con pasar en su compañía, durante el dia, todo el tiempo de que podia disponer, prolongaba sus visitas por las noches, y con este fin tenia por suyo un cuarto en el Oratorio. Cuando el santo estaba enfermo no se separaba de su lado, y le servía como acostumbraba hacerlo en su juventud. Un dia que estaba cerca de su cama, hizo salir Felipe á todos los concurrentes, y le dijo: "Mi querido Octave, deseo hablar con vos á solas; pero si me viene la tos y tengo necesidad de escupir, me presentareis la bacinica como lo haciais en otro tiempo ¿no es verdad?—De muy buena voluntad, padre mio, respondió el cardenal; siempre tengo por una dicha el poder servir en alguna cosa." No lo ignoraba el santo, y es muy de creerse que era su intencion darle este gusto. En su última enfermedad fué un verdadero dolor para el prelado no poder ya acreditarle su amor en los pequeños oficios ordinarios, y así lo declaró en su deposicion,

añadiendo que nunca le sirvió sin dejar de experimentar un consuelo extraordinario.

El cardenal Bandini se gloriaba de haber en su niñez servido la mesa á nuestro santo, y muy particularmente de que le hubiera dado una de aquellas cariñosas palmaditas que daba á los niños después de haberles dicho alguna cosa importante, que deseaba conservasen en la memoria.

Hé aquí lo que escribía el cardenal Tarugi, arzobispo de Avignon, en alabanza del santo, cuando aun estaba en este mundo: “¡Que ya no puedo yo participar de la dicha de los que oran en la capilla en que mi santo padre celebra los divinos misterios! A pesar de la distancia á que me hallo, yo me transporto con el pensamiento á ese recinto sagrado á la hora de su misa, persuadido de que cuando eleva sus manos al cielo, se acuerda de sus hijos; y yo estoy cierto que no soy el último en su memoria. Santa Catarina de Sena se habia formado un lugar secreto en su propio corazon, en el que se retiraba con su Jesus, para huir del ruido de los hombres y de la discipacion de los negocios del siglo. Por lo que á mí toca, busco el mio en el corazon de mi padre, seguro de encontrar tambien en él á ese dulce Salvador, y de poder allí á mi sabor conversar con él. ¡Ah! gozad, gozad, mientras podeis, de la dicha de vivir en compañía de ese hombre angelical. Yo tambien disfruté por mucho tiempo de este inestimable favor; pero no usé de él como debia, y Dios me privó de él en castigo de mis pecados.”

He aquí tambien el elogio que el cardenal Pamphili tributaba á nuestro santo. “Felipe recibia á cuantos se le acercaban con una extremada caridad, los alentaba y recreaba; de modo que todos se retiraban contentos y llenos de admiracion por sus eminentes virtudes. Mirábanle como un santo; y tenian razon, porque puedo decir que reunia en su persona todas las cualidades que distinguen á los amigos de Dios, y que las conservó hasta su última hora.” Pero basta ya de testimonios de cardenales, quienes ademas se honraban todos con la amistad de este hombre sigular y le buscaban á porfia.

No era ménos unánime la veneracion que le profesaban los religiosos de las diversas órdenes. Recibiase su visita en los monasterios como un favor del Cielo: acudian todos á su rededor; se arrodillaban para besarle la mano, y le pedian su bendicion llenos de confianza. Unos, me serviré de sus propias expresiones, creían ver en él mas bien un ángel que un hombre; otros le consideraban como una reliquia animada; los superiores acudian á él en sus dificultades, como á un oráculo, y no hacian cosa alguna de importancia sin su parecer. Sin embargo, no igualaban estos tan profundos y respetuosos sentimientos hácia nuestro santo, á los que le tenian los padres del Oratorio. Testigos perpétuos de sus virtudes y milagros, le rendian anticipadamente, á lo ménos en parte, el culto debido á los santos: de aquí es que á escondidas se llevaban de su cuarto sus vestidos viejos,

Los cabellos que caían de su cabeza, y todos los pequeños objetos de que se servía, para conservarlos en su poder como unas preciosas reliquias. También recogían cuidadosamente la sangre que se le sacaba en sus enfermedades; y algunos rezaban diariamente en forma de corona esta pequeña oracion: “Santo Felipe, ruega por nosotros;” otros hicieron gravar su imagen y la colocaron en sus cuartos entre las de los santos. Los mas acostumbraban pedirle diariamente de rodillas su bendicion, y otros pedian incesantemente al Señor no permitiese que muriese el santo primero que ellos, persuadidos que no les sería tolerable vivir sin el dulce trato y conversacion de aquel hombre admirable.

No habia uno que no estuviera seguro de conseguir cuanto el santo le ofreciera pedir para él. “Dios no le niega nada, decian todos, resucitará los muertos, y retirará de las puertas del infierno á los mayores pecadores, con solo que así lo quiera.” Cuando el Vicario de Jesucristo lo colocó en el catálogo de los santos, su infalible sentencia nada añadió á la opinion que ya ellos tenían de su santidad. “Hemos visto con nuestros ojos, decian, y oido con nuestros oidos, todo lo que hoy se nos manda creer.” Por otra parte, el juicio que habian formado de su santidad, se hallaba confirmado por el de las personas mas eminentes en virtud, que entónces existian. Puedo citar á San Carlos Borromeo, á San Félix de Cantalicio, á Ursula Benincasa y á Francisca de Serrone.

Siempre que el ilustre Arzobispo de Milán venia á Roma, no dejaba de pasar muchas horas en conversacion muy familiar con nuestro santo. Si estaba ausente, le escribia con frecuencia y no hacia cosa importante sin ocurrir á sus luces. Era tal la veneracion de este gran cardenal para con el siervo de Dios, que muchas veces se le vió echarse á sus piés, y besar devotamenté su mano. Nadie le alababa tanto como él, ni se encomendaba con mayores instancias á sus oraciones. Al salir un dia de su cuarto, despues de una larga conferencia, dijo á los que le acompañaban: “Ciertamente que este padre, es de una santidad admirable.”

San Félix de Cantalicio siempre que le encontraba en la calle, se arrodillaba para recibir su bendicion, y venia siempre que podia al Oratorio, gustando tanto de la conversacion de Felipe, que le costaba gran trabajo separarse de su compañía.

No le estimaba ménos Ursula Benincasa, como se podrá ver por sus propias palabras: “Enviada por el papa al bienaventurado Felipe, á que juzgase de mi estado espiritual, luego conocí que se abrasaba su corazon en el amor divino. Para discernir el espíritu que me animaba, fingió estar enojado y me dijo aquellas cosas que creyó me habian de mortificar. Yo me postré á sus piés, y le dije: No necesitais, padre mio, de estas pruebas para conocerme; sé de cierto que estais viendo interiormente mi corazon.”—“Volvedme aho-

ra, me dijo entónces, las injurias que os he dicho; porque yo tambien tengo necesidad de que me mortifiqueis." Y me exigia esto con tan buena voluntad, que yo quedé sumamente edificada de su profunda humildad. Muchas veces fué testigo de mis éxtasis, y entónces yo no oia nada de lo que decian, ni podia sentir el mal que me quisieran hacer: pero al momento que este buen padre me llamaba, resonaba su voz hasta lo íntimo de mi alma, y luego volvía al uso de mis sentidos exteriores."

Desde la primera vez que Francisca de Serro-ne tuvo la dicha de ver á Felipe, reconoció en él una eminente santidad, la que fué inmediatamente conocida de ella porque era una alma muy adelantada en los caminos de Dios. Por lo demas, tal era la opinion que acerca de este hombre verdaderamente grande tenia todo el mundo; por lo que acudian de toda Europa á consultarle y admirarlo. Aun los mismos enemigos de la religion, si llegaban una vez á conocerlo, no podian dejar de amarlo y de profesarle la mas profunda veneracion.

CAPITULO XXXIII.

Ultima enfermedad y muerte del santo.



A principios del año de 1596, asaltó al siervo de Dios una continua fiebre, acompañada de tan atroces dolores, que lo condujo, en el espacio de diez dias, á los bordes del sepulcro. Era admirable su paciencia: no se le escapaba una sola queja, ningun movimiento, ningun gesto que diera á entender lo que padecía; y en lugar de que pidiera á nuestro Señor algun consuelo, antes le rogaba que hiciese mas pesada aquella cruz: "Dios mio, le decía, en voz baja, aumentad mis dolores; pero tambien aumentad mi paciencia." Hiciéronse venir dos médicos para que lo viesen: llegan, le toman el pulso, se consultan

ra, me dijo entónces, las injurias que os he dicho; porque yo tambien tengo necesidad de que me mortifiqueis." Y me exigia esto con tan buena voluntad, que yo quedé sumamente edificada de su profunda humildad. Muchas veces fué testigo de mis éxtasis, y entónces yo no oia nada de lo que decian, ni podia sentir el mal que me quisieran hacer: pero al momento que este buen padre me llamaba, resonaba su voz hasta lo íntimo de mi alma, y luego volvía al uso de mis sentidos exteriores."

Desde la primera vez que Francisca de Serro-ne tuvo la dicha de ver á Felipe, reconoció en él una eminente santidad, la que fué inmediatamente conocida de ella porque era una alma muy adelantada en los caminos de Dios. Por lo demas, tal era la opinion que acerca de este hombre verdaderamente grande tenia todo el mundo; por lo que acudian de toda Europa á consultarle y admirarlo. Aun los mismos enemigos de la religion, si llegaban una vez á conocerlo, no podian dejar de amarlo y de profesarle la mas profunda veneracion.

CAPITULO XXXIII.

Ultima enfermedad y muerte del santo.



A principios del año de 1596, asaltó al siervo de Dios una continua fiebre, acompañada de tan atroces dolores, que lo condujo, en el espacio de diez dias, á los bordes del sepulcro. Era admirable su paciencia: no se le escapaba una sola queja, ningun movimiento, ningun gesto que diera á entender lo que padecía; y en lugar de que pidiera á nuestro Señor algun consuelo, antes le rogaba que hiciese mas pesada aquella cruz: "Dios mio, le decía, en voz baja, aumentad mis dolores; pero tambien aumentad mi paciencia." Hiciéronse venir dos médicos para que lo viesen: llegan, le toman el pulso, se consultan

ambos, y declaran que no hay remedio. Van á sentarse léjos de su cama, llenos de afliccion y de amargura, porque le amaban entrañablemente, y comienzan á hablar con algunos de los padres de la pérdida que van á tener. Durante este tiempo, oyen todos que el enfermo levanta su voz y dice: “¡Oh santísima y bellísima Señora! ¡oh tiernísima Reina mía!” Repitió muchas veces estas palabras con tanta energía, que todo su cuerpo se agitaba y temblaba su cama. Acercáronse los médicos, corrieron las cortinas de su pabellon, las cuales le cubrían, y le vieron suspenso en el aire abriendo y cerrando sus brazos, como si abrazara á alguno con ternura. En seguida volvió á decir: “No soy digno, no soy digno: ¿cómo, dulcísima Señora, os dignais visitar á un pecador como yo?” Se deshacian en lágrimas todos los presentes, y aguardaban con ansiedad el resultado de aquella vision, cuyo objeto envano procuraban descubrir. Por último, volvió á caer suavemente sobre su lecho, y permaneció en quietud y silencio. Acercáronse entonces de nuevo los médicos y le preguntaron cómo se sentia: “Estoy ya sano, respondió; ha venido la Santísima Virgen, y la enfermedad ha huido á su presencia.” Al decir esto, se cubrió el rostro para ocultar las lágrimas que corrían de sus ojos con abundancia. Poco convencidos los médicos de su curacion, temieron que le fuera nociva aquella emocion, y le dijeron: “No llo-

reis, padre, si quereis conservar la poca vida que os queda.--Hombres de poca fé, repuso el santo, persuadios que la Reina de los ángeles me ha curado.” En efecto, se convencieron que no tenia ya ninguna fiebre. Al día siguiente dejó el santo la cama, y volvió á sus ordinarias ocupaciones.

A pesar de haber prohibido Felipe á los médicos que divulgasen lo que habian visto, ellos lo contaron á todo el que quiso oírlos, y muy pronto no se hablaba ya de otra cosa en la ciudad. Los cardenales Cusano y Federico Borromeo, se apresuraron á ir á ver al santo, y á darle la enhorabuena por el doble favor que acababa de obtener; y fueron tales sus instancias para que les refriese el hecho, que al fin no pudo escusarse. Luego que volvió el cardenal Borromeo á su casa, puso por escrito la relacion de lo que acababa de oír, y se la envió al papa Clemente VIII, que tuvo sumo placer al leerla. En aquel día no habló de otra cosa Felipe á los muchos amigos que le fueron á visitar, que de la devocion á la santísima Virgen. “Fiaos de mi experiencia, les decia, no hay medio tan seguro para obtener todo género de gracias, como pedir las por medio de la augusta María: Jesus no puede negar nada á su amantísima Madre.”

Sin embargo, no duró mucho tiempo esta curacion; porque á principios de Abril, volvió la fiebre con mas violencia y continuó atormentandole hasta fines de aquel mes. El primero de Mayo, aun

pudo decir misa y dar la comunión á muchas personas, con un aplomo, que hizo creer á los que lo veían, que habia vuelto á ser milagrosamente curado; pero aquella no era mas que una aparente y transitoria mejoría. A los tres dias sufrió una pérdida de sangre tan considerable, que creyendo Baronio que iba ya á morir, se apresuró á administrarle la extremauncion. Cesó al momento la hemorragia; pero siendo sumo el estado de debilidad, el cardenal Borromeo creyó deber administrarle al instante el sagrado viático. Bajó á la iglesia, tomó al santísimo Sacramento, y se lo llevó. Luego que entró á su cuarto, Felipe, que casi parecía un muerto, abrió los ojos, y exclamó fuertemente: “¡Aquí está el amor mio, el amor mio aquí está! este es todo mi bien; dadmele prontamente os suplico.” Al decir el cardenal el *Domine non sum dignus*, replicó el enfermo: “¡Oh! es cierto, yo no soy ni he sido nunca digno; porque en toda mi larga vida, no he hecho ningun bien; pero sin embargo, añadió, ¡ven, Jesus mio, ven! Despues de haber comulgado, dijo con un tono de voz muy alegre: “Acabo de recibir al médico de mi alma. El es todo para mí; y todo lo demas no es mas que vanidad de vanidades.” Permaneció sumamente tranquilo hasta la tarde; pero entonces comenzó otra vez á desangrarse abundantemente. Toda aquella noche la pasó con sus ojos fijos en el cielo, y se le oía decir: “Señor, yo os tributo humildes agradecimientos por este nuevo favor que

me haceis, de poderos dar mi sangre por la vuestra.” Siguió á este accidente una tos tan fuerte y violenta que le hacia perder la respiracion: las bebidas que se le hicieron tomar no causaron efecto alguno, y aquel terrible estado duró toda la noche.

A la mañana siguiente muy temprano, mandó Felipe algunas limosnas á las comunidades religiosas, para que se le aplicaran misas. Dijéronse, y al momento quedó sano. Vinieron los médicos á verle, temerosos de ya no encontrarle vivo; y luego que entraron, les dijo riéndose: “Id á aplicar á otros vuestras pobres medicinas; las mias son mucho mejores.” Quedaron sumamente admirados al ver que habian desaparecido todos los accidentes, y que la firmeza de su pulso anunciaba una arreglada salud. No pudieron ménos de exclamar que aquello era un milagro, como lo era en efecto; porque durante un mes, se dedicó completamente á sus ocupaciones ordinarias. Sumamente contentos sus discípulos, le dijeron un dia, que esperaban aún conservarlo por muchos años. “No lo creais, les respondió el santo; no me falta ya mas que un mes de vida.” Y aprovechando esta ocasion les predijo el dia, la hora y el modo de su muerte, designándoles tambien el lugar de su sepultura.

Vino Nero de Nigri á felicitarlo por su restablecimiento, y le dijo el siervo de Dios: “En efecto, estoy sano ahora y no siento mal alguno; pero esto no obstante, sabed que moriré dentro de pocos

días al caer de la tarde, y cuando ménos se piense.” En aquellos días no se encontraba con ninguno de sus padres, sin que le dijera: “Hijo mio, es preciso morir.” Enfadados de oírle repetir una misma cosa y con tanta frecuencia, le respondieron un día algunos de ellos: “Ya sabemos esto, padre, y ninguno de nosotros espera vivir aquí para siempre. No se trata de eso, repuso el santo; yo hablo de mi próxima muerte, y ninguno de vosotros la quiere creer; y por lo mismo ya no volveré á hablar de ella.” Vino también á visitarle Marco Antonio Maffé y le significó sus esperanzas, diciéndole: “Tened por cierto, padre mio, que Dios os conservará todavía largo tiempo entre nosotros, para bien de nuestras almas.” El santo anciano respondió riéndose: “Hacedme vivir dos meses solamente y os daré una rica recompensa.”

Tenia prometido á Francisco Zazzura decirle ántes de su muerte, todo aquello que debería practicar despues por la salvacion de su alma. Temiendo sin duda éste, que el santo muriera repentinamente, le recordaba de cuando en cuando su promesa, y le rogaba se la cumpliera: “Nadie nos corre, respondia Felipe: sosegaos: todos los días en el altar os encomiendo á Dios de una manera especial: no me ha de negar nuestro Señor sus luces respecto de vos; y antes de morir yo os cumpliré lo que tengo ofrecido. Tened confianza, y yo os aseguro que no será frustrada.” En efec-

to, nueve días antes de su muerte, le hizo venir á su cuarto, y le comunicó todas las revelaciones que habia tenido respecto de él.

La tarde anterior, estaba con Juan Bautista Guerra, y le preguntó el santo dónde estaría en el mes de Julio: “Estamos hoy á 15 de Mayo, respondió Bautista.—Pues bien, repuso Felipe, añadid diez días mas á esta quincena, y nos iremos de aquí.” En el mismo día dijo á otro de sus discípulos: “Hasta hoy, querido German, os ha causado mi poca salud muchas penas; pero ya se va á acabar tanto trabajo.” Despues añadió apretándole la mano: “Dentro de algunos días ha de suceder una cosa que os ha de afligir mucho: armaos pues de valor.” German, ántes de partir al día siguiente para Carboniano, lugar de la campiña de Roma, rogó al santo le diese su bendicion, y luego le dijo: “Aseguradme, padre mio, que os volveré á ver bueno y sano. Para poder ahora irme contento, necesito que me deis esta seguridad.—¿Qué tiempo tardareis en volver? le preguntó el santo.—Siete días, respondió German: quiero estar aquí la víspera de Corpus.” Felipe reflexionó por un momento, y dijo: “Podeis marchar sin temor; pero no demoreis mas vuestra vuelta.” Se puso en camino, y permaneció seis días en Carboniano sin inquietud alguna; pero en la noche que precedió á la víspera de la gran solemnidad, tuvo un sueño que le puso en gran cuidado. Pareciale que veía á Felipe tendido en su

cama, y que le decia: "German, me muero." Luego que amaneció, se puso en camino, y en el momento que llegó á Roma se fué al cuarto del santo, al que tuvo el gusto de encontrar bueno y sano. Le tomó la mano y se la besó con grande amor y respeto; y el santo le dijo estas palabras: "Llegais á buena hora: si os hubierais dilataado un poco mas, ya no me hubierais encontrado."

Aquel mismo día se hallaba enferma muy gravemente una muger llamada Bernardina; y movido de lástima su confesor por tres chiquitos que dejaba en la horfandad; corrió á ver al santo, y le suplicó le consiguiese de nuestro Señor la conservacion de aquella pobre muger. "Volved á verla, respondió el santo, y decidle que tenga confianza: ella sanará y yo moriré." Dos días despues, aquella muger estaba buena y sana y Felipe no era ya de este mundo.

En aquel mismo tiempo, Juan Bautista Guerra, prefecto de la iglesia, hacia construir un panteon para los individuos de la congregacion. Luego que se concluyó la obra, lo dijo delante de Felipe, y éste le preguntó si ya tenia allí su lugar. "Indudablemente, padre mio, respondió Guerra; vuestro lugar está debajo del altar mayor, al lado del Evangelio. "Vos no habeis de permitir, le replicó el santo, que yo repose en ese lugar. Ciertamente que sí, padre mio, contestó Guerra, estad seguro de que será así.—Yo se bien, insistió el santo, que me dejareis poner allí; pero despues me ha-

reis transportar á otra parte." Cumplióse esta profecía, como lo diremos mas adelante.

El día de Córpus, se sentó á confesar desde por la mañana muy temprano, y parecia que adivinaban sus penitentes que era la última vez que el santo les prestaba este servicio. En efecto, les manifestó en aquella ocasion mas ternura de la que acostumbra, los exhortó á la frecuencia de sacramentos, á la lectura de las vidas de los santos, y acabó por dar á todos en penitencia el que rezasen un rosario por él, despues de su muerte. Luego que acabó de confesar, rezó sus Horas menores con una devocion singular; despues de lo cual, celebró el santo sacrificio de la misa en su oratorio privado dos horas antes que de ordinario, y esta misa fué acompañada de circunstancias extraordinarias. Al ir de medio del altar al lado de la Epístola, para rezar el Introito, se detuvo y miró al aire hácia el occidente, con tal atencion, que creyeron los presentes que veia alguna cosa del cielo. Al llegar al *Gloria in excelsis*, lo cantó, con grande admiracion de los asistentes, cuyos corazones no pudieron menos de enternecerse al oír el acento de piedad y santa alegría con que lo entonó. Luego que ofreció el santo sacrificio, dió gracias y se retiró á su cuarto á desayunarse. Entónces entraron los cardenales Borromeo y Cusano, y se estuvieron con él hasta medio día. Le trajeron en seguida un ligero alimento, el que despues de tomarlo, se quedó dormido. Luego que recordó, á poco rato,

rezó vísperas y completas, y empleó el resto del día en oír leer vidas de santos y en recibir algunas visitas. Ya al anoecer vino el cardenal Cusano, acompañado de Pamphili, auditor de rota, y del obispo de Monte Policiano, y todos juntos rezaron maitines y laudes, y al acabar llegó el médico, quien despues de haber tomado el pulso al santo anciano, le dijo: "Padre mio, de diez años á esta parte, nunca habeis estado mejor que ahora." Todos se retiraron entónces, menos el cardenal que queria reconciliarse. Despues de haberlo confesado Felipe, lo acompañó hasta la escalera; y al decirle adios, le apretó la mano, mirándolo de la manera mas expresiva. Vinieron otras muchas personas á confesarse, y en esto ocupó todo el tiempo hasta que llegó la hora de cenar. Tomó un corto alimento, y despues se fueron los padres á recrear con él segun su costumbre. Cuando salieron, hizo su oracion de la tarde, y se acostó bueno y sano, diciendo al hermano que lo cuidaba: "Ahora debo morir." A poco rato preguntó que hora era. "Las siete, respondió el hermano.—Aun faltan dos horas para irnos, dijo el santo." Una hora despues se levantó, y se puso á pasear por su cuarto. Gallonio, que vivía abajo de él, oyendo el ruido de sus pasos, subió para saber el motivo; pero ya el santo se habia vuelto á su cama, y se contentó con preguntarle qué tenía: "Siento, le respondió el buen padre, que se acerca ya la muerte."

A estas palabras, corrió Gallonio á avisar á sus compañeros, y mandó llamar á los médicos á toda prisa. Estaba el santo anciano sentado en su cama y próximo á la agonía. Los médicos le hicieron tomar una bebida que reanimó su fuerzas y le volvió el uso de la palabra; pero esta mejoría no duró mas que un instante. Desaparecieron todos los síntomas de vida, y solo el movimiento del corazon atestiguaba que aun vivía. Entónces todos su hijos cayeron de rodillas deshaciéndose en llanto. Baronio, un poco mas dueño de su dolor que sus compañeros, le dijo con una voz demudada: "Padre mio, os vais sin decirnos nada; dadnos siquiera vuestra bendicion." El santo abrió los ojos y los fijó en el cielo por algunos momentos, pidiendo, sin duda, al Señor, bendijese aquella familia que le era tan querida. Hecho esto, espiró.



CAPITULO XXXIV.

Apariciones del santo, su entierro, traslacion de su santo cuerpo, y su canonizacion.



EL mismo tiempo en que nuestro santo cambiaba la tierra por el cielo, se apareció á muchas personas, adornado con las insignias de la gloria. Un anciano, llamado Guerrio, le vió cerca de su cama, despidiendo rayos de luz, y oyó que le decia: "Hermano, la paz sea con vos. Dejo la tierra, y me voy á una ciudad mas dichosa." A la mañana siguiente recibió una carta de Roma, en la que se le noticiaba que el santo habia muerto, justamente á la misma hora en que él habia tenido aquella vision.

Hortensia Anellia, religiosa del monasterio de Santa Cecilia de Roma, le vió pasar cerca de ella, en manos de ángeles y cubierto de una vestidura

blanca resplandeciente. Se detuvo un momento, y le dijo: "Adios, hija mia, marchó al lugar de mi reposo, continúa cumpliendo con fidelidad tus votos y tus reglas, y vendrás, no lo dudes, á verme otra vez en el cielo. De aquí para adelante yo rogaré por tí con mas eficacia que cuando vivía en la tierra." A la mañana siguiente supo la religiosa que el santo habia muerto á la misma hora que se le apareció.

Otra religiosa, maestra de novicias en el convento de Santa Magdalena del Quirinal, le vió entrar en su celda, con una rica corona en sus sienes, y rodeado de celestial claridad. Transportada de alegría, le hizo varias preguntas sobre su estado espiritual, y acerca de otras cosas relativas á la salvacion de su alma. Despues de satisfacerla en pocas palabras, le dijo el santo: "Déjame continuar mi camino: ya otros me han detenido bastante, y ya no puedo permanecer por mas tiempo aquí."

La misma noche se apareció á Victoria de Massimi, religiosa de Santa Marta, que habia sido su hija espiritual, y le dijo: "Vengo á verte antes de dejar la tierra, para que no puedas quejarte de mí.---¿Luego os vais al cielo, padre mio? respondió ella.---Sí, hija mia, respondió el santo; pórtate de manera que vengas algun dia á acompañarme." Dormía la religiosa mientras pasaba esto; pero luego que el siervo de Dios desapareció, recordó deshecha en llanto, y exclamó: "¡Ah,

padre mio, ya no tendré el consuelo de veros en este mundo!

Al amanecer recibió el mismo favor Catarina de Morlupo, religiosa del tercer órden de Santo Domingo, muger de mucha fama por sus singulares virtudes. Despues de haber comulgado, vió á un anciano venerable, adornado con las vestiduras sacerdotales y sentado sobre un trono de gloria, á cuyo rededor flotaban varios estandartes, en los que estaban inscritos con letras de oro los nombres de las virtudes que adornaron su preciosa vida. A sus pies se oprimía una multitud de sacerdotes, religiosos y seculares de ambos sexos que le debian la salvacion de sus almas. Deseando la religiosa saber quién era aquel santo á quien nunca habia conocido en el mundo, se lo describió á su confesor. Este, creyendo reconocer á Felipe en el retrato que la religiosa hacia de él, fué á traer una imágen del santo, y se la mostró. “¡Oh! él es, exclamó la piadosa vírgen; él es ciertamente, yo os lo aseguro.”

Hácia el amanecer, los padres del Oratorio, despues de haber revestido el santo cuerpo de los ornamentos sacerdotales, le llevaron á la iglesia y dejaron expuesto al público para satisfacer su devocion. Al momento que se esparció esta noticia en la ciudad, acudió la multitud á aquel espectáculo religioso. Fácilmente se vendrá en conocimiento de su ternura y veneracion, á vista de aquel rostro venerable que mas

parecía estar dormido que muerto; porque en vez de estar pálido, contraido y enflaquecido, estaba rubicundo, lleno, y adornado de una encantadora serenidad. No quedó al momento ni una de las flores con que se habia cubierto el santo cuerpo; porque el pueblo se las disputaba y arrancaba mutuamente de las manos que ya las tenian, para conservarlas en sus casas como preciosas reliquias. Procedióse al oficio fúnebre, al que asistieron muchos prelados. En seguida llegaron los cardenales amigos del santo, que le besaron los piés y las manos, no sin derramar copiosas lágrimas. La nobleza, los príncipes y embajadores remplazaron á sus Eminencias; y cuando llegó la tarde, Baronio, á la cabeza de su comunidad, vino á velar los exánimes restos de su bienaventurado padre. Iban á comenzar el rezo cuando ocurrió á Baronio esta reflexion: “¿Hemos de orar, se dijo á sí mismo, por un hombre que segurísimamente reina ya en los cielos?” No sabiendo lo que habia de hacer, abrió maquinalmente su Breviario, y leyó estas palabras: “Mira desde el cielo y atiende. Perfecciona esta viña que plantaste con tu diestra.” (Psm. 79 vs. 15 et 16.) ¿Será una casualidad, dijo á los otros padres, que al abrir este libro, se hayan presentado á mis ojos estos versículos, ó será que hay aquí una conducta providencial?—Es de creerse, respondieron, que el Cielo quiere, que en lugar de orar por este hombre, le pidámos que se

interese por nosotros.” Y desde aquel momento comenzaron á implorar su asistencia.

La misma inspiracion tuvieron otras muchas personas. Al saber Santiago Vitelleschi que habia muerto el santo, no pudo resolverse á rezar un *De profundis*; sino ántes bien, dijo el *Láudate Dominum omnes gentes* que canta la iglesia en los funerales de los niños, cuya inocencia asegura su bienaventuranza. Santiago Crescenti, quiso ofrecer por él, el santo sacrificio de la misa, y no se determinó, sino despues de mucha repugnancia, á celebrar de *Requiem*. En aquel mismo dia hizo su panegírico el general de los Dominicos, en Santa María Minerva, diciendo á sus oyentes: “No aprovecharán á Felipe las misas que se celebren por él; porque es indudable que está en el cielo: ellas servirán de sufragio á las almas del purgatorio.” En fin, no habia en Roma quien no tuviera por cosa segura su canonizacion.

Durante los dos dias que el santo cuerpo estuvo expuesto á la veneracion pública, no cesó el concurso, y los guardas no pudieron impedir que el pueblo de cortase las uñas, el pelo, la barba, é hiciése pedazos sus vestidos. Las señoras romanas le pusieron sus anillos en los dedos, y se los quitaron en seguida, llevándoselos como una cosa santificada. No se veían mas que religiosos de todas las órdenes, que venian á postrarse á sus piés, besándoselos y regándoselos con sus lágrimas. Los novicios de Santo Domingo, á quienes

habia amado tanto, vinieron en cuerpo, y edificaron á todo el mundo con el espectáculo de su reconocimiento y su dolor. Luego que se disminuyó la multitud, llegaron tambien los enfermos y entónces comenzaron los milagros. Por último, tres horas despues de anochecer, se cerraron las puertas de la iglesia, y se trasladó el santo cuerpo á una pieza interior, donde lo aguardaban los médicos para hacer la autopsia.

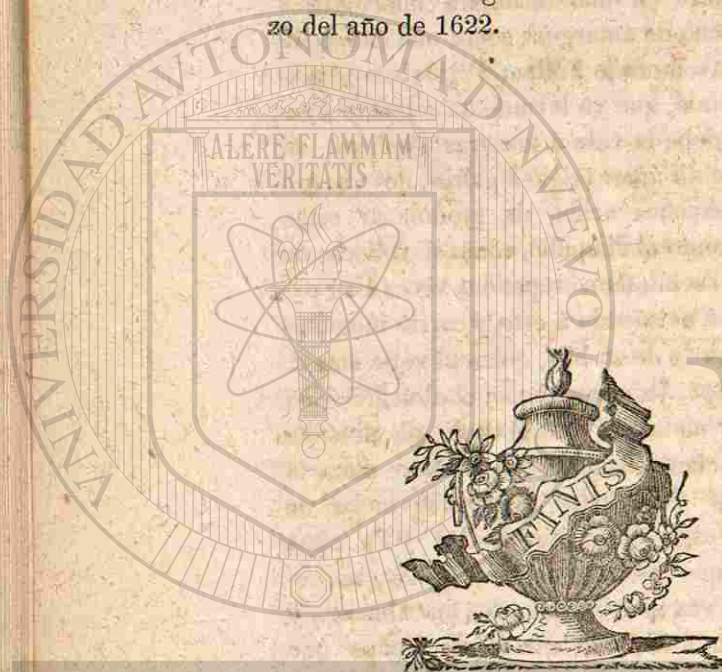
Con objeto de satisfacer los deseos de muchas personas, se permitió á un artista moldar en yeso el rostro del santo, para que pudiera reproducirlo en cera al natural, lo que ejecutó á satisfaccion de los amigos del siervo de Dios. Hé aquí su retrato, tal cual nos lo trazó su primer historiador. Era de mediana talla, de tez blanca y encarnada, y tenia una fisonomía franca y graciosa. Su frente era ancha, su nariz aguileña, ojos vivos, mucho pelo, barba rara y negra en su juventud y blanca en su vejez: por último, tenia un aire de santidad que le hacía singularmente amable. Esto explica el ascendiente que tenia sobre todos los que le trataban. Despues de una exposicion de cerca de cincuenta horas, se colocó su cuerpo en una caja, y se llevó al panteon destinado para sepultar á los padres de la congregacion. Esto llegó á noticia de los cardenales de Medicis y Borromeo, y no tuvieron á bien esta determinacion, pues quisieron que tan santo cuerpo, reposase por separado en un sepulcro adornado. Por

consiguiente, fué exhumado tres dias despues, como él mismo lo habia predicho, y se le colocó en una caja preciosa, depositándosele en la iglesia, en un mausoleo piramidal. Cuatro años despues, Nero de Nigri, noble y rico Florentino, quiso que se colocase el santo cuerpo en una caja mas magnífica, y fué necesario proceder á una nueva exhumacion; pero ¿cuál fué el asombro de todo el mundo, al verle perfectamente conservado, á pesar de que la humedad del sepulcro, habia hecho podrir el ataúd y aún los ornamentos con que estaba revestido? Allí estaba manifiesto el dedo de Dios, porque la carne estaba suave, los miémbros flexibles, y la actitud era mas bien de un hombre dormido, que de un difunto. Maravillado Nero, á vista de este espectáculo, mejoró su primer intento; y en lugar de contentarse con darle una caja preciosa á su bienaventurado padre, le hizo construir una arrogante capilla, á donde fueron trasladados solemnemente sus preciosos restos, en el mes de Junio de 1602.

No quedó sin premio este generoso acto de piedad. Nero recurrió á la intercesion del santo para que el Cielo le diese un hijo, el que le nació á los nueve meses despues de su peticion, y le dió el mismo nombre de su santo protector. Este milagro que acaso pudiera ponerse en duda, dió motivo dos años despues á otro del todo indubitable. Enfermóse el niño repentinamente, y de una manera tan grave y violenta, que se creia iba ya á

expirar. Su padre, sumamente afligido y conternado, se encerró en una recámara inmediata y echándose lleno de amargura sobre una cama, dijo al ya bienaventurado Felipe: “¿Habeis de permitir, padre mio, que yo levante un sepulcro á este niño, que debe la vida á vuestras súplicas, en la capilla que mi amor erigió á gloria de vuestro nombre?” Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando el chiquillo, como si volviese de un profundo sueño, llamó repetidas veces á su padre. Fueron á avisárselo á éste, y corrió inmediatamente al cuarto de su hijo, quien al verle entrar, le dijo: “Papá, ya estoy bueno; el abuelito vino á visitarme y me sanó.” Este título de abuelito era el que habian acostumbrado al niño diera á nuestro santo. Nero, para asegurarse mejor de la verdad de esta vision, respondió: “Tu papá grande es el que viste ¿no es verdad?—No, no, replicó con una voz mas elevada: fué mi abuelito; y señalando con el dedo un retrato de Felipe que allí colgaba de la pared, añadió, aquel, aquel fué. —¿Y qué hizo para curarte? le preguntó su padre. —Puso la mano sobre mi cabeza, respondió el niño, y he quedado bueno.” Efectivamente, cesó la fiebre y recobró sus fuerzas prontamente. Paso en silencio los milagros casi innumerables que hicieron abreviar la canonizacion del siervo de Dios. Despues de una informacion en que se oyó á mas de cuatrocientos testigos, le beatificó el papa Paulo V, el 9 de las calendas de Mayo del año

1615; y por último, el pontífice Gregorio XV, le colocó en el catálogo de los santos, el 12 de Marzo del año de 1622.



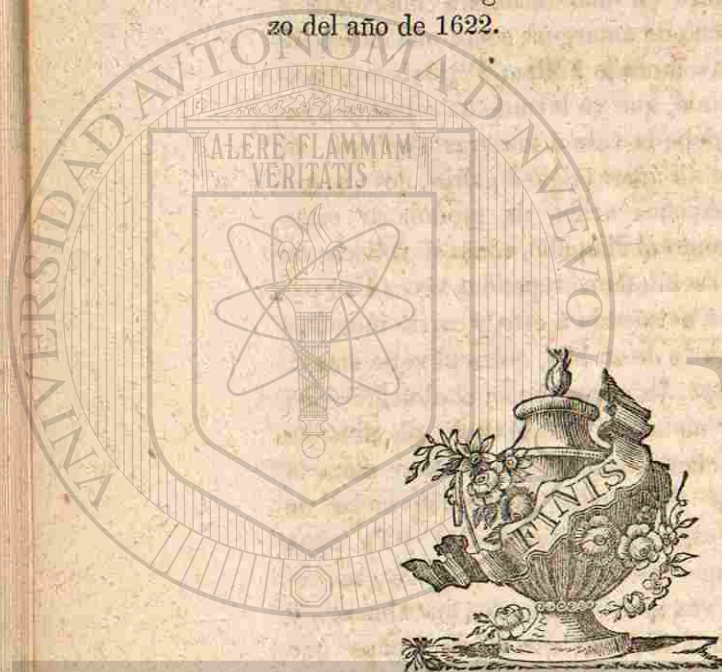
ÍNDICE

DE LAS MATERIAS

QUE CONTIENE ESTA OBRA.

CAPITULO I. Infancia de Felipe. Sus estudios y piedad.....	1
CAP. II. Felipe estudia filosofía y teología: despues deja los estudios por las prácticas ascéticas y las obras de caridad.....	13
CAP. III. Nuevos aumentos de su amor á Dios, y de su caridad para con el prógimo.	21
CAP. IV. Establece Felipe la Congregacion de la Santísima Trinidad. Es promovido á los Sagrados ordenes, y entra en la casa llamada de S. Gerónimo.....	33
CAP. V. Quiere Felipe partir á las Indias. Se le aconseja permanezca en Roma para trabajar en la conversion de los judios y hereges, lo que hace con muy felices resultados.....	42
CAP. VI. Felipe manda á Baronio que escriba los análes eclesiásticos.....	53
CAP. VII. Felipe pone los fundamentos de su congregacion, tal vez sin saberlo.....	62

1615; y por último, el pontífice Gregorio XV, le colocó en el catálogo de los santos, el 12 de Marzo del año de 1622.



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS

QUE CONTIENE ESTA OBRA.

CAPITULO I. Infancia de Felipe. Sus estudios y piedad.....	1
CAP. II. Felipe estudia filosofía y teología: despues deja los estudios por las prácticas ascéticas y las obras de caridad.....	13
CAP. III. Nuevos aumentos de su amor á Dios, y de su caridad para con el prógimo.	21
CAP. IV. Establece Felipe la Congregacion de la Santísima Trinidad. Es promovido á los Sagrados ordenes, y entra en la casa llamada de S. Gerónimo.....	33
CAP. V. Quiere Felipe partir á las Indias. Se le aconseja permanezca en Roma para trabajar en la conversion de los judios y hereges, lo que hace con muy felices resultados.....	42
CAP. VI. Felipe manda á Baronio que escriba los análes eclesiásticos.....	53
CAP. VII. Felipe pone los fundamentos de su congregacion, tal vez sin saberlo.....	62

CAPITULO VIII. Sufre Felipe crudas persecuciones, y establece su congregacion del Oratorio.....	71
CAP. IX. Quienes fueron los principales discipulos del santo.....	88
CAP. X. Admite Felipe el cargo de gobernar su congregacion.....	98
CAP. XI. Habilidad de Felipe en hacer practicar la obediencia.....	106
CAP. XII. Tierno amor á Dios de Felipe..	116
CAP. XIII. Devocion de Felipe para con la Santísima Virgen y demas Santos.....	125
CAP. XIV. Sus lágrimas y su espíritu de Oracion.....	134
CAP. XV. Caridad de Felipe para con el prógimo.....	149
CAP. XVI. Santas industrias del siervo de Dios, para preservar del vicio á los jóvenes.	162
CAP. XVII. Santa pericia de Felipe en la asistencia á los moribundos.....	169
CAP. XVIII. Eficacia de los consejos de Felipe contra las tentaciones y escrúpulos...	180
CAP. XIX. Tierna caridad de Felipe para con los pobres, ó por mejor decir, para con todo el mundo.....	195
CAP. XX. Admirable castidad de nuestro santo.....	205
CAP. XXI. Su abstinencia y pobreza.....	207
CAP. XXII. Admirable humildad del santo, y sus preceptos acerca de esta virtud....	216
CAP. XXIII. Santa humildad de Felipe en humillarse á sí y en hacer humillar á los demas.....	234
CAP. XXIV. Admirable paciencia de Felipe, en sufrir injurias y males corporales...	254

CAPITULO XXV. Constancia de Felipe en caminar por el sendero que se habia propuesto. Sus doctrinas sobre esta materia...	267
CAP. XXVI. Extasis, arrebatos y visiones del Santo.....	276
CAP. XXVII. Predicciones del espíritu profético de Felipe.....	293
CAP. XXVIII. Continuacion del mismo asunto.....	306
CAP. XXIX. Penetra Felipe los secretos de los corazones.....	317
CAP. XXX. Prudencia y discrecion de Felipe en el gobierno de las almas.....	331
CAP. XXXI. Arroja Felipe los demonios, aparece á los ausentes y resucita un muerto.....	344
CAP. XXXII. Opinion que todos tenian de la santidad de Felipe.....	356
CAP. XXXIII. Ultima enfermedad y muerte del santo.....	365
CAP. XXXIV. Apariciones del santo, su entierro, traslacion de su cuerpo, y su canonizacion.....	376

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



